

La juventud en transición

Tema del número

Dos ediciones anteriores de la *RICS*, la primera en 1972 y la segunda en 1985, estuvieron dedicadas a las investigaciones sobre la juventud. En ellas se ponían de relieve ciertos problemas, como las dificultades que planteaban a los jóvenes el orden y la cultura establecidos, que hoy día han sido sustituidos por las transformaciones sociales y económicas. Las investigaciones sobre la juventud se centran actualmente en una serie de cuestiones que van desde el trabajo y el desempleo hasta la identidad y la cultura, prestando atención a la prolongación y mayor complejidad de esta fase del ciclo vital. Estos son los temas sobre los que versan los artículos de este número. Si las diferencias al respecto entre Oriente y Occidente se van reduciendo, las que se dan entre el Norte y el Sur siguen siendo enormes.

Consejero Editorial: Andrew Furlong

Nota biográfica

Andy Furlong es profesor de sociología y jefe de departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Glasgow, Glasgow G12 8RT, Escocia, Reino Unido, y editor de *Journal of Youth Studies*, email: a.furlong@socsci.gla.ac.uk. Sus temas de investigación se centran preferentemente en la transición de la escuela al trabajo, el mercado de trabajo y el desempleo entre los jóvenes. Sus últimas publicaciones son: *Young People and Social Change* (con F. Cartmel, 1997) y *Youth, Citizenship and Social Change in a European Context* (editado con J. Bynner y L. Chisholm, 1997).

Introducción: La juventud en un mundo cambiante

Andy Furlong

Dos ediciones anteriores de la *Revista Internacional de Ciencias Sociales* estuvieron dedicadas a la investigación sobre la juventud, la primera en 1972 y la segunda en 1985. Ambas reflejaban las prioridades de la investigación del momento y hacían hincapié en cuestiones que han sido ampliamente superadas por los cambios económicos y sociales. Con la ventaja de la visión retrospectiva, podemos afirmar que los investigadores sobre la juventud del decenio de 1970 y principios del de 1980 se ceñían en exceso a los temas de preocupación expresados por los políticos y los medios de comunicación, y con frecuencia no acertaban a situar su trabajo en un análisis sociohistórico más amplio. Los últimos trabajos sobre la juventud no son inmunes a esta crítica, pero los investigadores se interesan más en analizar las consecuencias que los rápidos cambios socioeconómicos, que se han producido en los dos últimos decenios, han tenido en las experiencias de los jóvenes. Este número dedicado a la juventud da una idea de la diversidad de agendas de investigación, pone de relieve los cambios clave que afectan a los jóvenes, a la vez que pone de manifiesto el inicio de una tendencia hacia una mayor uniformidad de experiencias en el mundo desarrollado.

Los investigadores sobre la juventud están descubriendo en el mundo desarrollado, pese la gran variedad de marcos institucionales, muchas tendencias comunes que ayudan a estructurar definir las transiciones de la juventud. Hace solamente un decenio, había unas diferencias importantes evidentes. Dentro de la misma Europa había grandes diferencias en las experiencias que vivían los jóvenes del norte con respecto a los del sur, y mucho más entre los que vivían en occidente con respecto a los de las sociedades comunistas del Este. Desde luego, estas diferencias no han desaparecido, pero no son tan acusadas como antes. Por otra parte, la palabra 'globalización' indica una uniformidad de experiencias que no está confirmada por las situaciones que viven los jóvenes de los países en desarrollo, que tienen todavía grandes dificultades de acceso a la educación y a la formación, y entre sus prioridades no está la búsqueda post-materialista de autorrealización o identidad por medio de actividades sub-culturales. Sus preocupaciones giran en torno a la supervivencia, a superar las amenazas del hambre, las guerras y la enfermedad. En este contexto, debemos recordar que las preocupaciones que se reflejan en las páginas de las revistas académicas suelen estar muy sesgadas hacia la investigación llevada a cabo en los países desarrollados.

Cambio de contextos

La primera edición especial de la RICS dedicada a la juventud se publicó en una época en que la investigación sobre la juventud estaba en sus comienzos, pero la rebeldía y las perspectivas morales de los jóvenes constituían el eje primordial de las teorías políticas occidentales. A finales del decenio de 1960, se produjo un aumento del activismo estudiantil y un desarrollo de alternativas sociales y programas políticos entre los jóvenes. En algunos países, éstos se convirtieron en una

amenaza directa contra el orden político. Aunque la investigación sobre la juventud empezó a florecer con la emergencia de una mejor situación económica para la juventud occidental a finales del decenio de 1950 y principios del de 1960, con frecuencia centrada en la emergencia de subculturas distintivas, lo que de verdad interesaba a los sociólogos era el nuevo desafío al orden establecido. Los jóvenes eran considerados como una poderosa fuerza para el cambio social, incluso como el movimiento de ‘vanguardia’ al que Lenin atribuyó una función crucial en las revoluciones socialistas. Feuer (1969), por ejemplo, consideraba la ‘lucha generacional’ como la ‘fuerza motriz de la historia’: una fuerza más poderosa incluso que la lucha de clases.

Otros eran escépticos en cuanto a la emergentes perspectivas marxistas sobre la juventud y especialmente a la idea de que la juventud representara una clase con sus propios intereses, opuestos a los de la generación anterior. No obstante, el análisis de las formas en las que las culturas juveniles se mezclaron en una matriz de más amplias características y experiencias (basadas en la clase y en el sexo), suscitó una serie de cuestiones que captaron el interés de los sociólogos durante un decenio. En esa época, algunas de las investigaciones que más influyeron llegaron a la conclusión de que, de las experiencias y prácticas de los jóvenes, más que el cambio radical, lo que emergía era la reproducción social (Willis, 1977).

A finales del decenio de 1970 y principios del de 1980, la recesión mundial y los rápidos cambios en el mercado de trabajo trajeron consigo un cambio en los intereses. El aumento del desempleo, la reducción del mercado de trabajo juvenil y la prolongación de las transiciones de la escuela al trabajo hicieron temer la marginación económica y social. La juventud contemporánea se consideraba como ‘una generación perdida’ con un escaso apego a la ética protestante del trabajo y una creciente familiaridad con las ventajas de las ayudas estatales. Con enormes diferencias en las experiencias de los individuos de diferentes clases sociales y persistentes desigualdades entre los sexos, el interés de los sociólogos se fue desplazando cada vez más a las estructuras de desventaja en las instituciones clave y a las formas en que éstas contribuían a reproducir las estructuras de desigualdad debidas a la clase o al sexo.

A mediados del decenio de 1980, junto al interés por la reproducción social, empezaron a emerger nuevas preocupaciones muy relacionadas con las prioridades actuales, que fueron abordadas en el número de la RICS de 1985 por Roberts, quien hablaba de la emergencia de ‘un nuevo estilo de vida’ en el que los jóvenes pasaban una larga etapa dedicada a la formación, dependían más tiempo de sus familias y tenían una mayor inseguridad respecto a su vida adulta. Las culturas y modas jóvenes empezaron a traspasar las fronteras de la clase social, pues los jóvenes pasaban largos períodos de tiempo con compañeros procedentes de estratos sociales más diversos.

Un nuevo estilo de vida

El ‘nuevo estilo de vida’ sobre el que Roberts llamó la atención llegó poco a poco a ser el tema dominante en la agenda de los investigadores sobre la juventud, aunque no es probable que Roberts esperara que estas circunstancias cambiantes se extendieran a los jóvenes de los países comunistas del Este y quizá ni siquiera a la periferia sur de Europa. La investigación actual sobre la juventud se centra ahora en una serie completa de campos, desde el trabajo y el desempleo hasta la identidad y la cultura. En cada uno de estos contextos, se estudian las consecuencias de la mayor duración y complejidad de la juventud como fase del ciclo vital. En relación con esto, han señalado cómo se han mezclado los diferentes contextos vitales, de tal manera que han dado lugar a la posibilidad de una ruptura entre métodos objetivos e interpretaciones subjetivas. Estos términos son muy usuales en los artículos sobre este tema. En teoría, los investigadores de la juventud han empezado a abandonar las perspectivas marcadamente estructuralistas del decenio de 1980, pese a que han sido bastante escépticos en cuanto a la validez de las interpretaciones posmodernas. La teoría de la individualización de Beck, que tanta influencia ha tenido, ha abierto nuevas perspectivas en la investigación sobre la juventud, aunque muchos sostienen que los cambios radicales que se han

producido se han quedado a mitad de camino debido a poderosas fuerzas de continuidad, especialmente en lo que respecta a los modelos de desigualdad.

En las raíces de la nueva situación de la juventud actual, están los cambios que han tenido lugar en los sistemas educativos. En casi todos los países desarrollados, los jóvenes dedican etapas muy largas a la formación. Las experiencias educativas estuvieron en un tiempo muy condicionadas por los orígenes sociales, de modo que los hijos de las familias de clase trabajadora abandonaban la escuela a la primera oportunidad. En la actualidad, la educación posterior a la obligatoria forma parte de la experiencia normal de los jóvenes procedentes de diversas clases sociales. Incluso la educación superior que tuvo tiempo atrás un carácter elitista, está ahora al alcance de un amplio espectro de jóvenes. Por otra parte, como afirmaban Johanna Wyn y Peter Dwyer en el citado número de la revista, la transición de la educación al empleo ya no se puede considerar como algo lineal: los jóvenes suelen alternar períodos de trabajo y de estudio y muchos vuelven a estudiar después de un período en el mercado de trabajo.

Estos cambios son significativos, en parte porque han dado lugar a una comunidad de experiencias de los jóvenes modernos (Wyn y Dwyer), pero también porque en un mercado de trabajo flexible y desregulado no se garantizan las compensaciones por las inversiones en educación. En la actualidad, son pocos los que acceden rápidamente al mercado de trabajo y consiguen pronto una buena situación económica, y los que abandonan la escuela tempranamente suelen tener grandes dificultades para encontrar un empleo seguro. Un aumento de empleos administrativos y profesionales junto a un aumento de empleos sin cualificar en el sector de los servicios ha provocado un "estrangulamiento" del mercado de trabajo en muchos países desarrollados: la oferta de empleos que requieren una cualificación media, que antes era la más abundante en el mercado de trabajo juvenil, ha disminuido. Como consecuencia, muchos jóvenes muy cualificados ocupan puestos inferiores a su preparación o están en el desempleo. Como prueba de estas tendencias, se ha acuñado la expresión 'McJobs' para describir el carácter temporal e informal del mercado de trabajo juvenil. No obstante, Walter Heinz, en Alemania, defiende que, pese a los cambios habidos en el mercado de trabajo de los jóvenes y a la menor seguridad en el trabajo, el sistema 'dual' ayuda a suministrar una mano de obra cualificada y a mantener bajos niveles de desempleo entre los jóvenes. Sin embargo, como Heinz reconoce, en el sistema 'dual' han aumentado las desigualdades en el acceso a la educación, sobre todo para los hijos de migrantes y para los residentes en la antigua Alemania Oriental.

José Machado Pais, ante las transiciones caracterizadas por las discontinuidades, inseguridades y retrocesos, emplea la metáfora del yoyo para referirse a las idas y venidas características de la vida moderna de los jóvenes. La rigidez, antaño característica de las transiciones, parece haber dado paso a una nueva situación en la que los jóvenes construyen y vuelven a construir activamente las biografías siguiendo los vaivenes de la vida y tratando de influir en los resultados. Así, en las nuevas orientaciones de la investigación sobre la juventud se aprecia un retroceso de las perspectivas estructuralistas y un auge de la importancia de la interpretación subjetiva. No obstante, algunos prefieren sostener que en el mundo moderno, las interpretaciones subjetivas suelen ser interpretaciones equivocadas de realidades objetivas.

Estas nuevas trayectorias biográficas no se limitan al terreno de la educación y del mercado de trabajo, sino que se extienden a las transiciones en la vivienda y a las culturas juveniles. Gill Jones, en el tema del cambio de modelos de hogares y formación de una familia, explica cómo la prolongación de las transiciones de la escuela al trabajo ha dado lugar a que surjan nuevos tipos de hogares. Aunque estas nuevas formas de vida intermedias y de transición a veces son producto de una elección, Jones cree que suelen estar motivadas por las realidades económicas. Jones presta también atención a los cambios que ha experimentado la natalidad en Europa Occidental, explicando la dificultad cada vez mayor que supone crear una familia. Aminata Touré, por el contrario, refiriéndose a las experiencias de África, trata de las costumbres sexuales de los adolescentes y afirma que la natalidad es especialmente elevada entre los jóvenes procedentes de familias pobres.

El fenómeno de los sin techo entre los jóvenes se ha convertido en una causa de preocupación en los países desarrollados y Jones afirma que muchos jóvenes sin techo tienen un padrastro o madrastra en el hogar familiar o bien han sido dejados al cuidado de la autoridad local. En un contexto muy distinto, Pampelani Mufune estudia las experiencias de los jóvenes de la calle en Sudáfrica. A diferencia de los jóvenes sin techo de los países desarrollados, a veces pertenecen a una familia y contribuyen a su mantenimiento, si bien otros han adoptado una identidad callejera y tienen muy poco contacto con sus familias. Sin embargo, como ocurre en los países más desarrollados, los jóvenes suelen cambiar entre las distintas formas de vida.

Con la prolongación de la juventud como etapa del ciclo vital y la mezcla de los distintos aspectos de la vida, es cada vez más difícil considerar la juventud como una fase diferenciada de la vida. En concreto, las culturas juveniles pueden ser adoptadas por los mayores igual que por los jóvenes puesto que los mayores tratan además de conservar un aspecto joven (Pais). Manuela du Bois Reymond (1998), comentando estas tendencias, ha afirmado que muchos jóvenes son reacios a adoptar las identidades adultas establecidas y vacilan en comprometerse en las carreras y formas de vida tradicionales (ver Wyn y Dwyer).

El concepto de ‘biografía de elección’ de Du Bois Reymond considerado por ésta como característico de un grupo al que denomina ‘iniciadores de tendencias’ refleja claramente las experiencias de algunos jóvenes en los países desarrollados. También es compatible con algunas teorías de individualización, que tienen cada vez más influencia en los investigadores de la juventud. Sin embargo, para muchos jóvenes, existen pocas opciones y el constante cambio a situaciones distintas refleja los intentos de supervivencia en un mundo que les ofrece escasa seguridad y satisfacción. Muchos investigadores, con el desmoronamiento de las antiguas profecías, han afirmado que la última modernidad ha provocado una crisis de la juventud (Eckersley, 1992: Furlong y Cartmel, 1997). Esta situación de riesgo e inseguridad se refleja en un aumento de los suicidios juveniles, una serie de desórdenes psicosociales y un aumento del consumo de drogas y de alcohol.

Así, aunque las modernas tendencias pueden permitir a los jóvenes un mayor espacio para analizarse a sí mismos y a los mundos que habitan, existen consecuencias claramente negativas. Además, estos efectos perniciosos de la modernización están distribuidos desigualmente. Hasta cierto punto, los de familias privilegiadas gozan de alguna inmunidad ante los peligros que amenazan a los más desaventajados: la clase social sigue siendo un factor primordial para entender las experiencias de los jóvenes aunque su impacto suele ser menos claro. En efecto, Furlong y Cartmel (1997) afirman que la última modernidad se caracteriza por una falsedad epistemológica: los jóvenes tienen que vencer una serie de peligros que afectan a todos los aspectos de su vida diaria, pero tienden a percibir esta lucha como tropiezos individuales, sin ponerla en relación con las estructuras de clase.

Muchos investigadores, dada la persistencia de las desigualdades sociales, prefieren centrarse en modelos de desventaja más que en las posibilidades de autorrealización, que se concentran en los grupos más privilegiados. Algunos han afirmado que la inseguridad experimentada por algunos se puede comparar con una “noria negra mágica” (Crane, 1994) en la que los jóvenes viven un ciclo inacabable de desempleo, programas de formación gubernamentales, seguidos por más desempleo y más programas, un ciclo que a veces se rompe por un empleo de corta duración.

Los procesos de exclusión y riesgo son claramente evidentes en los antiguos países comunistas. Allí la nueva investigación sobre la juventud se ha centrado especialmente en el impacto de los cambios económicos, que han cambiado de manera radical las experiencias de los jóvenes en el mercado de trabajo. Las antiguas profecías se han venido abajo y han emergido nuevas trayectorias y divisiones. Vladimir Chuprov y Julia Zubok analizan los conflictos que sufren los jóvenes en el mercado de trabajo y cómo su motivación se resiente por ello. Centrándose en Rusia, afirman que la mayoría de los jóvenes están en situación de riesgo y que la transición a la economía de mercado ha sido negativa para ellos.

En resumen, los artículos de este número de la Revista llaman la atención sobre muchos temas comunes a la investigación sobre la juventud. Las “nuevas formas de vida” de Roberts en 1985 han emergido en muchos países, si bien en las naciones menos desarrolladas siguen prevaleciendo las preocupaciones económicas básicas y las amenazas relacionadas con la salud. En muchos sentidos, ser joven se ha vuelto más difícil: no está muy claro adónde van parar muchos caminos y los jóvenes tienen miedo al aislamiento económico y social. Por eso, no es de extrañar que Britta Jonsson descubra una marcada tendencia a los valores individualistas en muchos países. Aunque los jóvenes siguen creyendo que el gobierno tiene la obligación de ofrecer un salvavidas económico, no están demasiado deseosos de compartir los bienes con los demás y tienen una clara orientación al éxito personal en una economía de mercado. La generación más joven, que fue considerada en otro tiempo por los investigadores como la vanguardia del cambio social, parece ser hoy mucho más conservadora.

Traducido del inglés

Referencias

- CRANE, S. (1994) *Beggars Can't be Choosers*, Tesis doctoral, Universidad de Salford
- DU BOIS REYMOND, M. (1998) 'I don't want to commit myself yet: young people's life concepts', *Journal of Youth Studies*, vol. 1 (1) p. 63-79.
- ECKERSLEY, R. (1992) *Youth and the Challenge to Change*. Carlton South: Australia's Commission for the Future.
- FEUER, L.S. (1969) *The Conflict of Generations: The Character and Significance of Student Movements*. Nueva York: Basic Books.
- FURLONG, A. y CARTMEL, S. (1997) *Young People and Social Change: Individualization and Risk in Late Modernity*: Buckingham Open University Press.
- WILLIS (1977) *Learning to Labour*. Farnborough: Saxon House.

Nota biográfica

Aminata Touré, de nacionalidad senegalesa, es actualmente Consejera Regional de Información, Educación y Comunicación (IEC) en materia de población, en el Fondo de las Naciones Unidas para la Población. Ha trabajado durante diez años en el sector privado, para organizaciones no gubernamentales del Senegal y, desde hace cinco años, en la cooperación internacional (en Burkina Faso y actualmente en Côte d'Ivoire). Email: iecfnuap@africaonline.co.ci

La salud en la vida sexual de los jóvenes de Côte d'Ivoire: Retos y perspectivas

Aminata Touré

Introducción

En Côte d'Ivoire, los jóvenes menores de 15 años representan el 4% de la población nacional, pero los jóvenes con edades entre 14 y 24 años representan el 25%. Esta franja, de la que depende el desarrollo futuro del país, está especialmente expuesta a graves riesgos en el ámbito de la salud sexual que pueden comprometer a medio plazo las iniciativas de desarrollo emprendidas desde la independencia.

En 1994, un estudio sobre los jóvenes (Dédy y Tapé 194) sacaba a la luz unos indicadores alarmantes: un índice de ETS de 38%, un escaso empleo del preservativo del orden de 10%, una precocidad de relaciones sexuales (el 50% de los jóvenes tienen su primera relación sexual antes de los 16 años) y una gran prevalencia de la pareja ocasional (de 49% en los hombres y 11% en las mujeres). A esto hay que añadir una fecundidad elevada entre las adolescentes de entre 15 y 19 años y un recurso frecuente al aborto provocado clandestino, con las consiguientes consecuencias desastrosas en el plano sanitario pero también en el económico y social, lo que contribuye a agravar la situación de un grupo socialmente marginado y discriminado.

Con la crisis múltiple, económica, social, cultural e incluso existencial, que atraviesan las sociedades africanas, atrapadas en el torbellino de la mundialización de los comportamientos humanos, la familia ya no cumple su misión protectora. En efecto, según la encuesta citada anteriormente, la mayoría de los jóvenes no gozan del calor de un hogar familiar. Solamente el 31,8% vive con sus padres (padre y madre) frente al 11% que vive sólo con el padre, el 9% sólo con la madre, 5,7% en casa del consorte, 2,4% vive solo y 40% con tutores. El 65% procede de familias modestas y numerosas (Dédy y Tapé, 1993). Todo ello contribuye a hacer más frágil a este segmento de la población. La juventud en Côte d'Ivoire, y también en toda África, no parece ser ya el período más despreocupado de la vida, sino el más peligroso.

La prevalencia de las ETS y del SIDA en los jóvenes de Côte d'Ivoire

Los índices de ETS señalados en los diferentes estudios parecen elevados (Kangah 1997). En la población general de los muchachos de Abidjan, en la franja de 15-19 años se confirma que el 24,7% ha tenido alguna ETS frente al 29,8% de las muchachas; en la franja de 20 a 24 años, ha padecido alguna ETS el 35,8% de los muchachos y 45,85 de las muchachas. De ellos, muy pocos (7%) utilizan el preservativo de manera sistemática. En la juventud, el sexo femenino parece ser más vulnerable a las ETS: en 1989, 23% de las mujeres con edades comprendidas entre 15 y 19 años habían tenido una ETS en los últimos doce meses, frente al 13% de los hombres de la misma edad.

El menor valor social que se da a la mujer y su situación de dependencia económica con respecto al hombre no son favorables para que la mujer proponga, y menos aún imponga, el uso del

preservativo a la pareja. En la franja de 20 a 24 años, el uso sistemático del preservativo desciende a 4% entre los muchachos y a 2% entre las muchachas. El uso ocasional oscila en torno al 34% en ambos sexos; el 60% de los jóvenes, de ambos sexos, no ha utilizado nunca un preservativo. En cuanto a los jóvenes de la calle, la situación es igual de preocupante. El 41% de los que ya han tenido relaciones sexuales no ha utilizado nunca un preservativo (Aonon y Gabin, 1995).

Actualmente, el Sida es un tema que preocupa mucho a los jóvenes. El número de casos de SIDA diagnosticados entre adolescentes y jóvenes subestima con mucho la amenaza que constituye la infección del VIH, habida cuenta del largo tiempo de incubación de la enfermedad. En la mayoría de los casos de infección por el VIH en África, el SIDA se desarrolla en los 3 ó 5 años posteriores a la infección, dependiendo de los antecedentes patológicos y de las condiciones de vida de las personas. En Côte d'Ivoire, el VIH/SIDA representa una amenaza sociodemográfica y socioeconómica, si tenemos en cuenta los factores epidemiológicos. De dos casos notificados en 1985, el número ha pasado rápidamente a 10.795 casos en 1990, después a 14.665 en junio de 1993. Côte d'Ivoire parece ahora un país siniestrado, pues es el país más afectado del África occidental en África subsahariana detrás de Botswana, Uganda, Tanzania, Kenya, Malawi y la República Democrática del Congo (antiguo Zaire).

¿Cómo se explica este aumento? Las encuestas sociodemográficas y de conducta llevadas a cabo en Côte d'Ivoire demuestran que la heterosexualidad constituye la forma dominante de propagación del VIH. Por lo tanto, la población más activa en el plano sexual (20-44 años) es la más afectada (80% de los casos de SIDA en Abidjan).

Lo inquietante es que la enfermedad evoluciona más deprisa que las conciencias individuales y colectivas. Ante el número creciente de personas contaminadas por vía sexual y la impotencia de la medicina, el SIDA se ha convertido en una "enfermedad social". La sexualidad ya no es un hecho biológico sino también un hecho social. El SIDA es la primera causa de muerte en el hombre y la segunda en la mujer.

De los individuos de edades comprendidas entre los 15 y lo 29 años que dieron su sangre al Centro de transfusión sanguínea de Abidjan entre febrero y noviembre de 1991, el 11,5% era portador del VIH. La prevalencia del VIH es de 33,3% entre los tuberculosos de entre 20 y 29 años censados entre 1989 y 1993, y de 75,5% en la franja de edad de 20 a 39 años. Estos datos oficiales (casos notificados por el Programa Nacional de lucha contra el SIDA) de 1996 dan cuenta de 2.089 casos con edades de entre 20 y 29 años de un total de 5.935. En conjunto, cualquiera que sea el sexo, la franja de edad más afectada es la comprendida entre los 20 y los 40 años.

De todos los sectores sociales, los jóvenes son los más directamente afectados por la pandemia, ya sean huérfanos, escolares, niños de la calle o mano de obra en los sectores formal e informal, o bien, presos o minusválidos.

El futuro de los huérfanos (de padre, de madre o de ambos) es más bien incierto debido a la decadencia de la institución familiar y de los lazos de solidaridad, cualquiera que sea el régimen de filiación (matrilineal, patrilineal o bilateral) y el medio en que residen (ciudad o campo).

Las víctimas del VIH/SIDA, y especialmente los huérfanos, se encuentran en familias donde su integración es a veces problemática. Las prácticas socio-jurídicas antiguas no los protegen lo suficiente (el hermano del padre o la hermana de la madre fallecidos suelen hacerse cargo del huérfano). Todavía no hay leyes nuevas en materia de protección, ni instituciones de acogida para los huérfanos del SIDA. La nueva familia, antaño fuente de educación y formación, está perdiendo sus valores y el huérfano es víctima de la angustia existencial. ¿Es mejor irse al pueblo sin herencia sustancial ni cualificación o quedarse en la ciudad y buscarse la vida? Éste es el dilema que se plantea la mayoría de los huérfanos del SIDA. Muchos de ellos pasarán a engrosar el número de niños de la calle. En todo caso, la infección favorece claramente la precariedad, aumentando el número de familias monoparentales y de huérfanos.

Un reciente estudio sobre el impacto del SIDA en los maestros indica que la pandemia ha perturbado la escolaridad de 119.000 alumnos en el curso 1996-97. El SIDA, al aumentar el número de fallecimientos de maestros, va a acentuar las deficiencias del sistema educativo. Así, suponiendo

que todos los demás factores permanecieran constantes, del año 1997 al año 2000, en todo el territorio del país y solamente a causa del SIDA, al menos 71.655 niños de entre 6 y 11 años se quedarán sin escolarizar (Kangah 1997).

Factores decisivos

El nivel de conocimientos, prejuicios y representaciones

Sumando todas las categorías, los jóvenes son conscientes del peligro que representa el SIDA. Están bien informados de las formas de transmisión de la enfermedad: 91% de los niños de la calle saben que la principal es la transmisión heterosexual (Aonon y Gabin, 1995). Está ya establecido que la práctica totalidad de los jóvenes (97,7% en 1994; 98% en 1995) han oído hablar del SIDA. Una gran mayoría han conocido a un enfermo de SIDA (67% en 1995) y, los niños de la calle saben que un individuo puede ser portador del virus sin desarrollar la enfermedad (98,4% en 1994 frente a 26% en 1995).

La casi totalidad de los jóvenes ha oído hablar del SIDA a través de los medios de comunicación (91%), en la calle (36,9%) y en la escuela (22,4%). También se aprecia una relativa toma de conciencia en cuanto a la gravedad de la situación epidemiológica (26,8%); los jóvenes lo interpretan como el resultado del desenfreno (33,1%) o de la urbanización (27,6%), del turismo (9%), de las migraciones de la población (4,9%) o de la pobreza (1,6%).

La mayoría de los jóvenes creen que el riesgo de contaminarse por el virus del SIDA está en relación con una falta de higiene corporal o de higiene de vida. Sabiendo que el VIH/SIDA se transmite principalmente por vía sexual, creen que pueden estar infectados (46,8% de los casos de 1995). Los muchachos creen estar en mayor riesgo (62,4%) que las muchachas (31,2%). Los jóvenes solteros (41,8%) creen estar en mayor riesgo que los casados (30%).

Aunque hay muchos estudios sobre esta cuestión en los que se pone de manifiesto que los jóvenes de Côte d'Ivoire están enterados del SIDA, también revelan que muchos de ellos niegan a veces su existencia basándose en esquemas tradicionales, modernos o mixtos sobre el funcionamiento del cuerpo, la procreación y el mecanismo de las enfermedades de transmisión sexual. Algunas representaciones en relación con el SIDA recuerdan concepciones tradicionales relativas a la salud, a la procreación y a las causas de las enfermedades graves. Otros se atienen a las informaciones (interpretándolas a su manera) recibidas directamente por sus amigos o hermanos mayores, por los medios oficiales o indirectamente por un rumor persistente. En el centro de estas representaciones, está la sangre, por su poder, por su impureza, su circulación y su encuentro con otra sangre. En Côte d'Ivoire, diversas representaciones populares enseñan la función de la sangre y su circulación, en procesos fisiológicos y patológicos poniendo en relación la reproducción biológica, la salud genésica, la función digestiva, etc. Así, una joven condiciona la fecundación a una compatibilidad de sangres, y, a la inversa, la incompatibilidad de las sangres puede ocasionar, según muchos jóvenes, el SIDA u otras enfermedades graves. En este caso, los riesgos de contaminación por el VIH se achacan a las mezclas de fluidos sexuales, pero también a la mezclanza de personas, al intercambio de los pueblos y a la mezcla de culturas. La posibilidad de transmisión del SIDA tiene múltiples representaciones simbólicas que convierten al "otro" en el distribuidor del virus. Los riesgos de contaminación sexual del VIH a menudo se minimizan o niegan pues, debido a lo que tardan en manifestarse los síntomas de la enfermedad, con frecuencia es difícil poner en relación la enfermedad con un comportamiento sexual de riesgo. La broma africana de que el SIDA es el "síndrome inventado para desanimar a los enamorados" puede reflejar una cierta inconsciencia de la epidemia del SIDA y otras ETS.

No obstante, gracias a las numerosas campañas de sensibilización, ha habido un gran avance en el uso del preservativo en la juventud de Abidjan. Pero las encuestas cualitativas han señalado paralelamente usos atípicos, tales como su retirada prematura, su perforación voluntaria (para que la pareja quede embarazada sin su consentimiento) o el uso del mismo condón en varios coitos. Estos usos responden a imperativos en los que se mezclan el pragmatismo y las representaciones

masculinas: frustración del placer y necesidad de inseminación (retirada y perforación del preservativo). Los estudios también revelan como motivos para no usar preservativos el no disponer de ellos en el “momento crítico”, la falta de dinero para comprarlos o el rechazo de a pareja.

La toma de conciencia sanitaria aumenta con el nivel de instrucción (25,4%). El nivel de conocimientos de las formas de transmisión del VIH, especialmente el contacto sexual, es muy elevado. Si bastaran estos conocimientos para modificar los comportamientos, cabría esperar en un futuro próximo una reducción de la prevalencia del VIH en Côte d’Ivoire. Desde 1998, las autoridades sanitarias declaran que el índice de transmisión ha dejado de aumentar; en efecto, ante el drama de la pandemia del SIDA, la salud sexual de los jóvenes se ha convertido en una de las grandes preocupaciones para el Estado, las instituciones internacionales, las ONG y otras asociaciones de jóvenes, cuyo principal objetivo es lograr que los jóvenes modifiquen sus comportamientos sexuales de manera duradera. Aunque se hayan desplegado enormes esfuerzos de información y educación de las poblaciones, no hay que cantar victoria, pues existe el fenómeno del sub-diagnóstico, muy importante sobre todo en los ambientes rurales, donde sigue viviendo la mayoría de las poblaciones africanas.

Los comportamientos sexuales de los jóvenes

La *precocidad sexual* observada predispone a los adolescentes de Côte d’Ivoire a las ETS, con una incidencia elevada de la infección del VIH. En efecto, 50% de todos los nuevos casos de seropositividad afectan a los jóvenes de entre 15 y 24 años (Kangah, 1997). Este fenómeno es recurrente en el campo pero también en los barrios pobres de Abidjan y afecta principalmente a la juventud femenina.

La precocidad sexual no es un hecho nuevo en Côte d’Ivoire. La encuesta nacional sobre el comportamiento sexual de los jóvenes (Dédy y Tapé 1993) ya lo puso de manifiesto. En 1993, casi 50% de los jóvenes de Côte d’Ivoire habían tenido su primera relación sexual a un promedio de edad de 15 a 16 años (la media es de 15,4 para los muchachos y 16 para las muchachas). En los jóvenes de Abidjan se observa la misma tendencia con una precocidad un poco mayor en los muchachos (media de 15,5 años) más libres para salir que las muchachas (media de 16,1 años), más vigiladas por sus padres para evitar embarazos.

Las condiciones de vida urbana son decisivas en la génesis de la sexualidad precoz. En un entorno socioeconómico en el que la educación familiar y comunitaria está en crisis, el proceso de educación del niño corre a cargo, desgraciadamente, de la calle y de los medios de comunicación, que con frecuencia suelen ofrecer al niño imágenes deformadas de una sexualidad desenfrenada. Es fácil entender que los jóvenes puedan identificarse con algunos modelos y los reflejen en la práctica en sus comportamientos sexuales. Sin embargo, según el estudio de referencia, (Dédy y Tapé 1993) sobre la sexualidad de los adolescentes, según la opinión de éstos, hay tres tipos de factores exógenos en el origen de esta precocidad sexual: los medios de comunicación (56,1%, según los muchachos y 63,6% según las muchachas), los conflictos entre padres e hijos (50,8% según los muchachos y 71,2% según las muchachas) y, sobre todo, el dinero (98,9% entre los muchachos y 97,4% entre las muchachas). Así, la influencia negativa de la radio, de la televisión y la prensa escrita igual que la del marco familiar conflictivo y sobre todo el poder del dinero, constituyen hoy los factores que favorecen la precocidad sexual de los jóvenes.

La *sexualidad ocasional* supone tener varias parejas (parejas múltiples). Afecta al 31% de los jóvenes sexualmente activos. En los análisis de datos se observa que 49% de los muchachos y 11% de muchachas practican este tipo de sexualidad. La ventaja masculina recuerda una primera influencia, la de la cultura poligénica, presente en el país y en África en general. Este modelo matrimonial predispone al hombre a las parejas múltiples, de manera que varias mujeres pueden ser para un hombre y ellas le deben fidelidad. Esta elección matrimonial, socialmente admitida en un contexto en el que la poligamia ha estado prohibida desde la independencia, pone de manifiesto la fragilidad de la condición social de la mujer “económicamente débil”, que acepta que su esposo

“económicamente más fuerte” pueda tener otra pareja (llamada popularmente “segunda oficina”, pues el trabajo de la oficina suele ser la excusa de los maridos infieles). Con la evolución de la condición de la mujer y las tensiones materiales de la vida moderna, parece que está apareciendo tímidamente una monoginia real, basada en el control de la natalidad.

La sexualidad ocasional de los jóvenes se explica también por factores psicológicos. La pubertad, edad de descubrimiento de las sensaciones sexuales, incita al joven a interesarse por la muchacha en el marco de las relaciones heterosexuales. Se establecen lazos de amistad y sobre este terreno progresa la pareja múltiple para satisfacer una curiosidad. Entre las jóvenes de Côte d’Ivoire la sexualidad ocasional suele obedecer a causas económicas (ventajas materiales y financieras); los religiosos y otros encargados de la moral explican el recrudescimiento de este fenómeno por la banalización del amor en una sociedad con pérdida de referencias morales y dominada por el afán de poseer bienes materiales. Las dificultades económicas van minando la autoridad paterna; los padres de familia dejan de ser proveedores materiales y referentes morales; y también las influencias extra-familiares van cobrando importancia en la formación y regulación de la conducta moral de los jóvenes.

La sexualidad pagada afectaba en 1993, al 5,8% de la población joven sexualmente activa. ¿Por qué se dedican a ella los jóvenes? Porque esperan ventajas materiales. Esta actividad afecta más a las muchachas que a los muchachos, por medio del comercio carnal. Ellas esperan de sus parejas recompensas diversas: dinero, joyas, vestidos. Los objetivos varían de la mejora de las condiciones de vida o la apariencia de un cierto bienestar. Hay que señalar además que, con la intención de limitar las tentaciones materiales de los jóvenes, se ha impuesto el uniforme escolar, que no deja traslucir las diferencias sociales.

Esta sexualidad refleja las dificultades de una vida cotidiana, intensificadas por una crisis económica estructural. Las necesidades vitales son tales, que los padres fingen ignorar las actividades de sus hijos, y algunos incluso incitan a sus hijas a la prostitución para que contribuya a sufragar las necesidades de la familia.

Las condiciones socioeconómicas de los jóvenes

La juventud estudiada es la comprendida entre los 10 y los 25 años. De las diferentes encuestas socio-demográficas y socio-comportamentales se deduce que los jóvenes de entre 10 y 25 años representan más de la mitad de la población nacional, y que son los más pobres, pues la crisis, que también afecta a sus padres, tiene repercusiones desastrosas en su existencia cotidiana.

De manera general, las familias de referencia tienen a su cargo muchas personas: 38,5% tiene una media de entre 5 y 8 personas y 47,5% están formadas por 9 personas o más. Estos datos indican claramente hasta qué punto puede ser precaria la existencia en el seno de estas familias.

La inseguridad que proporciona este entorno explica en parte el fenómeno cada vez más frecuente de los jóvenes de la calle. Entre los niños de la calle, las muchachas representan el 19% de la población frente a 81% de los muchachos. Los niveles de estudios de los niños de la calle son muy variados: el 39% no ha ido nunca a la escuela, el 5% solamente han ido a la escuela coránica, lo que produce en la práctica 44% de analfabetos; 45% tienen estudios primarios y 11%, estudios secundarios. Las muchachas son menos numerosas entre los jóvenes analfabetos. La casi totalidad de los niños de la calle proceden de familias empobrecidas como consecuencia de crisis conyugales o muerte de uno de los padres. Algunos testimonios de la tendencia sexual de los niños de la calle indican que “el 6% tiene relaciones homosexuales” (Aonon y Gabin, 1994, p. 14) al mismo tiempo que se prostituyen (48% de muchachas frente a 23% de muchachos).

Analizando la vida escolar de los alumnos de Côte d’Ivoire, nos podemos hacer una idea de la juventud en su globalidad, sabiendo que el entorno de cada alumno es a la vez causa y efecto de éxito. Los servicios del ministerio de educación nacional indicaban que en 1996, solamente el 17% de los alumnos poseía todos los manuales exigidos, frente a 59% que sólo poseían algunos y 24% que no tenía ninguno. Las condiciones de alojamiento y alimentación no son mejores: 31% de los

alumnos viven con sus padres, 42% con tutores y 22% en un hogar de acogida; en cuanto a la alimentación, 13% de los alumnos no hace más que una sola comida al día, frente a 52% que hace dos y 35% que hace tres.

Los padres en general (94,8%) admiten la necesidad de escolarizar a todos los hijos (Dédy y Tapé, 1995), pero esta opinión varía según se trate de una muchacha o de un muchacho, por motivos relacionados con las exigencias culturales, las representaciones colectivas y la situación económica y material de los padres; éstos no escolarizan en la misma proporción a sus hijos varones que a las hijas. Las familias creen que enviar a las niñas a la escuela da lugar a riesgos inútiles: riesgos de emancipación, de embarazo, o de sexualidad no controlada.

Se tiene la opinión de que los muchachos deberían prolongar sus estudios y tener un futuro más prometedor o más prestigioso. Es decir, todavía se considera normal que la muchacha no sea igual al muchacho. En el mismo orden de cosas, la hija está sometida a las tareas tradicionalmente femeninas, que son precisamente las que requieren más tiempo y la ponen en desventaja con respecto a las exigencias de la escuela.

Basándose en todos estos datos, se deduce una constante. La juventud vive en una inseguridad material y moral que la expone peligrosamente desde el punto de vista de su salud sexual. La juventud femenina de Côte d'Ivoire, igual que toda la juventud femenina africana que vive en una doble marginación, por la edad y por el sexo, constituye sin ninguna duda la capa más vulnerable y con menos defensas para hacer frente a los riesgos de una sexualidad a menudo súbita o impuesta.

Embarazos precoces y adolescentes

Está comprobado que en Côte d'Ivoire ha descendido la natalidad, pues el número de hijos por mujer en la población general ha pasado de 7,2 % en 1980-81 a 5,7% en 1994. Pero en el caso de las adolescentes de entre 15 y 19 años, la natalidad sigue siendo muy elevada. En la encuesta demográfica de salud de 1994, el 3,5% de las adolescentes habían tenido al menos un hijo o estaban embarazadas por primera vez. Esta fecundidad precoz predomina en las adolescentes menos instruidas (40%) y en las que viven en el medio rural. (45%). Por lo que sabemos, no existe un estudio de envergadura que trate sobre los jóvenes de las mismas franjas (15 a 19; 20- 24) pero la observación empírica indica que a la edad de 20-21 años, muchos alumnos del instituto son padres de al menos un hijo. La natalidad entre los adolescentes contribuye con el 10 ó 15% a la natalidad actual.

Los adolescentes de hoy ignoran en un grado muy alto, la fisiología de la reproducción. Para la muestra de una encuesta llevada a cabo últimamente (Kouakou 1994) solamente el 17% de los adolescentes conocían las diferentes fases del ciclo menstrual, y este conocimiento varía según el nivel de instrucción. En efecto, cuanto más elevado es éste, mayor es el conocimiento. Así, entre las adolescentes de enseñanza secundaria, una de cada dos conoce las diferentes fases del ciclo menstrual, frente a 40% entre las que han ido a la escuela primaria y 8% entre las analfabetas. Además de la importancia que pueda tener la ignorancia de la fisiología para el aumento de probabilidades de embarazos en las adolescentes, también está el tema de la ignorancia sobre los métodos anticonceptivos.

Causas y consecuencias de orden psicosocial

El hecho de que las adolescentes apenas sean consultadas por su pareja o amigo (según 31% de las jóvenes encuestadas) y de que se hable muy poco de cuestiones sexuales en la familia, aumentan en gran medida la probabilidad de embarazos entre las adolescentes. Para las madres jóvenes, el riesgo que supone tener un hijo no acaba necesariamente con el parto. El embarazo de las jóvenes no es solamente una preocupación de orden médico, sino una cuestión de posibilidades humanas, de oportunidades en la vida, pues compromete tanto la realización personal de la joven como su desarrollo social.

Consecuencias en la salud de la adolescente

Los embarazos en este período de la vida suponen riesgos enormes, pues las jóvenes gestantes no experimentadas lo suelen llevar en la clandestinidad por motivos sociales o de ignorancia, y apenas acuden a los centros de salud para los controles de embarazo. Cabe destacar, entre otras complicaciones, la duración del parto que puede dar lugar a la práctica de la histerectomía (ablación del útero) impidiendo desde este momento la maternidad futura. Con frecuencia, el embarazo no llega a término; si no se produce un aborto o la muerte del feto, muy a menudo se interrumpe voluntariamente por la joven gestante y a veces de manera clandestina, en condiciones lamentables que ponen en peligro su vida.

Consecuencias en la salud del niño

Si la fecundidad precoz tiene consecuencias en la salud de la madre, es todavía más peligrosa para el fruto del embarazo. No es fácil para un feto evolucionar en un cuerpo que todavía no ha completado su propio desarrollo. Por este motivo, hay una gran proporción de embarazos, en la franja de edad inferior a 18 años, que termina en la muerte del feto o en aborto. De todas formas, suponiendo que el niño nazca, suele hacerlo prematuramente. Según los tocólogos, “el parto prematuro y la hipotrofia constituyen el pronóstico dominante del recién nacido de madre muy joven”.

Consecuencias en el plano de la educación

Hasta hace poco, las jóvenes embarazadas eran expulsadas de la escuela en cuanto su estado se hacía patente pues, según las autoridades escolares, constituían un mal ejemplo para sus compañeras. Por el contrario, el causante del embarazo, si era alumno, no sufría ninguna sanción y proseguía normalmente su vida escolar. La discriminación entre los sexos no hace una excepción en este terreno. Actualmente, debido a las acciones de los sindicatos de alumnos, de docentes y del movimiento feminista, las jóvenes embarazadas pueden proseguir sus estudios siempre que su estado lo permita; pero lo más importante es que pueden volver, mientras que antes eran, lisa y llanamente, expulsadas definitivamente de la escuela. No por eso el embarazo deja de ser un grave obstáculo para proseguir los estudios, pues la joven no siempre tiene la ayuda de sus padres y tiene que criar sola a su hijo.

Consecuencias económicas

En Côte d'Ivoire, en estos tiempos de dificultades económicas y financieras, no es fácil encontrar un empleo en el medio urbano. Esta situación obliga a la inactividad a muchas adolescentes recién salidas de la escuela o recién llegadas a la ciudad. Sin embargo, es imprescindible para las jóvenes tener un mínimo para atender a sus necesidades, lo que predispone a las jóvenes a actividades que no siempre son rentables como ellas habían deseado (principalmente, pequeño comercio). Así pues, muy frecuentemente, las jóvenes terminan por dedicarse a la prostitución para sobrevivir, sobre todo en el ambiente urbano, en el que el dinero es la ley.

La mayoría de las madres adolescentes tienen que afrontar una situación de inferioridad en el trabajo: o bien están sin empleo o bien tienen un empleo mal remunerado. En efecto, según una encuesta realizada en ambiente hospitalario (Touré et al. 1997), de un total de 760 madres adolescentes que cohabitan, 64% son amas de casa, 29% ejerce una profesión, 3,7% asiste a un centro técnico y 3,3% están buscando su primer empleo.

Incidencia del aborto entre las jóvenes

El mayor recurso al aborto, y también el más precoz, lo encontramos en las generaciones más jóvenes: entre las mujeres nacidas en 1962, sólo el 6% había abortado antes de los 25 años, y el 11% antes de los 35. En las mujeres nacidas entre 1968 y 1972, 13% había tenido un aborto antes de los 20 años, 20% antes de los 25 y 29% antes de los 30. En las generaciones de entre 1973-77, ya el 26% de las mujeres había abortado antes de los 20 años y esta proporción pasa a 37% en las mujeres nacidas después de 1978.

El resultado del estudio antes citado (Koffi et al 1995), muestra que la proporción de embarazos interrumpidos voluntariamente entre las gestantes menores de 18 años es más elevada (19,8%) que entre las que tienen 18 años o más (7,9%). Según un estudio realizado en 1997 en el centro hospitalario de Yopougon, 37% de mujeres menores de 25 años habían abortado ya, frente a 30% de mujeres con 25-29 años, 24% de mujeres con 30- 34 y 19% con más de 35.

La frecuencia cada vez mayor de abortos entre las adolescentes podría ser una de las causas principales de la gran mortalidad maternal que existe en el África negra.

El aumento de este fenómeno en el último decenio podría revelar un cambio reciente en las mentalidades en materia de natalidad, pues las jóvenes del decenio de 1990 están menos dispuestas a aceptar embarazos precoces, próximos y numerosos. Esta hipótesis coincide con los principales resultados de las encuestas realizadas en Côte d'Ivoire sobre la planificación familiar, que ponen de manifiesto un cambio en los ideales de natalidad y un deseo de planificación familiar, especialmente evidente en las generaciones más jóvenes. Por otra parte, el aumento de abortos provocados podría revelar también la negativa de las jóvenes a quedar embarazadas en la etapa escolar o de estudiante. En efecto, según un estudio realizado en la región de Tanda, la mitad de las mujeres que habían abortado lo habían hecho para poder seguir sus estudios (Koffi et al. 1994). El hecho de que, en la población estudiada, el recurso al aborto sea más frecuente entre las mujeres más jóvenes, más instruidas y en el caso de mujeres solas, confirma la hipótesis de un cambio de mentalidad en materia de maternidad.

Las diferencias de intensidad y precocidad en el recurso al aborto observadas entre las generaciones irían en favor de un cambio de los comportamientos y de las motivaciones para el aborto: para las generaciones antiguas, el aborto es una manera de espaciar los nacimientos rechazando un intervalo demasiado corto, o también de limitar los nacimientos cuando ya se tiene un cierto número de hijos, por lo que el recurso al aborto es más frecuente cuando ya ha habido varios embarazos. Por el contrario, en las generaciones más jóvenes, el recurso al aborto aparece desde los primeros embarazos: es una manera de retrasar el primer nacimiento, de planificar los nacimientos desde el principio de la vida sexual.

En cuanto a la natalidad, este frecuente recurso al aborto observado en las mujeres más jóvenes y desde los primeros embarazos, podría ser un mecanismo que explique la tendencia a retrasar la edad del primer parto y el descenso de la natalidad. En efecto es sorprendente observar que el descenso de la natalidad se ha acelerado desde 1988. El índice sintético de natalidad para Abidjan observado en el censo de 1988 es de 4,7 (Abbas,1992). En 1994, seis años después, ha pasado a 4,1 (Kouassi et al. 1994), es decir, exactamente durante el mismo decenio en que hemos observado que el recurso al aborto se había triplicado.

¿En qué condiciones sanitarias tienen lugar estos abortos en un país en el que la interrupción voluntaria del embarazo es un acto ilegal? ¿Qué repercusiones tiene en la salud de las mujeres?

En las encuestas sobre la planificación familiar realizadas por la ENSEA (Koffi et al. 1995), alrededor de un tercio de las mujeres que habían abortado, declararon que habían sufrido complicaciones después de un aborto (hemorragias, infecciones, etc.). Una mujer de cada tres declaraba haber perdido una pariente próxima a raíz de un aborto provocado. No es necesario demostrar la gravedad de estos abortos "clandestinos", que con mucha frecuencia van seguidos de complicaciones que pueden ocasionar la esterilidad o la muerte. A estas complicaciones subsiguientes a un aborto provocado hecho a domicilio o en malas condiciones (Thonneau et al.

1996) se deben en parte los elevados índices de mortalidad maternal, que han aumentado en Côte d'Ivoire en los últimos años: la mortalidad maternal se estimaba en 330 por cada 100.000 nacimientos vivos en el período 1981-1986, pero en 1996 era de 597 muertes maternas por cada 100.000. La generalización del aborto que se ha observado podría explicar en parte este aumento.

¿Qué tipos de necesidades de planificación familiar reflejan estos abortos y cómo responder a ellas? La encuesta demográfica y de salud de 1994 estimaba que en Côte d'Ivoire 43% de mujeres que cohabitan tenían “necesidades no satisfechas de planificación familiar” frente a sólo 11% de mujeres que cohabitan que tenían sus necesidades de planificación familiar resueltas (Kouassi et al. 1994). El recurso al aborto clandestino observado confirma que existe una necesidad de planificación familiar en este país: el número ideal de hijos que desean tanto las mujeres como los hombres disminuye con las generaciones, para alcanzar entre los más jóvenes el número de cuatro y entre los mayores el de seis.

Perspectivas de acción

Ante este panorama de acontecimientos sombríos y tristes no es exagerado afirmar que la juventud en Côte d'Ivoire y en el resto de África, es una edad de alto riesgo. Como algunos países de África central y del este, se teme que en los próximos años se produzca un descenso en las expectativas de vida y un estancamiento del progreso económico debido al impacto del VIH/SIDA que ataca a la franja joven y más productiva de la población. La frecuencia del recurso al aborto por parte de las jóvenes, cuyas necesidades de anticonceptivos no están atendidas, da lugar a una mortalidad maternal muy elevada, que por otra parte contrasta con los avances económicos que está haciendo el país.

Si bien la situación es alarmante, no llega a ser desesperada. Las autoridades ya han puesto en marcha estrategias de intervenciones que empiezan a dar sus frutos. Citemos algunas:

- Campañas de información, educación y comunicación de masas sobre los medios de prevención de las ETS y el SIDA. Estas campañas se combinan con la implantación de unos circuitos de entrega de preservativos, lo que los ha hecho accesibles a todas las categorías de población. En efecto, estas campañas han hecho posible olvidar las reticencias y los tabúes en torno al preservativo y a democratizarlo de verdad, pese a las resistencias de las farmacias, que tenían el monopolio de venta, y se ha convertido en un producto de consumo corriente. Igual que los cigarrillos o los caramelos, el preservativo se encuentra en las tiendecitas de los barrios, en la mesa de los vendedores ambulantes o en el mercado en medio de otros productos –lo que no deja de plantear problemas en cuanto a su conservación.

- El desarrollo de programas de educación para la vida familiar integrados en los currículos escolares, que preparan a los alumnos para la adopción de comportamientos sexuales seguros y, más tarde, a una paternidad responsable.

- La implicación de las asociaciones de jóvenes en las actividades de sensibilización, dando preferencia al acercamiento entre iguales. Se trata de formar líderes de jóvenes que ofrezcan información a sus camaradas, pues los estudios han puesto de manifiesto que los iguales son los principales informadores en materia de sexualidad.

- La implicación de la sociedad civil a través de los jefes religiosos y comunitarios, la prensa, los sindicatos y las asociaciones comunitarias en las acciones preventivas del SIDA.

La creación de centros de orientación sobre la salud de la reproducción para adolescentes, pues éstos son reacios a asistir a los centros de salud para adultos, donde, además, el personal no siempre está debidamente formado para hacerse cargo de esta tarea. Estos centros para adolescentes podrán ir evolucionando más adelante para convertirse en centros de prestaciones, además de orientación.

- La promulgación de una ley que penalice la ablación del clítoris por razones culturales y religiosas, pues aumenta los riesgos de transmisión del SIDA, ya que se utiliza el mismo instrumento cortante para todas las muchachas; y además tiene consecuencias nefastas para la salud sexual de las jóvenes (riesgo de tétanos y hemorragias durante la operación, partos difíciles posteriores, relaciones sexuales dolorosas, frigidez, etc.).

Además de todas estas acciones, es urgente interesarse de modo especial por las clases más frágiles de la población joven, sobre todo:

- El sector de los jóvenes sin escolarizar. La generalización de programas de educación sexual para estos jóvenes, que trabajan en el sector informal o que viven en la calle haría al menos algo de justicia en relación a sus homólogos escolarizados.

- A las jóvenes adolescentes especialmente expuestas a los embarazos no deseados, en un contexto en el que no disponen de ningún arma para negarse a los avances de sus parejas, generalmente bastante mayores. La fecundidad de las adolescentes no es inevitable, pues sabemos que afecta muy poco a las hijas de las clases favorecidas. Hay que emprender acciones dirigidas a la población femenina de las clases desfavorecidas, tanto en zonas rurales como urbanas, para hacer descender esta natalidad. Necesitan la ayuda de una educación sexual y un fácil acceso a los anticonceptivos.

Al mismo tiempo, será preciso promover a todos los niveles una cultura social de igualdad entre los sexos, dirigida a los medios de comunicación, a la escuela y a los padres, a los líderes de opinión y a los políticos, a fin de que se valore la imagen de la mujer y no se la considere como un mero instrumento de placer.

Conociendo la gran prevalencia del aborto de riesgo, es preciso iniciar un debate sobre la legalización del aborto, tanto más cuanto que en Côte d'Ivoire, como en la mayoría de los países africanos, la interrupción del embarazo en condiciones sanitarias adecuadas, sólo le está negada a las clases desfavorecidas. El aborto médico seguro se practica, con la anuencia de las autoridades, a los que tienen los medios de pagarlo. La lucha para la liberalización del aborto hay que enmarcarla dentro del debate sobre la mayor igualdad entre ricos y pobres.

La lucha contra la pobreza y la precariedad sigue siendo una de las claves para ayudar a las familias a hacer frente a su responsabilidad de proteger material y moralmente a los jóvenes. Pero, además de todas estas acciones, toda la sociedad debe reflexionar y promover modelos de prácticas sexuales basadas en el respeto al cuerpo humano y a los individuos, especialmente a las mujeres, teniendo en cuenta el proceso irreversible de mundialización, al que Côte d'Ivoire no podrá sustraerse.

Traducido del francés

Referencias

ABBAS, S. 1992. *Recensement général de la population et de l'habitat: analyse des résultats définitifs*. Volumen 3, Tomo 1. Institut National de la Statistique. Abidjan.

AONON, A et GABIN, K. 1995. *Les maladies sexuellement transmissibles chez les jeunes*. Manuscrit, Abidjan.

DEDY, S. et TAPE, G. 1993. *Sexualité des adolescents*. Manuscrit, Abidjan.

DEDY, S. et TAPE, G. 1994. *Jeunesse, Sexualité et SIDA en Côte d'Ivoire, le cas d'Abidjan*. Manuscrit, Abidjan.

KANGAH, D. 1997. *Impact du VIH-SIDA sur les jeunes*. Manuscrit, Abidjan.

KOFFI, N. ZANOU, B et FASSASSI, R. 1995. "La planification familiale dans le centre-nord". Informe de la encuesta . ENSEA. Abidjan.

KOUAKOU, K. 1994. *Grossesses des adolescentes*. Manuscrit, Abidjan.

KOUASSI, L., N'CHO, S., KOUAME, K. 1994. *Enquête démographique et de santé de la Côte d'Ivoire*. EDSCI. Abidjan.

THONNEAU, P., DJANHAN, Y., TRAN, M. 1996. "The persistence of a high maternal mortality rate in Ivory Coast" *American Journal of Public Health*, p. 1478.

TOURE, L., KAMAGATE, Z., GUILLAUME, A., DESGREES DU LOU, A. 1997. *Santé de la reproduction et planification familiale à Youpougon*. ENSEA-ORSTOM-Dirección regional de la salud-FNUAP. Manuscrit, Abidjan.

Nota biográfica

Johanna Wyn y Peter Dwyer son Profesores Adjuntos en el Youth Research Centre, Universidad de Melbourne, Parkville 3052, Australia, email: j.wyn@edfac.unimelb.edu.au. Ambos han publicado artículos en el *Australian Journal of Education*, el *Journal of Education Policy* y el *Journal of Youth Studies*, y libros como *Opting Out*, 1996 y *Rethinking Youth*, 1997. Su Proyecto de Pautas de vida (*Life Pattern Project*) es un estudio de diez años sobre los jóvenes australianos, revisado anualmente y basado en un conjunto de 29.000 jóvenes de diecisiete años. [Email: j.wyn@edfac.unimelb.edu.au](mailto:j.wyn@edfac.unimelb.edu.au)

Nuevas pautas en la transición de la juventud en la educación

Johanna Wyn y Peter Dwyer

Las recientes investigaciones sobre los jóvenes han sugerido la necesidad de cambiar la manera en que pensamos sobre la juventud. En este artículo, nos centraremos en la educación como elemento central en los procesos que constituyen y moldean a la juventud. Reflexionaremos sobre el carácter cambiante de la "juventud" y las implicaciones que esto tiene para la educación.

Desde comienzos de los años 80, los gobiernos han introducido diversas iniciativas en los programas financieros y en los mercados laborales, y han llevado a cabo revisiones de largo alcance de los objetivos educativos como respuesta a las diferentes condiciones económicas. Esto ha planteado a los jóvenes un nuevo conjunto de alternativas que, por un lado, ponen mayor énfasis en la importancia económica de las cualificaciones educativas y, por otro, crean incertidumbre acerca del carácter predecible y de la seguridad de las posibilidades profesionales. Ha dado lugar a nuevos esquemas de transición, y ha impuesto a los jóvenes la responsabilidad de potenciar la gestión de sus propias vidas.

En este artículo, analizamos estos temas, partiendo sobre todo de las investigaciones de los países de la OCDE. Hemos puesto el énfasis en lo que los jóvenes construyen con sus vidas, no en lo que los responsables de las políticas suponen que dichos jóvenes están (o deberían estar) haciendo.

Las nuevas pautas de transición

Las recientes investigaciones señalan que se están forjando nuevas relaciones entre la juventud y la educación. A lo largo del último decenio, en la mayoría de los países se ha producido un aumento significativo del porcentaje de jóvenes matriculados en la educación post obligatoria, y durante períodos más largos. Junto a este aumento de las matrículas, en numerosos países los jóvenes trabajan y estudian simultáneamente cada vez más, y en su caso la transición ya no puede ser vista como el desplazamiento *desde* una ocupación primaria (la escuela) *hasta* otra (de trabajo o alternativas posteriores a la escuela). Actualmente, ambas experiencias se solapan. Además, una vez acabada su educación, la generación nacida después de 1970 ha vivido el desempleo y los contratos laborales temporales como experiencias habituales. ¿Cuáles son las implicaciones de estos cambios para el concepto de juventud y para las características de la "educación" en el futuro?

Como primer paso, es necesario replantear numerosos aspectos de la transición. Debido a los cambios que afectan a sociedades enteras, la noción de juventud como una *fase* de transición en el camino hacia la condición adulta es una descripción propia de antiguos esquemas que vivió la generación de los años '60 ("baby boomers"). Esta generación fue la primera en numerosos países del mundo industrializado que vivió los efectos de una educación "universal" más prolongada, en el marco de la reconstrucción y expansión de la posguerra. Además, para esta generación, la noción de "pleno empleo" era un objetivo realista. La educación se concebía específicamente como un mecanismo que garantizaba la cualificación y formación de la fuerza laboral, y los vínculos entre educación, formación y empleo eran considerados temas relativamente no problemáticos. Se

aceptaba como norma una relación de estricta correspondencia entre las cualificaciones académicas y una trayectoria profesional prescrita.

En algunos países como Alemania y Austria, se crearon estructuras dentro de los sistemas de educación con el fin de garantizar un proceso sistemático que vinculara la educación o la formación a empleos específicos. En otros países, si bien la relación entre educación y empleo era menos sistemática, la educación estaba estructurada para cumplir una función de puerta de entrada al empleo. Por ejemplo, en Australia y en el Reino Unido, la educación más allá de los años obligatorios fue diseñada para preparar a los jóvenes a la educación superior y a profesiones en la administración pública y en otros sectores profesionales. Había un sistema paralelo de formación estrechamente vinculado a los "oficios" de los obreros, y un gran porcentaje de jóvenes abandonaba la escuela en cuanto la ley se los permitía para integrarse directamente en la fuerza laboral.

El concepto de transición que ha dominado los discursos sobre la juventud a lo largo del último decenio ha sido modelado a partir de esta experiencia del pasado y ha dependido en gran medida de la idea de progresión lineal desde la infancia, pasando por la juventud, hasta alcanzar la edad adulta. En numerosos textos, se relaciona esta progresión con el supuesto de la juventud como período de "desarrollo", física, social y psicológicamente hacia la madurez y la condición de adultos. Sin embargo, para la generación más reciente, se ha producido una falta cada vez mayor de correspondencia entre estas ideas sobre el desarrollo y una realidad en que los acontecimientos de la vida tradicional han perdido su calidad de hitos de la edad adulta (por ejemplo, conseguir un empleo) o han sido asociados muy vagamente con la condición de adulto (por ejemplo, dejar el colegio y convertirse en padres).

Durante los años '80 y comienzos de los '90, numerosos investigadores señalaron la dificultad de definir cuándo esta generación alcanzaba concretamente la edad adulta, y postularon que el período de la juventud se había ampliado, y que ahora abarcaba las edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años, y quizá más. Más tarde, este enfoque fue criticado como demasiado simplista, y existe actualmente un interés creciente entre los investigadores de Europa y América del Norte por desarrollar nuevos modelos y definiciones de transición para la generación actual de jóvenes en las sociedades occidentales (ver Looker y Dwyer, 1998a; Furlong y Cartmel, 1997; Côté y Allaha, 1994; Wyn y White, 1997). Muchas de sus ideas se ven confirmadas por las pruebas de nuestro propio proyecto de *Pautas de vida* (Wyn y Dwyer, 1999), un estudio longitudinal de una muestra representativa de 2000 jóvenes australianos que acabaron su educación secundaria en 1991, y que actualmente son objeto de un estudio y de entrevistas anuales realizadas desde 1995 hasta el año 2000. Las conclusiones de esta investigación han sido cotejadas con un conjunto comparable de datos longitudinales realizado en Canadá (Looker y Dwyer, 1998b). Los temas que surgen de estos estudios revelan similitudes con aquellos reseñados en los estudios sobre la juventud británica (Rudd y Evans, 1998) y con investigaciones realizadas en los Países Bajos (du Bois-Reymond, 1998).

Estos estudios revelan una disparidad emergente entre los objetivos declarados de la educación y de las políticas para la juventud, por un lado, y las cambiantes prioridades y elecciones de los jóvenes, por otro. La noción lineal de transición, manifiesta en la metáfora de itinerario utilizada en los documentos de las políticas, parece corresponderse cada vez menos con los esquemas vitales que viven los jóvenes en el Reino Unido, los Países Bajos, Canadá y Australia. A pesar de la existencia de diferencias locales, regionales y nacionales, queda claro que se ha producido un giro fundamental en las circunstancias de una mayoría de jóvenes, y que este giro tiene similitudes notables en países con diferentes tradiciones y estructuras educativas.

Actualmente, las experiencias de los jóvenes en estos países revela una falta de correspondencia entre el nuevo enfoque de "educación instrumental" para el capital humano, que ha influido en la definición de las políticas para la educación en los años '90, y la realidad de las fuerzas del mercado desreguladas, flexibles e "imprevisibles". Hay tres temas que destacan en las investigaciones sobre los jóvenes en los años '90. En primer lugar, la conciencia de opciones predefinidas surge como un hilo conductor a lo largo de una gama de estudios durante la última década. En segundo lugar, hacia

finales de los años '90 se ha producido un giro evidente hacia esquemas vitales más complejos, así como un equilibrio o mezcla de toda una gama de prioridades e intereses personales. En tercer lugar, la necesidad de proporcionar a los jóvenes una "voz real" para que se pronuncien sobre los drásticos cambios económicos y sociales a los que se han visto sometidos. Esto es insoslayable, a la luz de la creciente disparidad existente entre la retórica y las políticas para la juventud y las políticas educativas, y la experiencia que los propios jóvenes tienen de sus resultados.

Las opciones predefinidas

Más que cualquier otro, este tema se encuentra en el núcleo de paradojas y contradicciones visibles que han señalado los investigadores de la juventud. Furlong y Cartmel (1997) y Rudd y Evans (1998) en el contexto británico, han señalado que parece haber una contradicción entre las condiciones poco promisorias del mercado laboral en las vidas de los jóvenes y sus perspectivas relativamente optimistas de la vida. En nuestro proyecto de *Pautas de vida*, parecía que los participantes habían aceptado una definición de su futuro como adultos en términos de la seguridad económica que obtendrían de un empleo permanente de jornada completa, si bien al mismo tiempo expresaban otras prioridades en sus vidas. Estas prioridades les permitían negociar y acomodarse a la postergación de ese futuro.

Para entender esta complejidad, es necesario estudiar el contexto de las políticas educativas y para la juventud que han enmarcado las experiencias de la generación posterior a 1970. A lo largo de los últimos treinta años, se puede definir un patrón en todas las políticas educativas de los países de habla inglesa, que demuestra que la definición de los objetivos educativos se ha puesto al servicio de modas económicas dominantes, con escasa consideración por el impacto que esto tendría en aquellos que se encuentran en el otro extremo. Por ejemplo, en Australia, en los años '60, la expansión económica influyó en la política educativa a través de la adopción de la teoría del capital humano, para justificar un aumento de los gastos públicos destinados a la educación superior. Esta versión general de la teoría del capital humano se basaba en la premisa de que la educación contribuía a aquellos elementos del crecimiento económico que no podían ser explicados por otros factores. En los años '70, con el comienzo de la recesión económica, la teoría del capital humano perdió terreno. En su lugar, se modificaron las políticas para responder al énfasis puesto en las fuerzas del mercado y en la desregulación de las economías. En los años '80, la preocupación por el alcance del desempleo entre los jóvenes en Australia y otros países de la OCDE otorgó legitimidad a una nueva forma de teoría del capital humano. Esta nueva versión, del "mercado", de la teoría del capital humano consideraba a la educación un instrumento necesario para crear una fuerza laboral que pudiera enfrentarse a los rápidos cambios tecnológicos.

Desde entonces, dos constantes han dominado la política educativa: la reestructuración de los puestos de trabajo y la privatización de la educación. La reestructuración de los puestos de trabajo requería trabajadores que tuviesen "una mejor formación" o que tuvieran múltiples capacidades y fueran "flexibles" para apoyar el crecimiento económico y el aumento de la productividad. La privatización de la educación se basaba en el supuesto de que ya que los individuos se benefician de la inversión en educación, deberían pagar un porcentaje más alto de los costos. Marginson (1993) sostiene que esta nueva versión de la teoría del capital humano es la piedra angular de numerosos cambios educativos introducidos en los países de la OCDE en los años '80.

Los principales informes sobre las políticas para la juventud han puesto un énfasis considerable en la promoción de la educación post obligatoria como clave para el bienestar económico en el futuro. Así, desde mediados de los años '80 se ha producido una redefinición sustancial del programa para la juventud y de las políticas educativas, poniendo especial énfasis en los años post obligatorios. Para esta nueva definición, el papel de la educación, tanto en la escuela secundaria como posteriormente, es crucial para producir la fuerza laboral capacitada, adaptable y flexible que hará progresar la sociedad del conocimiento en el futuro.

El resultado de este énfasis puesto en la ampliación de las matrículas de los jóvenes ha sido una disminución significativa de los alumnos que abandonan la escuela sin completar una cualificación

inicial. Hacia 1995, en el conjunto de los países de la OCDE, sólo uno de cada cuatro jóvenes entre 20 y 24 años carecía de esa cualificación, si bien había variaciones nacionales y regionales significativas. El porcentaje de los que completaban sus estudios en Portugal y Turquía era de uno de cada dos alumnos, mientras que en Noruega, la República Checa y la República de Corea era de sólo uno de cada diez. Dentro de los países también había variaciones de cierta magnitud. Tanto en Australia como en Estados Unidos, los estudiantes de las zonas rurales tenían menos probabilidades de completar el ciclo, mientras que en las regiones más pobres de Portugal el porcentaje de los que no completaban el noveno curso era el doble del de la región de Lisboa.

Es importante señalar que este aumento de las matrículas no ha mejorado necesariamente los resultados del empleo de aquellos que han permanecido en la escuela. En muchos países de la OCDE el índice de desempleo de los jóvenes sigue siendo elevado (en algunos países, es tres veces superior al de los trabajadores adultos) y aunque los que poseen cualificaciones corren un riesgo menor que los que no las poseen, la supuesta relación de estricta correspondencia entre cualificaciones y carrera profesional ha perdido su vigencia. Salvo unas pocas excepciones, los responsables de las políticas han prestado escasa atención al problema de hasta qué punto sus políticas educativas y de formación conseguirían el objetivo de proporcionar carreras al mercado laboral reestructurado. En efecto, la política educativa se ha "distanciado" de la contabilidad para servir a sus propios fines, y deja su cumplimiento eventual a los principios de "el usuario paga" y al juego del mercado a nivel local e individual.

En términos del programa de educación post obligatoria, hay elementos potencialmente engañosos en el actual panorama de las políticas educativas. Actualmente, la implementación de políticas significa proporcionar ciertos "resultados" de participación educativa, independientemente de si en el mercado laboral existen las correspondientes posibilidades. El problema que es que el apoyo económico de las políticas llaman la atención sobre el supuesto vínculo entre la participación en el nivel post obligatorio y la mejoría de las perspectivas de empleo para todos. Por ejemplo, en Estados Unidos, los empleos de alta cualificación actualmente en demanda representan sólo un pequeño porcentaje del crecimiento real del empleo. Como ha demostrado Levine:

Las cinco profesiones más altamente cualificadas sólo emplearán al 6,1% de los trabajadores hacia finales de siglo. Entretanto, profesiones como cocinero, camarero, guardias de seguridad y otras profesiones con cualificaciones relativamente bajas, experimentarán el crecimiento numérico más alto entre 1984 y el 2000, fecha en que estos empleos ocuparán al 16,8% de la fuerza laboral (Levine, 1994,36).

Además, incluso las personas altamente cualificadas ingresan en un mercado laboral radicalmente reestructurado en el que intervienen una mayor flexibilidad y contingencia, y para ellos surge un dilema porque el significado de profesión ha cambiado. Las imágenes (y consejos) que se ofrece a los jóvenes en relación a las transiciones entre estudio y trabajo siguen prometiendo un mundo de resultados previsibles, una carrera perdurable y seguridad para las perspectivas futuras. Sin embargo, sabemos fehacientemente que "el empleo se vuelve cada vez más inestable, las fronteras profesionales están cambiando o desdibujándose y hay cada vez más empleos de duración temporal" (Stern *et al.*, 1997). Merece la pena contrastar detalladamente la falta de correspondencia que se ha producido entre los cambios en el mercado laboral y las nuevas pautas de transición que afectan a la educación de la actual generación de jóvenes.

A lo largo del último decenio, se han producido cambios significativos en las economías de los principales países desarrollados. Tienen especial importancia las transformaciones que han conducido a una reestructuración radical de las oportunidades y perspectivas de empleo. Hay cinco características dominantes que exigen nuestra atención:

- El creciente dominio del sector de los servicios como principal fuente de empleo;
- El cambio de los empleos masculinos jornada completa a una participación de tiempo parcial de los empleos femeninos;
- El aumento del desempleo de larga duración;

- Un aumento de las cualificaciones de la fuerza laboral junto a una disminución del empleo de jornada completa para los graduados;
- Una creciente disparidad entre el aumento de los ingresos más altos y una disminución de los ingresos más bajos.

Junto a estos cambios del mercado laboral, podemos identificar nuevas pautas de transición en el campo de la educación. He aquí cinco características dominantes de las recientes tendencias en el itinerario que va de la juventud a la condición de adulto:

- El solapamiento de estudio y trabajo;
- La disminución de las oportunidades para los no cualificados;
- El creciente aplazamiento de las posibilidades profesionales;
- El aumento del empleo de jornada parcial para los licenciados;
- Una creciente falta de correspondencia entre las cualificaciones reales y las posibilidades de empleo.

Chisholm (1997,14) informa que la combinación estudio-trabajo entre los alumnos conforma un "modelo de actividad significativo" en varios países europeos. Más del 60% de la muestra en el estudio de Rudd y Evans sobre los jóvenes en el Reino Unido tenía un empleo de tiempo parcial en el momento del estudio.(Rudd y Evans, 1998, 54) y en los Países Bajos se descubrió que "mezclar" distintos quehaceres de la vida, especialmente el trabajo y el estudio, se había convertido en algo habitual (du Bois-Reymond, 1998, 67). A pesar de que hay un elemento restrictivo en estas pautas cambiantes de trabajo y estudio, debido al cambio en las circunstancias económicas y sociales, también hay pruebas de que los jóvenes eligen activamente combinar la escuela con el trabajo. Chisholm (1997, 14) señala que una tercera parte de los jóvenes entre quince y veintinueve años en el *Estudio Europeo sobre la fuerza laboral* están decididamente optando por empleos de jornada parcial mientras estudian. Esta prueba ha sido confirmada por las conclusiones del proyecto de *Pautas de vida* en Australia y en los datos coincidentes de los estudios en Canadá. Sólo una tercera parte de la muestra australiana señalaba que "preferirían estudiar sin trabajar" (Dwyer y Wyn, 1998). Hasta cierto punto, estas combinaciones están relacionadas con las dificultades que tienen los jóvenes que no estudian para encontrar un empleo de jornada completa perdurable. En Estados Unidos, los investigadores han descrito el proceso de transición como un sistema de "hágalo usted mismo" que "podría afectar a más de 20 millones de jóvenes que no seguirán estudios universitario de cuatro años después de la escuela secundaria. La mayoría irá de un empleo a otro hasta aproximadamente los 25 años, y no recibirán una formación seria para una profesión" (Smith y Rojewski, 1993, 224-5). Un reciente estudio sobre alumnos de bachillerato realizado en Canadá llegó a la conclusión de que "para casi la mitad de los jóvenes, la inestabilidad laboral durante unos dos años después de graduarse es un fenómeno predominante" (1996,104). Otro estudio realizado en Canadá señala un aumento del porcentaje de graduados desde finales de los años '70 que sólo encuentran un empleo a jornada parcial.

En algunos países europeos, las oportunidades de empleo para los que no estudian son aún más restrictivas. Si estudiamos los datos comparativos de los jóvenes entre quince y diecinueve años que ni estudiaban ni trabajaban, veremos que en la República Checa, Grecia, Italia y España, los índices se situaban por encima del 10%. Por otro lado, en varios países europeos los índices de desempleo para los licenciados universitarios son superiores a los índices de los países de habla inglesa, y países como Bélgica, Francia y Finlandia tienen índices que superan el 14%.

En Australia, el detallado estudio de Gregory llegó a la conclusión de que "el mayor nivel educativo de los jóvenes no les ha protegido de llevar el peso principal del ajuste debido al no crecimiento del empleo" (Gregory, 1995, p. 321). La evaluación más plausible es que, actualmente, las políticas de formación funcionan como un mecanismo retardador que, para algunos son mecanismos para ganar tiempo, para otros, programas de reciclaje y, a la larga, para todos, la posibilidad de definir instrumentos para seleccionar la fuerza laboral "flexible" (desechable) del futuro.

A pesar del discurso sobre la necesidad de una fuerza laboral "altamente cualificada", estas pruebas demuestran (en términos de medidas objetivas, como el nivel de integración entre educación o

formación y un contrato de un empleo seguro de jornada completa) que las opciones de los jóvenes están predeterminadas. A pesar de las pruebas, las políticas siguen orientadas en términos de las experiencias del pasado. El problema para las generaciones nacidas después de 1970 en las sociedades occidentales es que están cada vez más conscientes de que, a diferencia de las generaciones precedentes, ingresan en la vida adulta como una aventura en un territorio desconocido. Sin embargo, la ideología de la educación y de la planificación económica sigue profesando un vínculo de estricta correspondencia entre las cualificaciones y los logros profesionales. Ante esto, llevan a cabo sus propias evaluaciones pragmáticas. Aún no se sabe si seguirán acomodándose a opciones predefinidas, siguiendo vías alternativas de intereses personales o "privados", o si el resentimiento creado por las falsas promesas de realización moldearán sus respuestas "públicas" o políticas en el futuro.

Vidas multidimensionales

Si bien reconocemos los méritos intrínsecos de la educación para la futura generación y para el bienestar nacional, la verdad es que los cambios estructurales significativos en la actualidad se están produciendo dentro de los mercados globales de maneras que no coinciden con las provisiones de las políticas propugnadas dentro del mercado educativo. ¿Cuál es el verdadero significado de la fuerza laboral "altamente capacitada y flexible" del futuro? ¿Se pueden conciliar las demandas "flexibles" de los mercados económicos con lo que los trabajadores "altamente cualificados" consideran una justa recompensa por sus años de formación? ¿Hasta qué punto sigue siendo válido esperar posibilidades profesionales previsibles a partir de su participación exitosa en el mercado de la educación?

Una cosa es cierta, y es que a lo largo de la vida de esta generación nacida después de 1970 se ha producido *una inversión intergeneracional significativa y sin precedentes en la educación* como bien público y como medio de realización personal. Nuestra investigación sobre los jóvenes señala un sólido reconocimiento suyo del apoyo y el estímulo que recibieron de sus familias cercanas mientras lidiaban con las incertidumbres y las realidades de los logros educativos ante la falta de empleos profesionales en el futuro. Es indudable que aquellos que han completado sus estudios son conscientes de aquellas incertidumbres y realidades. El hecho de que se hayan realizados las inversiones, de que ha sido una inversión en conocimientos y en crecimiento personal, y de que ha sido intergeneracional, actualmente los lleva a impugnar sus expectativas originales y a reevaluar por sus propios medios sus prioridades vitales predefinidas.

Por lo tanto, nuestro proyecto de *Pautas de vida* señala que los caminos alternativos del interés personal tienen cada vez más importancia para nuestros participantes. Se ha producido un viraje decisivo hacia pautas de vida más complejas y hacia vidas multidimensionales. Esto sugiere que los jóvenes comienzan a replantearse las prioridades y expectativas que sus padres estimularon en ellos. Sus respuestas señalan que, por elección propia o por los obstáculos encontrados, ya han comenzado a superar las estrechas perspectivas profesionales a las que se les ha enseñado a aspirar en la escuela.

El cambio en la experiencia de las mujeres jóvenes es un factor importante en este cambio de perspectiva. Para las jóvenes, el aumento de la participación en la educación post obligatoria y en el mercado laboral ha sido el más drástico. A pesar de estas dimensiones adicionales en sus vidas, las mujeres insisten en la importancia de lo que se podría considerar sus "roles tradicionales" (sus relaciones personales, la perspectiva de una vida familiar, la posibilidad de disfrutar de un tiempo "privado" con la familia y los amigos, la noción de "cuidado" para sus seres cercanos), o un sentido de equilibrio de los compromisos personales que mezclan las dimensiones "privada" y "pública", dimensiones que permanecieron muy separadas en términos de género durante la era industrial. Los hombres en nuestro proyecto de *Pautas de vida* también son conscientes de estas nuevas dimensiones. Sin embargo, para ellos, las opciones predefinidas en el mercado laboral plantean una amenaza más grave a lo que muchos de ellos aún consideran sus roles tradicionales. Sin embargo, a pesar de esto resulta interesante señalar que en nuestra muestra, sólo una minoría de los hombres

están estrechamente centrados en el modelo masculino de la era industrial. Este cambio en la manera de pensar, tanto en los jóvenes como en las jóvenes encuentra un eco en la juventud de los Países Bajos a quienes no les interesaba convertirse en adultos en los mismos términos que sus padres. Du Bois-Reymond señala que el modelo "antiguo" de adulto era considerado demasiado rígido y carente de recompensas. Estos jóvenes no querían "comprometerse" o "madurar" en el sentido de la acepción normal de "madurar" (1998, 75).

Sin embargo, es importante no exagerar la importancia de este cambio ni crear un nuevo estereotipo del adulto para reemplazar al antiguo. Las pruebas recogidas en las investigaciones generan la imagen de una complejidad creciente del proceso de convertirse en adulto. Apoyan la idea de que, en lugar de definir la "juventud" como un período cada vez más largo de las vidas de las personas, los jóvenes están forjando e iniciándose en una "nueva condición de adulto" a edades relativamente tempranas. Existe actualmente un solapamiento entre las etapas antiguamente separadas de juventud y edad adulta. Ya nos hemos referido al solapamiento entre estudio y trabajo en las vidas de los adolescentes en los países de habla inglesa (de hecho en Australia, el 80% de los empleos de tiempo parcial en el mercado laboral de los jóvenes son adjudicados a estudiantes que cumplen un horario completo. En los países menos desarrollados, está apareciendo un tipo diferente de solapamiento: por ejemplo, un joven adolescente en Brasil, cuya educación le ha proporcionado las capacidades para desarrollar y manejar un programa informático que permite la continuidad del negocio familiar, ya ha entablado una relación adulta con su familia y con el mercado laboral. Para este adolescente, y sus pares en otros países, las fronteras entre infancia y edad adulta se han desdibujado y ha cambiado el significado de los ritos tradicionales que marcaban el inicio de la edad adulta. A partir de la infancia, los indicadores de la edad adulta se cumplen cada vez más, algunos antes que en el pasado y otros después. Estas pautas *no* son las de la edad adulta que vivió la generación anterior, si bien las políticas educativas y los marcos de la investigación aún tienen como referencia el modelo caduco de la era industrial.

Existen pruebas de que esta combinación de diferentes quehaceres de la vida no está limitada a quienes tienen éxito en los estudios. Chisholm destaca el material cualitativo (1997, p. 13) que demuestra que "las capacidades de sobrevivir de los jóvenes menos favorecidos y marginales puede ser sumamente importante, aunque en gran medida no está reconocido en el sistema formal de cualificaciones", y MacDonald proporciona pruebas similares en un estudio sobre la región de Teeside, una de las menos favorecidas y más pobres de Inglaterra. También pone de relieve la necesidad de adoptar una perspectiva más holística de cómo los jóvenes moldean sus vidas, observando las transiciones paralelas que éstos viven, por ejemplo, en el marco de la familia y la vivienda (así como la transición de la escuela al trabajo) y las conexiones entre ellas... cómo estos cambios intersectan con un trabajo doméstico no remunerado, y las transiciones que los jóvenes realizan en el marco de la sexualidad, el matrimonio y las relaciones, la vida familiar y la condición de padres... Si queremos abordar seriamente la diversidad y complejidad de las transiciones de los jóvenes, así como la manera en que conducen a la inclusión-exclusión social a largo plazo, tenemos que entender más holísticamente las relaciones entre estos diferentes aspectos y escenarios de la transición juvenil (MacDonald, 1998, 169).

La multidimensionalidad de las vidas de los jóvenes ha llevado al límite la antigua noción de la juventud como una transición a la edad adulta. Sin embargo, una de las dificultades que enfrenta la investigación sobre la juventud es que, aparte la educación y el empleo, ha resultado difícil documentar sistemáticamente los datos sobre otras dimensiones importantes de las vidas de los jóvenes. Las antiguas categorías lineales que definen la "transición" casi exclusivamente en términos de las dos dimensiones de "estudio y trabajo" siguen dominando los parámetros de la mayoría de las bases de datos y estadísticas a gran escala. Las pruebas acerca de otras prioridades que puedan tener los jóvenes (estilos de vida personales, intereses en el tiempo libre e incluso prioridades familiares) tienden a ser poco sistemáticas, esporádicas o definidas por el mercado. Aquellos que formulan preguntas siguen preocupados con el viejo programa, y estas prioridades más amplias suelen ser trivializadas mediante el uso de rótulos conceptualmente dudosos, como

"generación X" y "generación Y", que tienden a homogeneizar la verdadera diversidad de la experiencia de los jóvenes. Además, los propios rótulos "se aplican a" en lugar de "derivarse de" los jóvenes. Es indispensable estimular las investigaciones participativas para construir los conocimientos sobre los jóvenes a partir de sus propias prioridades e intereses. Significaría un gran paso para zanjar la brecha en nuestro conocimiento acerca de las dimensiones más amplias de sus vidas y de cómo establecen un equilibrio entre diversos compromisos. Esta investigación participativa también tiene una función integral para ir más allá de los programas de investigación sobre los jóvenes, pero elaborados por adultos.

Una voz activa

Una especie de "cruce de fronteras" es el término que utiliza Biklin (1999) para describir el carácter de la relación entre los investigadores de la juventud y los jóvenes. Dado que los primeros tienen su propia experiencia de su juventud, creen que conocen su esencia. A partir de la articulación post estructuralista de la imposibilidad de la "visión desde ningún lado", Biklin explora cómo los propios recuerdos de juventud de los investigadores "infiltran" su campo de trabajo y sus ideas sobre la juventud que estudian. Su investigación está basada en ejemplos de investigaciones sobre la juventud realizadas en Italia, Estados Unidos y Australia, y revela el significado de los recuerdos del adulto en su comprensión de la juventud, lo cual ilustra la manera en que la posición y los recuerdos del investigador adulto han influido en las preguntas de la investigación, en la recopilación e interpretación de los datos.

Esto se puede ilustrar con una importante conferencia celebrada recientemente sobre los jóvenes de entre 20 y 24 años en Australia, en la que se presentaron una diversidad de ponencias de investigación significativas y sustanciales (Dusseldorp Skills Forum, 1999). Éstas se basaban en la mayoría de los actuales datos sobre la juventud disponibles en Australia. En un nivel objetivo, gran parte de los datos presentados confirmaron la perspectiva que hemos desarrollado en este artículo, si bien se trataba más de datos estadísticos que de una investigación participativa. Sin embargo, a nivel subjetivo de la gestión de los jóvenes, los datos estadísticos y los análisis presentaban una imagen unilateral. No se observó el sustrato de selección y complejidad que comunicaban los participantes en nuestro estudio longitudinal, y se creó una impresión de receptores pasivos (expresada en una metáfora mecánica de escaleras que suben y bajan y llevan a los jóvenes a sus destinos individuales y que "profundizan la brecha" de la desigualdad entre diferentes grupos de jóvenes. Nos recordaba el comentario de Rudd y Evans sobre otros análisis similares de la transición de los jóvenes en el Reino Unido, que subestiman el grado de elección o de iniciativa evidente en estos procesos. Por otro lado, ha habido pocos intentos para explicar la aparente incompatibilidad entre lo que los jóvenes perciben como autonomía y control y la supuesta influencia predominante, y a menudo sin mediaciones, de estructuras sociales "deterministas" en sus vidas (Rudd y Evans, 1998,60-61).

Los datos estadísticos a gran escala son evidentemente importantes para documentar resultados para el conjunto de la generación, si bien estas pruebas *sobre* ellos tienen que ser equilibradas con pruebas que *provengan* de ellos. De otra manera, corremos el riesgo de categorizar la generación del riesgo (Beck, 1992) como la "generación en riesgo". Esto se debe a que nuestras bases de datos suponen una perspectiva macrosociológica y casi determinista de la "propulsión" hacia las trayectorias profesionales y sus respectivas posibilidades laborales y, con escaso control sobre el proceso de parte de los propios jóvenes" (Rudd y Evans, 1998, 60).

Estas bases de datos y sus correspondientes metáforas de ascensores, trayectorias y otros modelos deterministas y lineales, provienen de tradiciones teóricas que destacan las fuerzas estructurales a expensas de la acción del individuo. Sin embargo, precisamente porque el viejo modelo de transición lineal ha perdido gran parte de la predictibilidad que le otorgaba legitimidad, actualmente es más importante que nunca desvelar la complejidad y la ambigüedad de la transición de la sociedad post industrial. Gran parte de las incertidumbres, modificaciones, tensiones y solapamiento de intereses que los jóvenes viven a diario solo se pueden revelar y entender si se les deja que

definan para el investigador qué cosas son realmente importante para ellos, y qué sentido dan a los riesgos y dilemas que viven. Como ilustra el análisis teórico de Furlong y Cartmel (1997), hay claras señales de ambigüedad en los esfuerzos que los jóvenes realizan a nivel individual para forjarse un futuro.

Si caemos en el supuesto de que los jóvenes pretenden un programa predefinido de la "edad adulta normal" basada en la sociedad industrial del pasado, es correcto llegar a la conclusión de que no gozan del grado de opción individual que les permitiría eludir eficazmente los obstáculos de las condiciones predeterminadas de origen social, privilegio o desventajas. Sin embargo, ¿cuán verdadero es ese supuesto? No podemos dar por sentado el programa predefinido (que aún influye en la actual generación de responsables de las políticas de educación y de investigadores de la juventud). Tenemos que someterlo a prueba contrastándolo con los programas de los propios jóvenes como respuesta a las diferentes condiciones vitales de la era post industrial.

Hay aquí un verdadero principio de cambio generacional en juego. Dado que los cambios sociales y económicos de amplio espectro que se han producido desde 1970 en las sociedades occidentales han cambiado las condiciones de vida y las perspectivas de futuro tanto de los jóvenes como de los viejos, tenemos que desarrollar nuevos marcos de investigación y de políticas que nos permitan impugnar los supuestos que miden los resultados con las normas del pasado. De otra manera, retratamos a los miembros de esta generación como receptores acríticos de la educación y la formación, o como empleados dóciles y condescendientes para el futuro y víctimas pasivas de discursos que los exponentes de una generación anterior les anuncian como la verdad y la realidad inevitable. En este caso, existe el peligro de que la experiencia de una generación anterior se acepte como "normativa" y, de hecho, se minimice la trascendencia de las nuevas pautas de vida que los jóvenes están forjando.

Por lo tanto, el diseño de los sistemas educativos en la mayoría de los países del mundo industrializado aún refleja las ideas sobre la relación entre educación y sociedad vigente en la época inmediatamente posterior a la guerra. Aquella fue una época de reconstrucción industrial y nacional y de estructuras de educación masiva que sirvieran a las economías en expansión. En la mayoría de los casos, los sistemas escolares apenas han cambiado desde entonces. Hay dos elementos que actualmente parecen estar reñidos con la manera en que los jóvenes están forjando sus vidas en los años '90: ambos se basan en supuestos de linealidad y ambos son cruciales en las ideas de la "juventud como transición". En primer lugar, la categorización basada en la edad sigue siendo un principio organizador fundamental en casi todos los colegios. Este rasgo de los colegios se basa en los supuestos y en los marcos de la psicología del desarrollo que ha proporcionado modelos normativos para la práctica educativa. En segundo lugar, la escolarización se basa en una supuesta relación lineal entre la escuela y el trabajo, donde la escuela se considera el marco educativo *anterior* en que se produce el "aprendizaje", y el trabajo el marco *posterior* donde se "aplica" el aprendizaje. Las pautas de vida de estos jóvenes impugnan cada vez más estos supuestos lineales y categóricos en la medida en que toman decisiones pragmáticas para equilibrar y negociar una gama de compromisos personales, profesionales y educativos en sus vidas. Por ejemplo, Raffo y Reeves (1999) descubrieron en su estudio del Reino Unido que los jóvenes tomaban sus propias decisiones acerca de cómo relacionarse con su escolarización. No sólo los jóvenes del estudio tomaban decisiones acerca de sus niveles de participación en el aula, sino también decidían a qué clases asistirían. Raffo y Reeves describen a jóvenes que tomaban decisiones muy conscientes sobre cuándo dejarían la escuela, si utilizarían el tiempo dedicado a la educación para otros fines y qué tipo de calificaciones obtener. Su investigación proporcionaba pruebas de que los jóvenes desarrollan una perspectiva de la escuela en la que la educación es sólo una de muchas opciones que manejan. Además, al tomar decisiones acerca de cómo manejarán estas opciones, adoptan decisiones muy pragmáticas acerca de cuáles son las asignaturas escolares relevantes para ellos.

Las pruebas de las investigaciones realizadas en diversos países apoyan esta interpretación. En gran parte, esta investigación se refiere a la educación y a las pautas de trabajo que se perfilan después de acabar la escuela secundaria. Incluso existen pruebas de que estas pautas se establecen mientras los

jóvenes aún asisten a la escuela secundaria (Stern *et al.*, 1997). Sin embargo, son escasos los cambios en las vidas de los jóvenes, cuando los hay, que se reflejan en la política educativa. En Australia, el Reino Unido y Nueva Zelanda, la política educativa sigue estancada en una visión de la escuela secundaria como un ámbito separado de la "vida", como una etapa en que se prepara a los jóvenes *para* la vida. La formación profesional, un aspecto de la educación donde los vínculos con las prácticas en el lugar de trabajo deberían ser relevantes, sigue enfrascada en un modelo industrial de formación para habilidades limitadas, por línea profesional. Incluso en países donde los niveles de integración profesional han sido tradicionalmente sólidos (por ejemplo, Alemania y Austria), los cambios en las características del trabajo han impugnado los modelos tradicionales de educación y formación.

Las opciones pragmáticas de los jóvenes en la combinación de escuela y trabajo durante la escuela secundaria y durante su educación y formación post secundaria, tienen implicaciones importantes para la educación secundaria en el futuro. Los jóvenes que ocupan su plaza en el mercado de trabajo son, efectivamente, "adultos a jornada parcial". Para numerosos jóvenes, el peso de la responsabilidad adulta también influye en sus relaciones personales, incluyendo la responsabilidad de cuidar de los hermanos menores o de otros miembros desvalidos de la familia. No se trata de un fenómeno nuevo, pero lo que hay de nuevo es que, combinado con el cambio que significa equilibrar escuela y trabajo, cuestiona la condición de niño que las escuelas siguen atribuyendo a los jóvenes.

El modelo desarrollista, reflejado en la escolarización basada en la edad, parece cada vez más lejos de la realidad de los jóvenes, donde la exploración de la sexualidad, las múltiples responsabilidades, las relaciones y las complejas pautas de vida que éstas crean, desdibujan la distinción entre "joven" y "adulto". La política y la práctica educativa, ante tan enorme desafío, se orientan hacia la simple "administración" de la incertidumbre en lugar de abarcarla.

Las implicaciones

Básicamente, la "reforma" de la educación en la mayoría de los países de la OCDE en los años '90 se ha fundado en la retórica del enfoque del "nuevo capital humano". Este enfoque está tan alejado de las vidas de los jóvenes como la anterior retórica, y se ha caracterizado por la "privatización" y "mercantilización" de la educación. El papel del director de escuela se ha convertido en la de un "nuevo administrador", imitando la retórica comercial del "liderazgo" de los años '80. Estos cambios también se han introducido en Nueva Zelanda y, hasta cierto punto, en el Reino Unido y en algunas partes de Canadá, y a la larga ha creado un entorno donde todas las escuelas se encuentran en condiciones de competir con las demás en el mercado educativo. En Estados Unidos, se han "desregulado" las escuelas para permitir la proliferación de escuelas con objetivos especiales que sirven a diversos mercados educativos.

Sin embargo, al comercializarse de esta manera, las escuelas enfrentan un grave problema. El nexo entre la educación y el empleo, siempre precario, está a punto de romperse. Las escuelas, en general, no pueden declarar que preparan a los jóvenes para el empleo porque no lo hacen de ninguna manera claramente demostrable. A pesar del hecho de que la racionalidad de la educación es generar capital humano para el crecimiento económico, la propia relación entre educación y beneficios económicos se presenta como problemática. El cambio de las políticas hacia la privatización de los costos educativos no arroja beneficios específicos como resultado de las inversiones privadas en juego.

Por lo tanto, las políticas generadas por el enfoque del "nuevo capital humano" se basan en una noción muy vaga de la sociedad, que destaca los alumnos individuales y sus familias, las opciones individuales y la privatización de los costos y riesgos por encima de todo. En lugar de demostrar cómo la educación beneficia a la sociedad, los defensores de este enfoque recurren al mecanismo de pruebas individuales estandarizadas como medida de los méritos y del éxito del proyecto educativo. Los enfoques de gestión educativa, tales como el movimiento de "eficacia escolar", se refugian en un mundo propio y evalúan los programas a través de puntos de referencia "internos", como el

profesor, el clima que reina en el aula o el enfoque de liderazgo del director. El establecimiento de "tablas de posición" (por ejemplo, en el Reino Unido), basándose en los resultados de los exámenes, produce la apariencia de sistemas escolares sumamente competitivos y "efectivos" en que los padres pueden confiar.

Sin embargo, la producción de certidumbre a través de este mecanismo es otro ejemplo del engaño potencial que encierran los cambios implantados en la educación. Resulta paradójico que ante la incertidumbre que caracteriza la vida en los años '90, la educación se refugie en la construcción artificial de medidas sumamente abstractas de logros educativos, y especialmente la de alfabetización y destrezas en matemáticas. Para decirlo de otra manera, las escuelas están comercializando la producción de una falsa certidumbre en los jóvenes y sus padres a través de estos mecanismos educativos ritualizados que parecen cada vez más lejos de las maneras en que los jóvenes, de hecho, "utilizan" la educación.

Una de las implicaciones de la pauta establecida entre los jóvenes de combinar escuela y trabajo es que, en lugar de ser la escuela una preparación para el trabajo, el lugar de trabajo proporciona a los jóvenes una perspectiva pragmática de la educación. Observan que la vida afuera es diferente. En la mayoría de los lugares de trabajo, las lecciones que los jóvenes aprenden son que hay pocas "carreras", que la mayoría de los empleos son de corta duración y en gran medida sin cualificaciones. Para tener éxito en el empleo, las personas deben ser flexibles y tomar iniciativas. Por lo tanto, las ideas sobre la carrera profesional son pragmáticas y están menos relacionadas con la identidad personal que para las generaciones anteriores. Desde el punto de vista de estos jóvenes, las rígidas jerarquías y las clasificaciones basadas en la edad, además de los procedimientos de prueba centrados hacia el interior sólo sirven para subrayar las diferencias entre la escuela y la vida real para los jóvenes "nuevos adultos" que, se espera, permanezcan dentro de sus recintos.

Si esto es lo que sucede, las investigaciones sobre la juventud encierran mensajes importantes para la política educativa. Sobre todo, la manera en que los propios jóvenes están generando una comprensión de las relaciones entre educación, trabajo y vida, ofrece a los responsables de las políticas una perspectiva del futuro. En este artículo, hemos utilizado pruebas que sugieren la formación de una "nueva edad adulta", donde la mezcla de diferentes ámbitos (previamente separados) de la vida se da por sentado, y donde se considera la flexibilidad o la elección pragmática más importante que la predictibilidad como base para una futura seguridad en un mundo post industrial. En esta era, ya no existen muchas de las características y los hitos de la vida adulta que la generación anterior dio por sentado (como un empleo estable de jornada completa). Las pruebas de las investigaciones sugieren que en lugar de vivir una juventud prolongada, los jóvenes adoptan a más temprana edad las pautas de vida del nuevo adulto que seguirán caracterizando sus vidas en los nuevos contextos vitales a los que ahora se enfrentan.

Uno de los elementos clave de la "nueva edad adulta" es la complejidad. Uno de los temas recurrentes en la base de las investigaciones es el de las múltiples dimensiones de la vida. Un mayor porcentaje de jóvenes en la escuela está decidiendo combinar los estudios, los intereses personales e incluso el trabajo. La transición de la escuela secundaria a opciones superiores implica cada vez más una continuación del esfuerzo para conciliar una gama más amplia de intereses vitales. Puesto que las disposiciones institucionales ofrecen menos predictibilidad, los jóvenes se ven obligados a "tomar sus propias disposiciones". Esto suele implicar un equilibrio o una combinación de múltiples opciones, entre ellas el tiempo de ocio y los intereses personales.

Esto nos devuelve a la paradoja de que, a pesar de la predefinición de opciones, los jóvenes están dando muestras de otras prioridades que les permiten adecuarse al aplazamiento de sus objetivos. ¿Cuáles son sus objetivos en la vida? Son objetivos notablemente "tradicionales": fundar una familia, alcanzar cierto grado de seguridad económica, mantener buenas relaciones personales y ser felices son temas recurrentes (du Bois-Reymond, 1998). Por lo tanto, estos objetivos incluyen un tercer elemento (relacionado con temas de "bienestar" personal) que debe añadirse a las dos dimensiones de "educación y trabajo" que en el pasado fueron utilizados como los temas centrales para analizar las transiciones de los jóvenes.

Las identidades de los jóvenes ya no pueden seguir basándose en la misma medida en torno al logro de una carrera, ni tampoco se pueden basar en el aplazamiento de la "vida" mientras invierten en los estudios. La certidumbre que la generación anterior derivó de este proceso ha desaparecido. La respuesta de muchos jóvenes a sus circunstancias significa que la fuerza laboral "flexible, emprendedora y con múltiples capacidades" prefigurada en los años '80, en cierto sentido ya se ha formado, y actualmente prefigura los programas educativos "flexibles, emprendedores y con múltiples capacidades" para responder a sus necesidades. Es probable que este nuevo programa tenga una importancia cada vez mayor para la política educativa. En parte, es una perspectiva del bienestar de los estudiantes, no sólo como adultos del futuro, sino en el presente. Esto significa que la tercera dimensión de "identidad" es el gran ámbito que debe añadirse a la tarea de la educación.

Los costos de no saber responder eficazmente a esta necesidad se reflejan ya en la inquietud creciente sobre la salud mental de los jóvenes. En Australia y Nueva Zelanda, las tasas de suicidios entre los jóvenes (especialmente los hombres) son inusualmente elevadas y los estudios también revelan una alta incidencia de problemas, como depresión y trastornos de la alimentación, que se producen en todos los grupos sociales de jóvenes. Zubrick, Silburn y Garton (1995) descubrieron que casi el 20% de todos los niños y adolescentes en Australia sufren problemas de salud mental. Esto señala cuáles son los costos que los individuos pagan *personalmente* cuando no existen procesos estructurados ni integrados que vinculen a la educación con los nuevos contextos de la vida a los que se enfrentan los estudiantes actualmente (West, 1997). Como señalan Raffo y Reeves, si bien algunos jóvenes son capaces de "conseguir todo lo posible" de sus instituciones, otros no lo son. Sostienen que los jóvenes funcionan cada vez más bajo "sistemas individualizados de capital social y que a la vez apoyan y restringen a los actores individuales", si bien el alcance del cambio y el desarrollo individual depende en gran parte de la manera en que evolucionan para cada joven los sistemas o constelaciones individualizadas de personas, a su vez condicionadas por los recursos materiales y simbólicos disponibles en estos entornos (Raffo y Reeves, 1999, 4).

A medida que los jóvenes luchan para equilibrar las múltiples y a veces conflictivas demandas que se les plantean, la educación debería centrarse más directamente en sus necesidades. Esto significa reconocer y mejorar tanto los costos como los beneficios de la mayor responsabilidad impuesta a los individuos. La salud mental, el bienestar, la construcción de la identidad son actualmente parte del "asunto crucial" de los colegios. Los jóvenes necesitan saber que los colegios están tan preocupados de sus habilidades vitales, de su capacidad para comprender la complejidad y gestionar sus relaciones personales como lo están por los logros en las matemática y la lectura. También significa reconocer la condición de "joven adulto" de los alumnos en los últimos años de la escuela secundaria.

La "flexibilidad" de los lugares de trabajo tiene poderosas implicaciones para la futura organización de los colegios. Cada vez más, como en el estudio de Raffo y Reeves, los jóvenes buscarán una educación flexible en la escuela secundaria de modo que sean asesorados para "manejar" sus complejos mundos. Se tiene que facilitar el reingreso a la escuela, que en nuestra actual organización de la escolarización se ve como un problema. Tal vez eso borraría la distinción entre la educación secundaria y la educación para adultos o la "formación permanente". Las investigaciones sobre la juventud proporcionan una comprensión más acabada de las maneras en que los propios jóvenes negocian sus relaciones entre el trabajo, la educación y otras dimensiones de la vida. Ha llegado el momento de que esta comprensión se refleje en las políticas y en la práctica educativa.

Traducido del inglés

Referencias

- BECK, U., 1992. *Risk Society: Towards a new modernity*. Londres: Sage.
- BIKLIN, S. K., 1999. "Narrative Constructions of Memory in Ethnographies of Youth", Ponencia presentada en la Reunión Anual de la *American Educational Research Association*. Montreal.
- CHISHOLM, L., 1997. "Initial transitions between education, training and employment in learning society." *International Bulletin of Youth Research* 15: 6-16.
- CÔTÉ, J.; ALLAHAR, A., 1994. *Generation on Hold: Coming of Age in the Late Twentieth Century*. Toronto: Stoddart.
- DU BOIS-REYMOND, M., 1998. "I don't want to commit myself yet: young people's life concepts." *Journal of Youth Studies* 1: 63-79.
- Dusseldorp Skills Forum, 1999. *Australia's Young Adults: the Deepening Divide*. Sydney: Dusseldorp Skills Forum.
- DWYER, P.; WYN, J., 1998. "Post-compulsory education policy in Australia and its impact on participant pathways and outcomes in the 1990s." *Journal of Education Policy* 13: 285-300.
- FURLONG, A.; CARTMEL, F., 1997. *Young People and Social Change: Individualisation and Risk in Late Modernity*. Buckingham: Open University Press.
- GREGORY, R., 1995. Higher Education Expansion and Economic Change in Australia, *Australian Bulletin of Labour*, 21(4): 295-322.
- LEVINE, D., 1994. The School-to-Work Opportunities Act: A flawed prescription for education reform, *Educational Foundations*, 8(3): pp 33-51.
- LOOKER, D.; DWYER, P., 1998a. "Rethinking Research on the Education Transitions of Youth in the 1990s." *Journal of Research in Post-Compulsory Education*, 3(1): 5-23.
- LOOKER, D.; DWYER, P., 1998b. "Education and negotiated reality: complexities facing rural youth in the 1990s." *Journal of Youth Studies* 1: 5-22.
- MACDONALD, R., 1998 Youth, Transitions and Social Exclusion: Some Issues for Youth Research in the UK, *Journal of Youth Studies*, 1(2): 163-175.
- MARGINSON, S., 1993. *Education and Public Policy in Australia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RAFFO, C.; REEVES, M., 2000. "Youth, School-to-work transitions and social exclusion – individualised systems of social capital, situated learning and developments in the agency/structure debate." *Journal of Youth Studies* (de pronta publicación).
- RUDD, P.; EVANS, K., 1998. "Structure and Agency in youth transitions: student experiences of vocational further education." *Journal of Youth Studies* 1: 39-62.
- SMITH, C.; ROJEWSKI, J., 1993. School-To-Work Transition, Alternatives for Educational Reform, *Youth and Society*, vol. 25, no 2: 222-50.
- STERN, D.; BAILEY, T. y D. MERRITT, 1997 *School-to-Work Policy Insights from Recent International Developments*. Berkeley: National Center for Research in Vocational Education.
- TROTTIER, C.; CLOUTIER, R., y L. LAFORCE, 1996. Vocational Integration of University Graduates: Typology and Multivariate Analysis, *International Sociology*, (11)1: 91-108.
- WEST, P., 1997. "Health inequalities in the early years: Is there equalisation in youth?" *Social Science and Medicine* 44: 833-858.
- WYN, J.; DWYER, P., 1999. "New Directions in Research on Youth in Transition." *Journal of Youth Studies* 2: 5-21.
- WYN J.; WHITE R., 1997. *Rethinking Youth*. Londres: Sage.
- ZUBRICK, S.R.; SILBURN, S. R.; GARTON, A.; BURTON, P.; CALBY, R.; CARLTON. J.; SHEPHERD, D. Y D. LAWRENCE, 1995. *Western Australian Child Health Survey: Developing Health and Well-being in the Nineties*. Cat. No 43035.5, Western Australia: Institute for Child Health Research y Australian Bureau of Statistics.

Nota biográfica

Walter R. Heinz es profesor de Sociología y de Psicología Social y Presidente del Life Course Research Centre, Universidad de Bremen (Sfb 186), Postfach 330 440, D-28334 Bremen, Alemania. Email: wheinz@sfb186.uni-bremen.de. Sus principales intereses en la investigación son los mercados laborales y las investigaciones sobre profesiones, socialización y trayectorias vitales comparadas. Sus publicaciones más recientes son: *From Education to Work: Cross-National Perspectives*, (ed.) (1999), *Restructuring Work and the Life Course* (ed. con Victor Marshall, Helga Krüger y Anil Verma: de próxima publicación).

La transición de los jóvenes y el empleo en Alemania

Walter R. Heinz

Asistimos actualmente a una transformación cada vez más acelerada de la sociedad industrial en una sociedad pos industrial de servicios que pone de relieve la flexibilidad individual y el aprendizaje a lo largo de toda la vida. Una sociedad como ésta tendrá más necesidad de trabajadores del conocimiento que de trabajadores industriales. El proceso de mundialización ha influido en el problema de la juventud y el empleo. ¿Podrán los modelos de calificación nacional proporcionar los perfiles de competencia necesarios para competir en la economía internacional? Las reacciones a la mundialización varían de un país a otro.

Este artículo se centrará en el principal modelo de transición en Alemania entre la escuela y el trabajo (el sistema de educación y formación profesional EFP) que constituye la vía del colegio al trabajo para las dos terceras partes de todos los graduados escolares, y no abordará la vía académica. Tratará de los siguientes temas: ¿Cómo afecta el cambio social a la transición de los jóvenes? ¿Qué teorías y conceptos son útiles para entender las transiciones de los jóvenes? Cuáles son las características de los modelos de transición en Alemania? ¿Acaso el sistema de la EFP reproduce o reduce la desigualdad social? ¿Cómo responde el Estado al creciente desempleo entre los jóvenes?

El cambio social y su efecto en las transiciones de los jóvenes

En vísperas de la transición al siglo XXI, la política económica neoliberal está volviendo a la escena internacional. A pesar del predominio del nuevo laborismo o de la corriente principal de la socialdemocracia en las sociedades europeas, se supone que la solución de la crisis del mercado laboral debería consistir en que el Estado libere a las fuerzas del mercado de las regulaciones (desregulación) y le dé al sistema de seguro y bienestar social el perfil más bajo posible. La desregulación, la descentralización y el desmontaje del sistema de bienestar son los elementos que caracterizan al debate político en Alemania. Hasta los años '80, el crecimiento del empleo y el Estado del bienestar eran un prerrequisito de la opción individual y de la integración social de los desfavorecidos, y proporcionaba puntos de partida para un itinerario vital independiente y, al mismo tiempo, reducía las consecuencias de la desigualdad social. Las condiciones de una vida insegura y de temor a la exclusión social no constituyen incentivos para el aprendizaje, el rendimiento laboral y la innovación en la organización. Más bien, amenazan las capacidades de integración de una sociedad. Debido al aumento del desempleo en Alemania a lo largo del último decenio, el Estado del bienestar se ha encarecido y el consenso sobre la política social se ha visto sacudido. Se piensa que el Estado de bienestar reduce la iniciativa individual y hace recaer un gran peso sobre los empleados y la generación de jóvenes que tienen que contribuir al sistema de seguridad social cuyo fin es ayudar a los desempleados y a los jubilados.

En el marco de este panorama tenemos que preguntarnos si debemos desregular y privatizar del todo

la educación, la formación, el empleo y las jubilaciones. ¿O podemos mejorar la competencia de las personas para moverse entre y coordinar la educación, el trabajo, la familia y las actividades comunitarias? El fortalecimiento de las capacidades individuales puede ser la manera más esperanzadora de que las sociedades compitan en el mercado mundial. Con el crecimiento de las tecnologías de la información y de la flexibilidad de organización, está disminuyendo rápidamente la demanda de trabajadores no capacitados o semicapitados. Esto requiere modelos de transición de la escuela al trabajo capaces de fomentar perfiles flexibles de capacidades orientadas por el conocimiento y basadas en una educación técnica. Sin embargo, la experiencia laboral sigue siendo un recurso importante para los jóvenes que postulan a empleos. Por lo tanto, se ven enfrentados a un dilema: adquirir toda la educación posible y/o experiencia laboral lo más pronto y prolongadamente posible.

Según Brown y Lauder (1996), la modernización de las competencias es la principal estrategia de la "izquierda modernizadora" en un panorama pos industrial. Hay diferentes maneras de responder a los efectos de la mundialización en la transición al empleo, todas vinculadas a los diferentes modelos institucionales en la educación, la formación y el empleo, y enraizadas en tradiciones culturales. Además, a pesar de la tendencia mundial hacia las industrias de servicios, el sector industrial aún distingue entre economías nacionales y sistemas de formación. Por ejemplo, Alemania depende en gran medida de la cualificación profesional inicial y permanente de su fuerza laboral porque participa en el mercado económico mundial con una producción muy elaborada de alta tecnología como coches, máquinas herramientas, aparatos mecánicos, electrónica y productos químicos. Debido a la importancia de su sector manufacturero, Alemania ha desarrollado con lentitud nuevas profesiones en los servicios. Mientras que en Estados Unidos y en Gran Bretaña el Estado se ha inhibido en favor del mercado, Alemania ha conservado y mejorado sus modelos institucionales de transición entre la escuela y el trabajo (Streeck 1992, Heinz 1996). Los sistemas de transición como la formación en el empleo han tenido éxito por al menos dos razones: contribuyen a una fuerza laboral bien capacitada y a mantener una baja tasa de desempleo entre los jóvenes (1999).

A diferencia del enfoque de mercado y de la tradición de la formación profesional, la estrategia de la "izquierda modernizadora" consiste en promover una economía de los servicios de alta tecnología proponiendo inversiones a gran escala en la formación de conocimientos y competencias sociales. El Estado reclama su papel en la política educativa, de formación y de empleo con el fin de crear una fuerza laboral sumamente capacitada y flexible para empleos cada vez más exigentes.

Para tener éxito, esta moderna estrategia socialdemócrata depende de la creación de una oferta creciente de empleos sumamente capacitados y bien remunerados para personas altamente cualificadas que se inician en el mercado laboral. En Alemania, como en otras sociedades pos industriales de los servicios, hay una creciente falta de correspondencia entre las competencias y las oportunidades de empleo, una "brecha entre la educación y el empleo" (Livingstone 1998). El fuerte crecimiento de la industria del conocimiento ha conducido a un aumento en la oferta de educación y formación, fundamentalmente para los que se encuentran en el mercado laboral. Este desarrollo aumenta las barreras del mercado laboral para los jóvenes trabajadores capacitados. En la medida en que se desregule el mercado laboral, la disminución del tamaño de las empresas, los empleos a tiempo parcial y los contratos temporales y precarios pondrán en peligro las posibilidades vitales de los jóvenes. Esto se contradice con la teoría del capital humano, que supone que cuanto más alto el nivel de educación y más largo el período de formación, más fácil será el acceso al mercado laboral. Alemania se ha movido tradicionalmente a lo largo de un criterio de "altas capacidades, altos salarios" basándose en un sistema de educación y formación profesional de larga data y una economía social de mercado de la posguerra que funcionó en un marco de políticas corporativistas (acuerdos sociales entre las empresas, los sindicatos y el gobierno). Sin embargo, esta opción no ha podido impedir el aumento del desempleo en los años '90, que se intensificó después de la caída del muro de Berlín, en 1989. A pesar de que en Alemania las normas laborales (aún) no se han

detriorado, los empresarios exigen más flexibilidad en la formación, la contratación y el despido, así como una disminución de los salarios y de las contribuciones a la seguridad social.

Las instituciones, las transiciones y la capacidad de iniciativa

Como han sostenido Rosenbaum y otros, (1990), no es fácil entender las transiciones de la educación al empleo en el marco de la segmentación del mercado laboral ni del capital humano. Estos modelos tienen la tendencia a subestimar el papel de las instituciones sociales y de las redes que funcionan como puentes entre la escuela y el trabajo. Por lo tanto, en este artículo, me centraré en el sistema de educación y formación profesional institucional en Alemania, también llamado "sistema dual" (porque combina la formación en el empleo y la formación profesional). Este sistema no sólo ofrece medios para adquirir unas calificaciones profesionales reguladas y estandarizadas sino también proporciona un período de socialización y de desarrollo de la personalidad para los adolescentes y jóvenes adultos (Hamilton 1990, Heinz 1996). El sistema de educación y formación profesional forma a los alumnos en un marco regulado que define las competencias profesionales en relación al contexto tecnológico y de organización del lugar de trabajo (Ashton y Green, 1996). El enfoque corporativista proporciona un apoyo medular al sistema. Esta institución, situada en un punto intermedio entre la educación y el empleo, cohesiona a las empresas, los centros de formación profesional y los sindicatos en un marco legislativo. Estas disposiciones institucionales interactúan con la eficacia de la economía. Hasta hace una década, el llamado "modelo de producción alemán" (Kern y Sabel 1994) cosechó grandes éxitos, combinando un sistema productivo de altas competencias con una estructura de recompensa de altos salarios.

¿Cuáles son las ventajas y posibles defectos del modelo de transición alemán? Shavit y Müller (1998) distinguen dos tipos de contexto institucional en las transiciones de la escuela al trabajo: de calificaciones y de organización. Alemania proporciona un ejemplo de un modelo de transición que funciona en el marco de las calificaciones profesionales, mientras que Francia, Inglaterra y Estados Unidos dependen de un modelo que consiste principalmente en la "formación en el empleo". Las empresas pueden estructurar sus puestos de trabajo ya sea en función del perfil de capacidades de la fuerza laboral disponible o de las necesidades de plazas en la propia empresa. En Francia, por ejemplo, donde no existe la formación de aprendiz, hay un vínculo muy débil entre la educación, la formación y el lugar de trabajo. En sociedades como Alemania, donde hay un énfasis en la educación y formación profesional, los vínculos entre los perfiles de capacidades y las descripciones de los empleos suelen ser mucho más estrechos que en las sociedades que prefieren un sistema de educación general a un sistema específico de educación y formación profesional.

Cuando sólo se pueden adquirir las capacidades en la empresa mediante la formación en el empleo, se valora la educación más como un indicador de la capacidad de empleo del empresario, de la motivación para el logro y la competencia social. En las sociedades con modelos de transición estandarizados, se tiende a sobrevalorar la educación académica y a subvalorar la educación y formación profesional. Se estandarizan los modelos de transición basados en las calificaciones, y los programas de estudio, los certificados y las descripciones de los empleos rigen en todo el país. Sin embargo, uno de los defectos del marco de transición estandarizado es que tiende a apoyarse en un sistema de educación estratificado que restringe la movilidad entre tipos de escuelas y entre segmentos del mercado laboral.

Los recientes desarrollos en el análisis de transiciones vitales nos han abierto a los vínculos existentes entre los modelos institucionales y las carreras individuales. La educación y el empleo son los contextos más importantes para estudiar las transiciones vitales de los jóvenes (Bynner *et al.* 1997, Heinz 1999). El concepto de transición se refiere al proceso de la cambiante participación institucional de los individuos (desde la familia de origen, de la escuela a la escuela técnica, a la formación profesional, al empleo y a la formación de una familia). La programación y la duración de las transiciones depende, en primer lugar, del grado de regulación y del número de vías disponibles y de reglas para ingresar en la participación institucional (certificados) o abandonarla y,

en segundo lugar, en los recursos, proyectos vitales y decisiones del individuo (Evans y Heinz 1994).

Comparados con sus padres o abuelos, es evidente que para las jóvenes generaciones el momento en que ingresan al mercado laboral, al matrimonio y la paternidad está sujeto a una mayor variabilidad. En la sociedad de los servicios pos industrial, la juventud y la edad adulta se han convertido en un campo central de la investigación sobre las transiciones porque la programación y los ciclos de la educación y el empleo se han vuelto menos previsibles y más fuente de tensión para los individuos. La disminución del empleo estable y de las oportunidades profesionales tiene un fuerte impacto en la programación de importantes decisiones del itinerario vital, como abandonar el sistema educativo, comenzar una carrera, volver a la escuela, formar una familia y volver al mercado laboral. Mientras que el marco para las transiciones tiende a ser definido por las normas culturales y las estructuras de oportunidades sociales, los individuos tienen que escoger vías y secuencias de participación institucional con el fin de lograr una integración significativa de diferentes roles en sus vidas de adultos (Elder y O'Rand, 1995). Si analizamos las transiciones desde una perspectiva de itinerario vital, arrojarémos luz sobre cómo las disposiciones institucionales, las oportunidades de mercado laboral y las estructuras de desigualdad social se traducen en diferentes vías que van de la educación al empleo.

Los economistas y los teóricos del mercado laboral (Soskice 1994) analizan el ingreso al trabajo y los modelos profesionales de los jóvenes en el contexto de oportunidades segmentadas y de la reestructuración económica del trabajo. El concepto de transición enriquece este análisis al indagar hasta qué punto las diferentes vías reproducen o cambian los efectos de la clase social y la desigualdad de géneros al proporcionar experiencias de socialización y de estabilización psicosocial para los jóvenes en un período crítico de la construcción de su identidad. Los estudios sobre las alternativas entre escuela y trabajo y los resultados que se centran en los efectos de la educación, los cambios económicos y la segmentación del mercado laboral (1988) tienden a ignorar la capacidad de iniciativas de los jóvenes. La "capacidad de iniciativa" se refiere a las orientaciones, decisiones y actividades de los individuos que tienen que organizar sus transiciones en un marco de itinerario vital. Este marco actualmente consiste en dimensiones normativas relacionadas con la edad y el género y en dimensiones del mercado relacionadas con la formación profesional y las oportunidades de empleo. Las normas referidas a la programación y la duración de la educación, el empleo y la formación de la familia se han vuelto menos rígidas. Las principales razones de este desarrollo son la modernización cultural y la disminución de oportunidades para una transición normal de la educación al trabajo y a una carrera profesional.

Estos cambios están forjando iniciativas, en el sentido de una responsabilidad individualizada en la toma de decisiones y en los resultados de la transición, un aspecto crucial de cualquier análisis de los modelos de formación y educación profesional. ¿Proporcionan cualificaciones profesionales y competencias vitales útiles a los jóvenes para abordar las transiciones en el sistema de empleo?

Una separación analítica entre la capacidad de iniciativa y la estructura limita la comprensión de las consecuencias personales de las tensiones económicas, de los cuellos de botella del mercado laboral y la reestructuración de las empresas. Sin embargo, estos efectos, se vuelven visibles en las diferencias de las opciones educativas, en las decisiones de las carreras y en la programación del ingreso al mundo del trabajo, el matrimonio y la paternidad/maternidad. Actualmente, cuesta más predecir la carrera más probable de los jóvenes adultos a partir del origen social, del nivel de educación y de los certificados, porque la programación y la duración de las transiciones al mundo del empleo se están volviendo más individualizadas en las sociedades europeas (Bynner *et al.* 1997). Una mejor comprensión de las transiciones de los jóvenes al empleo debe centrarse simultáneamente en las disposiciones institucionales y en las carreras, así como en los resultados de las opciones y decisiones individuales en una gama de alternativas más o menos restringidas. Las investigaciones sobre las transiciones orientadas por un marco de itinerario vital se centran en la interacción entre las circunstancias sociales y las carreras individuales en el contexto de diferentes vías de transición de la escuela al trabajo. Los jóvenes no son meros portadores de valores

familiares, experiencias escolares y certificados; tienen que organizar y coordinar diversos requisitos institucionales aplicando su experiencia en la escuela y en la formación. Por ejemplo, un reciente estudio ha seguido a un grupo de jóvenes trabajadores capacitados, desde su graduación del sistema de formación profesional y en dos ciudades alemanas durante diez años, combinando métodos cuantitativos y longitudinales cualitativos (Heinz *et al.* 1998). Tres grandes resultados sirven para poner de relieve la interacción de las estructuras de oportunidad y la iniciativa individual. En primer lugar, después de cinco años, la mitad de los trabajadores ya no trabajaban en el empleo para el que habían recibido formación. Algunos habían vuelto a la escuela, otros habían cambiado de trabajo y otros, en su mayoría mujeres, habían interrumpido su participación en el mercado laboral para dedicarse a la formación de una familia. Además, el desempleo era inesperadamente bajo comparado con la carencia general de empleos en Alemania durante los años '90. En segundo lugar, hubo variaciones espectaculares en estas tendencias generales, según la formación profesional, lo cual creaba una gran diferencia en los resultados de la transición y en los ciclos de empleos a lo largo de los años. Por ejemplo, los empleados bancarios demostraron una mucha mayor continuidad en el empleo comparados con los mecánicos de coches, y había muchos más hombres que mujeres empleados bancarios que ingresaban a la educación superior después de varios años en el trabajo. Otros dependían de la empresa para asegurar una continuidad, y otros decidían mejorar sus posibilidades dejando el empleo y volviendo a la escuela, mientras que algunos preferían desarrollar objetivos personales alternando el trabajo y los estudios.

Cuando las investigaciones sobre la transición se centran en las estructuras de oportunidad y en los modelos institucionales, así como en las orientaciones y decisiones individuales, pueden arrojar luz no sólo sobre los efectos de la reestructuración del trabajo en las vías adoptadas sino también en las expectativas, decisiones y movimientos de los jóvenes entre campos institucionales (Heinz 1999).

Los modelos de transición

Hay diferentes enfoques para combinar la experiencia en el trabajo y el aprendizaje teórico en un modelo de transición de la escuela al trabajo. En un extremo, la educación general y profesional se imparte en las escuelas (por ejemplo, en Francia); en el otro extremo, la educación general se imparte en las escuelas y la formación profesional se organiza a través de la formación en el empleo (por ejemplo, en Estados Unidos y Gran Bretaña). En el "sistema dual" de los países de habla alemana, existe una combinación de experiencia en el trabajo y de educación teórica en las escuelas profesionales. Esto tiene implicaciones duraderas en "la competencia profesional de los trabajadores para ingresar en un empleo y en su flexibilidad para ajustarse a los nuevos requisitos profesionales a largo de sus carreras" (Blossfeld y Stockmann 1999:6). El modelo anglo-estadounidense pone de relieve la adquisición de competencias específicas en la empresa al ingresar en el empleo. Sin embargo, disminuye la flexibilidad de la carrera individual y no proporciona una comprensión teórica más amplia de los asuntos profesionales, de organización y económicos. El modelo alemán tiene la ventaja de alternar la experiencia laboral real y los entornos reales de organización con la instrucción teórica en las escuelas profesionales. Este sistema de formación y educación profesional es un modelo de transición basado en las empresas y en la experiencia laboral, y funciona en el marco de las normas federales. Las normas se basan en una toma de decisiones colectiva de los agentes sociales, lo cual tiende a asegurar la articulación efectiva de la formación profesional y las políticas del mercado laboral. Sin embargo, esta colaboración se ha deteriorado durante el último decenio del siglo XX. La reestructuración del trabajo y el mayor recorte de gastos han dado como resultado un aumento del desempleo que ha producido graves tensiones para el sistema de consenso social. El nuevo gobierno federal, bajo la dirección del partido socialdemócrata, ha intentado renovar el concepto de responsabilidad social de los empresarios proponiendo una "Alianza para el trabajo" que ha sentado a los empresarios, los sindicatos y al gobierno a negociar a nivel federal, estatal y regional.

Por lo tanto, en Alemania se considera a la educación y formación profesional como un bien colectivo del que se beneficiarán los jóvenes, las empresas y la sociedad. Funciona bien en períodos de estabilidad económica y de crecimiento del empleo. Sin embargo, cuanto más ajusten los empresarios sus necesidades de formación a beneficios competitivos de corto plazo, mayores serán sus intentos de reducir la formación como factor de costo. Los jóvenes responderán a la disminución de plazas de formación y de oportunidades profesionales permaneciendo en la escuela más tiempo y obteniendo certificados para acceder a la educación superior. Por lo tanto, si bien es la ley de Educación y Formación Profesional la que establece los objetivos, las normas y las regulaciones a nivel nacional, la oferta de plazas de formación depende de las políticas de recursos humanos de las empresas. En tiempos de disminución de la oferta de plazas de formación, el Estado interviene combinando los llamamientos públicos con incentivos (subsidios al empleo) para los empresarios y proporcionando modelos de formación para los jóvenes sin una formación anclada en una empresa. El objetivo de estas estrategias es mantener una vía de "alta cualificación" para la transición del empleo en Alemania. Como han señalado los observadores extranjeros, esto confirma los esfuerzos del Estado, los empresarios y los sindicatos para "ampliar el proceso de formación de competencias desde las profesiones al nivel de los competencias intermedias, un proceso que nunca se ha dado en Estados Unidos ni en Gran Bretaña" (Ashton, Green 1996:143).

La estructura institucionalizada del sistema de formación profesional en Alemania se basa en un enfoque de formación nacional concertado en el marco de una legislación federal. Este marco establece las normas universales sobre los contenidos y la duración de la formación, y define la responsabilidad de las empresas, de los centros de formación, de los organismos públicos y de los alumnos. La legislación alemana sobre formación profesional está vinculada a un modelo de larga data de cooperación entre empresarios, sindicatos y gobierno y regula los modelos institucionales de formación, tanto en el nivel federal como estatal y regional/comunitario (Soskice 1994; Alex y Stooß 1996; Flude y Sieminski 1999).

El sistema de formación profesional en Alemania tiene sus raíces en los gremios medievales de las artes y oficios. Ha sido transformado durante el período de industrialización, ha sido certificado por el Estado y modernizado después de la IIª Guerra Mundial. Esta tradición de una cultura de la formación se acopló con una política corporativista de recursos humanos con el fin no sólo de servir a la economía sino también de socializar a los jóvenes, darles seguridad en sí mismos, motivación para aprender y aspiraciones profesionales. Este periodo de trabajo y de experiencia de aprendizaje es especialmente importante para la mayoría de los jóvenes que no ingresan en la universidad. La Ley de Educación y Formación Profesional (*Berufsbildungsgesetz*) de 1969 regula la organización de la formación profesional en 360 carreras. En cuanto a la parte de la formación profesional que corresponde a la empresa, las disposiciones sobre la formación orientan los proceso de aprendizaje de los jóvenes y definen los programas de estudio en las escuelas de formación profesional. Aproximadamente tres cuartas partes del período de formación de tres años se orienta al aprendizaje en una empresa, bajo la supervisión de un monitor certificado o un maestro cualificado. La cuarta parte restante se dedica a la escuela de formación profesional (cursos de perfeccionamiento en las horas de trabajo) que asumen la responsabilidad de la educación general y los aspectos teóricos de aquella ocupación específica. En principio, la formación de la empresa y la educación de los centros de formación se coordinan a lo largo del tiempo en aras de la graduación del individuo como funcionario, trabajador industrial cualificado o empleado cualificado.

A nivel nacional, el sistema está administrado por el Instituto Federal de Educación y Formación Profesional (BIBB) que actúa como órgano de consejo del Ministerio de Educación y Ciencia (BMBW). El BIBB es un organismo público cuyo consejo incluye a representantes de los dieciséis Estados alemanes, de los sindicatos y de los empresarios. Las Cámaras de comercio, industria y artes son las responsables a nivel regional o local. Ellas coordinan la formación en el empleo con los gobiernos estatales y regionales que dirigen los centros profesionales. Los agentes sociales participan en todas las funciones básicas del sistema de educación y formación profesional: establecer objetivos, normas y regulaciones; finanzas, administración, seguimiento y evaluación.

Los empresarios y el Estado comparten los costos de la educación y formación profesional. Dado que a los aprendices se les paga sólo un porcentaje de los sueldos de los adultos, contribuyen a la financiación de su propia formación.

Hay varios puntos críticos en relación al modelo de aprendizaje. La formación se da más bien en función específica del trabajo. La gama de competencias y conocimientos que se pueden adquirir depende del tamaño de la empresa que proporciona la formación. En las pequeñas empresas y oficios, el aprendiz se integra como trabajador ayudante. En las grandes empresas, los jóvenes rotan entre diferentes puestos y el taller de formación. Debido a sus regulaciones jerárquicas y horizontales y a los modelos de cooperación, el "sistema dual" es lento para adaptarse a los cambios en las tecnologías y en la organización del trabajo, lo cual requiere competencias trans-profesionales. También crea una distancia entre los aprendices y los alumnos orientados a la escuela técnica universitaria y está vinculado a un mercado laboral segmentado que discrimina a las mujeres, a la juventud de las clases menos favorecidas y a los hijos de los trabajadores extranjeros. Además, en el actual mercado laboral, tan volátil, el periodo de aprendizaje no proporciona una profesión para toda la vida. Más bien, se ha convertido en un billete de entrada para una secuencia de cambios laborales y de educación permanente.

A pesar de estos defectos, la gran mayoría (dos terceras partes) de los jóvenes que salen del colegio en Alemania aún ingresan en el "sistema dual" entre los 16 y los 20 años, dependiendo del tipo de escuela del que provengan. La transición de la escuela al trabajo se organiza como un proceso de dos pasos: el primero es la búsqueda de un puesto de aprendiz, y el segundo es la decisión del empresario de contratar un antiguo aprendiz como trabajador adulto. Según estudios recientes realizados por el BIBB (BMBW 1999) el 63% de los alumnos que egresaron de la escuela en 1998 demostraban un gran interés en la formación de aprendiz, incluyendo un 25% de alumnos con calificaciones para ingresar a la universidad. En los últimos diez años, con el aumento del desempleo entre los jóvenes, se ha manifestado un interés creciente en ingresar a una plaza de aprendiz. La tasa de éxitos de los postulantes a una plaza de aprendiz varía según los antecedentes escolares: el 80% de los alumnos de las escuelas secundarias medias (*Realschule*) tienen éxito, comparado con sólo el 45% de las escuelas profesionales.

Los análisis de los nuevos contratos de formación demuestran que aproximadamente una tercera parte de los aprendices provienen de escuelas secundarias menores (*Hauptschule*) y éstos ocupan fundamentalmente el sector de los oficios manuales; las dos quintas partes provienen de escuelas secundarias medias, y la mayoría opta por profesiones en la administración pública o el sector comercial, y menos de la quinta parte provienen de las escuelas secundarias superiores (*Gymnasium*) que también preparan a sus alumnos para la universidad (éstos suelen optar por carreras relacionadas con los servicios públicos, los negocios y el comercio). Esta distribución documenta claramente las interrelaciones entre el nivel de educación y la estratificación ocupacional de las oportunidades de formación. En general, a pesar de algunos desvíos y aplicaciones decepcionantes, la evaluación subjetiva de la formación y educación profesional es positiva.

En 1998 (BMBW 1999) aproximadamente la mitad de los alumnos que dejaban la escuela declararon que una plaza de aprendiz satisfacía sus expectativas. Entre aquellos que no consiguieron obtener una plaza, la mayoría tenía la intención de seguir buscando. Sólo una minoría había perdido el interés en la formación profesional.

El sistema de educación y formación profesional es un prerrequisito para una oferta sostenida de mano de obra capacitada y para disminuir el desempleo entre los jóvenes. Sin embargo, la tasa de los desempleados del grupo de edades entre 18 y 25 años ha aumentado en Alemania del 8,5% en 1993 a más del 12% en 1998. Esto es aún relativamente moderado comparado con España (39%), Italia (33%), Francia (29%) y Gran Bretaña (14,2%) (EUROSTAT). Como en muchos otros países, hay variaciones regionales que dependen de la composición industrial de cada país: en Alemania, la tasa de desempleo de los jóvenes por debajo de los veinticinco años varía entre el 7% (Baviera) y el 21% (Berlín).

Se ha vuelto claramente más difícil desplazarse de un puesto de aprendiz a un trabajo de adulto en la empresa que imparte la formación: en 1995, se contrató al 60%; en 1997 se contrató sólo al 45% en Alemania occidental y al 49% en Alemania del Este. Como es de esperar, la posibilidad de empleo aumenta con el tamaño de la empresa: del 46% en las pequeñas empresas al 64% en las grandes empresas como Daimler-Chrysler o Siemens. Realizar esta transición se ha vuelto mucho más difícil en Alemania del Este, la antigua República Democrática Alemana, donde el 40% de los trabajadores jóvenes cualificados no pudieron encontrar empleo en 1997. La principal razón de este cuadro tan sombrío es que, como respuesta al crecimiento económico lento en Alemania del Este, muchos programas auspiciados por el gobierno proporcionan una formación profesional que no tiene relación con las experiencias de formación en el empleo.

También hay procesos de exclusión social, agravados por el fracaso de no ingresar en el "sistema dual". A pesar del sistema bien organizado y cotizado de la educación y formación profesional para el empleo, el Ministerio Federal de Educación y Ciencia calculaba que aproximadamente 1,3 millones de personas entre los 20 y los 29 años (11,6%) ingresan en el mercado laboral sin haber terminado una formación de aprendiz ni tener una calificación profesional formal (BMBW 1999). Estos jóvenes, que han fracasado según las normas ocupacionales en Alemania, son no sólo los jóvenes excluidos socialmente sino también aquellos que han renunciado a sus contratos de formación prematuramente. Uno de cada cinco programas de formación de aprendiz es interrumpido durante el primer año, y las variaciones dependen de la rama industrial y del tamaño de la empresa: la tasa más alta de desertores de los programas de formación se registra en los pequeños talleres, y la más baja en la administración pública. Las razones para no acabar o para volver a empezar un período de aprendizaje dependen de las motivaciones de los jóvenes. Su nivel educativo ha aumentado sin parar, y han aumentado las expectativas y reivindicaciones individuales para ser tratados como adultos, y cada vez más jóvenes piensan que los primeros meses en una empresa de formación son una fase de prueba.

Los cambios en torno al primer y segundo umbral de transición al empleo se traducen en referencias de edad cambiantes en relación al aprendizaje, la graduación universitaria y el matrimonio en Alemania. La edad media de los aprendices aumentó de 16,6 a 19 años entre 1970 y 1990; la edad promedio de los licenciados universitarios aumentó a 27 y la edad del primer matrimonio para los hombres aumentó entre 1985 y 1995 de 26,6 a 29,7 y para las mujeres de 24,1 a 27,3 (*Statistisches Jahrbuch* 1997). Si bien es difícil distinguir entre la modernización cultural, las preferencias individuales y las cambiantes estructuras de oportunidades, lo más probable es que estos cambios en las referencias de edad en la transición en Alemania se deban al aumento de demandas en el empleo y a la disminución de las oportunidades laborales (Bolder *et al.*, 1996).

Las desigualdades

La estructura de tres estamentos del sistema escolar refleja claramente el sistema de clases sociales en la sociedad alemana. Los hijos de la clase trabajadora y de los inmigrantes están sobrerrepresentados en la escuela secundaria menor (*Hauptschule*), los niños de clase media están sobrerrepresentados en la escuela secundaria media (*Realschule*) y los hijos de los profesionales y empresarios están sobrerrepresentados en la escuela secundaria superior (*Gymnasium*) que prepara a los alumnos para ingresar a la universidad. Sin embargo, el sistema escolar es relativamente exitoso cuando se trata de impedir la deserción: sólo el 9% abandonan el sistema escolar sin al menos un certificado de escuela secundaria menor. Como queda documentado en la sesión precedente sobre los modelos de transición, también existe un estrecho vínculo entre el nivel de escolarización y el acceso a las oportunidades de formación en diferentes niveles de la estructura ocupacional.

Otro rasgo estructural de la desigualdad en el sistema de educación y formación profesional es el género: hay menos mujeres que logran entrar en el "sistema dual" que hombres. Además, hay graves problemas de integración en el mercado laboral profesional para las muchachas. Reciben su formación con mayor frecuencia en centros y para actividades con un alto riesgo de desempleo. En

los nuevos estados en Alemania del este, casi la mitad de las jóvenes cualificadas carecen de empleo después de haber completado una formación de aprendiz, comparado con una tercera parte de los hombres. Al observar el tema del género en el sistema de formación profesional en Alemania, Krüger (1999) ha revelado algunos puntos débiles en el análisis de las transiciones de los jóvenes. La formación profesional también se imparte en escuelas técnicas profesionales que ofrecen cursos para las mujeres que no participan en el "sistema dual". Mientras que el sistema de formación imparte cursos de más de 300 oficios, con una sobrerrepresentación de los empleos para hombres, la educación profesional basada en la escuela ofrece educación para aproximadamente 100 ocupaciones para las mujeres, como enfermería, cuidado de niños o ayudantes de laboratorio. La desigualdad también es evidente en el salario de formación para las aprendices que, como promedio, eran de 1.024 DM en 1998. Las oficios para hombres, como albañilería y andamijajes, pagan casi 2.000 DM, mientras que las ocupaciones femeninas como peluquera o dependienta pagan alrededor de 700 DM al mes.

El tema de la desigualdad también afecta a la juventud extranjera, es decir a los hijos de trabajadores inmigrantes que están subrepresentados en los niveles intermedios y superiores del sistema escolar alemán: sólo el 15% posee calificaciones para ingresar a la universidad y el 17% no posee un certificado de finalización de estudios. Estos jóvenes, la mayoría de los cuales son de origen turco, representaban el 15% de los jóvenes entre 15 y 18 años en 1998. Mientras que casi las dos terceras partes de los jóvenes nacidos alemanes pasan por el sistema de formación y educación profesional, sólo el 37% de los jóvenes de padres extranjeros llegan al "sistema dual". Reciben una formación fundamentalmente de peluqueros, mecánicos y dependientes, y están subrepresentados en los servicios y en los oficios técnicos (BMBW 1999).

El gobierno federal ha introducido recientemente urgentes medidas para reducir el desempleo entre los jóvenes y para apoyar la integración de hijos de trabajadores inmigrantes a través de la formación y la educación. Se han introducido diferentes medidas, incluyendo más plazas en centros de formación no basados en la empresa, subsidios para empresas que emplean a jóvenes trabajadores capacitados sin empleo y asistencia social para jóvenes marginales con el fin de apoyar su reintegración mediante los programas de formación pre-profesional. El objetivo de todas estas medidas es mantener un modelo de transición centrado en el empleo para los jóvenes desfavorecidos y socialmente excluidos en Alemania. En el otoño de 1998, el gobierno federal introdujo un programa de acción urgente para disminuir el desempleo de los jóvenes e integrar a 100.000 jóvenes desempleados menores de 25 años a la formación y al trabajo. A pesar de que es demasiado temprano para evaluar los efectos de esta enorme intervención del Estado en la integración del mercado laboral, al menos proporcionará (especialmente en Alemania del Este) orientación profesional y vías de formación para jóvenes que de otra manera estarían desempleados.

Conclusiones

A diferencia de Estados Unidos o Gran Bretaña, donde la gestión se caracteriza más por la toma de decisiones a corto plazo para implementar innovaciones de alta tecnología y de organización, las empresas alemanas aún sigue poniendo más énfasis en la planificación a largo plazo de la fuerza laboral, lo cual incluye el aprendizaje y una formación posterior. Este enfoque también se refleja en el rechazo de los jóvenes a adoptar una perspectiva de corto plazo de su propio desarrollo de competencias. Planifican y esperan una transición de la escuela al trabajo en dos etapas, ya sea ingresando al sistema de educación y formación profesional o ingresando a la universidad. Una razón importante de esta conducta de transición es que el mercado laboral en Alemania no proporciona incentivos para dejar el colegio o la universidad sin haber obtenido los certificados. Los empresarios, las leyes laborales y los jóvenes atribuyen un gran valor a la educación y a las calificaciones técnicas o profesionales basadas en el trabajo. Por lo tanto, a diferencia de Estados Unidos, no existe un mercado laboral de los jóvenes con buenos salarios que atraiga a los jóvenes de la escuela al trabajo. Los empresarios, los sindicatos, el gobierno, los educadores y los jóvenes son

parte del sistema de relaciones industriales que responde a mecanismos institucionalizados de cooperación a nivel federal, estatal y regional.

El cambio de una sociedad industrial a una sociedad de los conocimientos plantea desafíos al sistema de transición en Alemania. La educación y la formación profesional inicial y permanente deben aportar capacidades sociales y de organización superiores que superen las fronteras profesionales. El legado de las profesiones industriales y los oficios hace poco probable un ajuste rápido de las instituciones de la transición en Alemania a un contexto de organización flexible. El sistema de educación y formación profesional está culturalmente engastado y crea una resistencia institucional a necesidades empresariales específicas, a cambios tecnológicos y de organización en el lugar de trabajo. Las grandes empresas han reaccionado ante esta inercia institucional elaborando una formación de acuerdo a sus necesidades específicas, sin renunciar, no obstante a su participación como protagonistas en el "sistema dual" que sigue sirviendo como marco para la planificación vital y las transacciones de los jóvenes y adultos en el mercado laboral. Siempre y cuando la mayoría de los jóvenes estén socializados en la vía de la educación y formación profesional, están vinculados a una cultura del empleo que, además, es el marco para reclutar, promover y participar en los procesos de aprendizaje permanente en Alemania.

La superación de la desigualdad social en las transiciones de los jóvenes es un asunto urgente. Es necesario proporcionar recursos a la familia, y capacidades y conocimientos a los jóvenes para ayudarles a elaborar sus transiciones. Esto tiene una gran importancia si pensamos que un futuro de empleos de jornada completa para toda la vida es poco probable.

Traducido del inglés

Referencias

- ALEX, L.; STOOSS, F., 1996. *Berufsreport. Der Arbeitsmarkt in Deutschland; das aktuelle Handbuch*. Berlín: Argon.
- ASHTON, D.; GREEN, F., 1996. *Education, Training and the Global Economy*. Cheltenham: Elgar.
- BMBW, 1999. *Berufsbildungsbericht (Vocational Education and Training Report)*. Bonn: Federal Ministry for Education and Science.
- BLOSSFELD, H.-P.; STOCKMANN, R., 1999. 'The German dual system in comparative perspective'. *International Journal of Sociology* 28: 3-28.
- BOLDER, A.; HEINZ, W.R.; RODAX, K. (eds.), 1996. Die Wiederentdeckung der Ungleichheit (Jahrbuch Bildung und Arbeit '96). Opladen: Leske + Budrich.
- BROWN, P.; LAUDER, H., 1996. 'Education, globalization, and economic development'. *Journal of Educational Policy* 11: 1-24.
- BYNNER, J.; CHISHOLM, L.; FURLONG, A. (eds.), 1997. *Youth, Citizenship and Social Change in a European Context*. Aldershot: Ashgate.
- ELDER, G.H. Jr.; O'RAND, A.M., 1995. 'Adult lives in a changing society' (pp. 452-475). En: K.S. COOK, G.A. FINE y J.S. HOUSE (eds.), *Sociological Perspectives on Social Psychology*. Needham Heights, MA: Allyn & Bacon.
- EVANS, K.; HEINZ, W.R. (eds.), 1994. *Becoming Adults in England and Germany*. Londres: Anglo-German Foundation.
- FLUDE, M.; SIEMINSKI, S. (eds.), 1999. *Education, Training and the Future of Work II*. Londres: Routledge.
- HAMILTON, S.F., 1990. *Apprenticeship for Adulthood*. Nueva York: Free Press.
- HEINZ, W.R., 1996. 'Youth transitions in cross-cultural perspective: school-to-work in Germany.' (pp. 2-13). In: B. GALAWAY, J. HUDSON (eds.), *Youth in Transition*. Toronto: Thompson.
- HEINZ, W.R. (ed.), 1999. *From Education to Work. Cross-National Perspectives*. Nueva York: Cambridge University Press.

- HEINZ, W.R. et al., 1998. 'Vocational training and career development in Germany – results from a longitudinal study'. *International Journal of Behavioral Development* 22: 77-101.
- KERN, H.; SABEL, C., 1994. 'Verblaßte Tugenden – die Krise des deutschen Produktionsmodells.' *Soziale Welt, Sonderband: Umbrüche gesellschaftlicher Arbeit*, 605-624.
- KRÜGER, H., 1999. 'Gender and skills.' (pp. 189-227). En: P.C. CULPEPPER, D. FINEGOLD (eds.), *The German Skills Machine. Comparative Institutional Advantage?* Nueva York: Berghahn Books.
- LIVINGSTONE, D.W., 1998. *The Education-Jobs Gap. Underemployment or Economic Democracy*. Boulder, CO: Westview Press.
- MÜLLER, W.; STEINMANN, S.; ELL, R., 1998. 'Education and labour-market entry in Germany.' En: Y. SHAVIT, W. MÜLLER (eds.), *From School to Work* (pp. 143-188). Oxford: Clarendon Press.
- ROSENBAUM, J.E. et al., 1990. 'Market and network theories of the transition from high school to work.' *Annual Review of Sociology* 16: 263-299.
- SHAVIT, Y.; MÜLLER, W., (eds.) 1998. *From School to Work*. Oxford: Clarendon Press.
- SOSKICE, D., 1994. 'Reconciling markets and institutions: the German apprenticeship system.' En: L.M. LYNCH (ed.), *Training and the Private Sector* (pp. 25-60). Chicago: University of Chicago Press.
- STREECK, W., 1992. *Social Institutions and Economic Performance*. Londres: Sage.

Nota biográfica

El Profesor Vladimir Chuprov es Director del Centro de Sociología de la Juventud del Instituto de Investigaciones Sociopolíticas, de la Academia de Ciencias de Rusia, Moscú. Su publicación más reciente es *Russian Society in Transition* (coeditor, 1996). Julia Zubok es Directora de Investigaciones del Instituto de Sociología de la Juventud del Instituto de Investigaciones Sociopolíticas, de la Academia de las Ciencias de Rusia, Moscú. Email: zubok_j@cityline.ru. Entre sus publicaciones, destacan *The Social Integration of Youth in Unstable Conditions* (1998) y un capítulo de *Youth in the Everyday Life Context* (1999).

La integración frente a la exclusión: la juventud y el mercado laboral en Rusia

Vladimir Chuprov y Julia Zubok

Introducción

Este artículo analiza las interrelaciones entre la integración y la exclusión en un país (Rusia) que actualmente vive una transición y evalúa el impacto del cambio social y económico en la juventud rusa, que, a su vez, vive una transición. Sostenemos que este proceso es contradictorio y evaluamos críticamente la validez de numerosos mitos y verdades a medias que actualmente circulan acerca de la juventud rusa. Los jóvenes han tenido que adaptarse al rápido cambio económico y responder a cambios en la economía de mercado (como la inflación, la privatización por vales y las expropiaciones de los ahorros) así como al deterioro de las condiciones en el ámbito social. Los jóvenes no se habían integrado en las estructuras e instituciones sociales anteriores a la reforma y estaban protegidos contra estos cambios básicamente por sus padres y familias. Por esta razón, no se encuentran ante la necesidad de romper con antiguas ataduras sociales. Sin embargo, un análisis de la juventud y de su rol y su lugar en la sociedad durante el último decenio de experimentos sociales nos permite señalar los obstáculos que han encontrado en la realización de sus objetivos y en el fortalecimiento de su integración y posición social en una sociedad sumamente inestable. Nos centramos principalmente en el proceso de integración de los jóvenes rusos en la nueva economía de mercado, y utilizamos la esfera laboral como un estudio de caso.

Conceptos clave

A medida que la generación de los jóvenes establece relaciones sociales, entra en conflicto con otros grupos dentro de su sistema social. En todas las sociedades, surgen conflictos entre la sociedad y la juventud debido a diversos factores, entre ellos, la desigualdad en la condición social de los jóvenes, en comparación con los adultos, y los conflictos que surgen entre los jóvenes y los agentes de la socialización. Esto tiene como resultado un choque entre los objetivos e intereses de los jóvenes y las normas y modelos institucionales, que a menudo son más conservadores.

Hay dos posibles consecuencias del conflicto: la *integración* y la *diferenciación*. La primera, la integración, se refiere tanto a la inclusión en diferentes estructuras o actividades sociales como a la identificación de los jóvenes con ellas. Aquí, la integración social de los jóvenes se entiende como reflejo del carácter de las relaciones entre la sociedad como un todo, por un lado y, por otro, los jóvenes como una de sus partes constituyentes. Percibimos a la juventud como un grupo sociodemográfico y nos centramos en su integración en la estructura social y en qué medida esto reproduce relaciones sociales estables. Así, la integración social no se limita a los procesos de inclusión en una comunidad social. Los jóvenes tienen que sentirse parte integral de esta comunidad. Este proceso vuelve la integración de los jóvenes más estable.

En el curso de nuestra investigación empírica, definimos el nivel de integración de los jóvenes en la sociedad como una medida de su participación en diversas estructuras sociales (profesional, política, marital, etcétera) y su grado de identificación con ellas. La identificación se refiere no solamente a la relación de los jóvenes con un determinado grupo social sino a la internalización de todos los valores y las normas de aquella comunidad. En este artículo, sostenemos que es difícil lograr una identificación total del individuo con determinadas estructuras en una sociedad que vive en la inestabilidad.

Como demuestra la Figura 1, la integración se puede lograr de dos maneras: en primer lugar, mediante el *conformismo*, que es la aceptación de los valores y normas de la sociedad así como de los medios convencionales para alcanzar este objetivo; y, en segundo lugar, mediante la *innovación*, es decir, la actividad innovadora por parte de la joven generación. Ambos caminos podrían conducir a la estabilización de las sociedades. Algunas formas de conformismo en el contexto de Rusia tienen consecuencias negativas debido a la criminalización de la sociedad. Esto perjudica a la integración de los jóvenes y no es saludable para Rusia en el largo plazo. Los principales temas sin resolver son: ¿A qué estructuras pueden integrarse los jóvenes? ¿Con quién y con qué se identifican los jóvenes en una sociedad desgarrada por el conflicto? ¿Cuál es el equilibrio entre conformismo e innovación más adecuado bajo estas condiciones sociales?

La segunda manera de superar el conflicto es la *diferenciación*. Esto puede tener un efecto positivo cuando da lugar a nuevas estructuras y nuevas relaciones y fomenta las innovaciones sociales y el progreso. En el caso de la juventud, la diferenciación se manifiesta en sus culturas recién formadas, en sus asociaciones, sindicatos y movimientos juveniles. En esos casos, aumenta la demanda de integración y el sistema social se vuelve más estable. Sin embargo, cuando predominan las tendencias destructivas, la diferenciación se ve acompañada por un proceso de exclusión de la juventud, y esto conduce a la desintegración de la sociedad, puesto que la exclusión social es exactamente lo contrario de la integración. Entre los signos de exclusión social, observamos la discriminación por la edad, por la marginación y alienación de los jóvenes.

FIGURE 1

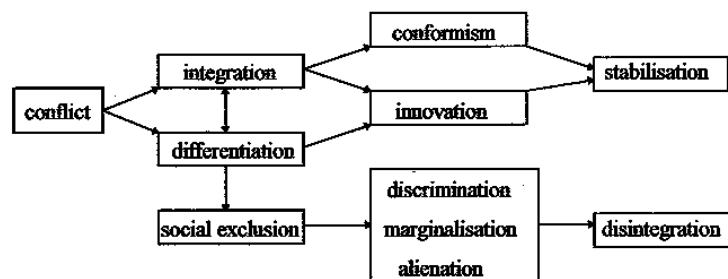


Figura 1

Los conflictos de los jóvenes y sus peculiaridades en una sociedad en crisis

Los conflictos entre los jóvenes como grupo social y la sociedad de los adultos existen en todas las sociedades modernas, de manera más o menos aguda. En las sociedades estables, la eficacia de los mecanismos de integración indican que los conflictos son fundamentalmente locales y principalmente se establecen en un nivel micro (grupos, comunidades). Sin embargo, en la sociedad rusa contemporánea llegan al nivel macro y afectan al conjunto de la sociedad debido a la desaparición de las principales instituciones de socialización. Por esta razón los problemas sociales son comunes a diferentes estratos de la juventud rusa. Además, existe el mito de que los jóvenes se

han integrado con éxito a la nueva economía de mercado, si bien la realidad de la exclusión social contradice esta opinión.

La muestra

Este artículo se basa en el proyecto actualmente en curso que versa sobre "La integración y la exclusión social de los jóvenes". El proyecto abarca doce regiones de la Federación Rusa e incluye una muestra de jóvenes entre quince y veintinueve años. Se utilizaron métodos comparables entre 1990 y 1998. El tamaño de las muestras es como sigue: 1990 (N=10.412), 1994 (N= 2.612) y 1998(N= 2.500). Los datos empíricos de estos estudios se utilizan para evaluar el grado de la integración de los jóvenes en el mercado laboral ruso.

La integración contradictoria en el mercado laboral

Nuestro análisis de las tendencias durante los años '90 demuestran que la reestructuración económica ha tenido importantes repercusiones para los jóvenes. Analizaremos este tema mediante un análisis de los cambios en las características del mercado laboral y el impacto de la marginación, así como otros aspectos negativos que han surgido en el último decenio. A lo largo de la reforma, los jóvenes han sido el sector menos protegido de la fuerza laboral y han sufrido todo tipo de discriminación social. Las aspiraciones de los jóvenes de libertad en el ámbito laboral no se han cumplido y, una vez más, se han vuelto dependientes de otros, entre los cuales los empresarios y los accionistas cuya actividad no está restringida por el precario sistema de protección social en Rusia. Los despidos ilegales, las sanciones con multas y la autorregulación de los horarios por parte de los empresarios establecen las condiciones para que los jóvenes a menudo sean contratados sin sueldo durante un denominado "periodo de pruebas" sin garantías de un empleo permanente ni de una remuneración adecuada. Estas prácticas son tan generalizadas como se observa en el **Cuadro 1**, basado en un estudio de especialistas de la Comisión de Protección Laboral. En algunos casos, hay leyes para impedir aquellas violaciones, pero no suelen aplicarse. En otros casos, no existe legislación alguna.

CUADRO 1. Las empresas rusas y la protección laboral de los jóvenes, 1998 (%)

Tipo de empresa	Empresas que respetan la legislación de protección laboral de los jóvenes	Empresas que respetan sólo parcialmente la legislación de protección laboral de los jóvenes	Empresas que no respetan la legislación de protección laboral de los jóvenes	Empresas donde la eval. es difícil
Empresas del Estado	21,8	35,5	25,8	16,9
Sociedades por Acciones	8,9	26,6	26,6	37,9
Empresas privadas	6,5	20,2	42,7	30,6

Fuente: Estudio de 224 expertos en protección laboral en seis regiones de la Federación Rusa en 1998, realizado por el Dr. V.K. Levashov, del Centro Analítico del Instituto de Investigaciones Sociopolíticas, Moscú.

En esta muestra, sólo el 9% de los encuestados afirmó que sus derechos legales en el mercado laboral estaban protegidos, y tan sólo el 12% expresó la idea de que la ley protege a todos contra la discriminación.

El éxito o el fracaso de los jóvenes en sus empleos depende en gran parte de sus relaciones con sus jefes y colegas. El resultado se refleja en nuestros estudios, donde los amigables colegas y jefes aparecían en el segundo y tercer lugar de importancia después del sueldo. Esta situación influye de manera decisiva en la movilidad laboral de la juventud, que está determinada por factores subjetivos

y no por las competencias. En general, los jóvenes viven una movilidad social y laboral en sentido descendente.

La reforma económica y el desempleo entre los jóvenes

Los jóvenes constituyen una quinta parte del total de la población y una tercera parte de la población en edad de trabajar en Rusia. Con las reformas, se han convertido en el grupo sociodemográfico menos protegido del desempleo. Por ejemplo, en 1995 el desempleo de los jóvenes aumentó en un 85% y, hacia septiembre de 1998, los jóvenes constituían el 40% de todos los trabajadores oficialmente registrados en el desempleo. Una tercera parte de éstos son graduados de diversos establecimientos académicos. Por lo tanto, incluso los estratos más cualificados de los jóvenes se enfrentarán a altos niveles de desempleo en la actual sociedad rusa.

Puesto que no todos los jóvenes desempleados están registrados, y dado que algunos de los registrados tienen un empleo, las estadísticas de desempleo son poco fiables. En realidad, el número de jóvenes desempleados es muy superior a lo que indican las estadísticas oficiales: los estudios demuestran que los jóvenes constituyen entre el 45% y el 46% de todos los trabajadores sin empleo y el 52-53% de los trabajadores en desempleo crónico. Un número cada vez mayor de jóvenes buscan empleo en las bolsas laborales públicas. Sin embargo manifiestan aún más reservas que los adultos para recurrir a estos centros de empleo y, en su lugar, prefieren encontrar un trabajo a través de sus parientes y amigos.

Incluso los aspirantes que recurren a las bolsas de trabajo estatales no siempre encuentran empleo. Por ejemplo, en agosto de 1998, el número de jóvenes que encontró un empleo de esta manera era un 19% inferior al de agosto de 1997. Los estudiantes que buscaban un empleo a través de estas bolsas laborales estatales constituían el 35,4% en 1995, el 29,9% en 1996 y el 27,6% en 1997. El coeficiente correspondiente de los aspirantes a un primer empleo en las bolsas laborales públicas fue de 37,7% en 1996 y 36,9% un año más tarde. En el otoño de 1998, las probabilidades que tenía un joven de encontrar un empleo disminuyeron drásticamente debido a la crisis económica y su efecto adverso en el mercado laboral.

Entre los desempleados, ha aumentado el número de jóvenes que nunca ha trabajado después de acabar la escuela o de graduarse de algún instituto especializado. Había menos licenciados universitarios y de escuelas técnicas que sufrían este problema antes de que Gaidar introdujera sus reformas. En el pasado, el problema era como eludir los destinos obligados y designados por el Estado a ciertos sectores de la economía y cómo encontrar un empleo que le agradara al aspirante. Sin embargo, hacia octubre de 1993, sólo el 54% de los graduados de los estudios diurnos recibieron un destino asignado por el Estado, y éste ya no era obligatorio. Un año más tarde, el 53% de los empleos pasaban por esta instancia, pero hacia 1997 la cifra había disminuido al 47%. En 1998, sólo dos de cada cinco jóvenes, un porcentaje pequeño, habían conseguido un contrato. La razón principal es que en todos estos sectores las empresas no tienen plazas vacantes debido a la grave crisis económica.

El desempleo de larga duración de los jóvenes se está volviendo cada vez más habitual. Según diversos estudios, en el período anterior a la crisis de otoño de 1998, el tiempo que un joven dedicaba a buscar un empleo se situaba entre 6 y 19 meses, con una duración promedio de 11 meses. La juventud rural era la más afectada. Los licenciados de las últimas promociones, que no podían encontrar un empleo y utilizar sus conocimientos en el mercado laboral, son sumamente vulnerables a la marginación, a la alienación de la sociedad y a la exclusión social.

Incluso la situación de aquellos jóvenes lo bastante afortunados para encontrar un empleo dista mucho de ser estable y segura. Más de dos terceras partes de los jóvenes con una educación profesional no trabajan en su campo de especialización, alrededor del 60% trabajan en empleos no cualificados o de baja cualificación, otros muchos tienen empleos relacionados de una u otra manera con el crimen (o controlado por grupos criminales) y muchos trabajan en condiciones psicológicas y fisiológicas desfavorables sin límites claros del número de horas laborables.

El cierre de empresas y las vacaciones obligatorias han producido el "desempleo oculto". En trece regiones de la Federación Rusa se ha registrado un nivel sin precedentes del desempleo de los jóvenes (40%), y los niveles más altos se han registrado en Altai y en Osetia del norte (45%) y en el Dagestán (57%). En general, el desempleo entre los jóvenes ha aumentado más rápidamente que el conjunto del desempleo (85% frente al 82% en 1995).

El desempleo entre los jóvenes en Rusia tiene al menos dos particularidades: en primer lugar, está determinado por la política socioeconómica, que ya ha provocado el colapso de diversos sectores de la industria y, en segundo lugar, los jóvenes menores de dieciocho años constituyen el 45% del censo de desempleados. Según la legislación rusa reciente, muchos no son definidos como "desempleados", aunque en realidad lo son.

Nuestros análisis demuestran que los especialistas cualificados y los jóvenes con una educación superior, así como los licenciados recientes de establecimientos escolares que no poseen ningún tipo de cualificaciones se encuentran en peligro de verse excluidos. A pesar de que el desempleo de los jóvenes existe en la mayoría de los países, las causas no son siempre las mismas. En occidente, el desempleo se debe en parte al rápido desarrollo de la economía y a la introducción de nuevas tecnologías. Pero en Rusia su causa es la rápida decadencia económica y las dificultades que ha encontrado una transición exitosa a la economía de mercado.

La posición laboral de los jóvenes rusos

El colapso de los sectores industriales básicos ha modificado la posición laboral de los jóvenes rusos. A comienzos de 1999, sólo el 35,6% de la muestra tenía la oportunidad de aplicar su formación profesional en su empleo. Nuestra investigación demuestra que todos estaban orgullosos de su profesión, se identificaban con su actividad profesional, se sentían satisfechos en su empleo y gozaban de una alta posición laboral. Este es el grupo más exitoso y más estable.

El grupo siguiente (45,6%) está compuesto de dos subgrupos: los jóvenes que trabajan en un campo fuera de su especialidad y aquellos que no tienen una formación profesional. Común a todos ellos es la inseguridad de su posición laboral y las escasas competencias. Debido a los contratos temporales, son incapaces de mejorar sus cualificaciones o de consolidar sus posiciones en el mercado laboral. Para ellos, y especialmente para el segundo grupo, las condiciones laborales son inestables (les pagan los salarios más bajos y siguen buscando mejores empleos). Por regla, se encuentran en el peldaño inferior de la escala jerárquica del mercado laboral. El resultado más negativo de esta situación se refleja en la movilidad de los jóvenes, que es básicamente horizontal pero que a menudo es descendente. En este grupo predominan los adolescentes. La disminución del estándar de vida ha obligado a los adolescentes a entrar en el mercado laboral a una edad más temprana para ayudar a sobrevivir a sus familias. En los últimos seis a siete años, el número de jóvenes de este grupo se ha duplicado. Actualmente, constituye el 50% de todos los jóvenes que trabajan.

El último grupo laboral de los jóvenes (19,2%) comprende a aquellos que tienen un empleo que no corresponde a sus competencias profesionales, pero que guarda alguna relación con ellas. A pesar de que muchos tienen éxito, sólo unos pocos se identifican con su empleo y su actividad actual. Nuestra investigación demuestra que los jóvenes a menudo son incapaces de integrarse plenamente en el mercado laboral por la vía del cambio de la actividad profesional.

Si en 1990 el 38% de los jóvenes rusos se vieron obligados a trabajar en actividades fuera de su especialidad, actualmente esta cifra llega al 51,5%, y es probable que aumente en el futuro. Más del 40% de nuestros encuestados expresó una falta de satisfacción con su actual empleo, aunque con la esperanza de cambiarlo en un futuro próximo. La destrucción de la mayor parte de los sectores industriales básicos de la economía rusa y los bajos salarios han limitado las opciones de los jóvenes en el mercado laboral. A la larga, esto crea un desempleo masivo entre los jóvenes rusos y menos oportunidades para conocer diferentes actividades.

Nuestros datos también demuestran que la inercia y la mentalidad conservadora del sistema de formación profesional, que desconoce las necesidades de la nueva economía, no prepara

adecuadamente a los alumnos para que ingresen en el mercado laboral. En estas condiciones, es imposible e irrazonable esperar que los jóvenes encuentren un empleo en su especialidad. Actualmente, las orientaciones profesionales de la juventud dependen básicamente de las oportunidades disponibles, como mejores competencias, un buen salario y carrera profesional. Éstas varían según las ciudades, los pueblos y las aldeas, y entre regiones y diferentes tipos de empresas. Además, en comparación con 1994, el espectro de oportunidades se ha restringido en los últimos años del decenio. Concretamente, la posibilidad de aumentar los ingresos no está relacionada con mejores competencias o mejores oportunidades profesionales. Por ejemplo, un empleado bancario bien remunerado nunca tendrá las mismas oportunidades de promoción que un académico con un sueldo bajo, pero el académico jamás tendrá el mismo salario que ese empleado de banco. He aquí una situación sumamente contradictoria donde prevalece la "incongruencia del status". Según nuestros estudios empíricos, una quinta parte de los encuestados no podían mejorar sus competencias y una tercera parte no podía aumentar su sueldo y sus oportunidades laborales. Como consecuencia, si bien ha disminuido el porcentaje de jóvenes con una alta posición laboral, el número de jóvenes con una posición laboral baja se ha duplicado desde 1990.

La motivación laboral: las nuevas tendencias

Es evidente que la satisfacción, la oportunidad de realizarse y el desarrollo profesional y social desempeñan un papel clave en la motivación laboral. A pesar de las oportunidades limitadas, y al contrario del mito que los medios de comunicación y algunos datos sociológicos comparativos han creado y difundido, nuestra investigación demuestra que para más del 60% de los jóvenes en Rusia, el trabajo no ha perdido su significado. Nuestro análisis de la estructura de las necesidades sociales de los jóvenes demuestra que el trabajo se ha desplazado de la tercera a la segunda posición, y que para uno de cada tres encuestados es muy importante estar ocupado y sentirse útil.

CUADRO 2. Cálculos sobre la importancia de diferentes aspectos de las relaciones laborales y las condiciones de trabajo (1990-1998)

Alternativas	Años	
	1990 Rangos 1-5	1998 Rangos 1-9
Nivel de sueldo	1	1
Colegas amigos*	--	2
Jefe amigable	5	3
Posibilidad de estar ocupado	--	4
Mejoramiento de las propias competencias	--	5
Resultado del propio trabajo	3	6
Carga de trabajo mínima	--	7
Sanidad	4	8
Plena utilización de los propios conocimientos	2	9

* Esta pregunta no figuraba en el estudio de 1990

Los jóvenes en Rusia tienen la tendencia a desarrollar orientaciones instrumentales hacia el trabajo cuando se trata únicamente de los medios de alcanzar otros objetivos. Como consecuencia, los salarios ocupan el primer lugar entre las actitudes de los jóvenes hacia el trabajo. Desde luego, una tendencia instrumental en la motivación laboral parece ser mucho más adecuada para las condiciones de la competencia del mercado. Es, sin duda, positivo si se añade a otro tipo de valores, como la habilidad, la diligencia, la responsabilidad y la honestidad, que podrían desarrollarse en las condiciones de las relaciones del mercado real. En lo que concierne a la formación profesional y a los empleos bien cualificados, ya no garantizan un buen nivel de vida, de modo que los jóvenes no alcanzan necesariamente el bienestar a través de los logros académicos ni del "trabajo honrado".

En términos generales, el bienestar de los jóvenes depende menos de su trabajo, su educación y sus cualificaciones, y más de la economía (estatal o privada) en que trabajan. Las habilidades, la diligencia, la responsabilidad, la honestidad y la educación están menos valoradas actualmente que en el pasado, y han dado lugar a procedimientos criminales. Como consecuencia, casi el 40% de los encuestados aprobaban el "ganar dinero" a cualquier precio, aunque aquello signifique violar la ley. Casi el 70% de la muestra confesaron que el dinero era lo más importante en la vida, y el 62% opinaba que no hay maneras honestas y deshonestas de ganar dinero, sino sólo maneras difíciles o fáciles.

CUADRO 3. Actitudes de la juventud rusa hacia personas que desean ganar dinero a cualquier precio (1998) (%)

"Ganar dinero" a cualquier precio	15-17 años	18-20 años	21- 23 años	24- 26 años	27 años y más
1. Aprueba	13,2	13,1	11,1	13,8	9,5
2. Aprueba más que desaprueba	24,0	28,7	29,2	20,6	25,4
3. Desaprueba más que aprueba	38,1	37,8	35,6	37,2	33,3
4. Desaprueba	23,9	19,2	23,3	28,4	31,8

Las formas no civilizadas de las relaciones de mercado que predominan en la Rusia actual jalonada por la crisis provoca estas orientaciones "delictivas". Los factores como una política tributaria ineficaz, el soborno y una legislación deficiente han fomentado la criminalización de la economía, han influido en la conciencia de los jóvenes y han afectado su comportamiento. La publicidad en la televisión y la prensa estimula a los jóvenes a jugar (como en la lotería), lo cual ha deteriorado las motivaciones laborales de la juventud y les ha hecho creer que no es necesario trabajar. A pesar de que la posibilidad de ganar es muy pequeña, ha creado una actitud negativa hacia el trabajo entre los jóvenes. Una de las pocas maneras de "tener éxito" consiste en convertirse en uno de los nuevos rusos que gozan de altos niveles de vida. La única manera de conseguir este objetivo es participar en actividades criminales o pseudo criminales. Su situación, desde luego, no se basa en el esfuerzo laboral ni en una buena educación sino que se deriva de su apropiación ilegal de la propiedad estatal.

Como demuestra el Cuadro 4, la mayoría de los jóvenes no condenarían a sus compañeros si éstos violaran la ley. En realidad, sólo cuando se convierten en adultos entienden plenamente la situación y opinan que las actividades que violan la ley son "delictivas".

CUADRO 4. Porcentaje de jóvenes que no condenarían a sus compañeros por violar la ley, 1998 (%)

15-17 años	18- 20 años	21- 23 años	24- 26 años	27 años o más
37,2	41,8	40,3	34,2	34,9

La transición a las relaciones de mercado han influido en la motivación para el trabajo en el sentido de que el principal resorte es el deseo de consumo material. Como señalan Jones y Wallace:

En lugar del ciudadano trabajador, existe el ciudadano consumidor, donde la identidad del adulto se forma tanto por los modelos de consumo como por la experiencia laboral (Jones y Wallace, 1992, p. 61).

El fortalecimiento de los valores relacionados con el ocio entre los jóvenes se está produciendo al mismo tiempo que el debilitamiento de la motivación laboral. A diferencia de Occidente, que ha superado ampliamente este problema y ha desarrollado mecanismos económicos y sociales capaces de regular la actividad trabajo-ocio, en Rusia, se trata de un fenómeno relativamente nuevo, y aún llevamos un retraso con respecto a Occidente. Esta oposición de trabajo y ocio en la mentalidad de la joven generación probablemente se intensificará en el futuro puesto que estamos ante una economía subdesarrollada y una crisis, especialmente de la industria. Esto es el resultado de la ausencia de una ética del trabajo y del estado de derecho, lo cual significa que los jóvenes a menudo no tienen ningún respeto por su trabajo ni por la ley. Si consideramos todos estos cambios en las

motivaciones laborales de los jóvenes rusos, queda claro que comienza a producirse un proceso de alienación de los jóvenes con respecto al mercado laboral.

El "Status cer0" de la transformación del sistema

La transformación sistemática de la sociedad rusa ha provocado fenómenos anteriormente desconocidos. Por ejemplo, el número de jóvenes que no trabajan ni estudian se ha duplicado desde 1990. Según diferentes cálculos, este grupo, al que se refiere Williamson (1997) como el "status Cer0", comprende a 2,5-4 millones de jóvenes. En relación a sus antecedentes sociales, Williamson señala:

Muchos provienen de familias divididas, y muchos otros tienen antecedentes escolares fragmentados y parciales... Además, hay quienes se han visto implicados en actividades criminales desde muy temprana edad... Sin embargo, por otro lado, muchos otros no se han implicado... Algunos de estos jóvenes jamás pensaron que dividía en el status Cer0. Algunos habían pensado permanecer en la escuela o continuar su educación. Otros tenían ideas muy claras acerca de lo que les gustaría hacer en el marco de la formación general y de los mercados laborales... En sus referencias, algo había sucedido, algo que escapaba a su control, que casi los había conducido al status Cer0.(1997,76-77).

Esta transformación ha puesto a prueba nuestras políticas basadas en los nuevos valores y ha afectado a las instituciones sociales. La "desideologización" del proceso de socialización e integración de los jóvenes se ha convertido en una situación en la que el peso de madurar se les ha cargado a los propios jóvenes. Sin embargo, es probable que la popular idea de autogestión individual tenga muchas dificultades para realizarse en la medida en que las principales instituciones de socialización, como la educación, el sistema de formación y el empleo en su estado actual son, de hecho, grandes obstáculos a la integración de los jóvenes, en lugar de actuar como mecanismos de facilitación. En otras palabras, la mayor libertad para los jóvenes en Rusia no ha generado posibilidades ni opciones más amplias sino una falta de protección social. Replantear el papel del Estado en la integración de los jóvenes y reformar las instituciones de socialización no ha permitido a los individuos gestionar sus vidas ni mitigar la sensación de desorientación. A pesar de que la situación varía de un individuo a otro, el número de grupos de jóvenes marginados está aumentando.

La sociedad se ve obligada a enfrentarse, cada vez más, a las consecuencias de la exclusión social, como la marginación de los individuos, la ruptura con la realidad, la inmersión del individuo en un mundo de problemas personales, o la denominada "autoexclusión" manifiesta en la "desviación delictiva" como protesta contra la sociedad. El alcoholismo, el consumo de drogas y el suicidio se han generalizado entre los jóvenes rusos. Como promedio, el 24% de los encuestados declararon que se habían sentido cerca del suicidio en al menos una ocasión. El mismo número ha probado drogas al menos una vez. Los datos actuales también demuestran que el consumo de alcohol ha aumentado drásticamente en todos los grupos de edad, incluso entre los chicos menores de 12 años. Por ejemplo, en 1997, el 5% de los jóvenes de 13-14 años, el 10% de 15-16 años y el 26% de los jóvenes menores de 18 años consumían alcohol. El hecho de que sólo el 8% de los adolescentes sean conscientes del peligro potencial del alcoholismo agrava aún más la situación.

La juventud de la economía de mercado: ¿Participantes o marginados?

A pesar del carácter cada vez más "mercadotécnico" de la economía rusa, el sector público sigue siendo la principal vía de integración de los jóvenes en el mercado laboral. La estabilidad relativa del nivel del desempleo de los jóvenes en empresas e industrias estatales, como producto de las limitadas opciones, es sobre todo cierto en las zonas rurales y pequeñas ciudades en toda Rusia. Sin embargo, si hubiese una alternativa, el 26% de nuestra muestra preferiría no trabajar en el sector estatal (Figura 2). Entre los jóvenes, el sector estatal de la economía nacional sigue asociándose con

el antiguo sistema de planificación, con el que los jóvenes no quieren identificarse. Las actitudes de los jóvenes ante el trabajo en el sector estatal también se han visto afectadas por el cambio de los valores no materiales a valores materiales. Aquellos que desean trabajar en un sector estatal en decadencia lo hacen por altruismo y llevados por una inquietud frente a las necesidades de la sociedad. Sin embargo, estas orientaciones de valor no están apoyadas por la nueva ideología y han sido reemplazadas por el pragmatismo y el egoísmo. El resultado es que muchos jóvenes sólo trabajan en el sector estatal nominalmente, y la mayoría trabaja en el sector privado. En ese caso, saben que si fracasan o pierden sus empleos, siempre tendrán un apoyo en el sector público.

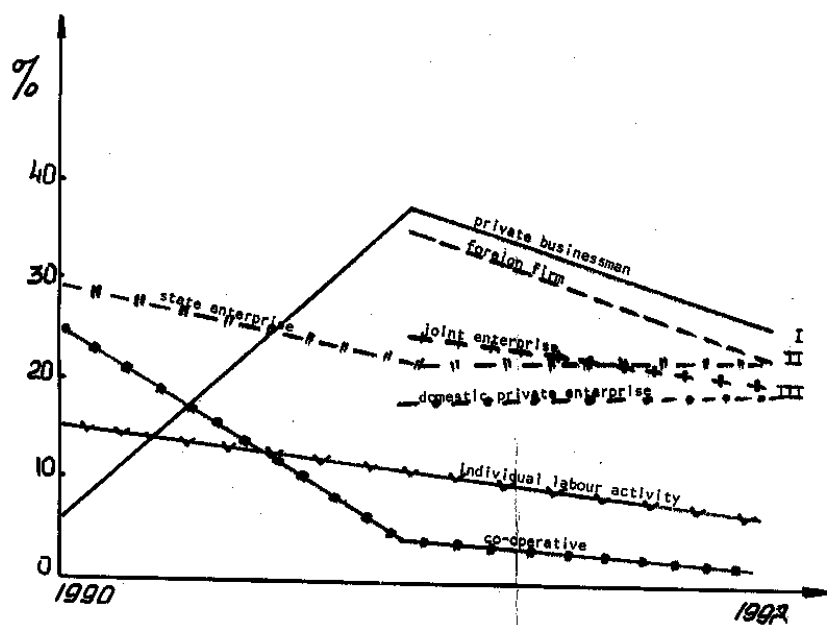
El sector estatal de la economía es más seguro que cualquier actividad comercial y retiene a los jóvenes. Sin embargo, este "empleo forzado" no se corresponde con la motivación y, al final, los jóvenes suelen abandonarlo. El deterioro de los antiguos valores laborales y la ausencia de una creencia sólida en el ámbito estatal de la economía ha producido anomia y desorientación entre los jóvenes.

El proceso de la integración de los jóvenes en el ámbito no estatal también es contradictorio. Su posición en este sector no es tan estable como parece, porque no participan en el proceso de toma de decisiones y no influyen en la actividad comercial real. Tampoco poseen el denominado "capital de partida" para su propia empresa, por qué eran demasiado jóvenes para participar en el proceso de privatización. Ya no quedan nichos económicos. Como consecuencia, la gran mayoría de los jóvenes son contratados en sectores de la economía donde sus derechos no gozan de ninguna protección y donde no tardan en alienarse. Según los estudios del Instituto de Economía, el 18,2% de las empresas estatales prefiere dar empleos cualificados a los jóvenes, pero esta misma oportunidad no se da en el sector privado. De hecho, el sector privado es el que más empleos no cualificados ofrece a los jóvenes (Dunaeva 1998, 83). Los bajos salarios, el empleo precario, una alta tasa de renovación del personal y una baja condición laboral caracterizan a los jóvenes en esta categoría. El hecho de que los jóvenes no puedan competir con trabajadores más experimentados en el sector privado ha influido de manera negativa en su integración laboral, sobre todo de los que recién ingresan al mercado laboral. Todos estos factores han producido un deterioro del potencial laboral de los jóvenes y ha modificado la dirección de sus estrategias intergeneracionales, empujándolos a una esfera no laboral y esencialmente criminal.

Sin embargo, hay un grupo muy pequeño pero cada vez más exitoso de jóvenes. La mayoría pertenecen a la última generación de activistas del *Komsomol* (juventudes comunistas) que privatizaron la propiedad del *Komsomol*, o a las familias de la élite económica y administrativa actual y la anterior. Este último grupo, compuesto por jóvenes empresarios, tiene el apoyo y protección de sus poderosos padres y suelen ser "personas falsas" (testaferros ocultos) en las empresas de sus padres. En otras palabras, cuando sus padres ejercen una función administrativa o gubernamental, se les prohíbe legalmente participar en actividades comerciales, de modo que son sus hijos los nombrados en los documentos legales. En general, los jóvenes desempeñan un papel secundario en las relaciones de mercado y piensan que sus propias posibilidades son muy escasas: en la muestra, no más del 14% declararon que estaban dispuestos a intentar establecerse con su propia empresa privada.

Un análisis de las orientaciones laborales de los jóvenes demuestra que, en el proceso de madurar, éstos han modificado su opinión sobre los diferentes tipos de empleo. Nuestro estudio demuestra que el grupo que acepta mayores riesgos son los jóvenes menores de 23 años. Asumir diversos riesgos en el ámbito laboral puede ser muy beneficioso y podría hacer que los jóvenes ganen o pierdan. Por regla, los jóvenes que pertenecen a este grupo creen que estarán entre los ganadores. Con demasiada frecuencia, son sólo responsables de sí mismos puesto que ya han roto sus vínculos con las familias y aún no tienen vínculos familiares nuevos. Al ser relativamente más libres que otros jóvenes, a menudo prefieren asumir riesgos a aceptar la estabilidad.

FIGURE 2. Labour orientations of Russian youth



Por el contrario, los jóvenes entre 23 y 29 años se inclinan más por trabajar en el sector estatal. Poseen una experiencia laboral en diferentes campos, entre ellos las empresas privadas y las empresas extranjeras, pero están decepcionados y ahora buscan un trabajo en una empresa estatal relativamente estable y previsible en lugar de hacerlo en el riesgoso sector comercial. Además, todos ellos tienen un segundo empleo, porque los salarios en el sector estatal de la economía rusa son simbólicos y se pagan de manera irregular.

Desde luego, el proceso de expansión de la libre empresa se ha ralentizado. A pesar de que esta actividad se considera más prestigiosa, no deja de aumentar la desilusión de la juventud con la economía de mercado. De hecho, los jóvenes no pueden realizarse en las empresas legales y se puede observar una tendencia a la exclusión de los jóvenes de las relaciones de mercado civilizadas y a su incorporación en estructuras delictivas de mercado. En estas condiciones, sólo el 25% de los jóvenes están preparados para enfrentar el cambio y asumir riesgos, y más del 60% tienen miedo y prefieren la calma y la estabilidad. Esto es bastante poco natural en los jóvenes, que suelen ser innovadores, aunque sus reticencias para probar suerte se pueden explicar por el precio sumamente alto que tienen que pagar cuando fracasan. En algunos casos, han pagado con el precio más alto, su propia vida.

El breve periodo de euforia vivido en el período 1990-94 fue seguido por una aprensión entre los jóvenes. Los estudios realizados en 1994-95 demuestran que ya se había asentado un grupo estable que apoyaba las reformas y que casi el 50% de los jóvenes estaban convencidos de que las reformas debían continuar. Sin embargo, los estudios más recientes señalan que sólo el 23% opina que la política económica actual es positiva y el 52% piensa que está equivocada. A medida que pasa el tiempo, parece más claro que es difícil para los jóvenes integrarse en las nuevas formas de relaciones laborales. Los reformadores estimulan a los jóvenes, pero en realidad no logran implantar las medidas adecuadas (a menudo sólo existen sobre el papel, y son básicamente palabras y no hechos) que permitan a los jóvenes integrarse en la economía de mercado.

Las profundas contradicciones entre las aspiraciones que la economía de mercado ha despertado entre los jóvenes, por un lado y, por otro, su incapacidad para obedecer a valores aceptables,

produce otro tipo de anomia. Todas estas influencias conducen a la desorientación social, a la marginación de los jóvenes y a su exclusión de la economía de mercado. Rusia ya ha vivido una crisis de valores al replantear los viejos valores económicos del socialismo, pero ahora está viviendo una nueva crisis que nace de la desilusión de los jóvenes. Una de las consecuencias más peligrosas podría ser su resistencia cerrada al mercado.

Peculiaridades de la integración social en una sociedad jalonada por la crisis

El principal rasgo de la integración de los jóvenes en una sociedad que sufre una crisis prolongada es la contradicción entre su verdadera actividad y sus motivaciones, que en nuestro marco se denomina inclusión e identificación. Sin embargo, como hemos visto más arriba, la misma contradicción entre las orientaciones laborales de los jóvenes y su actual actividad difiere según se trate del sector público o privado de la economía. Esta situación nace de las peculiaridades del proceso de integración. Si aquellos que trabajan en una empresa estatal no se identifican con ella, lo contrario es verdad también en el sector privado de la economía rusa. La internalización de las normas y valores de mercado es alta entre los jóvenes rusos y se identifican sólidamente con la economía de mercado, si bien esto no es suficiente para garantizar una inclusión exitosa en el ámbito empresarial. Por lo tanto, uno de los principales problemas es la ruptura del proceso de integración (debido a una falta de inclusión y/o de identificación) que conduce a la eventual marginación de los jóvenes de la economía de mercado.

La marginación social de los jóvenes en una sociedad jalonada por la crisis provoca un desequilibrio del conjunto del sistema social y conduce a una ruptura entre sus partes y sus canales de integración, que son ineficaces. La actual crisis del sistema ha afectado negativamente a la estructura social, por lo cual los jóvenes no pueden ocupar su lugar adecuado en la sociedad. Su situación es fundamentalmente caótica e imprevisible. La marginación afecta a todos los grupos y está aumentando, e incluso los jóvenes escolarizados y con buenas cualificaciones se encuentran ante el peligro de la discriminación, la alienación y la marginación. La mayoría vive en condiciones de permanente riesgo, inducido por diversos factores sociales, económicos y legales. Hay diferentes categorías de jóvenes rusos que enfrentan el riesgo de una movilidad social y profesional descendente por un lado, y, por otro, la no realización de sus objetivos.

Es probable que estas tendencias se aceleren y que probablemente conduzcan a una escalada de la tensión social entre los jóvenes y el poder en Rusia, que a su vez, podría provocar la alienación de los jóvenes con respecto a la sociedad, lo cual inauguraría una espiral peligrosa.

El conflicto entre los intereses de los jóvenes por un lado y, por otro, las condiciones sociales, ha influido gravemente en su condición económica y numerosos jóvenes rusos viven justo en o por debajo del umbral de pobreza (Cuadro 5). La mayoría de los jóvenes no adquieren una independencia económica hasta después de los treinta años.

CUADRO 5. ¿A qué grupo de ingresos perteneces? (%)

1. Apenas tengo suficiente dinero para la alimentación	13,0
2. Puedo pagar únicamente mis necesidades básicas (alimentación y la ropa más barata)	28,9
3. Mis ingresos me permiten comprar alimentos y ropa de buena calidad pero no son suficientes para comprar productos caros.	25,0
4. Tengo dinero suficiente para comprar ropa de buena calidad y bienes de consumo durables, pero me es imposible comprar equipos técnicos caros.	14,7
5. A veces, puedo comprar productos caros (televisores, aparatos de vídeo) pero no puedo comprar un coche ni viajar al extranjero.	13,8
6. Puedo comprar equipos técnicos y un coche, pero no puedo comprar mi propio apartamento, coche importado, etc.	3,9
7. No tengo problemas materiales. Mis ingresos me permiten comprar lo que quiero, como mi propio apartamento, un coche importado, etc.	0,6

Fuente: Los jóvenes y la pobreza en Rusia, 1998.

Se está volviendo cada vez más difícil para los jóvenes alcanzar una condición adulta. Los jóvenes adultos siguen dependiendo de sus familias, lo cual prolonga una condición inestable. El 73% de los jóvenes de la muestra declararon que en 1998 aún recibían regularmente ayuda de los padres. Uno de cada cinco de los encuestados tenía miedo y sentía ansiedad ante la posibilidad de perder su empleo, y más de la mitad (el 51,3%) tenían dificultades económicas. Como señalan Furlong y Cartmel (1997), esto significa que el futuro está plagado de riesgos y de incertidumbres. Se trata de un problema mundial, pero es cada vez más agudo en Rusia, donde la mayoría de los jóvenes viven en permanente riesgo. Se les ha privado de sus derechos básicos y se enfrentan a la perspectiva del desempleo y la pobreza. Por lo tanto, en la Rusia contemporánea, la exclusión social de algunos grupos de jóvenes del mercado laboral se está convirtiendo en una realidad inevitable socialmente determinada.

Conclusión

Nuestro análisis del proceso de integración de los jóvenes en Rusia demuestra que ni los reformadores ni sus adversarios tienen una idea clara de qué tipo de reformas económicas y sociales es necesario llevar a cabo para solucionar los males de Rusia. El único objetivo proclamado actualmente es la economía de mercado. Sin embargo, en el camino hacia ese mercado, el nuevo poder en Rusia no ha prestado suficiente atención a los problemas sociales. Debido a las dificultades que enfrenta Rusia, algunos jóvenes han conseguido adaptarse durante el periodo de transición, si bien la gran mayoría aún corre el riesgo de la exclusión. La mayoría no se ha integrado en la sociedad. Su camino hacia la condición de adultos en el terreno económico se ha visto afectado negativamente por la transición al mercado. Las posibilidades limitadas de la participación de los jóvenes en el mercado laboral, debido a factores como la escasez de plazas vacantes, la disparidad entre la educación y formación profesional y las verdaderas necesidades del mercado, la inexistencia de programas adecuados (por ejemplo, una mejor formación y preparación de los jóvenes para las nuevas condiciones económicas), así como la insuficiencia de financiación para su ejecución, dificulta la integración de los jóvenes en nuestro inestable panorama laboral.

Las contradicciones y los conflictos que han surgido en las relaciones laborales distan mucho de estar resueltas. Y aunque algunas son, efectivamente, resueltas, el resultado no favorece a los jóvenes. Es por esto que los jóvenes, especialmente los recién integrados al mundo laboral, sufren la exclusión social y la violación de sus derechos humanos, y se ven obligados a negociar constantemente su transición a la condición de adultos con medios ajenos al trabajo (básicamente participando en actividades criminales). Por lo tanto, los jóvenes rusos se han visto expulsados del panorama laboral. Este es uno de los principales resultados de la política social en la nueva Rusia, que no facilita la integración de los jóvenes en los mercados laborales sino que produce discriminación, marginación y alienación de la juventud, es decir, se les excluye de la sociedad.

Traducido del inglés

Referencias

- DUNAEVA, H., 1998. "Molodezh' na rynke truda." *Voprosy Ekonomiki*, 1.
- FURLONG, A.; CARTMEL, F., 1997 *Sociology and Social Change. Individualisation and Risk in Late Modernity*. Buckingham: Open University Press.
- JONES, G.; WALLACE, C., 1992. *Youth, Family, Youth and Citizenship*. Buckingham: Open University Press.
- WILLIAMSON, H., 1997. Status Zero Youth and the "underclass": Some Considerations. In: Robert MCDONALD, R. (ed.) *Youth, the "Underclass" and Social Exclusion*. Londres y Nueva York: Routledge.

Nota biográfica

Gill Jones es profesora de Sociología en la Escuela de Relaciones Sociales, en Keele University, Staffordshire ST5BG, Reino Unido. Email: g.e.jones@keele.ac.uk. Lleva mucho tiempo trabajando en las desigualdades en la juventud y estudiando las distintas maneras que tienen los jóvenes de llevar a cabo la transición a la edad adulta en las sociedades modernas. Particularmente dedicada a analizar los procedimientos, y no sólo las metodologías de la investigación, también se interesa mucho por determinar cómo pueden incorporarse sus resultados a la formulación de políticas y a la práctica.

Experimentar la vida familiar e inventar el ‘hogar’

Gill Jones

Introducción

A diferencia de las actividades públicas de los jóvenes, como la educación, el trabajo o el ocio, sus vidas privadas están poco estudiadas. Esto se debe en parte a la forma en que se han desarrollado los estudios sobre la juventud durante el siglo XX, dejando al margen los intereses fundamentales de los sociólogos, y centrándose en las relaciones de poder de la sociedad. Desgraciadamente, la investigación sobre la reproducción de las desigualdades de poder se centraron en los procesos de producción, que en las sociedades industriales occidentales suponía centrarse en el mercado de trabajo más que en la producción doméstica o casera, dando lugar a una división conceptual entre los ámbitos público y privado.

Los estudios sobre la familia y los modelos de consumo (especialmente los referentes al hogar) han suscitado cuestiones sobre las desigualdades en el ámbito doméstico. En este contexto, el concepto de “familia” ya no se entiende como una prolongación que depende del cabeza de familia, sino que es objeto de estudios mucho más interesantes y complejos acerca de lo que ocurre en el ámbito doméstico en cuanto a edad, sexo y relaciones generacionales. Todos estos temas, con el tiempo, se han ido incorporando a los estudios sobre la juventud. El grueso de la investigación sobre la juventud se ha dedicado a las transiciones más públicas y visibles de la escuela al trabajo. La investigación sobre la cultura juvenil (centrada en el aspecto generacional) y las sub-culturas juveniles (centrada en la clase social) de los decenios de 1960 y 1970 tendían a centrarse en lo público y visible (por ejemplo, Willis, 1977), y al ignorar el ámbito doméstico, ignoraba de hecho toda una subcultura femenina menos visible (e.g. Griffin, 1985). La investigación sobre la juventud ha tendido a desdeñar las relaciones con la familia y el efecto que éstas tienen en la forma de producirse la transición. Mucho queda por estudiar en este tema, pues si no entendemos estos fenómenos de causa y efecto de la vida doméstica y familiar, no podemos ofrecer a los políticos la base necesaria para formular e implantar políticas eficaces para la juventud.

Las transiciones a la independencia social y económica empiezan en el ámbito familiar antes de hacerse visibles para los investigadores o para cualquiera fuera de este ámbito (Jones y Wallace, 1992). Además, la transición de la escuela al mercado de trabajo afecta a la vida familiar y a su vez está profundamente afectada por lo que ocurre en casa; igualmente, la transición a una vivienda independiente condiciona la transición económica al trabajo remunerado y a su vez está profundamente condicionada por ésta. El hogar familiar tiene una función importante como trampolín para la transición a la vida adulta independiente y muchos aspectos del proceso de transición ocurren al salir de él. Sin embargo, las familias y los hogares están cambiando y conviene aclarar qué se entiende por hogar. Esto no es sólo una cuestión de “nuevas” estructuras familiares, sino también de “nuevas” formas de relaciones sociales. ¿Qué tipo de relaciones sociales están dejando los jóvenes cuando se van de casa y hacia qué tipo de formas de vida (que quizás implican

nuevas relaciones sociales) se dirigen? Así pues, este artículo versa sobre los cambios que se han producido en las transiciones domésticas de los jóvenes y, concretamente, en el paso a la vida “independiente”; está basado en el último trabajo empírico que la autora ha llevado a cabo en el Reino Unido. Pero, ante todo, es preciso reflexionar sobre qué entendemos por “hogar”.

El concepto de hogar

Prescindiendo de su realidad, el concepto de hogar suele basarse en una idea de idilio doméstico y las relaciones familiares son tan primordiales para las ideas sobre la vida de hogar, que los términos familia y hogar se emplean prácticamente como sinónimos (Crow, 1989). Así, un hogar se considera como tal sólo si una familia vive en él, si no, es “sólo una casa” (Gilman, 1980). Sin embargo, la identificación de hogar con familia da lugar a confusión: sólo porque una familia consta de varias personas en estrecha relación no se debe deducir que un hogar también lo es. En cualquier caso, las realidades de familia y hogar están mitificadas.

Somerville (1992) explica la construcción social del ‘hogar’ como algo que abarca los dos conceptos de *hogar como ideal* y *hogar como realidad*. Estar sujeto al idilio doméstico es a veces una realidad incómoda. El hogar es un lugar de desigualdad, hecho a la medida de las necesidades del cabeza de familia antes que de los demás miembros (Allan y Crow, 1989), y, por eso, para muchas mujeres el hogar se puede convertir en una cárcel (Graham, 1983). El concepto de hogar como ‘santuario’ o ‘lugar de seguro refugio’ (Moore, 1984) no es necesariamente cierto para los que están en situación más débil en las relaciones de poder domésticas, es decir, los jóvenes, para los cuales el hogar familiar no constituye necesariamente un “paraíso seguro” (Jones, 1995). Algunos han sido en él muy desgraciados y algunos otros, víctimas de abusos. Aunque los jóvenes se refieren a él como algo suyo (Ainley, 1991), la casa de los padres ‘pertenece’ al cabeza de familia que controla quién vive en ella y puede decidir hacer uso de esta autoridad (Jones, 1995). En Inglaterra y Gales, los jóvenes de más de 18 años (en Escocia, más de 16) sólo pueden vivir en la casa de los padres con permiso de éstos. En un sentido legal y social, es la casa de los padres y no el “hogar de la familia” compartido por todos. Precisamente porque la casa paterna es un lugar de desigualdad entre padres e hijos, la emancipación del control paterno implica marcharse y crear un nuevo hogar. La ruptura de la familia culmina con la marcha del ‘hogar’ de algunos de sus miembros, aunque el conflicto también puede dar lugar, si no a la separación física, a un distanciamiento moral dentro de la casa. La palabra ‘hogar’ tiene connotaciones muy distintas para cada cual. Algunos jóvenes que viven en hogares infelices pueden considerarse a sí mismos alojados pero sin hogar, y el hecho de no tener hogar se puede considerar como una construcción social, definida no sólo por falta de techo, sino también por falta de apego afectivo, o (quizá) de relaciones estrechas. Watson y Austerberry (1986) afirman que el hogar y la falta de hogar están contruidos partiendo de los siguientes aspectos: condiciones materiales, bienestar emocional y físico, relaciones de cariño y atención, control e intimidad, y espacio para vivir y dormir. Algunos jóvenes sin hogar, para los cuales el hogar es un ideal y no una realidad, señalan que la necesidad de tener unas relaciones familiares es tan fuerte como la de tener un techo (Jones, 1995).

Leonard (1980: 49) desarrollando el tema del hogar como ideal, en su estudio sobre recién casados en el decenio de 1970, llegó a la conclusión de que un hogar “se considera esencialmente como algo que van creando una pareja casada y sus hijos” y llega a afirmar que, para los jóvenes que se marchan de casa, ‘crear un hogar’ solos o con camaradas es “una contradicción en términos populares y algo difícil en la práctica”. Yo afirmaré que es precisamente por ser una contradicción en términos populares por lo que es difícil en la práctica: las creencias populares sobre las formas legítimas de marcharse de casa impregnan las políticas gubernamentales y han sido asumidas por los propios jóvenes. La falta de legitimidad social de algunos modelos de marcharse de casa aumenta la dificultad inherente. Con demasiada frecuencia, “marcharse de casa” se considera negativamente, como una forma de romper la familia, en lugar de considerarse como un paso hacia el establecimiento de unas nuevas relaciones adultas, desde el punto de vista social y económico.

Por eso es importante distinguir entre el supuesto normativo de que el hogar está íntimamente ligado a la “familia”, como sitio clave para la actividad sexual, la reproducción y la vida de la familia nuclear (Jamieson, 1998), y la realidad, en la que los jóvenes se establecen en hogares no familiares que ellos pueden seguir considerando como el “hogar” (Heath y Kenyon, 1999).

Marcharse de casa

Una de las principales tendencias en el Reino Unido (y en otras partes) es dejar la casa paterna antes de formar una pareja (en vez del modelo tradicional de marcharse de casa para casarse). Como consecuencia, cada vez hay más jóvenes solteros en el Reino Unido que se marchan de casa y viven solos o con colegas (la “contradicción en términos populares” de Leonard). ¿Se puede considerar como hogar una habitación de estudiantes dentro de otra casa, o un mínimo apartamento, o un piso compartido? Es discutible –al menos en el discurso público– si una vivienda puede ser un hogar, con su implicación de apego afectivo, cuando no se comparte con alguien con quien se mantiene una relación íntima. Heath y Kenyon (1999) descubren y denuncian el prejuicio subyacente de que el compartir una vivienda entre varios jóvenes adultos sin que existan vínculos de sangre o sexuales no puede ofrecer seguridad ontológica ni un entorno “hogareño”. Yo iría más lejos, y preguntaría por qué hay que aplicar el lenguaje de la familia al concepto de vivienda u hogar. Así, en una época en la que hay en el Reino Unido un número cada vez mayor de hogares unipersonales, sobre todo entre la gente de más edad, yo descubro y denuncio otro prejuicio: que para que exista un “hogar” tiene que vivir en él más de una persona.

Antiguamente, los jóvenes adultos se marchaban de casa principalmente para casarse. La asociación entre el marcharse de casa y el matrimonio era tan fija que los promedios de edad de marcharse de casa se estimaban partiendo de los promedios de edad de casarse: las mujeres se iban de casa antes que los hombres porque se casaban antes; la clase media se iba de casa más tarde que la clase obrera porque se casaban más tarde (ver Jones, 1995). Desde luego, la gente se casa y tiene hijos más tarde: la media de edad de las mujeres en sus primeras nupcias ha pasado de 21,4 años en 1971 a 24,9 en 1990, y para los hombres de 23,4 a 26,8 años; la media de edad para el primer parto en mujeres casadas pasó de 24 años a principios del decenio de 1970 a 28 años en 1993 (OPCS, 1995 (citado en Kiernan, 1995)).

Cabría esperar que los jóvenes siguieran viviendo en la casa paterna más tiempo, puesto que la edad de matrimonio y paternidad se ha retrasado, pero no es así. Algunos factores socioeconómicos e iniciativas políticas recientes han venido a influir también en los modelos de marcharse de casa. La prolongación de la educación y formación y los cambios en el mercado de trabajo juvenil han influido en los modelos de transición a la vida independiente en los últimos decenios. Como consecuencia, la relación entre el marcharse de casa y formar una familia ya no es tan estrecha. Los jóvenes tienden más a marcharse de casa por otras razones: un motivo cada vez más frecuente es empezar un curso o un trabajo lejos de su residencia (debido a los cambios en las oportunidades de trabajo). También es muy frecuente, aunque a menor escala, que los jóvenes se marchen de casa porque no se llevan bien con sus padres. Sin embargo, al mismo tiempo, el marcharse de casa se ha hecho más difícil por la reestructuración del estado de bienestar y la desaparición de muchas de sus ayudas a los jóvenes, que antes hacían más seguras su transición a la vida independiente (Jones, 1995).

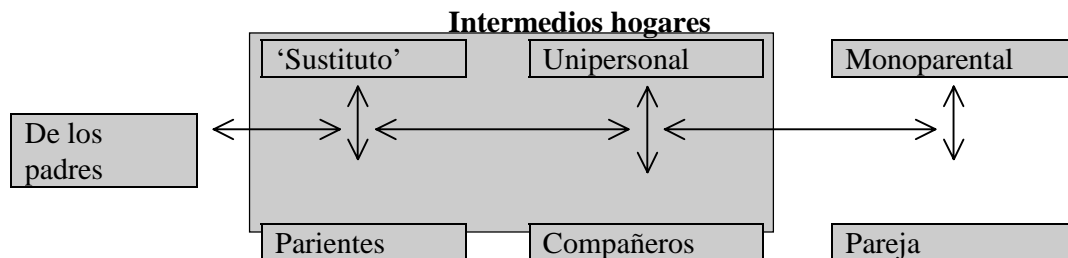
En el Reino Unido, la media de edad de marcharse de casa hace unos veinte años, era de 20 años para las muchachas y 21,9 para los muchachos (basado en el análisis de la 4ª serie del Estudio Nacional sobre el Desarrollo Infantil del Reino Unido a los 23 años en 1981). En Escocia, aproximadamente uno de cada diez jóvenes de 16 a 17 años y uno de cada tres de 19 años, se han marchado de casa (Scottish Young People’s Survey –una serie de promociones de 16 a 19 años estudiadas entre 1985 y 1993– ver Jones, 1995). Las diferencias en la edad de marcharse de casa debidas a la clase social y al sexo se mantienen: las mujeres se marchan antes que los hombres y la clase media, antes que la clase obrera. También hay diferencias étnicas: Heath y Dale (1994)

comprobaron que entre los afro-caribeños de edades comprendidas entre 16 y 20 años, la tendencia a haberse marchado ya de casa a esa edad era mayor que en los demás grupos étnicos (incluidos los blancos), mientras que el grupo en que esta tendencia era menor era el de las mujeres asiáticas. Los orígenes familiares también parecen influir en los distintos modelos de marcharse de casa: los que viven con un padrastro o madrastra tienden a marcharse antes que los que viven con su padre y su madre o con uno solo de ellos (Jones, 1995). En general, cuanto más joven es el que se marcha de casa, más probable es que lo haga por factores negativos y el marcharse sea la reacción a una serie de problemas, en lugar de una decisión bien pensada.

La creación de un hogar

Para entender el concepto de “carrera” de vivienda y hogar, desde el hogar paterno a la vivienda más permanente, hay que entender mejor la naturaleza del “mercado de la vivienda para jóvenes”, tanto desde el punto de vista de la oferta, como de la demanda. Si comparamos la carrera de vivienda/hogar con la carrera de educación, formación y empleo, o con la carrera de formación de una familia, podemos empezar por considerar, por ejemplo, cómo van cambiando las necesidades de vivienda con el tiempo y con la edad, y cómo el mercado de la vivienda tiene que ser flexible para adaptarse a estas nuevas necesidades de alojamiento. La finalidad, sin embargo, es emplear el concepto de ‘carrera’ para entender la flexibilidad y no imponerlo de manera que las premisas de edad pasen a ser fijas. Aclarado esto, durante la juventud existe un movimiento general progresivo que va de hogares temporales e inestables hacia hogares más permanentes y seguros. La figura 1 refleja las carreras de vivienda y señala la posibilidad de retrocesos y la imposibilidad de dar por sentados los progresos en este terreno. Marcharse de casa no equivale necesariamente a la formación de un hogar o de una familia.

FIGURA 1. Carreras de vivienda



Aunque la mayoría de los jóvenes de la época de la posguerra pasaban directamente de la casa familiar a la casa conyugal, hace ya tiempo que existen “hogares intermedios”; hace algunos decenios, muchos jóvenes de familias pobres dejaban la casa familiar para irse a trabajar como sirvientes o aprendices, o incorporarse al ejército. Estos “hogares sustitutos” siguen existiendo y ahora hay además albergues, *hogares*, residencia de estudiantes, etc., en situaciones en que la forma de vida es no-familiar, pues normalmente conviven personas que no se conocían antes y en las que la casa está condicionada a un curso o a un trabajo (Jones, 1995). Para los jóvenes constituyen una oportunidad de dejar la casa familiar pues, de otro modo, no tendrían los medios para sufragar los gastos. Del mismo modo, a finales del siglo XIX, el proceso de urbanización fue posible por la práctica común de ir a vivir con parientes que ya se habían instalado antes en la ciudad. La práctica de migración en cadena y el establecimiento de redes de parientes para alojarse (especialmente primos y abuelos) sigue siendo un aspecto importante de la migración juvenil hacia los centros urbanos, en los que hay más oportunidades de empleo (Jones y Jamieson, 1997), pero ahora es mucho menos usual y están aumentando otros tipos de “hogares intermedios”: hay más jóvenes solteros que viven solos o con compañeros y esto puede ser un fenómeno más permanente. Por el momento, podemos pensar que todos estos tipos de hogares son intermedios (sustitutos, parientes, compañeros y unipersonales) entre la casa familiar y una nueva familia posible, pero no podemos

estar seguros de su carácter transitorio. He señalado el valor estratégico de los “hogares sustitutos” y de convivir con parientes. Debemos estudiar también los hogares de compañeros y unipersonales para conocer su valor estratégico.

CUADRO 1: Tipos de hogar por edades y sexo entre los jóvenes con edades comprendidas entre los 16 y los 25 años

Tipo de hogar	Hombres			Mujeres			TOTAL
	16-17 %	18-20 %	21-25 %	16-17 %	18-20 %	21-25 %	%
1982							
De los padres	96	87	45	96	70	25	61
Parientes	2	2	1	2	3	1	2
Compañeros	2	4	5	1	9	5	5
Persona soltera	0	2	7	0	4	4	4
Monoparental	0	0	0	1	1	4	1
Pareja	0	3	20	0	9	29	14
Pareja + hijo(s)	0	2	20	0	4	31	14
TOTAL (=100%)	344	432	669	315	414	751	2.925
1987							
De los padres	96	82	44	95	69	25	58
Parientes	3	2	1	1	1	1	2
Compañeros	1	5	6	0	5	8	5
Persona soltera	0	4	10	1	4	7	6
Monoparental	0	0	0	0	4	7	3
Pareja	0	3	21	2	10	27	14
Pareja + hijo(s)	0	3	17	0	7	26	13
TOTAL (=100%)	294	353	649	258	399	751	2.704
1992							
De los padres	95	82	46	94	68	28	58
Parientes	4	2	1	2	1	1	2
Compañeros	1	6	8	3	9	9	7
Persona soltera	0	7	11	0	5	6	6
Monoparental	0	0	0	0	2	10	3
Pareja	0	2	21	0	10	26	14
Pareja + hijo(s)	0	2	13	0	5	20	10
TOTAL (=100%)	231	301	571	220	284	641	2.248

Fuente: UK Family Expenditure Survey 1982-1992, Jones and Martin, 1999.

El cuadro 1 se basa en el Family Expenditure Survey (FES) realizado en el Reino Unido sobre los jóvenes de entre 16 y 25 años que vivían en sus hogares, quedando excluidos por tanto los jóvenes residentes en hogares de acogida, chabolas, y viviendas de estudiantes, y otros “hogares sustitutos” (Jones y Martin, 1999). El análisis viene a confirmar conclusiones anteriores (Jones, 1995) de que quizás los jóvenes se están marchando antes de casa: entre los jóvenes que viven con sus familias, la proporción de los que tienen entre 16 y 25 años y viven con sus padres descendió, pasando de 61% en 1982 a 58% en 1992 (pese a la pérdida de beneficios de seguridad social, etc.). Análisis más profundos muestran dos tendencias: en primer lugar, que la gente se marcha antes de casa y en segundo, que los de edades comprendidas entre 21 y 25 años tienen una tendencia ligeramente mayor a vivir en casa de los padres. Esto parece indicar que algunos de este último grupo se han marchado de casa, pero han vuelto más tarde.

En efecto, hay pruebas de que el fenómeno de volver a casa ha aumentado. Un estudio de los modelos de marcharse de casa en Escocia puso de manifiesto que la proporción de jóvenes de 19 años que se habían marchado de la casa familiar y habían vuelto se había duplicado entre 1987 y 1991 (Jones, 1995). Esto es en parte consecuencia de los diferentes motivos para marcharse de casa: muchos vuelven a casa cuando el motivo que dio lugar a su marcha ha desaparecido (un curso, un trabajo, una pareja). Así pues, pueden volver a la casa familiar cuando terminan un curso, o pierden

el empleo o rompen con su pareja, por lo que pueden marcharse de casa más de una vez. Sin embargo, volver a casa tiene su coste pues una vuelta a la dependencia, asociada con la infancia, puede representar una independencia frustrada, aunque la opción de volver, si existe, supone también una importante fuente de seguridad para los jóvenes que asumen el riesgo de intentar crear hogares independientes (Jones, 1995). La opción de volver a casa no está siempre al alcance de todos pues, aunque algunos padres insisten en que “ésta será siempre tu habitación”, otros ejercen su derecho de expulsar a sus hijos adultos y no les permiten volver.

Los hogares intermedios

Para los que se marchan de casa (Cuadro 2), el cambio de modelos para la formación de un hogar ha sido enorme. Hay menos jóvenes viviendo con pareja o con pareja e hijos, pero hay más viviendo solos (éstos son hombres principalmente), o con padre o madre solos (todas mujeres), o con compañeros. Las mujeres tienden más que los hombres a vivir con compañeras pero esta forma de vida ha aumentado para los dos sexos desde 1982.

CUADRO 2: Tipos de hogar entre los jóvenes con edades comprendidas entre 16 y 25 años que no viven en casa de los padres

Tipo de hogar	1982 %	1987 %	1992 %
Parientes	5	5	5
Compañeros y otros	13	12	17
Persona soltera	10	14	14
Monoparental	3	7	7
Pareja	36	33	33
Pareja + hijo(s)	36	31	24
TOTAL (=100%)	1.141	1.136	944

Fuente: *UK Family Expenditure Surveys 1982, 1987, 1992*, (adaptado de Jones y Martin, 1999)

Para los que se han marchado de casa, la proporción de los que viven solos o con compañeros ha aumentado, pasando de 23% en 1982 a 31% en 1992. Un nuevo tema de investigación es si éstos son verdaderamente “hogares intermedios” o si se harán permanentes, pasando a ser una alternativa al hogar familiar. En efecto, ¿pueden los jóvenes elegir seguir viviendo en hogares no familiares en lugar de crear hogares y vivir en pareja? Algunos hogares no familiares, como la vuelta a la casa de los padres, pueden seguir, en vez de ser precursores, a la vida de pareja. Sin embargo, veremos (Cuadro 3, más adelante) que este caso parece seguir asociado con los tipos de vivienda provisional, asociados a su vez con el mercado de la vivienda para los jóvenes.

También ha habido cambios en los modelos de formación de una familia: un aumento general de padres o madres solos, que han pasado de 1% a 3% y una disminución de parejas con hijos, que han pasado de 14% a 10%, mientras la proporción de parejas sin hijos ha permanecido estable en 14%. Es decir, la creación de una familia también se ha hecho más tardía y compleja. Aquí, las cuestiones – y el debate continúa – se refieren a la relación que puede existir entre la natalidad y la vivienda: ¿retrasan los jóvenes los nacimientos para seguir pagando las hipotecas? ¿es verdad que la gente tiene hijos con miras a mejorar su puntuación para que les den vivienda, como algunos quieren hacernos creer? En este orden de cosas, como en tantos otros, no podemos explicar fácilmente la relación entre causa y efecto, ni contestar fácilmente a la pregunta de si la estrategia es resultado de una elección o de una imposición debida a las dificultades (ver también Jones y Martin, 1999).

En resumen, los resultados indican que hay una mayor distancia entre marcharse de casa, formar una pareja y tener hijos, y ponen de manifiesto que hay más jóvenes solteros (no sólo estudiantes) que viven independientes de sus padres antes de formar una pareja y vivir con ella.

Las nuevas demandas de vivienda

El mercado de la vivienda ha estado claramente orientado a las familias y no se ha adecuado a la creciente demanda de vivienda por parte de jóvenes solteros, demanda que aumenta, varía y es más propensa a cambios. El mercado de la vivienda está cada vez más polarizado, por una parte hacia la compra de la vivienda, y por otra, a la vivienda social. No se ha adaptado a las necesidades de los jóvenes que se pueden situar en una serie de tipos de hogares y circunstancias socioeconómicas.

La demanda de vivienda por parte de personas solteras ha aumentado. ¿Hay realmente una oferta de vivienda asequible y apropiada para que los jóvenes se vayan de casa? Los jóvenes solteros necesitan tener movilidad geográfica para asistir a cursos y por cuestiones de trabajo y necesitan una vivienda flexible. El sector privado de alquileres atendía esta demanda, pero no sin riesgo e incomodidades (Jones y Martin, 1999). Los jóvenes, cuando viven en pareja y forman una familia, necesitan más estabilidad y comodidades. En esta etapa de la “carrera de la vivienda” (Ineichen, 1981; Jones, 1987), a medida que entran en el mercado de vivienda de adultos, tienen que elegir entre dos opciones: o bien la vivienda social para los más pobres, o bien la de comprar una vivienda, para los más ricos.

CUADRO 3: Situación contractual de la vivienda según los tipos de hogares, entre 16 y 25 años

Tipo de hogar	Alquileres públicos %	Alquileres privados %	En propiedad %
1982			
De los padres	36	3	59
Compañeros	24	41	29
Unipersonal	16	62	16
Monoparental	97	0	3
Pareja	16	19	62
Pareja + hijo(s)	52	8	38
Todos los tipos de hogar	35	10	53
1987			
De los padres	27	2	69
Compañeros	19	41	37
Unipersonal	20	49	27
Monoparental	84	6	9
Pareja	12	20	66
Pareja + hijo(s)	43	9	44
Todos los tipos de hogar	28	10	59
1992			
De los padres	21	3	75
Compañeros	13	52	33
Unipersonal	18	53	26
Monoparental	86	9	4
Pareja	10	23	65
Pareja + hijo(s)	54	12	33
Todos los tipos de hogar	24	13	61

Fuente: *UK Family Expenditure Surveys 1982-1992* (Jones y Martin, 1999)

Volvamos al Family Expenditure Survey para ver estos cambios en el decenio de 1982 a 1992. En el cuadro 3 se ve el tipo de ocupación de vivienda junto a los tipos de hogares en los que viven los jóvenes. Vemos en este cuadro los efectos de toda la variedad de cambios producidos en el mercado de la vivienda durante los gobiernos conservadores de finales del decenio de 1980 y principios del de 1990: en primer lugar, el efecto de las políticas orientadas a la compra de la vivienda; en

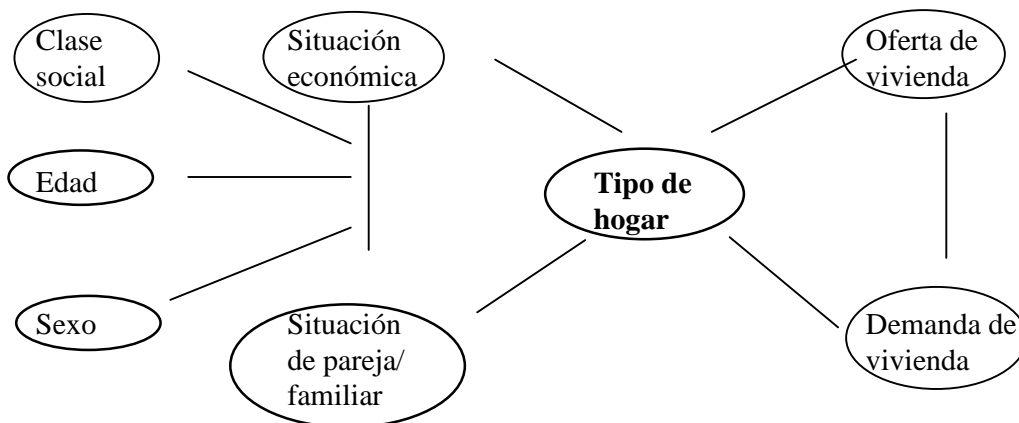
segundo, la reducción de oferta de vivienda pública y su orientación (vivienda social) hacia los más necesitados; en tercero, el impulso dado al sector privado de alquileres con la eliminación de controles. Todo esto dio lugar, entre los jóvenes, a un cambio de tendencia hacia la compra. Pero también vemos los efectos de la recesión de la vivienda que se produjo a finales del decenio de 1980 y que afectó especialmente a los jóvenes compradores, muchos de los cuales fueron gravemente perjudicados (debiendo a los prestatarios de hipotecas más de lo que valían realmente sus viviendas).

La situación contractual de la casa de los padres es un punto de referencia para todo el mercado de la vivienda, frente al cual medir el “mercado de la vivienda juvenil”. Dos cosas están claras en este punto: el aumento de la casa en propiedad (de 59% a 75%) y el descenso de los alquileres en el sector público (de 36% a 21%) en el decenio de 1980. A diferencia de lo que ocurre con la casa de los padres, para los jóvenes que se establecen por su cuenta, el sector privado de alquiler es el principal proveedor de vivienda. Para los que viven en pareja o con compañeros, el sector público de alquiler bajó entre 1982 y 1992 y la demanda de vivienda fue atendida principalmente por el sector privado de alquiler recién des-regulado, después de un incremento en la compra de vivienda a finales del decenio de 1980. También los padres separados acudieron al sector privado de alquiler. Los hogares unipersonales, como los de compañeros, se encuentran principalmente en el sector privado de alquiler, pero hubo fluctuaciones, con un aumento en la compra de la vivienda en 1987 y una reanimación posterior del sector privado de alquiler. Además de las tres maneras principales de tener una vivienda, en torno al 3% de los jóvenes vivía sin pagar rentas y no aparecen en el cuadro. Tampoco aparecen en los datos de FES el creciente número de jóvenes que se queda sin hogar a finales del decenio (Woodroffe et al., 1993). Este panorama no corresponde a un mercado de la vivienda juvenil en buen estado, que satisface la demanda de vivienda.

La relación entre la vivienda y el tipo de hogar

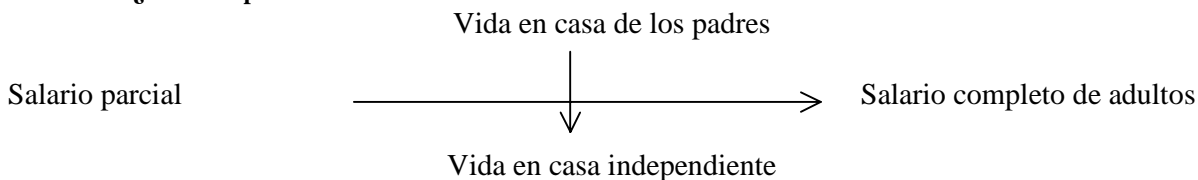
La demanda de vivienda por parte de los jóvenes no está solamente en función de sus aspiraciones en este terreno, sino que está condicionada por sus propias circunstancias sociales y económicas y por el tipo de oferta existente en el mercado. Aquí se hace necesario distinguir entre vivienda y tipo de hogar. La figura 2 muestra cómo pueden surgir los tipos de hogar en respuesta a estos condicionantes. Así, la situación económica unida a la situación personal, determina las necesidades de vivienda. Pero no es sólo que las circunstancias creen los hogares, también éstos surgen como *estrategias* gracias a las cuales, los jóvenes pueden lograr un arreglo mejor entre sus necesidades y sus posibilidades de acceder a una vivienda. De aquí, las flechas que van de la oferta de vivienda a los tipos de hogar y a la demanda de vivienda en la Figura 2.

FIGURA 2. Estructuras de desigualdad en el mercado de la vivienda juvenil



Estas estrategias son necesarias porque hay escasez de vivienda asequible para los jóvenes –es decir, la oferta de la vivienda no es la adecuada para ellos (va dirigida a las familias) y es demasiado cara para los ingresos de los jóvenes. Su accesibilidad –si la vivienda es asequible para el que la necesita- es una función del coste de la vivienda disponible y del dinero de los “consumidores de vivienda”.

FIGURA 3: ¿vida independiente?



Durante el decenio de 1980, se produjeron importantes cambios socioeconómicos y políticos que influyeron en la capacidad económica de los jóvenes. Como consecuencia de los efectos diferenciales de estos cambios estructurales, existen ahora mayores diferencias en cuanto a ingresos entre los jóvenes, así como entre ellos y los grupos de más edad. Los ingresos de los jóvenes con edades comprendidas entre 16 y 25 años pertenecientes al 20% de renta más baja disminuyeron entre 1987 y 1992, y de modo más acusado entre los menores de 21 años (Jones y Martin, 1999, basado en los análisis del Family Expenditure Survey). La nueva legislación del salario mínimo del Reino Unido sólo conseguirá consolidar las desigualdades en los ingresos por edades; pues niega un salario mínimo por debajo de los 18 años, y fija un Índice Transicional más bajo para los de edades entre 18 y 21 años (inclusive). Los menores de 26 años tampoco tendrán derecho a los niveles de ayuda de adultos y los menores de 18 sencillamente no están cubiertos por la legislación estatal protectora, excepto en casos de graves dificultades demostradas (estas estipulaciones de edad en las políticas públicas están estudiadas en Jones y Bell, 1999, de próxima aparición).

El concepto de “salarios parciales” (Siltanen, 1986) surgió como forma de entender los niveles de salario femeninos, pero el concepto de rentas parciales –rentas que sin subsidio no bastan para cubrir las necesidades de una persona- es útil para entender los problemas de los jóvenes. En la figura 3 se ve cómo la transición de un salario parcial a un salario adulto completo atraviesa la transición a la vida independiente y de ahí, la importancia de un subsidio ya sea de la familia o del Estado. Las dos transiciones no pueden hacerse a la vez, yendo al mismo ritmo el sueldo y la vivienda porque los jóvenes se tienen que ir de casa antes de que puedan empezar a recibir un sueldo entero. Por lo tanto, los muchos jóvenes que no viven con los padres y con un salario parcial están en situación de mayor riesgo, a no ser que reciban una ayuda económica adicional y esta ayuda puede depender de la legitimidad de su caso. En efecto, un estudio a pequeña escala indicaba que, para los jóvenes que se marchan de casa, debido a la reducción de la ayuda estatal, la ayuda familiar es crucial para contrarrestar el riesgo de quedarse sin hogar (Jones, 1995). La ayuda familiar depende de las posibilidades y de la disposición de los padres. Pero también se pueden poner en juego otras estrategias.

CUADRO 4: Experiencia de quedarse sin hogar según el motivo y la edad de marcharse de casa

Motivo para marcharse de casa	Proporción de cada grupo que se queda sin hogar		
	Se marchan con 16/17 (%)	Se marchan con 18/19 (%)	Total (%)
"Tradicional" (para casarse, estudios o trabajo)	2	2	2
"Problemas" (falta de entendimiento con los demás miembros del hogar, o falta de trabajo en la zona)	25	19	23
Independencia	11	3	6
Otros	10	5	7
TOTAL (n=86)	7	4	5

Fuente: *Scottish Young People's Survey 1989/1991* (Jones, 1995)

Se estima que en 1978 había 53.000 jóvenes sin hogar y que en 1990 había 146.000 (Woodroffe et al., 1993). Un estudio sobre los jóvenes sin hogar en Escocia (Jones, 1995) indicaba que el riesgo de quedarse sin hogar estaba muy desigualmente distribuido entre los jóvenes que se marchaban de casa: un tercio de jóvenes sin hogar había estado últimamente (desde los 14 años) a cargo de la autoridad local, y una cuarta parte tenía un padrastro o madrastra en la casa familiar. La mayoría de los jóvenes sin hogar dijeron haberse marchado de casa de sus padres porque no se entendían con las personas que vivían en ella, y muy pocos (uno de cada diez) dijeron que podrían volver otra vez (Jones, 1995). Así pues, los factores familiares tienen mucho que ver con la pérdida de hogar entre los más jóvenes que se van de casa.

El cuadro 4, basado en el análisis del Scottish Young People's Survey sobre los que tenían 19 años en 1991, analiza la experiencia de los sin hogar poniendo en relación la edad, el haberse marchado de casa y los motivos por los que se fueron. De los que se habían ido de casa a la edad de 19 años, aproximadamente el 5% se había quedado sin hogar. El cuadro señala que el riesgo se acentúa mucho cuando el irse de casa está motivado por problemas, es decir, por obligación más que por elección (como puede ser no llevarse bien con la familia o no tener trabajo en la zona). Por el contrario, el riesgo de quedarse sin hogar era mucho menor para los que se habían ido de casa por razones más legítimas socialmente, como empezar un trabajo, estudios o matrimonio.

En mi opinión, el motivo de que el riesgo de quedarse sin hogar esté tan desigualmente distribuido es que hay una fuerte creencia entre los políticos, los arrendadores de vivienda, las familias y –como señalaba en mi estudio– los propios jóvenes, de que hay una “manera buena” de marcharse de casa; por lo tanto, hay poca ayuda familiar o estatal para los que se van de casa por problemas o son realmente demasiado jóvenes, pero éstos son los que más ayuda necesitan y los que están en mayor riesgo de quedarse sin hogar (ver Jones, 1995). La mejor manera de evitar el riesgo de quedarse sin hogar es irse de casa de una forma socialmente legitimada y, por lo tanto, con ayuda. Pero el fenómeno de quedarse sin hogar no es más que la punta del iceberg de los problemas de vivienda de los jóvenes.

Estrategias y tipos de hogar ante las dificultades de vivienda

Los jóvenes no pueden aspirar a la vivienda que existe en el mercado. Así pues, como el mercado de la vivienda no se va a adaptar a ellos, son ellos los que tienen que cambiar sus demandas para adaptarse a él. En respuesta a estos problemas de vivienda, surgen diversos tipos de hogar y distintas estrategias: mientras los ricos solteros pueden permitirse marcharse de la casa de los padres y vivir independientes sin problemas (Jones y Martin, 1999), algunos jóvenes sólo pueden mejorar su situación con respecto al mercado de la vivienda juntándose con otros: formando parejas u hogares provisionales y sumando los recursos.

Si los distintos tipos de hogares surgen como estrategia para hacer frente a la inadecuada oferta de vivienda, esto parece indicar que los hogares se crean como fruto de las dificultades económicas y no de una elección. Esto es un debate en curso y está claro que los distintos grupos de jóvenes tienen accesos diferenciales a la elección y afrontan riesgos diferenciales. El compartir la vivienda con compañeros es muy corriente entre los estudiantes especialmente entre mujeres, pero no lo es tanto en otros grupos. Para unos puede ser una elección, pero para otros es una necesidad. Los últimos cambios en los subsidios para la vivienda pueden ocasionar un aumento todavía mayor de la vivienda compartida entre los jóvenes, que de otra forma no elegirían esta “opción”, pues sólo pueden pagar el equivalente al coste de una habitación en otra casa (the Single Room Rent). Kemp y Rugg's (1998) señalan en su estudio que muchos jóvenes prefieren la vivienda compartida. Sin embargo, Nicholson y Wasoff (1989), en un estudio sobre la vivienda estudiantil en Edimburgo, hallaron desigualdades entre los estudiantes que, gracias a los medios y generosidad de sus padres, actuaban como caseros y los demás, que eran sus inquilinos. La vivienda compartida es una solución rentable para poder marcharse de casa, pero no es adecuada para todos. En ella suelen faltar muchas de las comodidades de la casa de los padres (Jones y Martin, 1999) y las peleas entre

los compañeros de piso pueden conducir a quedarse sin hogar (Jones, 1995). Por otra parte, esta tendencia parece ser un fenómeno urbano: no existía en la zona rural escocesa estudiada (Jones y Jamieson, 1997), aunque después sí hubo grupos, pero no de personas en la misma situación.

Como ocurre al compartir la vivienda con compañeros, formar una pareja puede ser rentable, sobre todo si trabajan los dos. En la zona rural que estudiamos, las jóvenes (las que todavía no habían migrado de allí) vivían generalmente con sus padres hasta que se casaban, o tenían hijos cuando se les concedía la vivienda municipal. Crear una pareja o tener un hijo son decisiones muy importantes y no es probable que se tomen solamente como medio de obtener una vivienda, aunque existen indicios de que algunas mujeres sin hogar pueden cohabitar para evitar quedarse en la calle, y retrasar la llegada de los hijos puede ser una estrategia en las parejas en que trabajan los dos y aspiran a tener una vivienda propia.

He empleado la palabra estrategia y he señalado que, aunque los más ricos apenas tienen dificultades para acceder a una vivienda, otros tienen que adaptar sus demandas a la limitada oferta a su alcance. Los planes estratégicos o maniobras en respuesta a las dificultades, no son necesariamente las mismas. Heath y Kenyon (1999) han afirmado que los hogares compartidos no familiares representan una elección (“familias de elección”) más que una limitación o reacción ante las dificultades de vivienda. Sin embargo, elección y limitación son un todo que está influido por la desventaja social. Los más desaventajados son los que tienen más limitaciones.

Si realmente se quiere dar a los jóvenes la posibilidad de elegir cómo y cuándo independizarse, es necesario entender más a fondo sus transiciones a la vida independiente. Por ejemplo, las políticas gubernamentales sobre la vivienda no se deben basar en premisas normativas (y falsas) sobre los modelos de marcharse de casa. En un estudio actual (Jones y Bell, 1999, de próxima aparición) se ponen de relieve muchas premisas sobre los que están basadas las últimas políticas británicas, por ejemplo: que los jóvenes pueden recibir ayuda económica de sus padres (el motivo oculto para la reducción de beneficios y oportunidades de formación para los jóvenes); que pueden ejercer su derecho a vivir en la casa paterna, lo que puede solucionar su necesidad de vivienda; que esto se podría lograr eliminando los “incentivos” estatales para marcharse de casa (como el Income Support y Housing Benefit); que los que se van de casa sin tener los suficientes ingresos para mantener una vida independiente son “descarriados” (y por lo tanto inútiles); que los jóvenes que se quedan sin hogar, es porque lo han elegido; y que vivir solo en un hogar unipersonal no es la mejor solución. No parece que haya habido en las políticas sobre la juventud ni siquiera la intención de entender las necesidades de vivienda de los jóvenes, aunque todo esto puede estar cambiando, ahora que el nuevo gobierno Blair está dando mucha importancia a las políticas globales basadas en estudios y los problemas de la juventud se están considerando como un todo. Los problemas de los jóvenes sin hogar han recibido la máxima atención, pero no será suficiente atender a la punta del iceberg. Se necesita un enfoque radicalmente distinto para atender las nuevas demandas de vivienda, en especial de los jóvenes solteros y reconocer que, para acceder a cursos, empleos y formación, los jóvenes tienen que tener movilidad y eso significa que necesitan una vivienda que puedan pagar. Si hay que atender estas necesidades con legitimación social, tenemos que abandonar los prejuicios y empezar a reconocer que en el siglo XXI pueden ser válidas todas las nuevas formas de marcharse de casa y todas las nuevas formas de construir hogares. Las nuevas formas de crear hogares se pueden considerar tan válidas como las tradicionales, pero sólo podemos entender esto (y asegurar que el mercado de la vivienda responda adecuadamente), si abandonamos la obsesión tan extendida actualmente del concepto de “familia”.

Traducido del inglés

Notas

* Los proyectos de investigación en los que se basa este artículo fueron subvencionados por el UK Economic and Social Research Council (*Changing Patterns of Income and Expenditure in Youth*, R000 23 5393) y la Fundación Joseph Rowntree (*Young People in and Out of the Housing Market; Family Support for Young People*; y un estudio actual *Youth, Parenting and Public Policy*). Mi agradecimiento a todos ellos, a los colegas con los que he trabajado en estos proyectos y a los jóvenes que respondieron al estudio y participaron en las entrevistas, permitiéndonos de este modo tener una visión global de sus puntos de vista y experiencias. Las opiniones expresadas en este artículo son las de la autora.

Referencias

- AINLEY, P. (1991). *Young People Leaving Home*. Londres, Cassell.
- ALLAN, G. and CROW, G. (eds) (1989). *Home and Family: Creating the Domestic Sphere*. Basingstoke: Macmillan.
- CROW, G. (1989). 'The post-war development of the modern domestic ideal', in G. Allan and G. Crow (eds) *Home and Family: Creating the Domestic Sphere*. Londres, Macmillan.
- GILMAN, C. P. (1980). 'The home: its work and influence', in Malos, E. (ed.) *The Politics of Housework*. Londres, Allison and Busby.
- GRAHAM, H. (1983). 'Caring: a labour of love', in Finch, J. and Groves, D. (eds) *A Labour of Love: Women, Work and Caring*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- GRIFFIN, C. (1985). *Typical Girls?*, Londres: Routledge and Kegan Paul.
- HEATH, S. and DALE, A. (1994). "Household and family formation in Great Britain: The ethnic dimension", *Population Trends*, 7: 5-13.
- HEATH, S. and KENYON, L. (1999). "Families of friends: young adults and shared household living in the 1990s", ponencia presentada en la 94ª sesión de la Reunión Anual de la ASA, *New Family Forms Session*, Chicago, 7 de agosto.
- INEICHEN, B. (1981). "The housing decisions of young people", *British Journal of Sociology*, 32(2): 252-8.
- JAMIESON, L. (1998). *Intimacy: Personal Relationships in Modern Societies*. Cambridge, Polity.
- JONES, G. (1987). "Leaving the parental home: an analysis of early housing careers", *Journal of Social Policy* 16(1), pp. 49-74.
- JONES, G. (1997). "Youth homelessness and the 'underclass'", in R. MacDonald (ed.) *Youth, the "Underclass" and Social Exclusion*. Londres, Routledge.
- JONES, G. (1995). *Leaving Home*. Buckingham, Open University Press.
- JONES, G. and BELL, R. (1999, forthcoming). *Balancing Acts? Youth, Parenting and Public Policy*. York, Joseph Rowntree Foundation.
- JONES, G. and JAMIESON, L. (1997). *Migrating or Staying on: Decision-Making and Behaviour among Young People in Rural Scotland*. End-of-award report, R000 23 5394, Economic and Social Research Council.
- JONES, G. and MARTIN, C.D. (1999). "The "Young Consumer" at home: Dependence, resistance and autonomy" in J. Hearn and S. Roseneil (eds). *Consuming Cultures: Power and Resistance*. Basingstoke, Macmillan.
- JONES, G. and WALLACE, C. (1992). *Youth, Family and Citizenship*. Buckingham, Open University Press. Japanese edition (trans. Michiko Miyamoto). Tokyo, Shinhyouron.
- KEMP, P. and RUGG, J. (1998). *The Single Room Rent: its Impact on Young People*. York, Centre for Housing Policy.
- LEONARD, D. (1980). *Sex and Generation: a Study of Courtship and Weddings*. Londres, Tavistock.
- MOORE, B. (1984). *Privacy: Studies in Social and Cultural History*. Nueva York, Sharpe.

- NICHOLSON, L. and WASOFF, F. (1989). 'Student experience of private rented housing in Edinburgh', Department of Social Policy and Social Work, Student Accommodation Service, University of Edinburgh.
- SILTANEN, J. (1986). *Locating Gender: Occupational Segregation, Wages and Domestic Responsibilities*. Londres, UCL Press.
- SOMERVILLE, P. (1992). 'Homelessness and the meaning of home: Rooflessness or rootlessness?', *International Journal of Urban and Regional Research*, 16(4): 529-539.
- WATSON, S. and AUSTERBERRY, H. (1986). *Housing and Homelessness: a Feminist Perspective*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- WILLIS, P. (1977). *Learning to Labour*. Farnborough, Saxon House.
- WOODROFFE, C., GLICKMAN, M., BARKER, M. and POWER, C. (1993). *Children, Teenagers and Health: Key Data*. Buckingham, Open University Press.

Nota biográfica

Britta Jonsson (Email: britta.jonsson@lhs.se) es profesora del Instituto de Educación de Estocolmo y Directora del centro multidisciplinario Centre for Child and Youth Research, Box 34 103, 100 26, Estocolmo, Suecia- Ha llevado a cabo investigaciones sobre los jóvenes, especialmente en el panorama social de la escuela. Constance Flanagan (Email: cflanagan@psu.edu) es profesora adjunta en Pennsylvania State University, USA. Sus investigaciones versan sobre el desarrollo civil y político de los jóvenes en diferentes contextos socioculturales.

Las opiniones de los jóvenes sobre la distribución de la justicia, los derechos y las obligaciones: un estudio transcultural

Brita Jonsson y Constance Flanagan

Introducción

Este artículo se basa en un proyecto de investigación transcultural: "La interpretación de los adolescentes del contrato social", donde se comparan los valores de los jóvenes de siete países. El objetivo del proyecto es comprender cómo los adolescentes provenientes de países con historias y sistemas sociales diferentes interpretan el "contrato social", es decir, qué ideas tienen de las relaciones entre los individuos y la sociedad.¹

Nuestro punto de partida es el supuesto de que los valores y creencias desarrollados por los niños y los jóvenes acerca de los derechos y las responsabilidades y acerca de la justicia social están relacionados con su sistema social y, sobre todo, con la política distributiva en un nivel político público y con la era de bienestar y modernización que ha alcanzado la sociedad. También se supone que hay diferencias entre los valores morales de chicos y chicas, puesto que en muchas sociedades el "contrato social" tiene una especificidad en función del género. Finalmente, se supone que la experiencia de la escuela que viven los alumnos contribuye a su desarrollo de estrategias morales y sociales.

En numerosos estudios recientes sobre los estilos de vida y las culturas de los jóvenes, se suele comparar simbólicamente a los jóvenes con "sismógrafos" o definirlos como "indicadores" de las contradicciones generales de la sociedad. Los jóvenes son más sensibles a los cambios de valores y reaccionan ante las necesidades y amenazas del futuro de maneras más creativas y menos convencionales que las generaciones mayores, que parecen más tolerantes y pasivas. Como señala Yinger:

Todas las sociedades tienen la contracultura que se merecen, puesto que ésta no sólo contradice sino que también expresa la situación de la cual emergen, distanciándose de ella, depurando sus contradicciones, caricaturizando sus debilidades y llamando la atención sobre sus tradiciones subterráneas y caídas en desuso. (Yinger, 1982, p. 850)

Partiendo de este supuesto, los valores y las expectativas de los jóvenes podrían tener valor predictivo. He ahí un motivo para escuchar seriamente a los jóvenes. Puesto que todas las sociedades viven actualmente procesos de profundos cambios estructurales, sobre todo en el aspecto de las políticas distributivas, el problema es de gran actualidad.

Antecedentes

Utilizaremos el término "contrato social" de una manera general para referirnos a las obligaciones, derechos y responsabilidades reconocidas como vinculantes entre los individuos y su sociedad. En

especial, estudiaremos éstos según los perciben y juzgan los jóvenes (sus opiniones no sólo acerca de cómo son las cosas, sino también cuán justas son).

Rubin (1996) distingue entre diferentes sistemas de distribución de la justicia. Nos recuerda que todas las sociedades deben asegurar que sus miembros produzcan y distribuyan suficientes alimentos, bienes y servicios para que la sociedad sobreviva. Históricamente, hay tres grandes soluciones a este problema:

1. Las sociedades tradicionales, donde la posición social y la tradición determinan la producción y la distribución;
2. Las sociedades de planificación, donde una autoridad centralizada, como el gobierno, toma las decisiones acerca de la producción y la distribución, y;
3. Las sociedades de mercado, donde se gestiona la producción y la distribución a partir de las fuerzas no reguladas del mercado que son la oferta y la demanda.

A finales del siglo XX, muchos países (más de 65) están cambiando el modelo de economía de planificación centralizada por el de una economía de mercado. El avance de las tecnologías de la comunicación y la mundialización de las relaciones económicas y políticas implica que las soluciones que un país da a sus problemas económicos tienen consecuencias en otros países.

Las economías de mercado son competitivas, puesto que ninguna autoridad central define qué debe producirse y cómo debe distribuirse. En su lugar, las partes interesadas elaboran contratos voluntariamente. En las sociedades de mercado, los contratos sociales *explícitos* así como *implícitos*, subyacen a los intercambios. Según Rubin (1996), los contratos explícitos entre los individuos y los Estados en un nivel político público han cambiado, mientras que los contratos implícitos en el nivel privado informal que subyacen a gran parte de la vida social están desapareciendo. En efecto, las normas morales y sociales de la vida privada se ven afectadas por los cambios en los sistemas políticos y económicos públicos.

En el contexto de las relaciones entre lo público y lo privado, la dimensión de género también es interesante. Por tradición, los valores femeninos han sido dominantes en la esfera privada, mientras que los hombres y los valores masculinos han dominado la esfera pública. Las definiciones de ciudadanía y contrato social se han limitado a la relación entre los individuos y la estructura política del nivel público de la sociedad. Arnot (1996) sostiene que la consecuencia es que las contribuciones femeninas a la sociedad han permanecido en la sombra o no se les ha prestado atención, puesto que sus responsabilidades se han centrado básicamente en la esfera privada. Por otro lado, las diferencias entre hombres y mujeres y sus respectivos contratos sociales están incorporadas en las propias normas sociales de numerosos países. Concretamente, el mercado laboral no funciona de la misma manera para hombres y mujeres, y en la mayoría de las sociedades la política distributiva está relacionada con el empleo.

Las investigaciones sobre el género también demuestran que los chicos y las chicas desarrollan un sentido de la justicia básicamente diferentes desde temprana edad. Mientras que los niños desarrollan una capacidad para solucionar problemas mediante el pensamiento racional, las niñas tienden a dar prioridad a la empatía y a un sentido de la justicia (Gilligan *et al.* 1988; Gilligan 1993).² Se considera a las mujeres más orientadas al cuidado y a responsabilidades directas en la esfera informal y privada de la vida y, por lo tanto, más consciente de las necesidades de otras personas (Arnot 1996). Si esto es verdad, ¿es posible que las jóvenes en sociedades con diferentes políticas públicas tengan más en común en cuanto a opiniones sobre la distribución de la justicia y la moral privada que los chicos y que las mujeres en la misma sociedad?

Definición de las preguntas y método utilizado

Las preguntas que hemos definido en este artículo son:

1. ¿Cuáles son los valores de la "moral privada" de los jóvenes?
2. ¿Cómo interpretan los jóvenes el "contrato social" en su propio país?
3. ¿Cómo viven los jóvenes el clima en sus propios colegios?

4. ¿Cuáles son las "opiniones ideológicas" o visión del mundo de los jóvenes, sobre todo en lo relacionado con la distribución de la justicia?

Para responder a estas preguntas, informamos sobre los resultados de un cuestionario elaborado para conocer las opiniones de los jóvenes sobre la distribución de la justicia y las interpretaciones de la moral privada del "contrato social" en sus propios países.

El proyecto de investigación bajo el cual se recopilaron los datos es un proyecto transcultural en que participan siete países, elegidos sobre la base de dos criterios: la historia de su experiencia como democracia y el papel del Estado en la provisión del bienestar social.

Los investigadores responsables de la recopilación de datos en los diferentes países han seguido una pauta común en relación a la muestra. La población diana principal sería una ciudad importante y su área metropolitana. Se seleccionaron dos grupos de adolescentes de diferentes grupos de edad, de estratos sociales altos y bajos en cada grupo de edad. Los grupos de edad eran definidos por el curso escolar: 8° curso y 11° curso. Los jóvenes habían nacido principalmente en 1978 y 1981. Se procuró reclutar a jóvenes de estratos sociales altos y bajos basándose en la educación de los padres y el tipo de escuela al que asistían los jóvenes. Se suponía que esta muestra producía los mejores datos para formular comparaciones transculturales, sobre el desarrollo y la clase social, si bien no se podía considerar una representación de todo el país.

Los datos fueron recopilados en las aulas en horas de clase normal. La recopilación de los datos se realizó en 1995. El tamaño de las muestras es el siguiente: Australia 539, Bulgaria 1.001, República Checa 1.128, Hungría 1.078, Rusia 613, Suecia 916 y Estados Unidos 755. Total 6.030.

Se celebró una ronda de discusiones entre los investigadores participantes de los diferentes países para llegar a un acuerdo sobre la versión final del cuestionario. Algunos temas fueron desarrollados para el estudio y otros provienen del International Social Justice Project [Proyecto Justicia Social Internacional] (Kluegel *et al.* 1995). El mismo cuestionario fue utilizado en todos los países participantes y fue traducido a las lenguas nacionales. Se corrigió la traducción mediante una segunda traducción al inglés. Se realizaron los esfuerzos necesarios para mostrar un espectro adecuado de las diferencias culturales y políticas.

Por cuestiones de eficacia y reducción de costos, se acordó que se utilizarían cuestionarios con formatos de preguntas cerradas del tipo Likert (muy de acuerdo/muy en desacuerdo). Para los fines de este artículo, los resultados están divididos por países y género. Las variaciones dentro de estas categorías pueden ser considerables pero no las analizaremos aquí.

Las respuestas

La moral privada

La primera pregunta comparativa que abordamos versa sobre la moral privada. (Apéndice 1). Los encuestados tenían que indicar sus respuestas en escalas del 1 al 5. La pregunta incluía 18 afirmaciones. Se llevó a cabo un análisis de factores que arrojó claramente dos factores. Es importante señalar que las variables ocultas, visibles gracias al análisis de factores, no son excluyentes. Por ejemplo, la misma persona podía estar de acuerdo con el compromiso social y con el logro individual al mismo tiempo.

En la variable "compromiso social", se incluyen afirmaciones sobre actitudes altruistas de inquietudes y compromisos sociales. El índice de acuerdos resulta ser comparativamente bajo en todos los países estudiados. La variable "logro individual" incluye afirmaciones acerca de la independencia, la seguridad en sí mismo y la desconfianza en la sociedad como fuente de seguridad. El tema que suscita mayor acuerdo es "...tienes que cuidar de ti mismo en la vida. No puedes esperar que la sociedad cuide de ti." Los jóvenes en Rusia arrojan los resultados más excepcionales en este aspecto, seguidos de la juventud búlgara.

Como promedio, el índice de acuerdo es mucho más elevado en las afirmaciones sobre el compromiso social en todos los países. Esta actitud parece ser especialmente fomentada en períodos

de rápidos cambios sociales y transiciones. Apenas hay diferencias de género en relación al "logro individual". Los muchachos y las muchachas en todos los países manifiestan casi la misma orientación con respecto a esta moral. Sin embargo, en todos los países hay claras diferencias de género en la variable "compromiso social".

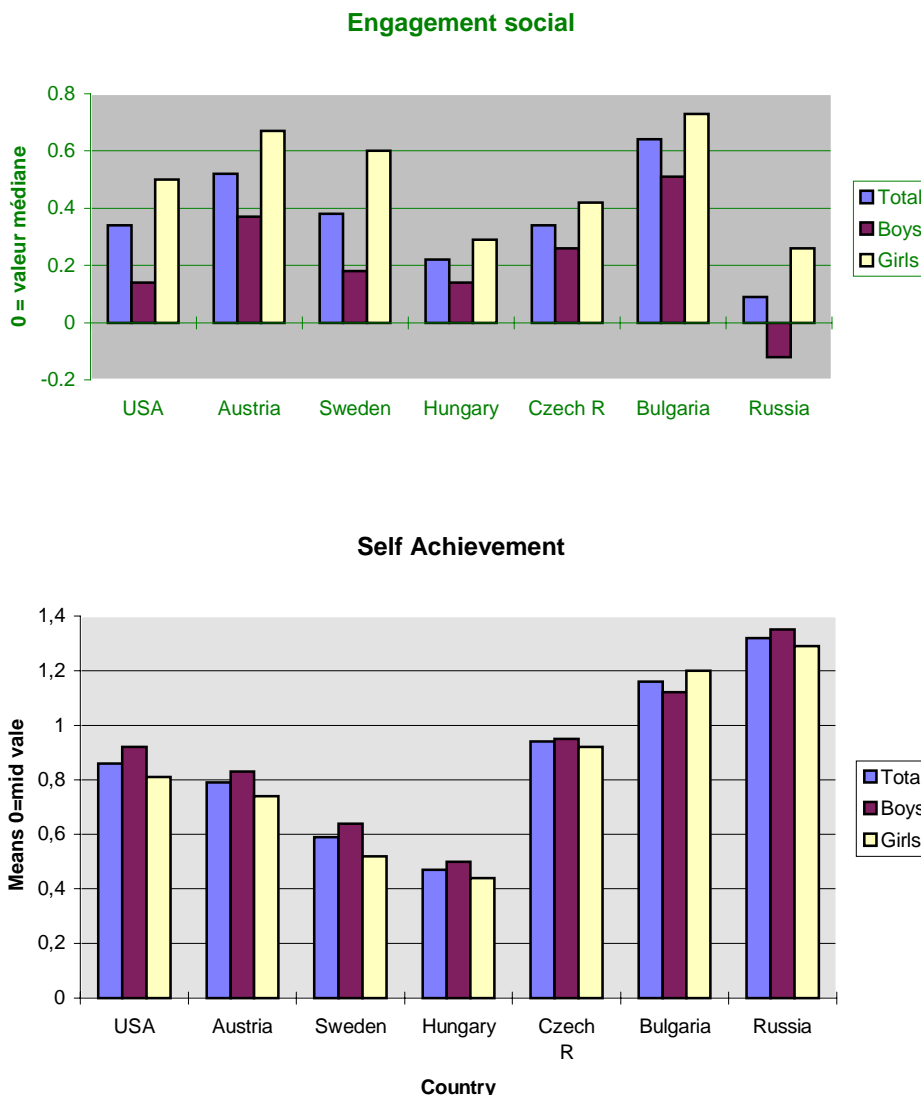


FIGURA 1. La moral privada

La interpretación del contrato social en el propio país

Después de analizar los valores personales, el próximo paso consiste en saber qué experiencias tienen estos jóvenes en materia de derechos y responsabilidades en sus propios países. ¿Cómo interpretan el contrato social? Las preguntas comprendían 16 afirmaciones (Apéndice 2). En este caso también se realizó un análisis de factores que arrojó tres factores.

Los puntos recogidos en el primer grupo de afirmaciones en relación a la "inquietud social en la comunidad" tenía que ver con la comunidad local. Los índices de acuerdo son todos sumamente bajos en casi todos los países, lo cual significa que los jóvenes no reconocen esta realidad en sus entornos locales. Es evidente que las inquietudes sociales locales no forma parte de ningún contrato social, según la interpretación de la juventud. Los valores medios presentados en la Figura 2 demuestran que, en general, los jóvenes no están de acuerdo con estas afirmaciones en ningún país, excepto en Australia.

En la variable "aumento de las brechas sociales" se sostiene que las brechas sociales se están ampliando y que los cambios económicos están empeorando la vida, y no mejorándola. Desde luego, esta experiencia más bien sombría es compartida por bastantes jóvenes en todos los países, especialmente en Bulgaria, Hungría y Rusia.

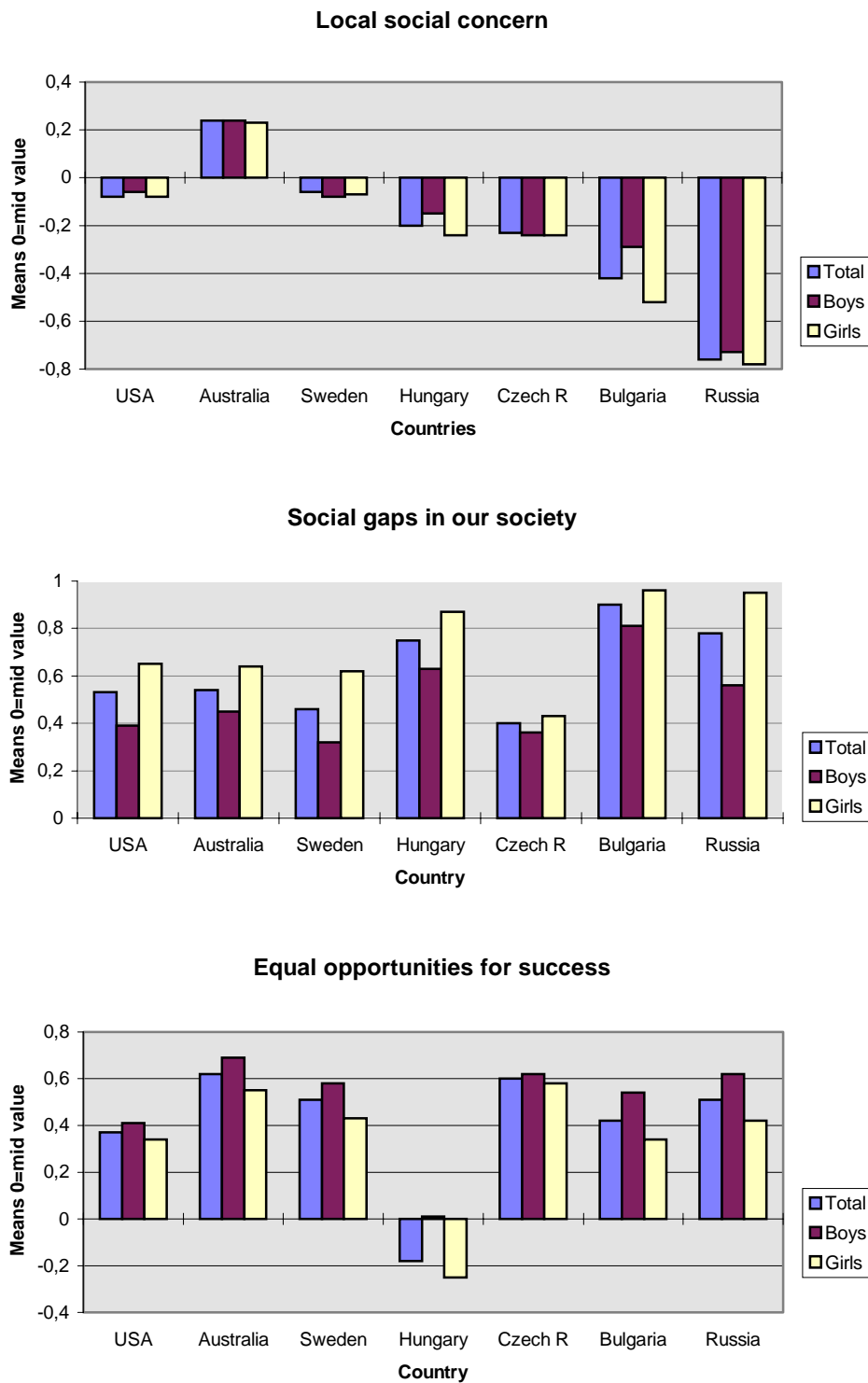


FIGURA 2. Interpretación del contrato social en el propio país

La tercera variable, "igualdad de oportunidades para tener éxito", afirma que en los respectivos países existe la igualdad de oportunidades para tener éxito. La mayoría de los jóvenes en Hungría no reconocen esto en su propio país. Sin embargo, bastantes jóvenes en los otros países sí están de acuerdo, especialmente en Australia. Puede parecer sorprendente que los jóvenes de Estados Unidos estén en desacuerdo con estas afirmaciones en menor medida que otros, si pensamos que la reputación de Estados Unidos se basa en fomentar las condiciones del "*self made man*". Es evidente que ésta no es la experiencia de los jóvenes de Estados Unidos, comparados con otros países.

La socialización política

Se suele ver la educación como una puerta de entrada importante a la condición de ciudadano. Una de las principales responsabilidades de las escuelas como instituciones de socialización consiste en preparar a los alumnos para convertirse en ciudadanos competentes. Se han estudiado las prácticas en los colegios que fomentan el aprendizaje democrático participativo, y las técnicas pedagógicas que tienen un contenido libre pero que fomentan en los alumnos la capacidad de expresar sus opiniones y participar en las discusiones de grupo (Ehman 1980). La actitud del/a profesor/a con respecto a su autoridad y al papel del alumno en las decisiones de la clase parece ser un indicador clave. Los resultados señalan constantemente una relación positiva entre las prácticas democráticas en la escuela y el tipo de competencias cívicas que requiere una sociedad democrática. Por otro lado, un clima democrático en la escuela está relacionado con la percepciones que los alumnos tienen de la cohesión de su comunidad y su sociedad (Flanagan *et al.* 1998).

Es esencial para el funcionamiento de la escuela como escenario de socialización política la manera en que los alumnos viven el clima escolar. En un estudio individual sobre los jóvenes suecos y las "características del buen ciudadano", se recogía la impresión de que los alumnos aprenden poco en el colegio acerca de las obligaciones y los derechos en relación con la sociedad, si bien la mayoría de los encuestados expresó sus ideas acerca de estos temas. ¿Son las escuelas suecas especiales en este sentido? ¿Qué sucede en los colegios de los siete países del estudio transcultural? En las Figuras 3 y 4 se presentan los valores medios de las respuestas a seis afirmaciones específicas en relación al clima reinante en la escuela.

Las respuestas que expresaban estar de acuerdo con las afirmaciones en escalas de cinco puntos podrían interpretarse como descripciones de lo que sucede en los colegios, así como estrategias micro políticas. No se debería pensar en los jóvenes como objetos pasivos o víctimas de los climas que viven o de las influencias del mundo externo, sino desarrollar estrategias para entender su interpretación de los contratos y las condiciones. Las seis afirmaciones fueron seleccionadas para centrarse en los códigos de expectativas y obligaciones en ambas direcciones, en este caso entre profesores y alumnos, según lo percibían los alumnos.

Las respuestas a las afirmaciones acerca de la escuela suscitan preguntas, e incluso inquietudes, aunque también pueden contribuir a una comprensión del carácter moral del logro individual, tan difundido entre los jóvenes actualmente. En relación a las afirmaciones acerca del "clima de acogida en la escuela" parece que casi todos los jóvenes, tanto los chicos como las chicas, en general no están de acuerdo. Sólo en Estados Unidos y en Australia están de acuerdo con la afirmación de que "a los profesores realmente les preocupan los alumnos", las chicas algo más que los chicos. Sin embargo, los jóvenes de Estados Unidos, al igual que los europeos, no están de acuerdo con la afirmación de que "a los alumnos parece importarles...". Si un clima de acogida es importante para que la escuela funcione como un ámbito de socialización en las obligaciones sociales y en aras de la buena condición de ciudadanos, este resultado podría considerarse como bastante alarmante. Por lo tanto, la impresión de las escuelas en Suecia no es una excepción.

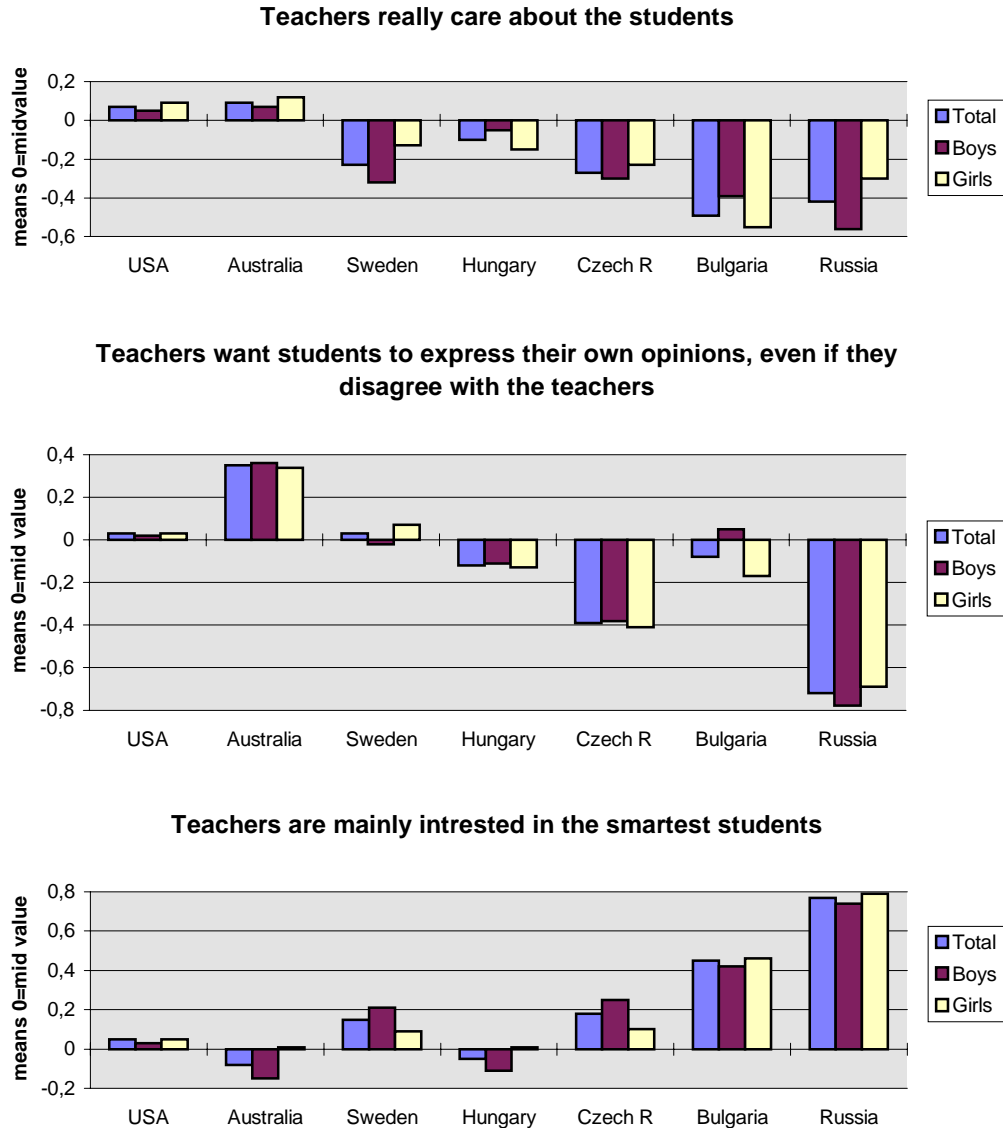


FIGURA 3. Piensa en lo que sucede en tu colegio. En qué medida estás de acuerdo o en desacuerdo con cada una de las afirmaciones siguientes

Acerca del "clima escolar de democracia", hay una variedad más amplia entre los países, de una manera que se presta a confusión. Los jóvenes australianos manifiestan un alto grado de acuerdo con la afirmación: "Los profesores quieren que los alumnos expresen sus propias opiniones, aunque estén en desacuerdo con el profesor". También se muestran de acuerdo con la afirmación: "Los alumnos tienen poco que decir en la gestión del colegio", aunque en menor medida. Los alumnos en todos los demás países, especialmente en Rusia y en la República Checa, manifiestan más o menos su desacuerdo con la afirmación de que los profesores los estimulan. Aún así, los alumnos en estos dos países están de acuerdo con que los alumnos tienen algo que decir acerca de cómo se gestiona el colegio. Sin embargo, puede que el resultado de los alumnos rusos esté sesgado por una traducción deficiente. La redacción de la segunda traducción al inglés es: "Los alumnos tienen el derecho a expresar su opinión sobre el funcionamiento del colegio", lo cual es diferente del significado original de esta afirmación.

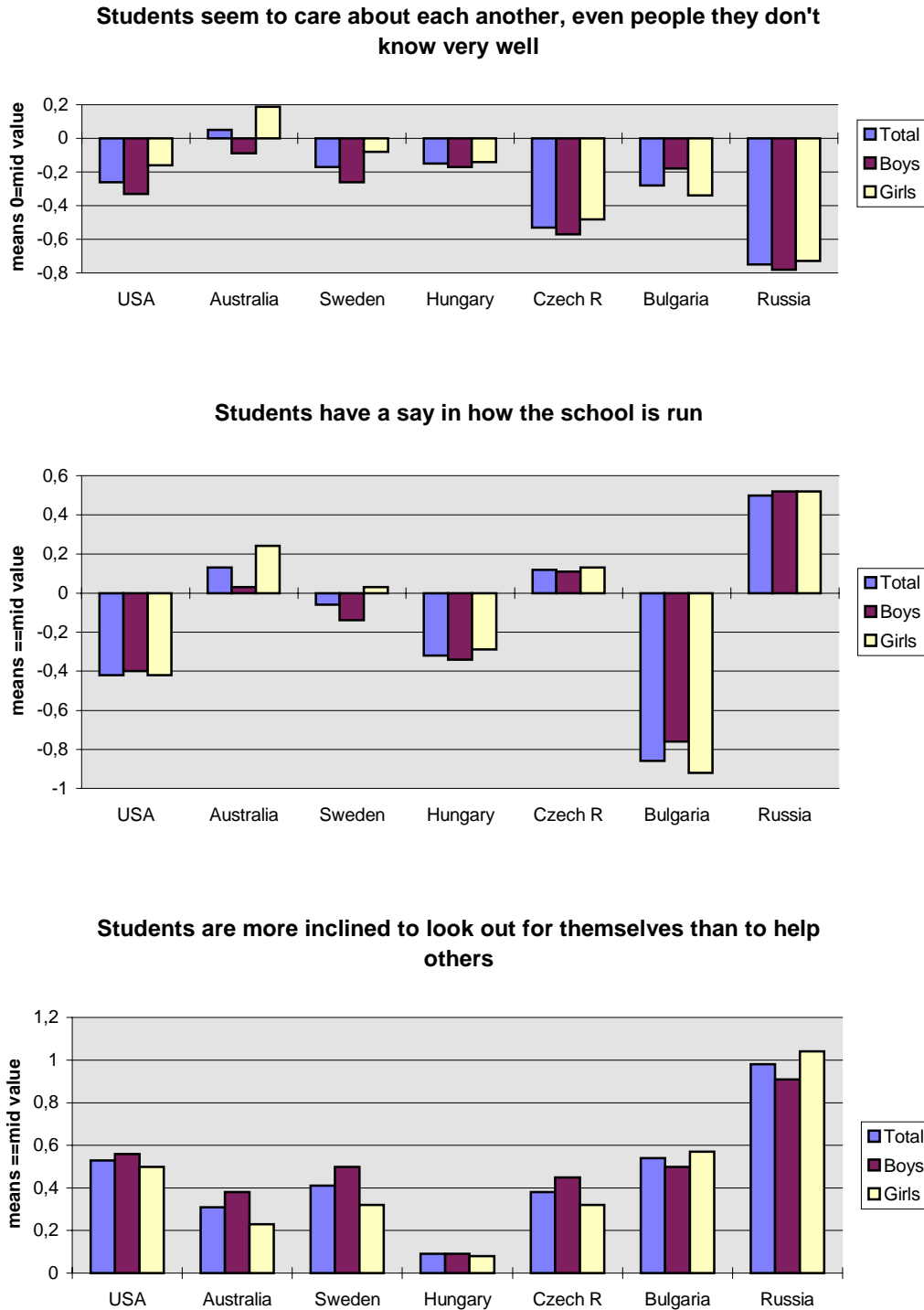


FIGURA 4. Piensa en lo que sucede en tu colegio. En qué medida estás de acuerdo o en desacuerdo con cada una de las afirmaciones siguientes

Provoca una ligera sorpresa el hecho de que los alumnos de Estados Unidos no estén de acuerdo con la afirmación de que los estudiantes influyen en la gestión del colegio. Lo mismo sucede con los alumnos húngaros y, sobre todo, con los búlgaros. Los alumnos suecos se quedan muy cerca del valor medio, lo cual significa que ni están de acuerdo ni en desacuerdo, si bien, desde luego, en estos países podría producirse una variación en todos estos aspectos. Sin embargo, la falta de

democracia y de influencia de los alumnos ha sido un tema ampliamente reconocido y debatido en Suecia. Esto es especialmente notable si pensamos que muchos de los encuestados en el 11º curso tenían dieciocho años y, en el momento de realizar la investigación, se esperaba que asumieran responsabilidades propias de los adultos en muchos otros sentidos.

Finalmente, acerca del "clima de competencia en la escuela", los alumnos europeos, con la excepción de los húngaros, parecían estar más de acuerdo que los estudiantes de Estados Unidos y Australia, sobre todo en relación a los profesores de sus colegios: "A los profesores les interesan principalmente los alumnos más inteligentes". Los alumnos rusos reconocen claramente el clima de competencia.

En general, parece que los jóvenes se enfrentan a un mundo difícil donde han entendido el mensaje de que tienen que cuidar de sí mismos, sin esperar ayuda de la comunidad local ni de su sociedad, y tal vez esto es lo que ya viven en sus escuelas. Desde luego, algunos de ellos asumirán la competencia en la que se les socializa en la escuela, pero muchos, demasiados, tal vez escogerán la estrategia de "abandonar", sin que les importe demasiado. Se deberían explorar y analizar estos resultados más en profundidad. Suscitan más preguntas que respuestas.

Sin embargo, todos estos resultados versan sobre la experiencias y las estrategias en relación con la escuela y la sociedad actual del individuo. Queda por analizar como preferirían los jóvenes que fuese la sociedad. ¿Cuáles son sus opiniones sobre el contrato social, y sobre la distribución de la justicia, concretamente?

Las políticas públicas: opiniones sobre la distribución de la justicia

A continuación, analizaremos una pregunta acerca del ideal de sociedad, a saber, cómo les gustaría a los jóvenes de hoy que fuese la sociedad. Esta pregunta tenía veintiún afirmaciones en total (Apéndice 3). El análisis de factores arrojó tres factores.

La primera variable se refería a la "ayuda del gobierno a los desfavorecidos". A pesar de que los jóvenes rusos se manifiestan con bastante radicalismo en materia de logros individuales, parecen favorecer el sistema de ayuda gubernamental más que otros. El índice más bajo de los que expresan acuerdo con esto se registra en Estados Unidos, si bien los jóvenes de ese país se mostraron menos de acuerdo que otros ante la experiencia de igualdad de oportunidades en su propio país.

La siguiente variable, "la idea de que la ayuda del Estado socava la independencia del individuo", incluye dos afirmaciones que parten de la idea de que cuando los gobiernos proporcionan ayuda, las personas se vuelven perezosas y es probable que hagan trampa. Los jóvenes en Estados Unidos son los que probablemente más se identifican con esta idea, seguidos por los de Australia y Rusia. ¿Acaso tiene algo que ver esta falta de confianza con los sistemas políticos o económicos en esos países? Las mujeres jóvenes suelen confiar en otras personas más que los jóvenes varones, excepto en la República Checa y en Rusia.

La tercera y última variable: "Es natural que algunos sean ricos y otros sean pobres" también incluía sólo dos afirmaciones, de significados opuestos. En este caso, los jóvenes de ambos sexos en Rusia son realmente excepcionales en su índice comparativamente alto de acuerdo, especialmente los chicos. No están de acuerdo con que debería haber más igualdad, y encuentran natural que en una sociedad haya ricos y pobres. Los jóvenes en los otros países no se muestran de acuerdo con esto, especialmente las chicas.

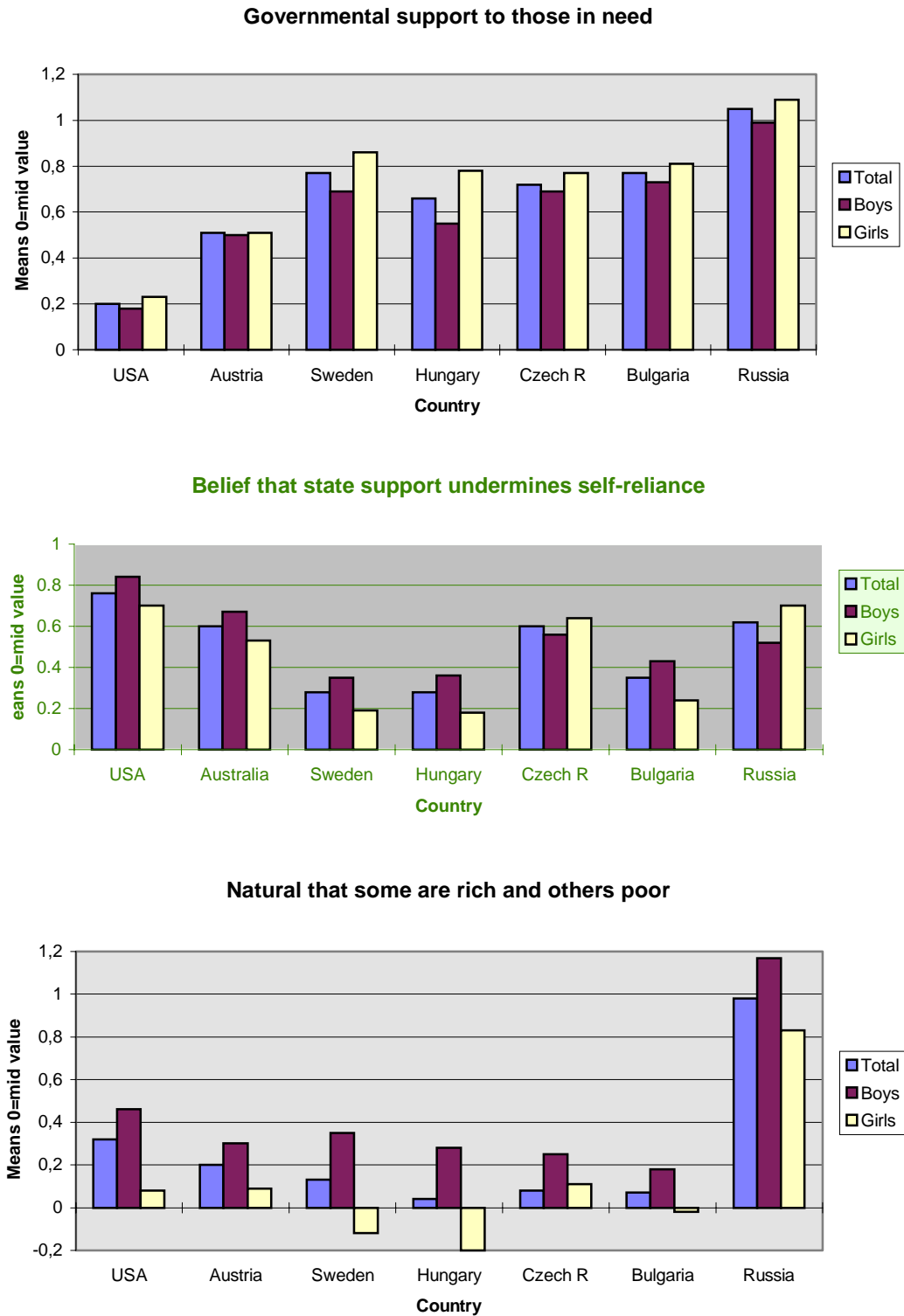


FIGURA 5. Las políticas públicas: opiniones sobre la distribución de la justicia

Conclusión

Se han señalado ciertas diferencias entre los valores de los jóvenes en los países del estudio, aunque son más interesantes las tendencias globales. Una impresión general es que, en todos los países, los jóvenes viven brechas sociales que siguen ensanchándose, pero también igualdad de oportunidades para el éxito. Hungría es una excepción, puesto que los jóvenes se muestran en desacuerdo con las afirmaciones acerca de la igualdad de oportunidades. Si se considera que el éxito se debe al esfuerzo individual, es natural que los encuestados se orienten hacia el logro individual y a la posibilidad de convertirse en triunfadores en el clima de competencia liberal, y no hacia el compromiso social. Cuando el sistema de ayuda gubernamental se deteriora, como ha sido concretamente el caso en los países europeos a lo largo del último decenio, no se puede tener seguridad, y hay que depender de sí mismo. Los jóvenes no parecen muy ansiosos de compartir los ingresos con otros. Sin embargo, se muestran algo más dispuestos a tener menos lujos si aquello contribuye a conservar el medio ambiente o a ayudar a las personas que padecen hambre en otros países. Otros estudios demuestran una gran inquietud por estos problemas globales entre los jóvenes del mundo (Jonsson 1996; Sandqvist y Jonsson 1997).

En resumen, parece haber una correspondencia entre el ideal privado del logro individual entre los jóvenes y la ola de políticas públicas liberales que se percibe en todo el mundo. Es interesante señalar que las chicas en todos los países estudiados están casi tan orientadas hacia el logro individual como los chicos. También ellas tienen que actuar de acuerdo con las condiciones generales de la individualización. Sin embargo, al mismo tiempo los hallazgos empíricos confirman los supuestos acerca de cómo las chicas están más socialmente comprometidas en todos los países.

Ahora bien, también deberíamos decir algo acerca de la sociedad ideal desde el punto de vista de los jóvenes. Aunque parecen ajustarse a los difíciles contratos sociales de sus países y de un mundo en transición donde aumentan las brechas sociales, no es eso lo que ellos preferirían. Prácticamente nadie opina que es correcto o natural que algunos sean ricos y otros pobres (excepto los jóvenes en Rusia).³ Al contrario, la mayoría de ellos apoyan la ideología de un gobierno responsable que imparta justicia (incluyendo a los jóvenes rusos). Los jóvenes europeos (que actualmente viven una transición de una economía planificada a una economía de mercado y un rápido deterioro de los derechos sociales y de la seguridad social) manifiestan la opinión de que el gobierno debería ayudar a aquellos que tienen necesidad y, en este sentido, asumen la responsabilidad por una distribución de la justicia. Los jóvenes de Estados Unidos que no tienen esta experiencia desconfían de este sistema en mayor medida que sus camaradas europeos.

Los resultados de este estudio demuestran que en ningún país (excepto Australia) los jóvenes viven un clima de acogida (ni en sus colegios, ni en sus comunidades locales, ni en sus sociedades). Esto incluye a Suecia, aunque un estudio individual realizado en ese país sobre la noción de "buen ciudadano" sugiere que los jóvenes suecos otorgan un gran valor a "cuidar de los demás y proteger a los demás". Esto señala una brecha entre las obligaciones sentidas y los derechos vividos como contrapartida. La permanencia de una brecha de estas características mina gravemente el "contrato social". Esta situación no sólo es triste sino también insegura y alarmante, especialmente si las experiencias y los valores de los jóvenes de hoy han de ser reconocidos como portadores de valor predictivo para el futuro.

Traducido del inglés

APÉNDICE 1: La moral personal

Tema : *"Las personas tienen diferentes convicciones y valores. Ésta es la opinión de otras personas. ¿Con cuáles de estas afirmaciones éstas de acuerdo y con cuáles en desacuerdo?"*

1a. El compromiso social (6 afirmaciones) (alfa.73)

7e Estaría dispuesto a disfrutar de menos lujos si aquello ayudara a las personas que mueren de hambre en otros países. 7i Estaría dispuesto a trabajar menos horas y disminuir mis ingresos si con eso ayudo a crear empleos para los desempleados. 7n Estaría dispuesto a tener menos lujos si eso ayuda a conservar el medio ambiente. 7o Antes de tomar una decisión, intento pensar en cómo afectará a otros. 7p Estaría dispuesto a pagar más impuestos si supiera que con eso ayudo a los pobres y desfavorecidos de la sociedad. 7q Me irrita cuando veo a alguien maltratando a otra persona.

1b. Los logros individuales (5 afirmaciones) (alfa.59)

7^a Siempre haz bien las cosas la primera vez porque puede que no tengas una segunda oportunidad. 7c La competencia por los empleos conduce a un mejor rendimiento de los trabajadores. 7f La bondad es algo bueno, pero tienes que cuidar con quién eres bondadoso. 7g Pienso que tienes que cuidar de ti mismo en la vida. No puedes esperar que la sociedad cuide de ti. 7h Si eres una persona confiada, puede que los demás se aprovechen de ti.

APÉNDICE 2. El contrato social

Tema: *Pensando en tu propia sociedad actualmente, escoge un valor numérico para manifestar tu grado de acuerdo o desacuerdo con las siguientes afirmaciones.*

2a. La inquietud social en la comunidad (3 afirmaciones) (alfa .71)

6f Si alguien en nuestro pueblo tiene un problema, normalmente puede contar con la ayuda de otros. 6g Los habitantes de nuestro pueblo se sienten parte de una comunidad donde las personas se aprecian mutuamente. 6h La mayoría de las personas en nuestro pueblo procuran que ésta sea una buena comunidad donde vivir.

2b. La ampliación de las brechas sociales (3 afirmaciones) (alfa .52)

6a Los cambios económicos en nuestra sociedad empeoran la vida de las personas normales y corrientes, no la mejoran. 6b Unos pocos individuos se están enriqueciendo, pero mucha gente se está empobreciendo. 6j Cuando pienso en las personas que carecen de un techo, me pregunto en qué falla nuestra sociedad.

2c. Igualdad de oportunidades para lograr el éxito (3 afirmaciones) (alfa .56)

6c Si una persona está dispuesta a esforzarse trabajando, puede ganarse bien la vida. 6d En general, todos tienen la misma oportunidad de salir adelante en nuestra sociedad. 6e Nuestra sociedad viviría mejor si hubiese menos personas que dependieran de la ayuda del gobierno.

APÉNDICE 3. Opiniones sobre la distribución de la justicia

Tema: *Todas las personas tienen diferentes opiniones acerca de las sociedades, sobre todo acerca de los derechos y las responsabilidades de las personas y su sociedad. Éstas son las afirmaciones de otras personas. ¿Cuál es tu opinión?*

3a. La ayuda del gobierno a los más necesitados (seis afirmaciones) (alfa .63)

5c Si las personas pierden su empleo, el gobierno debería ayudarles hasta que encuentren un nuevo empleo. 5d El gobierno debería garantizar a todos un lugar donde vivir, independientemente de que las personas puedan pagar o no. 5l Las sociedades deberían ayudar a las familias a criar a los hijos. 5q Algunas personas son menos inteligentes que otras. La sociedad debería asegurar que no acaben siendo más pobres. 5s El gobierno debería proporcionar servicios básicos gratuitos a todos, como atención sanitaria y servicios legales. 5u Una sociedad democrática no puede sobrevivir si todas las personas no disponen de lo básico, como alimentos y vivienda.

3b. La idea de que la ayuda del Estado socava la independencia del individuo (2 afirmaciones) (alfa .67)

5e Cuando el gobierno proporciona servicios gratuitos, las personas tienden a volverse perezosas. 5f Cuando el gobierno proporciona servicios gratuitos, las personas tienden a hacer trampa.

3c. Es natural que algunas personas sean ricas y otras pobres (2 afirmaciones) (alfa .56)

5a No es justo que en una sociedad algunas personas sean ricas y otras pobres. Debería haber más igualdad. 5t Es natural que en una sociedad haya ricos y pobres.

Notas

1. El proyecto de investigación fue financiado por la fundación William T. Grant y la fundación Johann Jacobs. La contribución de Suecia fue financiada por la Agencia Nacional Sueca para la Educación. Los siguientes países e investigadores participan en el proyecto:

Australia: Jennifer Bowes, Macquaire University, Sydney

Bulgaria: Luba Botcheva, Instituto Nacional de Educación, Sofia

República Checa: Petr Macek, Universidad de Masaryk, Brno

Hungría: Beno Csapo, Universidad Attila Jozef, Szeged

Rusia: Irina Averina y Elena Scheblanova, Academia de la Educación de Rusia, Moscú

Suecia: Britta Jonsson, Instituto de Educación de Estocolmo, Estocolmo

Estados Unidos: Connie Flanagan, Penn State University, Pennsylvania

2. Gilligan realizó sus investigaciones a comienzos de los años '80. Posteriormente, cambió desde una distinción femenino/ masculino a una ética de la responsabilidad y una ética de los derechos.

3. Siempre se puede tener dudas acerca de la calidad de la propia recopilación de los datos con el fin de evitar grandes generalizaciones o conclusiones. En este artículo, se han analizado los datos solo por país y por género. Con subgrupos más finos, probablemente encontraríamos importantes variaciones en cada país. Sin embargo, los resultados indican un mundo difícil para los jóvenes en general, pero también apuntan a estrategias frente a la situación que parecen lo bastante convincentes para constituir un sólido punto de partida de futuros estudios.

Referencias

- ARNOT, M., 1996. "The patriarchal dimensions of democracy: a context for education reform." Ponencia presentada en la Conferencia sobre Regulaciones del Estado, Ciudadanía y Democracia, Research Unit for Sociology of Education, Universidad de Turku, Finlandia, mayo, 1996.
- EHMAN, L., 1980. "The American school in the political socialisation process". *Review of Educational Research*, 50, 99-119.
- FLANAGAN, C.A.; BOWES, J.; JONSSON, B., 1998. "The developmental roots of citizenship", en: C. Flanagan & L. Sherrod (Issue Editors): *Citizenship: Youth growing up in a global environment. Journal of Social Issues*.
- GILLIGAN, C., 1993. *Med kvinnors röst*, Stockholm, Prisma
- GILLIGAN, C.; WARD, T.V.; TAYLOR, J.M. (eds.), 1988. *Mapping the Moral Domain. A Contribution of Women's Thinking to Psychological Theory and Education*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- HELVE, H.; BYNNER, J., 1996. *Youth and Life Management*. Helsinki: Helsinki University Press.
- JONSSON, B., 1996. Youth Life Projects and the Social Contract in a Changing Society". Ponencia presentada en el Congreso Europeo de Investigaciones sobre Educación, [European Congress on Education Research] ECER96, Sevilla, 25-28 de septiembre, 1996.
- KLUEGEL, J.R.; MASON, D.S.; WEGENER, B. (eds.), 1995. *Social Justice and Political Change: Public Opinions in Capitalist and Post-Communist States*. NY: Adeline De Gruyter.
- RUBIN, B A., 1996. *Shifts in the Social Contract. Understanding Change in American Society*. Pine Forge Press.
- SANDQVIST, K., 1997. *Vad är rättvisa i samhället? Så här svarar 6000 ungdomar i 7 länder*, Centrum för Barn- och Ungdomsvetenskap. Skriftserien, N° 5, 1997.
- YINGER, J.M., 1982 *Counter Cultures. The Promise and Peril of a World Turned Upside Down*. Londres, The Free Press

Nota biográfica

Camilo Ernesto Soares es Coordinador General de la Fundación “Casa de la Juventud”. Calle 11° n° 428 y Alberdi, Barrio OBRERO; Asunción – Paraguay. Email: juventud@sce.cnc.una.py. De formación académica Sociólogo, su providencia de la militancia en movimientos juveniles fué reconocida en 1994 con el premio: “Joven Sobresaliente”, otorgado por la Asociación de Medios de Comunicación Privados. Ha participado en varios cursos y seminarios internacionales sobre la temática de la “Participación Juvenil”. Es miembro de varias organizaciones internacionales como el Common Future Forum y Ashoka.

De juventudes, transiciones y el fin de las certidumbres

Camilo Soares

Introducción

Mucho se ha hablado en los últimos años de que estamos atravesando por una etapa de transiciones. Parece que ese antiguo “status quo” de la guerra Fría se ha caído a pedazos y día tras día asistimos atónitos a Guerras interétnicas, caídas de Bolsas, “accidentes ambientales” de proporciones gigantescas, flujos migratorios, etc. En general, parece haberse decretado de que estamos experimentando la “era de las transiciones”. Transiciones que en muchas oportunidades son utilizadas como excusa para justificar caos y desequilibrios que solo favorecen a una minoría, transiciones que posponen las críticas y piden sacrificios en pos de una época en la que las transiciones acabarán y la paz reinará nuevamente sobre la faz de la tierra.

Pero aunque en el ámbito de la disputa política - y *sin lugar a dudas en las ciencias sociales* - son muchos los que aseguran el “fin de la historia” y de los “metarrelatos”, cada vez es más frecuente escuchar discursos de los grandes organismos transnacionales pidiendo sacrificios en el presente para asegurar un futuro de bienestar. Los mismos que aseguran el “fin de la historia” sostienen que estamos en “transición”, que debemos ajustar las estructuras para poder llegar a ese lugar prometido, al que sin embargo, después de tantos años de sacrificio todavía no ha llegado nadie.

En décadas anteriores era común la famosa “teoría del derrame”, que sostenía el planteamiento de que trabajando duro en el presente se podrían crear las condiciones para un futuro en el que la riqueza caería por “derrame” sobre toda la población. A ambos lados del muro de Berlín la consigna era la misma, “estamos en transición a una sociedad de desarrollo pleno y con justicia para todos”; pero el muro a caído y tanto en un lado como en otro, el “desarrollo para todos” esperado nunca llegó y las perspectivas actuales son bastantes desalentadoras al respecto.

Pareciera ser que a finales del presente siglo y después de casi dos siglos de debate en las ciencias sociales, la visión lineal, positivista, de un progreso permanente aun sigue impregnando las cosmovisiones de gran parte de la población. Así las situaciones de cambio son vistas como “transiciones”, como “puentes”, no como momentos en sí, plenos de propia vida, resultado de múltiples determinaciones pasadas, configuradora de un presente convulsionado y un futuro incierto pero en algún sentido predecible.

Dicha visión que ve el desarrollo como algo lineal, es incapaz de comprender los procesos, las diferencias, las particularidades; niega a su paso toda diferencia que impida el poder “llegar a su meta”, a su proyecto “globalizador - homogeneizante”. Niega así que la Juventud sea un momento “en sí” y la ve como una “transición” que comienza en la niñez y avanza hacia la madurez.

En el presente artículo se analizará la “juventud” en un proceso de transición, tanto en el sentido del momento político, económico y cultural del mundo actual, como la juventud misma como un

“momento de transición”, discutiendo estos elementos intentaremos realizar una aproximación al espacio y perspectivas de los movimientos juveniles en la actualidad.

Juventud, la construcción de un concepto y una cosmovisión

Teniendo en cuenta el marco general en el que se desarrolla la vida de los y las jóvenes actualmente sería bueno realizar una aproximación al concepto de “juventud”, su origen y desarrollo.

En retrospectiva, podemos observar que en la historia de las sociedades, las diferentes instituciones sociales fueron apareciendo y desarrollándose en permanente interrelación con el desarrollo de su modo de producción determinado; es así que la “familia” - *su concepción, función y composición* - fue variando desde aquellas en las que los conceptos de “herencia”, “patriarcado”, “fidelidad monogámica”, etc. no tenían ningún sentido, hasta que llegó el tipo de “familia-ideal” de nuestros días. Hay que tener mucho cuidado con dicha afirmación - la de “*familia ideal*”-, pues hasta el día de hoy en varios sectores del globo el tipo de familia occidental todavía no se encuentra muy extendido, y tampoco podríamos afirmar que la familia actual sea la “mejor” o “superior” en comparación con las otras, sino simplemente se sostiene que al desarrollo del capitalismo actual, le corresponde un tipo de familia diferente al que correspondía al modo feudal o incluso al tipo de familia existente a comienzos de la revolución industrial.

Es así que el mismo concepto de “Juventud” es algo que va creándose con el devenir de las sociedades modernas, y no en el sentido de una creación arbitraria o como un simple instrumento teórico de definición de un sub-grupo social determinado; es a la vez un concepto social creado para definir una forma particular de ver y de verse los seres humanos en un período particular de sus vidas, como también un concepto instrumental de tipo sociológico. Por eso es importante señalar que no siempre existió el concepto - *teórico y sociocultural* - de juventud, que la aparición de éste está íntimamente ligado a la aparición de la sociedad burguesa y que es en ésta en la cual se le da un desarrollo igualmente diferenciado de acuerdo a la sociedad particular en la que se desarrollo la Juventud. Pero inclusive en muchas sociedades indígenas de la actualidad el concepto juventud es algo casi sin sentido para la comunidad.

En el caso de los países de modelo capitalista, también existen diferencias a la hora de asignar un rango etario a la juventud, en el caso de los países industrializados se consideran jóvenes en muchos casos hasta los 30 o más años y en los países subdesarrollados puede variar entre los 25 y menos años, dependiendo del sector social al que se corresponda, la formación de su propia unidad familiar, su inserción el mercado laboral, etc.

Sobre este tema ya se ha discutido bastante, pero nos pareció válido tomar la siguiente definición que se encuentra en “*Historia de los Jóvenes*”:

“Más que de una evolución fisiológica concreta, la juventud depende de unas determinaciones culturales que difieren según las sociedades humanas y las épocas, imponiendo cada una de ellas a su modo un orden y un sentido que parece transitorio, y hasta desordenado y caótico. Semejante ‘edad de la vida’ no puede hallar una delimitación clara ni en la cuantificación demográfica ni en una definición jurídica...”¹

Todo esto nos lleva a plantearnos la interrogante del por qué ver con tanta insistencia a la Juventud como un tiempo de transición y no aplicar esta misma caracterización a otras etapas de la vida (en realidad todas) en la que también se asimilan y eliminan rasgos psicosociales y biológicos; o acaso que de la adultez a la ancianidad no existe transición?

Podemos percibir que se plantea a la “Juventud” como un tiempo de transición a partir de una óptica muy adulta, para la cual la “Juventud” es solamente un tiempo en el que el individuo debe asimilar las herramientas necesarias para insertarse al mercado del trabajo y asumir por completo todas las responsabilidades que le competen al mundo adulto.

El problema con esta concepción radica en que en la actualidad más que en cualquier otra época - *del presente siglo al menos* - la asimilación de herramientas y conocimientos que permitan el

desenvolvimiento de los seres humanos en un campo del mundo del trabajo se da de manera mucho más desordenada en lo que a una etapa etaria determinada se refiere; por ejemplo, a nadie escapa el fenómeno en aumento de los niños trabajadores de la calle, la cuestión de la flexibilización laboral y las necesidades de una formación profesional permanente. O sea que esa frontera etaria se está difuminando o al menos quedando cada vez más confusa.

Lo que si se puede afirmar es que el concepto tradicional de Juventud como un simple “puente” de transición entre la niñez y la adultez está cayendo por el suelo; ya no se puede hablar de juventud a partir de su vinculación con el sistema educativo formal solamente, ni definida a partir de una franja etaria, porque esas afirmaciones nos llevarían a negar la existencia de jóvenes no vinculados al sistema educativo, o de jóvenes trabajadores no escolarizados, o directamente de los jóvenes cada vez más excluidos. Pero mucho menos el de definir la juventud como una “transición” a secas, pues eso nos lleva a negar que la juventud es un tiempo en sí, con características propias y con expectativas propias que es lo fundamental.

En tránsito de dos milenios

Casi al filo de este milenio el paisaje parece poco prometedor; la destrucción del planeta que nos sustenta y el crecimiento de la brecha que separa a “los que tienen” de “los que no tienen” hacen de nuestro presente y nuestro futuro algo indeseable.

Desde hace un buen tiempo se ha modificado el lenguaje a la hora de hablar de contradicciones planetarias, lo que antes era el conflicto “Este - Oeste”, ahora se ha convertido en “Norte - Sur”, y no hace falta profundizar en los motivos por los cuales se produjo este cambio que no solamente apunta a diferencias de reacomodo idiomático, ni tampoco profundizar en las fortalezas y debilidades de las diferentes teorías de la dependencia; más bien es necesario apuntar que las últimas dos décadas se caracterizaron por el deterioro de la calidad de vida, pérdida de soberanía económica y el vacío cada vez mayor de independencia política para una gran cantidad de pueblos del hemisferio Sur.

Todo esto con impactos particularmente graves en la calidad de vida de ciertos sectores sociales históricamente excluidos como es el caso de las y los jóvenes, con una especial perversidad al tratarse de mujeres; en América Latina se ha hecho ya famosa la frase que dice que “hoy la pobreza es joven y tiene sexo de mujer”.

Esto se desenvuelve en el marco de un modelo de desarrollo basado en una economía de mercado que apuesta por el aumento permanente de la producción y el consumo, en un “libre” juego de oferta y demanda, juego a través del cual teóricamente se regularían los flujos de bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades - *prácticamente reducidas a la sobrevivencia y seguridad* - y que desembocaría en la solución de todos los problemas.

Este modelo se presenta además como hegemónico-homogeneizante, y meta obligada para todos los pueblos, aunque en realidad se sostiene en la existencia de las desigualdades a través de una clara división del trabajo y de los roles que se produce en todos los niveles, desde los macroestructurales hasta en los ámbitos privados, con diferentes expresiones. En este sentido, las y los jóvenes, mediante mecanismos aceptados como “lo que es” y “debe ser”, son parte fundamental de un dispositivo de subordinación y hegemonía.

No hay en la propuesta de este modelo, lugar para consideraciones sobre futuras generaciones, ni sobre los costes sociales y ambientales. Si miramos el saldo del modelo desarrollista, vemos que los principales beneficiarios de los “proyectos de desarrollo” son las multinacionales, algunos Estados y grupos de poderes fácticos que abundan principalmente en los países subdesarrollados. En tanto que los efectos negativos que esto trae como consecuencia, la pobreza, la marginación, la degradación de los recursos naturales, corren por cuenta de los grupos sociales más vulnerables. En el caso de los jóvenes de sectores populares es claro que el resultado del aumento de la tecnología en la producción (sea agrícola o industrial), generó un aumento del desempleo estructural, así como la

precarización del empleo y un aumento nunca visto de los flujos migratorios a las ciudades del mismo país o de países ricos del llamado primer mundo.

Ajustando las estructuras

La última expresión de este modelo - mencionado anteriormente - son los “Tratados de Libre Comercio”, que apuntan a perpetuar el sistema recreando esta cultura jerárquica mercantil que degrada tanto las sociedades como los ecosistemas.

En Latinoamérica, los programas de Ajuste Estructural son las políticas de “preparación” de las economías de esta región para la implementación de los Tratados de Libre Comercio y todas aquellas formas de explotación de seres humanos y recursos naturales en favor a una minoría.

Estos ajustes básicamente implican reducciones en los gastos públicos, en aquellos rubros “*improductivos*”, como lo son la educación, la salud, la vivienda y la asistencia social. Esto favorece un cambio en las fronteras entre los ámbitos de acción del Estado, la sociedad civil y las familias. En el pasado se traspasaron funciones del ámbito familiar o comunitario al Estatal, rompiéndose con ciertos mecanismos de la sociedad civil. Hoy la tendencia es dejarlos al descubierto o privatizarlos. Es decir, que todos aquellos servicios que en nuestros países compensan situaciones de carencia, sobre todo en los sectores populares, quedan ahora reducidos a su mínima expresión.

En el marco de los ajustes estructurales también se insta a la reducción de las barreras y condiciones para el comercio exterior, que genera necesariamente condiciones de desigualdad para la producción local. Esto se manifiesta en un desmejoramiento significativo de las condiciones de trabajo y altos índices de desempleo. Esto ha provocado un aumento de los puestos de “trabajo precario” por la ausencia de contratos, no respetarse los salarios fijos, horarios prolongados, falta de seguridad social, etc.

Los jóvenes son el futuro de la Patria

En los últimos años se ha escuchado cada vez con mayor insistencia que los jóvenes son el futuro de la patria, de la comunidad, del mundo, etc.; puede variar el lugar pero lo que no varía es la retórica recurrente de asociar “Juventud con Futuro”, entonces lo que cave preguntarse es qué elementos no visibles y cuál es la motivación de dicha afirmación?

En los últimos años de agudización de las crisis económicas y pérdida de autonomía de los estados nacionales la capacidad de los gobiernos de poder resolver los problemas de desempleo, cobertura educativa, sanitaria, etc., principalmente concentrados en los sectores más jóvenes de la población hizo con que se estructure un discurso legitimador del accionar - o inaccionar - de las élites dominantes buscando posponer las expectativas de las jóvenes generaciones para cuando éstas lleguen a la adultez.

Al decir que “los jóvenes son el futuro” en realidad lo que se está diciendo es que no se tienen alternativas para el presente. Allí es donde resulta preocupante el ver a la Juventud como un tiempo de transición en el que deben ser pospuestas las expectativas hasta llegar a otra etapa que realmente es la plena, la no transicional, la del “puerto final”; pero no hace falta profundizar en el tipo de modelo de desarrollo del mundo actual para afirmar que ese “Puerto Final”, esa etapa en la que termina la transición no existe.

Con esta afirmación no se está queriendo negar la existencia de etapas en la vida en la que los cambios o los pasos de un estado a otro son las características dominantes del ser humano, lo que si se quiere afirmar es que la concepción de juventud como un tiempo de transición debe ser reelaborada a partir de considerar que toda la vida del ser humano se desarrolla entre transiciones y que a pesar de eso cada etapa, cada momento, “cada transición” tiene su sentido propio y sobre todo sus expectativas propias.

La juventud en la actualidad es muy heterogénea, principalmente en América Latina - como en la mayoría de los países subdesarrollados - : jóvenes urbanos, rurales, indígenas, costeños, serranos, negros, mestizos, trabajadores, estudiantes, desempleados, etc. No se puede aceptar que la juventud sea vista solo como una etapa social en la cual la sociedad como sistema la domestica para la vida adulta productiva. Las seguridades e inseguridades (de los jóvenes) están determinadas social, económica y culturalmente. Es distinta la situación del joven de clase media y alta que tiene posibilidades económicas y cierta seguridad en el futuro, que la del joven hijo de una familia de los sectores populares, donde las expectativas de futuro son muy distintas.

Los cambios producidos en el entorno influyen en la coherencia de la juventud y en su perspectiva de futuro. Por ejemplo, la educación ya no conduce automáticamente a un mejor futuro, disminuyendo la valoración social de la misma. Difícilmente, los jóvenes encuentran empleo estable y no cuentan con suficiente dinero para emprender un negocio propio, lo cual los desestabiliza.

ay una serie de elementos que están perdiendo capacidad de cohesión social hacia el conjunto de la sociedad y hacia los jóvenes en particular. Los Jóvenes desarrollan inseguridad hacia el futuro y pérdida de horizontes. No perciben en el futuro una meta en la cual pueden centrarse positivamente. Esa pérdida de perspectiva lleva a actitudes y conductas que están limitadas a lo inmediato y lo cotidiano.

Los jóvenes somos el presente, pero un presente muy dolido por la indiferencia de los demás

Este parece ser el sentimiento expresado por los movimientos juveniles de la actualidad, el de plantearse la juventud como un presente más que como un futuro, pero un presente de indiferencia y exclusión en el que solo la creación de identidades colectivas propias a partir de sus experiencia cobra un sentido de afirmación y permite crecer asimilándose como personas enteras con expectativas genuinamente propias pero negadas por un modelo de desarrollo excluyente.

Para ver como y en torno a que las agrupaciones juveniles se estructuran tomamos las siguientes características.²

Sentimiento comunitario y de solidaridad grupal. Frente a las dificultades de inserción, la vivencia de agresión externa, y, en el caso de los sectores populares, la imposibilidad de acceso a bienes socialmente valorados, los agrupamientos juveniles pasan a ser mucho más que un mero espacio de socialización horizontal en el que compartir sus visiones del mundo, convirtiéndose, para muchos, en el espacio mismo en donde se construyen, transforman y llevan a la práctica estas visiones.

Territorialidad. Des-Reterritorialización. El dominio y defensa territorial resulta un elemento central. Como lugar desde el cual el mundo se vuelve “controlable” e interpretable. Debe saberse que, para muchos jóvenes, el hecho de salir del barrio se dificulta por razones económicas. El mundo, que por un lado se les muestra vasto e inalcanzable desde las pantallas, por otro, se les reduce a la geografía del barrio en su realidad concreta.³

Estetización. Una ostentación del estilo, en el sentido de marca estética que los define desde la imagen. En distinto grado esta estética va acompañada de una teatralidad enfatizante.

Rituales y códigos. Que les permiten dar sentido de referencia y/o pertenencia mediante conductas y acciones generadas o modificadas por ellos mismos.

Se puede así observar que las características de las agrupaciones juveniles en la actualidad buscan encontrar un espacio propio en una sociedad en la que los espacios los marca el poder de consumo y que excluye a los individuos aislados y sometidos al mercado que se encuentren sin ninguna comunidad de referencia y soporte.

A diferencia de otras décadas en que el motivo de agrupamiento central constituían “contratos políticos o ideológicos” que generaban compromisos duraderos y más tendientes a un modelo racional, ahora las agrupaciones juveniles tienden más (aunque no de manera exclusiva) a relaciones interpersonales de tipo emocional contestatario, en el que a partir de la construcción de una identidad colectiva se insertan en la sociedad.

Es así, que cuando se habla hoy de Movimientos Juveniles, estos ya no pueden ser reducidos a los clásicos movimientos estudiantiles o las juventudes políticas; que hoy ya no se puede hablar de “Juventud” sino de “Juventudes” que se articulan a partir de expectativas diferenciadas y de formas diferentes de asimilar la sociedad en la que se insertan; y en donde la fluidez, el agrupamiento momentáneo y la dispersión marcan uno de los rasgos más importantes.

Aproximándonos al escenario de las asociaciones Juveniles en los 90's

En las décadas del 60 y del 70, el eje de la acción juvenil fue el movimiento estudiantil que en gran medida carecía de autonomía y actuaba en función de las orientaciones y requerimientos de los partidos y movimientos políticos. Las líneas de orientación política revolucionaria moldeaban casi por completo las concepciones y prácticas del movimiento estudiantil; los grandes proyectos transformadores de la sociedad eran prácticamente los únicos válidos y las luchas gremiales trascendían necesariamente las fronteras del sistema educativo; así el movimiento estudiantil constituyó uno de los sectores principales de la lucha política e ideológica de la sociedad.

Pero hoy el movimiento estudiantil ya no constituye el eje del movimiento juvenil, como lo fue en las décadas del 60 y 70. Ahora, el movimiento juvenil atraviesa por un período de dispersión, por la propia dispersión evidenciada de los movimientos sociales, la pérdida de referentes y por la realidad actual, marcada por la vigencia de un modelo neoliberal que promueve las soluciones individuales y el "sálvese quien pueda".

Si tomamos como referencia el contexto en que estamos viviendo, se podría afirmar que la de hoy es una juventud que ha buscado niveles de rebeldía diferentes a los que se buscaban en el 60 y 70, y en la que la adhesión a los proyectos contestatarios se daba a través de la inserción en estructuras políticas partidarias y ese era un nivel de rechazo al sistema. Ahora una gran parte se vincula a bandas, grupos roqueros, pasotas, hinchas de clubes, etc., pero que responden al contexto actual que se está viviendo: hay una crisis política, hay una crisis ideológica, hay una crisis de tendencias políticas y de planteamientos. Portanto, si hay una crisis global, también hay una crisis a nivel juvenil y de sus comportamientos.

Al no haber una oferta de sociedad a la cual adherirse, los jóvenes se quedaron sin referentes. No hay una propuesta de cambio, que era uno de los ejes articuladores del período pasado.

Desde el fin de “la guerra Fría” la búsqueda es la característica central en los jóvenes, una búsqueda que no conoce de certidumbres, que ya no se orienta hacia los llamados “metarrelatos” si no más bien hacia “microrrelatos”, la búsqueda por marcar una diversidad tanto organizativa como estética es una de sus guías, el intentar construir una identidad propia diferenciada del mundo arrolladoramente homogeneizante.

Un sector que cada vez cobra más fuerza es el de los jóvenes de los barrios. Las organizaciones juveniles se están fortaleciendo en el ámbito barrial, generando espacios propios, distintos a los de los adultos. Se agrupan en las esquinas, en bandas, en grupos eventuales o consolidados, formales o informales, que desarrollan ciertos lazos que les plantea una identidad aglutinadora.

"En los barrios, la única actividad de los jóvenes ya no es la deportiva. Generalmente a partir de inquietudes artísticas, los jóvenes se juntan, se identifican como tales, se organizan, disputan espacios de representación, se informan, se comunican con el vecindario. Por lo común tiene estructuras organizativas más horizontales y democráticas".⁴

Los jóvenes, sin embargo, tienden a ser excluidos de las directivas de los comités barriales que representan el mundo de los adultos. Normalmente, los jóvenes son convocados para acciones puntuales y concretas, en un sentido utilitarista, pero sin que se haga esfuerzos para generar espacios de participación u decisión para ellos.

Y como todo este movimiento se da en base a relaciones de familiaridad, vecindad, amistad, etc., preexistentes en el ámbito de los adultos muchas veces estos grupos juveniles son muy esporádicos o no terminan de asumirse como grupos en sí, con identidad propia debido tal vez a que gran parte de sus acciones reivindicativas son a partir de reivindicaciones de tipo general, como puede ser el

acceso a los servicios públicos. No siempre tienen planteamientos como jóvenes per sé, ni se reconocen explícitamente como movimiento juvenil. Incluso, muchos dirigentes juveniles aspiran a llegar a ser dirigentes de las comisiones barriales representadas por los adultos.

A pesar de las características anteriormente citadas otro elemento importante de las organizaciones juveniles - *y principalmente aquellas que logran un cierto grado de estabilidad organizativa* - es que su relación con otros sectores es diversa y se da en función de a la participación de los sectores en determinados espacios ecológicos, barriales, de derechos humanos, sindicales, etc., aunque una de las características centrales es el del celo por la autonomía - *y principalmente si de organizaciones de adultos se trata* -, celo que se traduce muchas veces en interpretar el problema social como un problema de tipo generacional.

Aunque tampoco se puede afirmar que los tradicionales movimientos juveniles como los Boy Scouts, Cruz Roja, los de las Iglesias y los Partidos Políticos hayan desaparecido, si se puede observar que éstos se han debilitado y comparten hoy el escenario con otras formas de organización juvenil menos estructuradas, más dispersas, sin un centro de referencia fijo, se privilegia el desarrollar un control de tipo local, de pequeños grupos con pocos intereses en lograr una proyección de tipo nacional y con modalidades de acción y reacción mucho más orientadas a actuar por fuera del sistema, antes que intentar modificarlo o cambiarlo.

Los desafíos de las reacciones

A pesar de que estas modalidades y características dan la apariencia que los movimientos juveniles tienen un carácter de construcción de identidades de tipo casi egocéntrico y no se vinculan a la construcción de propuestas y acciones de cambio como lo eran décadas pasadas, éstas nuevas expresiones conllevan una potencialidad de democratización de nuestras sociedades tal vez de una intensidad mucho mayor, pues intentan no depender de un centro, se buscan potenciar las particularidades y encontrar elementos propios diferentes al otro/a, se intenta responder al sistema no respondiéndolo, etc.

Pero como toda potencialidad ésta puede no llegar a desarrollarse nunca o ser absorbida por el proyecto sociocultural hegemónico, o bien reelaborar su praxis a partir de la visualización de esos elementos como formas de contestación a un modelo “globalizante - hegemónico” que lo que busca es: la constitución de un solo centro de poder, referencia, etc.; la estandarización global de los hábitos de consumo a través de la “creación” de patrones culturales homogéneos; la disminución al máximo de las particularidades culturales, etc.

O sea, las nuevas expresiones juveniles pueden ser espacios privilegiados de creación de nuevas alternativas, a condición de plantearse algunas tareas, pero que tampoco pueden ser encaradas como un recetario que busque eliminar las particularidades de cada proceso que en cada región, en cada pueblo, en cada barrio, cada colectivo o grupos de colectivos juveniles solo se las plantarán a partir de desarrollar ese proceso de la manera más crítica posible, y es ahí donde los científicos sociales pueden jugar un papel muy importante, pero no como maestro o poseedores del camino a la verdad, sino que como facilitadores, disparadores de discusiones, acompañantes del proceso, pero viendo el proceso como un momento en sí, con toda una vitalidad propia y no como un simple momento de transición de la desorganización a la organización.

En ese sentido, podríamos señalar algunos desafíos de las organizaciones juveniles tal y como el:

Desarrollar la capacidad propositiva de los movimientos juveniles, desarrollando puntos de encuentro y confluencia con otros sectores en función de articular procesos y propuestas que respeten las particularidades de cada sector.

Impulsar el crecimiento cualitativo de las organizaciones a partir del fortalecimiento de modelos radicalmente participativos y horizontales. Construir espacios y modelos de capacitación innovadores y autocríticos - *y es allí en donde las ciencias sociales pueden jugar un papel fundamental* -, que permitan la estructuración sólida de los reclamos y la visualización de propuestas alternativas.

Construir la identidad del movimiento juvenil, a partir de visualizar que lo que realmente existe es lo diverso y plural, no intentar estandarizar modelos y discursos; pero interpretar esa diversidad dentro de varias infinitas diversidades que no pueden anularse entre sí para crecer.

Potenciar la visión del “salvémonos entre todos y todas ” frente al “sálvese quien pueda”, para construir así una consciencia ciudadanía que vea al joven - y *los jóvenes así mismos* - como parte de la solución antes que verlo como parte del problema.

Y éste elemento es fundamental a la hora de elaborar políticas públicas orientadas a la juventud, pues variaría mucho si un gobierno ve que el problema de la prostitución, consumo de drogas o la delincuencia es “por culpa” de los jóvenes a si los ve a éstos como víctimas de un modelo pero con potencialidad de modificar esa situación.

Propiciar al máximo la autogestión juvenil para que los jóvenes contribuyendo a resolver sus necesidades asuman el problema como un desafío de todos y no solo del mundo adulto.

Conclusión

Parados en la línea de fin de un siglo lleno de contradicciones y mirando hacia un siglo que se abre lleno de incertidumbres estamos convencidos que no será posible un cambio de modelo en tanto no generemos las instancias que aseguren la participación a nivel local en la definición de las condiciones de existencia, el acceso a los recursos y el diseño de las estructuras de toma de decisiones, y si esta participación no se da de manera activa desde los primeros pasos en la vida, es en este sentido que las organizaciones juveniles juegan un papel trascendental.

Mucho se ha dicho ya sobre el rol de la juventud en la sociedad, y mucho más sobre su lugar como actores sociales creativos y transformadores de la realidad. Siempre se intenta asociar la figura de los jóvenes a las ideas de cambio, propuestas y renovación, pero al parecer no es allí donde debemos seguir ahondando.

El problema a nuestro entender, radica en la falta de estructuras que realmente faciliten la participación y aseguren una incidencia en los sistemas de toma de decisiones. No es posible hablar de “Desarrollo sustentable”, “Equidad de Género”, “Poder Local” u otros términos que han inundado el discurso de gobernantes, ONG’s y empresarios, sin cuestionar el alcance de las instituciones que rigen nuestras sociedades. Tampoco alcanza con mecanismos que “faciliten” el acceso a sistemas de toma de decisiones tradicionales, que inevitablemente se vuelven centralizados, de una dimensión que no puede incorporar la experiencia cotidiana y que anula la interacción de las diversidades de un hacer político participativo.

El desafío se plantea en gran medida en ver a las transiciones como procesos llenos de vida en sí, en el que la variante del cambio es privilegiada en oposición a lo estático, estructurado; se debería plantear no como un momento de “paso a”, sino como un momento de posibilidades de crítica y construcción de algo nuevo; en ese contexto es que debemos repensar la participación juvenil propiciando las posibilidades de que ésta se de “no en el sentido de que el joven opte por un conjunto de creencias y valores para después actuar en la realidad, sino primero actuar en la realidad para después madurar sus condiciones de opción política. Es decir, la opción política del joven como consecuencia y no como condición de su protagonismo”.⁵

Finalmente, sería bueno plantearse por qué es importante esta discusión; y tendríamos unos tres elementos, el primero estando vinculado a una cuestión ética y humanista, de ver a los jóvenes como un momento de transición a la vida adulta para que se incorporen al mercado de trabajo y reproduzcan el mismo modelo de manera indefinida o ver a la juventud como un momento en sí, con ilusiones y expectativas propias que justamente por ser un momento donde el cambio es la regla no puede ser reducida a la simple categoría de mercancía; el segundo tiene que ver con la consideración de si vemos una sola juventud o vemos varias juventudes, la primera opción no llevaría a negar las particularidades y a ver un mundo maniqueo de blanco y negro, la segunda nos permitiría ver los múltiples colores que conforman nuestra humanidad y la juventud en particular, lo que nos permitiría elaborar alternativas identitarias frente a este modelo globalizante que lo que

busca es justamente negar eso. Y finalmente esta discusión lleva a plantearnos la necesidad imperiosa de buscar y ver nuestras particularidades como riquezas y potencialidades y a la juventud con sus riquezas y potencialidades transformadoras, pero al mismo tiempo a criticar de una manera más contundente esas diferencias entre “los que tienen” y “los que no tienen”, que hace que nuestras potencialidades envejezcan antes de nacer.

Notas

1. LEVI, Giovanni y SCHMITT, Jean Claude; 1995; citado en Sergio Alejandro Balardini, discurso pronunciado en el Primer Seminario de Políticas Locales de Juventud en Mercociudades; Julio de 1999 - Rosario - Argentina.
2. REGUILLO, Rossana; 1993.; citado en Sergio Alejandro Balardini, discurso pronunciado en el Primer Seminario de Políticas Locales de Juventud en Mercociudades; Julio de 1999 - Rosario - Argentina.
3. En este sentido, señalaremos que las investigaciones de Gloria Bonder (1997) y Silvia Duschatzky (*La escuela como frontera*, Paidós, 1999) ahondan este punto.
4. Alvear Ana Lucía, "Reflexiones en Torno a las Necesidades de Capacitación para Potenciar la Gestión Urbana", Centro de Investigaciones CIUDAD.
5. Discurso del Prof. Carlos Alberto Gómez Da Costa en el Primer Seminario de Políticas Locales de Juventud en Mercociudades; Julio de 1.999, Rosario - Argentina

Nota biográfica

José Machado Pais, Instituto de Ciências Sociais, Universidad de Lisboa, A. Forças Armadas, ISCTE, 1600 Lisboa, Email: Machado.Pais@ics.ul.pt. Es investigador jefe en la Universidad de Lisboa y profesor invitado en numerosas universidades de Europa y América Latina. Sus obras son: *Youth Cultures* (1993), *Survey of Young Portuguese Artists* (1995), *Young People in Portugal Today* (1998), *Generations and Values in Contemporary Portuguese Society* (1999) y *Historical Consciousness and Identity* (1999).

Las transiciones y culturas de la juventud : formas y escenificaciones

José Machado Pais

La juventud : una etapa de transición

Los investigadores, al reflexionar sobre el paso de la juventud a la edad adulta se han encontrado ante una interesante cuestión : ¿en qué posibles campos tiene lugar esta transición? Para contestar a esta pregunta, es preciso distinguir entre la transición, considerada como *movimiento* (la trayectoria biográfica que va de la infancia a la edad adulta) y la transición considerada como *proceso* (de reproducción social). En el primer caso, las transiciones (como trayectorias biográficas) tienen todas la agilidad de una película. Es una tentación seguir el curso zigzagueante de la vida : los oscuros orígenes, el crecimiento, las dudas, los retrocesos, la consolidación repentina, precaria o progresiva. Pero la transición a la edad adulta no debe considerarse sólo como un *movimiento*. Es también un *proceso*.

Desde luego, uno de los aspectos fundamentales de la iniciación de las nuevas generaciones a la vida adulta es que se trata de un proceso de socialización compleja, es decir, de múltiples influencias y transferencias (de recursos económicos, propiedades y cultura) que ayudan a empezar el proceso de la integración en el llamado mundo adulto.

Esto significa que el tiempo, en las trayectorias personales, está siempre delimitado en dos niveles distintos : el *tiempo personal* y el *tiempo histórico-social* (Harris, 1987, p. 24-28). La gente recorre en la vida caminos que vuelven atrás sobre sí mismos, como una carga a la espalda de los caminantes : los caminos pasan a ser su bagaje, su capital adquirido. El pasado (tiempo histórico) no es solamente ‘pasado’ porque ya no sea presente (esto equivaldría a darle una denominación extrínseca), sino más bien porque remite a una determinada serie de acontecimientos por los que ha *pasado* una persona y con la que “ carga ” en su presente (Pais, 1993).

Por lo tanto, las trayectorias de los jóvenes son algo más que historias vitales personales : son un reflejo de las estructuras y los procesos sociales. No obstante, las trayectorias biográficas cruzan caminos y se influyen unas a otras. Aquí hay que distinguir entre otras dos formas de experimentar o considerar el tiempo : por un lado podemos ver una dimensión-temporal individualizada de transición en la que los jóvenes abandonan sus funciones sociales y adoptan otras, mientras que por otro, hay una dimensión-temporal de sincronización entre las trayectorias personales y las de la familia y amigos. Por ejemplo, cuando un joven se casa y crea una nueva unidad familiar, sus funciones y deberes familiares son distintos de los que tenía en su familia de origen. Pero la transición individual realizada por medio del matrimonio conlleva cambios simultáneos en tres unidades familiares : la familia de origen del muchacho, la nueva familia creada y la familia de origen de la muchacha (Hareven, 1982). Esto significa que cada situación vital personal conlleva una serie interactuante de imperativos relacionales a veces incoherentes (y muy a menudo contradictorios).

Sin embargo, en la transición a la edad adulta, el tiempo presente no está determinado solamente por las experiencias acumuladas del pasado, sino que también forman parte de él las aspiraciones y los

planes para el futuro. Desde esta perspectiva, el presente aparece condicionado por los proyectos o la anticipación del futuro (Rezsóhazy, 1998, p. 191-201). La falta de confianza en el futuro puede hacer que los jóvenes vayan persiguiendo un “ instante futuro ” permanente (Willener, 1984).

Pero las transiciones a la vida adulta tienen también otras características importantes. En las sociedades arcaicas, existían ritos (como la circuncisión) que señalaban de manera irreversible el paso de una persona a una nueva etapa de la vida. Sin embargo, una de las características de las trayectorias juveniles actuales es su reversibilidad, la posibilidad de ir y volver de la juventud a la edad adulta y viceversa. Los jóvenes se van de casa y un buen día vuelven (las madres solícitas siempre tienen una cama preparada para esta eventualidad). Dejan el sistema escolar para volver a él en una época posterior. Encuentran un empleo, pero pueden perderlo o dejarlo en cualquier momento. El curso del amor es como un “ vuelo de mariposa ” sin parar en ningún sitio por mucho tiempo. Si se casan desde luego no es para toda la vida...

Es decir, las vidas de los jóvenes parecen rebotar como un yoyó. Estos movimientos oscilantes y reversibles parecen indicarnos que se ha producido una *yoyoización* de la transición a la edad adulta : como si los jóvenes se hubieran ido a vivir a los cielos y emigraran como las aves.

Este movimiento constante es la expresión de muchas situaciones cotidianas experimentadas por los jóvenes actualmente. Diversos factores han contribuido a ello. En primer lugar, los jóvenes han desarrollado un tipo de culto a las *sensaciones multiplicadas*. La expresión procede de Baudelaire en *Mon coeur mis à nu*, un diario íntimo escrito en el decenio de 1860. Baudelaire empleaba el diario para exaltar la extravagancia, la aventura y el afán de experimentación. Es precisamente en este clima de experimentación en el que se han creado las culturas juveniles actuales.

Esta voluble forma de vida significa que los jóvenes tienden al relativismo en todo, desde el valor de las cualificaciones educativas a la seguridad en el empleo. Y no les faltan motivos. Las titulaciones se consideran cada vez más como cheques falsos en el mercado de trabajo; éste también está sujeto a la inestabilidad, como lo demuestran las nuevas formas de trabajo flexible, la fragmentación y la movilidad.

El noviazgo también puede ser como un tiovivo. Los jóvenes pueden salir un fin de semana con un determinado novio o novia y abandonarlo o abandonarla a la semana siguiente porque ha surgido un nuevo interés amoroso. Cuando aceptan un compromiso (con miras a la ‘atadura’ del matrimonio), siempre existe la ‘presunción de divorcio’ o la idea de que, si el matrimonio no va bien, no importa demasiado porque siempre se pueden volver atrás de su palabra.

Lo importante es mantener la autonomía individual, una libertad existencial que deje espacio a la maniobra para poder seguir dando vueltas, y el mismo tipo de movilidad lo buscan también los jóvenes en su calidad de consumidores. A través de las vueltas (o ciclos) de la moda, por ejemplo. ¿Por qué tienen los jóvenes tanto interés en su aspecto? Porque la moda, por definición, cambia, consiste en movimiento y cambio. Ir siempre a la moda, o iniciarla, es estar siempre en la onda del *dernier cri* llevando cosas que ‘choquen’ en la justa medida para desestabilizar las convenciones. La moda ofrece siempre la oportunidad de romper con la normalidad, en una búsqueda permanente de originalidad. La necesidad de ser original no sólo afecta al ámbito del ‘narcisismo individualista’ en el que el mundo es el espejo en el que el joven se mira : lo que está en juego aquí es el ‘narcisismo relacional’ en el que los jóvenes creen ser el espejo en el que se mira el resto del mundo. Por último, en el ‘ir y venir de la vida’, es curioso observar que el movimiento (yo) hecho por los padres para socializar a sus hijos da lugar a un rebote (yoyó) en el que los padres también son socializados por aquellos, adoptando una cultura juvenil que se convierte cada vez más en un punto de referencia primordial. A ello se debe el esfuerzo que hacen las generaciones mayores para conservar un aspecto joven.

Estos movimientos mágicos y circulares en las vidas de muchos jóvenes hacen que la transición a la vida adulta en la actualidad sea mucho más larga. Unos decenios atrás, los sociólogos miraban en sus bolas de cristal (teorías) y predecían tranquilamente el futuro de los jóvenes –un futuro cuanto más predecible, más estrechamente ligado a la rueda de la reproducción social (Paul Willis, Pierre Bourdieu, etc.). Las profecías se hacían realidad y la realidad alimentaba continuas profecías. Hoy

somos más agnósticos en nuestras predicciones. Lo “escrito en las estrellas” (relaciones entre variables) es mucho más problemático o adulterado. ¿Qué influye más en la transición de la educación al trabajo, la cualificación o los orígenes sociales? ¿Los proyectos de los jóvenes o sus trayectorias pasadas? ¿Los cambios socioeconómicos o las técnicas de contratación de los empleadores? ¿Prepara la educación a los jóvenes para el trabajo o es más bien un refugio contra el desempleo?

Las trayectorias de los jóvenes de la educación al trabajo los llevan a las encrucijadas del destino. Pero sus destinos parecen estar influidos por dos *rutas* y cuatro *modelos*. Una de estas *rutas*, la de la *socialización para el trabajo*, un “modelo de búsqueda independiente”, coincide con el “modelo tradicional”. En las clases sociales extremas (la clase alta y la clase obrera), las redes sociales de amigos, familiares y vecinos siguen siendo muy importantes para encontrar un empleo (favores, recomendaciones) y parece predominar el *modelo tradicional*. Pero en las clases medias parece más fuerte el *modelo de búsqueda independiente* y lo que más importancia tiene es la vocación del joven y su capital cultural acumulado. En la otra ruta, la de la *des-socialización del mundo del trabajo*, existen otros dos modelos. Para los jóvenes que cultivan el afán de diversión y una ética del amor como entretenimiento, predomina el *modelo del aplazamiento*, en el que tratan de prolongar lo más posible la etapa de la juventud para disfrutar de sus ventajas (estudiantes, consumidores, novios/novias, etc.). Para los jóvenes que tienen grandes dificultades para encontrar un empleo, surge con fuerza el *modelo de exclusión*: en él el mecanismo de inseguridad social tiende a exacerbar la situación y el desempleo tiende a ser de larga duración (Pais, 1993).

La juventud, una etapa de transición

Así pues, la relativa indeterminación de los campos posibles para el curso de la vida de los jóvenes tiene que estar en correlación con los cambios que se producen en la sociedad contemporánea. En efecto, ¿cómo podrían los rasgos de una sociedad cambiante no condicionar la situación de los miembros de esa sociedad?

Leonardo da Vinci escribió en su Tratado de Pintura (Codex Urbinas Latinus): “La pintura consta de dos partes principales: la primera es la forma, es decir la línea que define la forma de los cuerpos y sus detalles, la segunda es el color dentro de los límites de esas formas”. Según esta interpretación de la pintura, el color está subordinado a la forma. Por su parte, Francisco de Holanda, el pintor portugués (que era pintor tan sólo porque era arquitecto) que aprendió en Roma en el círculo de Miguel Ángel, escribió en 1548: “El que desee entender en qué consiste este arte que yo exalto, que sepa que todo es deseo y líneas”. Así se entendía la pintura: el color estaba subordinado a la línea, a la forma. Todos los diferentes colores con sus matices se unían en la tarea común de dar color a las formas.

Algunas corrientes sociológicas (especialmente las “post-modernistas”) indican que el rasgo principal de la sociedad contemporánea sea probablemente la falta de líneas claras que regulen y delimiten el colorido del tejido social. Esto nos hace pensar inmediatamente en los jóvenes, en sus trayectorias serpenteantes y en la falta de líneas claras que definan sus cursos vitales. En las sociedades antiguas, existían líneas que señalaban exactamente el momento de transición de la juventud a la edad adulta. En las sociedades arcaicas, los rituales de la circuncisión. Más tarde, el matrimonio y el inicio del trabajo eran momentos clave para adquirir la condición de adulto. Y se decía del servicio militar que hacía ‘hombres’ a los muchachos (y en tiempo de guerra, además, acababa con ellos). Actualmente las líneas que señalan las fronteras entre la juventud y la edad adulta son mucho más vagas y los jóvenes cada vez más consideran la vida como algo inestable, fluctuante, discontinuo y reversible.

En Europa especialmente, se han producido profundos cambios socioeconómicos (la fragmentación de la economía y del mercado de trabajo, las nuevas formas de movilidad profesional y geográfica, etc.). Estas transformaciones han acarreado los correspondientes cambios en las formas de vida sociales, familiares y personales y también en su sistema de valores. Los jóvenes han estado en el

punto de mira de este proceso, como objeto de los verdaderos actores del cambio por cuanto estos cambios han tenido un impacto especialmente agudo en la transición a la edad adulta, en todos sus elementos (integración económica, independencia material, creación de una familia, comportamiento familiar y de consumidor, sistema de aspiraciones, valores sociales, etc.).

El reparto de ventajas y cargas fiscales entre las generaciones también se ha complicado. En efecto, la crisis del “estado de bienestar” refleja en parte las dificultades por las que pasa el estado en su función de arbitrar el flujo de dar/recibir entre las generaciones y que también tienen que ver con los cambios en los contextos demográficos correspondientes a los nuevos procesos de relaciones entre las generaciones y renovación de éstas. El descenso de los índices de natalidad y el aumento de las expectativas de vida ha dado lugar a nuevos trasposos de assets entre las generaciones. Las últimas tendencias demográficas hacen que una clase trabajadora cada vez menos numerosa tenga que soportar las cargas del resto de la población, que es cada vez es más cuantiosa. Es decir, la población que trabaja es cada vez menor en relación a los beneficiarios de la seguridad social: por un lado, cada vez hay más jóvenes formados en situación casi marginal con respecto al mundo del trabajo, y por el otro, hay una población cada vez más abundante de personas mayores jubiladas y con mayores expectativas de vida.

La estructura familiar se va adaptando a una situación en la que varias generaciones coexisten durante bastante tiempo, dando lugar a nuevas redes de relaciones, influencias, y ayuda mutua. La “familia nuclear”, como unidad *de residencia*, se contrapone a la “familia prolongada” en el plano *de relaciones* en el que coexisten no tres, sino cuatro generaciones (hijos, padres, abuelos y bisabuelos). Resumiendo, el aumento de la población de más edad, junto al descenso de la natalidad, ha hecho que los jóvenes representen ahora una proporción menor de la población total, convirtiéndolos en un grupo de edad de mayor valor estratégico debido a su escasez.

Las relaciones de los jóvenes con las instituciones –escuela, familia y matrimonio– se han adaptado a los nuevos modelos de vida, aunque con diferentes prescripciones y restricciones según los distintos medios sociales. Los jóvenes tienen más titulaciones, tanto de educación formal como de formación profesional, pero se necesitan investigaciones para saber de qué modo se relacionan las trayectorias educativas, la orientación a la carrera y los mecanismos de selección con las transiciones sociales en contextos sociales determinados. ¿Reproduce la educación las desigualdades sociales? Estas desigualdades, ¿se suavizan o se intensifican con la educación? Y ¿hasta qué punto los aprendizajes académicos se reflejan en las cualificaciones sociales?

En la Comunidad Europea, la libertad de circulación para el trabajo, los productos y el capital, hará que los sistemas de educación entren en competencia entre sí. La tendencia principal, en teoría, será ir hacia la estandarización de los currículos y titulaciones, pero en el fondo, habrá un efecto social de salto, intensificándose las desigualdades sociales. Pero ¿hasta qué punto los principios esenciales de una economía de mercado basada en “la mundialización racional”, que condiciona todo el sistema de educación, chocarán con los elementos culturales locales o regionales, y acabarán con las fuentes vivificadoras ancestrales de la sabiduría tradicional?

Quizás debido a una forma de “modernización por medio de la tradición en exceso” (la tradición en este sentido puede entenderse, con cierta ironía, como un “recurso” para el desarrollo) las regiones más periféricas de Europa llevan un tiempo sufriendo procesos de fragmentación y reestructuración social en los que el fenómeno de los *nouveaux pauvres* (resultado de la *movilidad hacia abajo*) convive en fuerte contraste con el de los *nouveaux riches* (los beneficiarios de la *movilidad hacia arriba*).

Como ya hemos visto, los jóvenes se han encontrado en el punto de mira de estos cambios, como objeto y también como causa del cambio. Los jóvenes son además los más vulnerables al impacto de los cambios actuales. Como mínimo, están entre los más directamente afectados por la inseguridad en el trabajo, que ha ido acompañada por una creciente marginación de los jóvenes en la llamada economía sumergida. Estos cambios han dado lugar a una movilidad esencial intergeneracional y a una creciente *des-ritualización* de la transición a la edad adulta.

En los procesos de transición actuales –determinados por una situación social de partida (familia de origen) y una situación futura (determinada por el trabajo y el matrimonio) las “situaciones futuras” están cada vez más desconectadas de la “situación de partida” y los que empiezan apenas saben nada de hacia dónde se dirigen. Es decir, las “situaciones últimas” son un destino cada vez más incierto con el que los jóvenes tienen que manejarse sin saber realmente cómo.

En muchas trayectorias juveniles, el umbral de la edad adulta –marcharse de casa, casarse o encontrar un empleo- son claramente reversibles y ocurren en un orden no tipificado : marcharse de casa no siempre coincide con terminar los estudios o casarse, los jóvenes pueden encontrar un empleo mientras están todavía estudiando, vivir en pareja puede ser anterior a encontrar un empleo fijo, el nacimiento de un hijo puede ser anterior al matrimonio o al margen de éste. En resumen, la situación en la que se encuentran muchos jóvenes actualmente recuerda el cuento de Kafka de su lucha con dos terribles enemigos : uno que le tira desde detrás, el otro, desde delante, dejándole sin salida. ¿Cómo pueden los jóvenes ser árbitros en la lucha entre estas dos fuerzas opuestas? Probablemente, dando un “salto” para evitar los obstáculos de *detrás* y de *delante* y es lo que hacen para sortear las transiciones lineales que tradicionalmente presuponían un *antes* y un *después*. El *antes* y el *después* parecen ser para muchos jóvenes el *aquí* y *ahora* de la vida cotidiana.

Las culturas de la juventud y la vida cotidiana

¿Por qué los jóvenes están tan afincados en la vida cotidiana? ¿Por qué los valores juveniles son esencialmente valores cotidianos? En primer lugar, porque, para los jóvenes, el presente, que es el día a día, parece tener períodos ascendentes o adyacentes, es decir, el pasado y el futuro. Es como si los jóvenes hubieran perdido el sentido de “continuidad histórica” y vivieran el presente por el presente; como si el sentimiento, tan arraigado antiguamente, de pertenecer a una sucesión de generaciones se hubiera desgastado y este proceso de erosión continuara hacia el futuro.

Tomemos el pasado como una acumulación de experiencias y el futuro como un horizonte abierto a un nuevo campo de experiencias. Koselleck (1990) ha sugerido que la cuestión del tiempo consiste en determinar cómo los “pasados campos de experiencia” se reflejan en los futuros “horizontes de expectativas”. Como demuestra Koselleck en el caso de la historia, estos horizontes varían. Por ejemplo, entre 1500 y 1800, el lapso temporal entre el “campo de experiencia” y el “horizonte de expectativas” era muy largo. El “campo de experiencia” prácticamente abrumaba al “horizonte de expectativas”. Pero en los “tiempos modernos” en los que cambio es la consigna, el tiempo que anticipa el futuro para el campo de experiencia se ha acortado.

En el tiempo de las monarquías y del absolutismo, era diferente porque se tenía miedo a los avances rápidos y a los cambios, que podrían traer, entre otras cosas, el posible final de su dominio. Su estrategia de defensa era tratar de prolongar el “campo de experiencia” controlando el “horizonte de expectativas”. En este caso, el “campo de experiencia” predomina sobre el “horizonte de expectativas”; el futuro se actualiza en el presente; aunque sea simulado (o deseado) como una fantasía en un ámbito de sentimientos de esperanza, expectativas, temores, ansiedades, deseos y penas. Es posible que algunos jóvenes, ante esta tensión entre experiencia y expectativas, adopten también posturas defensivas y traten de prologar el “campo de experiencia”, es decir, la vida de cada día.

Sin embargo, el transcurso de la vida de cada día no está regido por la pasividad o la rutina. *Rutina* tiene que ver con *rupturas*. La etimología de la palabra rutina nos remite a un campo semántico relacionado con la idea de *ruta*, camino, del latín *via rupta*, que es también la raíz de la palabra *ruptura*, es decir, interrupción, fractura, desviación. Para muchos jóvenes, la vida cotidiana transcurre con frecuencia por caminos, o rutas, de *ruptura*, con una gran cantidad de posibles desviaciones. Aquí es donde encontramos los valores más rebeldes de la juventud, las raíces de la llamada cultura juvenil.

En este contexto, la vida cotidiana, deja de ser simplemente vivida, es decir, pasada *repetidamente*, y en su lugar es pasada *creativamente*, con aventura. La aventura tomada aquí en el sentido de algo

nuevo en la prosaica vida cotidiana, pero también en el sentido que le daba Simmel, es decir, como el resultado de una interacción entre actividad y pasividad, entre lo que nos viene dado y lo que conquistamos.

Mientras las generaciones mayores organizan sus vidas cotidianas en la seguridad de la rutina, los jóvenes suelen escoger los caminos y valores de la ruptura, de la desviación. Podemos decir que las generaciones mayores son conservadoras en el terreno de los valores. Empleando la metáfora del ajedrez, mueven sus valores en el tablero de la vida con pasividad y prudencia, empleando la táctica del ‘mal alfil’, que consiste en colocar el mayor número posible de peones en los cuadros negros siguiendo la diagonal en la que se mueven los alfiles, en la idea de que de esta forma los peones los defenderán mejor. Los jóvenes, por el contrario, adoptan la táctica del ‘buen alfil’ buscando la movilidad y el ataque, aun a riesgo de perder un alfil.

Etimológicamente, la palabra riesgo viene del latín *riscum* o *risicum*, término relacionado con la inseguridad de las travesías marítimas. La transición a la vida adulta de muchos jóvenes se puede comparar con dar la vuelta al Cabo de las Tormentas (el camino de *riscum*). Creyendo en la aventura por la aventura, se arrojan junto con sus amigos, en cada revuelta de la vida, a la excitación de la vida cotidiana: carreras de motos, deportes violentos, desvaríos, chistes sobre sus profesores, aventuras sexuales, ingestión de drogas, etc. Es en estas *revueltas de la vida* donde se exalta la sociabilidad juvenil y las culturas juveniles.

Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de *culturas juveniles*? En el enfoque de esta cuestión, se distinguen distintas teorías, que podemos agrupar en dos corrientes principales: la *corriente generacional* y la *corriente de clase*.

La primera considera la juventud como una etapa de la vida, haciendo hincapié por lo tanto, en su aspecto unitario. La cuestión esencial para los seguidores de esta corriente es la continuidad/discontinuidad de los valores entre las generaciones. El marco teórico dominante se basa en las *teorías de la socialización* desarrolladas por la escuela *funcionalista* (Parsons, Eisenstadt y Coleman) y en la *teoría de las generaciones* (Manheim y Ortega y Gasset). Para las *teorías funcionalistas de la socialización*, los conflictos y discontinuidades entre las generaciones se consideran ante todo ‘disfunciones’ en los procesos de socialización. Los defensores de la *teoría de las generaciones* adoptan una actitud similar a la adoptada por Einstein cuando decía que “si existiera algo como el movimiento continuo, no existiría la física”. Es decir, si no hubiera cosas como las discontinuidades intergeneracionales, no existiría la teoría de las generaciones. Según la corriente generacional, tanto si el marco teórico procede de las teorías de socialización, como de las teorías de las generaciones, se acepta que existe una cierta cultura de la juventud y que en alguna forma se opone a las generaciones adultas.

Mientras en el *paradigma generacional* la reproducción social se limita al análisis de las relaciones intergeneracionales, el *paradigma clasista* considera la reproducción social esencialmente como la reproducción de las clases sociales (y también de sexo, raza, etc.). La investigación llevada a cabo bajo la influencia de estas ideas (como las del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos) está en contra de la representación de la juventud como una etapa de la vida. Para estos pensadores, las culturas de la juventud son siempre culturas de clase, culturas de resistencia en un contexto determinado por las relaciones de clase.

El desajuste entre formas y escenificaciones

Cualquiera que sea la perspectiva teórica que adoptemos, las *culturas juveniles* se pueden considerar de dos maneras diferentes: como formas (generación o clase) que las determinan, o como ritualizaciones (*escenificaciones*) cotidianas con las cuales los jóvenes dan sentido a sus vidas.

La distinción entre estas dos perspectivas se puede aclarar mediante la “dualidad primordial” que proponen Deleuze y Guattari (1998), en la que el “*espacio estriado*” se opone al “*espacio liso*”. El *espacio estriado* remite a la noción de orden, control, al Estado. Todas las trayectorias están condicionadas por las características del espacio mismo. Estas características unifican un espacio

configurado por formas definidas y determinadas. Las formas del espacio estriado determinan las trayectorias posibles dentro de este espacio.

Por el contrario el “*espacio liso*” permite el caos, la libertad de vagar, de crear y de escenificar. La superficie se amolda a las trayectorias. En este caso (el del espacio liso, no dirigido), los cambios de dirección configuran el propio espacio como ocurre con las rutas de los nómadas en el desierto.

El *espacio liso* está habitado por el azar y lo impredecible, es lo opuesto al *espacio estriado*, que está ocupado por las cosas dadas, ya hechas y entendidas. En el *espacio liso* tienen mayor cabida el afecto, las emociones, los sonidos, la continuidad del movimiento. La sustancia de este espacio es la fuerza, la intensidad. Por este motivo es un *patchwork* rítmicamente proporcionado. Ante todo, está abierto a las trayectorias individuales, en él todas las trayectorias son posibles, al menos en la imaginación ¿Por qué? Porque el espacio en que estas trayectorias se imaginan es isotrópico, vibra con el movimiento de Brown : las posibilidades de combinación, inversión y recirculación parecen infinitas.

Las transiciones a la edad adulta se pueden considerar desde la perspectiva de esta *dualidad primordial*. Por un lado se consideran en el *espacio estriado* y las formas estructurales que determinan la forma de la transición son lo más importante. Por otro se consideran en un contexto de movilidad, mayor individualización y multiplicidad de caminos vitales (Mauger et al. 1994).

Una cosa parece clara : en las formas tradicionales de paso de la adolescencia a la edad adulta, los jóvenes se adaptan a las *formas prescriptivas* que dan rigidez a los tipos de transición (*espacio estriado*). Sin embargo, las transiciones actuales a la edad adulta están sujetas a culturas *escénicas* (Bell, 1999) que se originan en formas de disidencia que presiden las vidas cotidianas de los jóvenes (*espacio liso*).

Aunque es cierto que el entramado social está sujeto a una serie de prescripciones y normas, también es verdad que no habría cambio social si no hubiera diferencias ontológicas entre las estructuras y las prácticas, entre los sistemas y los hechos, los estados y los procesos, las normas y la conducta. Hay pruebas evidentes para afirmar que las culturas juveniles contemporáneas son marcadamente escénicas porque, en la realidad, los jóvenes no siempre encajan en las culturas prescriptivas que la sociedad les impone.

¿Por qué tienen tanta facilidad los jóvenes para los juegos de ordenador? Porque en el escenario virtual de un juego de ordenador, se descubren a sí mismos como *protagonistas* en los entresijos de una realidad mixta : mitad imagen, mitad sustancia, una realidad intermedia o mundo intermedio, como diría Platón, de realidad simulada. No es casualidad que los mejores jugadores de juegos virtuales sean precisamente los que tienen mayor necesidad de evadirse de la realidad. Esto es lo que ocurre con los jóvenes, que son mayoría entre los cibernautas. El evadirse de las realidades verdaderas y encontrar un refugio en las “realidades sintéticas” significa que en las sociedades caracterizadas por un desempleo juvenil estructural, hay muchos jóvenes capaces de participar en “alucinaciones virtuales”, “drogas virtuales” y “ocio virtual”. El peligro de esta nueva forma de ocio no es que la realidad virtual se tome por la verdadera, sino que el mundo real se toma como una prolongación de los mundos virtuales. Ambas cosas suponen huir de la realidad y encontrar refugio en la simulación, inventar un nuevo mundo, que se confunde con las representaciones que se hacen de él.

Los juegos de ordenador ofrecen la posibilidad de una des-realización de lo real o una realización de lo virtual. La cuestión es saber si estos juegos hacen posible realizar, en términos virtuales, las aspiraciones que son tan difíciles de alcanzar en la realidad. Por ejemplo, para muchos jóvenes el mundo de la educación parece aleatorio : sus evaluaciones, sus titulaciones, incluso su futuro. El mundo real, la “vida real” está llena de inseguridad. Los juegos de ordenador o vídeo, por el contrario, tienen un poder *escénico* : en un simulador de vuelo, los jóvenes se creen pilotos, jugadores de un juego en el que asumen la misión de héroes.

En las culturas escénicas los jóvenes improvisan, lo que no equivale a decir que no conozcan los modelos prescriptivos. Es lo mismo que ocurre en la música. La improvisación musical presupone un concimiento previo de las estructuras en las cuales improvisa el músico. Sin embargo, más que

desea expresar algún mensaje instrumental, transitiva o estratégicamente, que existe antes de ser expresado, los jóvenes parecen satisfechos solamente con expresarse a sí mismos : de unas maneras vagas, indiferentes, intransitivas, como si sólo quisieran dar prueba de sí mismos, de su propia existencia. El lenguaje de la ropa que visten, por ejemplo, parece estar hablado no en el registro de la *razón*, sino en el de la *imagen*, un registro que se hace nebuloso cuando tratamos de descifrar su significado.

Lo mismo se puede decir del graffiti que encontramos en los muros de las escuelas y en nuestras ciudades. ¿De qué nos hablan estas *líneas parlantes*? Probablemente, de la falta de leyes de este arte callejero, pero también de los riesgos de una actividad ilegal, que se repite una y otra vez, una actividad que ha sido prohibida, porque se suele considerar como vandalismo. De aquí, el riesgo de pintar donde no está permitido, los riesgos colectivos de una obra que suele ser colectiva (realizada por pandillas). Sin embargo, estas líneas identifican, ponen un nombre, señalan un autor en un muro vacío, dándole vida y significado. Para los que los hacen, estos dibujos crean orden del caos que suponen los muros vacíos, en una especie de “legalización” de los muros de los que se han adueñado (Pais, 1999).

Esta apropiación se hace con conflicto, cuando los dibujos se entrecruzan o sobreponen en el mismo *muro caliente*. Igualmente, estratifican a sus autores (*reyes* contra *juguetes*), no sólo por la complejidad de los dibujos (*habilidad*), sino también por el dominio del arte, el estilo creado (*estilo salvaje*), la sofisticación de las formas y la armonía del color, y por la especial visibilidad de algunos muros (*muros de la fama*), es decir, por la mayor probabilidad de que lo que tienen que decir sea oído, proporcionando la fama a sus autores. Por lo tanto, el graffiti institucionaliza los espacios de afirmación simbólica. Es lo que ocurre cuando los seguidores de un equipo deportivo hacen graffiti en los muros próximos al estadio del equipo rival como forma de superioridad simbólica. Pintar un graffiti en el territorio rival equivale a adueñarse de él en términos simbólicos.

Otros ejemplos pueden corroborar el carácter escénico de las culturas juveniles. Los deportes violentos son uno de ellos. *Exceso*, del latín *ex-cedere*, significa “ir más allá”, atravesar fronteras. En este sentido, el exceso toma la forma de traspasar un límite, considerándolo como una manera de salir de un sistema cerrado. Tomar drogas suele ser también la expresión de un intento de escapar de los sistemas cerrados. Las drogas son apetecibles porque mejoran el humor, rebajan la ansiedad, aportan satisfacción (momentáneamente), estimulan el placer, hacen posible salir de un estado de necesidad. Un joven que consume cocaína puede desear mejorar su *actuación*, el joven que toma alcohol trata de rebajar su ansiedad. El aburrimiento puede ocasionar el deseo de probar una droga. Los viajes que las drogas ofrecen provocan un deseo ardiente de éxtasis, una huida de los sistemas cerrados. Y ¿por qué los estudiantes disfrutan tanto cuando no van a una clase o no llega el profesor? Muchas formas de conducta juvenil revelan una tensión o un intento de traspasar los límites de un sistema social determinado y de sus normas sociales y culturales (espacios estriados); muchas de estas formas de conducta rompen los límites del sistema o lo ponen en tela de juicio. En las generaciones mayores, la tendencia es rechazar las “normas marginales”; los jóvenes, por el contrario, buscan primero el placer o la necesidad de poner a prueba estas normas.

Otro buen ejemplo de cultura performativa es el *hip-hop*, que se puede ver en una *mezcla musical creativa* (*rap, djung, beat-fox, funk*), en una *escenificación corporal* (*break-dance, smurf, hype, double dutch*), en un *graffiti* (*tag y graf*), o en un *baloncesto callejero* (*ganchos, rebotes*). El *rap* actúa como un juez que trata su propio caso, denunciando la injusticia para anunciar un futuro más justo, dando voz a los sin voz. Las canciones reproducen la semiótica de la calle, transgresora por naturaleza, empleando palabrotas para lograr un mayor impacto y poder ofensivo. Estas canciones son la voz de la conciencia, cubiertas con la voz del resentimiento, y de la rebeldía : una sola voz, la del vocalista, que se difunde al mundo exterior y se convierte en un cuerpo colectivo (*nosotros*, el movimiento) en rebelión contra *ellos* (nuestros opresores).

Los jóvenes reclaman la inclusión, un sentido de pertenencia y reconocimiento. De aquí, su activismo cultural. Este sentido de improvisación, de poner “a prueba” convierte la vida en una ficción. Una ficción de vida, de una vida que acepta otras reglas que la realidad (formas de vida

prescritas), por su propia naturaleza, tiene dificultad en aceptar. Estas reglas nuevas y distintas reclaman el derecho a un nuevo orden legal en el campo de juego que es la vida de los jóvenes.

La vida como juego

En este campo de juego, en el que se encuentran cada vez más jóvenes, sus trayectorias se pueden clasificar según las cuatro categorías clásicas de juegos definidas por Callois (1968): *agon*, *alea*, *mimicry* e *ilinx*.

Agon es un campo que expresa la idea de competencia, rivalidad, el reconocimiento de la “excelencia” mientras que *alea* remite a la influencia del destino o el azar. *Mimicry* es el ámbito de la teatralidad, el espectáculo y la imitación, e *ilinx* está relacionado con la embriaguez, el gozo, la aniquilación de la realidad. Algunas trayectorias juveniles se basan en la competencia (*agon*) tanto en la educación como en el trabajo, otras parecen estar más regidas por factores sociales, por circunstancias de nacimiento (*alea*) y las repercusiones del capital heredado. Las culturas juveniles dan también cabida al disfraz y a la imitación (*mimicry*) sobre todo en el ocio y en el consumo cultural, mientras que otros jóvenes se sumergen en prácticas definidas por el éxtasis, el trance, la conmoción, la embriaguez (*ilinx*). Cada una de estas categorías define una trayectoria ideal para cuatro tipos de conducta: la ambición, el fatalismo, la simulación y el frenesí.

Como dijo Callois (1968), el afán de competencia (*agon*), la búsqueda de la suerte (*alea*), el gusto por la simulación (*mimicry*) y la atracción por el abismo (*ilinx*) son elementos esenciales de los juegos, pero también intervienen en las desviaciones de la vida social. Las cuatro categorías se mezclan en diferentes combinaciones que abarcan distintos ejes y escenarios de la vida. *Agon* y *mimicry* determinan un eje *sociocentrado*, de relativa integración social: bien porque la persona está buscando una forma de socialización orientada al éxito social (*agon*) o porque va por rituales socializantes, que son de naturaleza integradora (*mimicry*). En *mimicry* encontramos la aceptación temporal de un universo cerrado, convencional, ficticio e ilusorio. Emergen personalidades ilusorias, pero esto va acompañado de la integración social por medio de la cual la persona asume, en formas casi litúrgicas, una función, misión o identidad.

Alea e *ilinx*, por el contrario, determinan un eje no *sociocentrado* pues las trayectorias vitales están sujetas a fuerzas incontrolables (*alea*) y la vida cotidiana parece guiada por experiencias extravagantes (*ilinx*). La heroína es una droga *ilinx*, una experiencia en la que desaparece la estabilidad de la percepción, y otras formas de “conducta basada en el riesgo” provocan una especie de “pánico voluptuoso” en la “conciencia lúcida”. *Ilinx* es una palabra griega que significa remolino o torbellino y de la que deriva la palabra vorágine (en griego, *ilingos*).

También son posibles otras combinaciones, como señaló Callois (1968: 105-8). *Agon* y *alea* representan el ámbito de las reglas sin el cual no habría juegos competitivos o de azar, un conflicto permanente que los enfrenta, a la vez que los une de manera esencial. En el otro extremo, encontramos *mimicry* e *ilinx* que representan la carencia de reglas, prevaleciendo la improvisación y la imaginación.

En el cuadrante *agon/ilinx*, los jóvenes pueden experimentar a veces la frustración si sus planes de carrera no pueden cumplirse. En estos casos, las circunstancias en las que predominan la voluntad y el esfuerzo (*agon*) pueden provocar estados de resignación o de falta de autoestima (*ilinx*).

Agon/alea representan el ámbito en el que las oportunidades se pueden aprovechar gracias al mérito y las expectativas de capital heredado (*alea*) se pueden cumplir. Pero los jóvenes también pueden sentir resentimiento cuando hacen sacrificios en aras del éxito profesional y después no llegan por falta de oportunidad. Este es el caso de los jóvenes procedentes de medios no privilegiados que tratan de conseguir la movilidad social por medio de la autodisciplina, la perseverancia, la determinación y el mérito personal (*agon*). Sin embargo, su lucha real es contra el destino, trazado para ellos por sus orígenes sociales (*alea*).

El cuadrante *alea/mimicry* ofrece un panorama en el que las sociabilidades del grupo tienden hacia la vida de exceso y frenesí. Es el caso, por ejemplo, de las sociabilidades juveniles caracterizadas

por rituales miméticos (*mimicry*) que provocan el éxtasis y el desorden social (*ilinx*). Pero *mimicry* puede llevarnos al *ilinx* a través del *agon*. Un ejemplo es la necesidad que tienen algunos jóvenes de “emulación” (*agon*) en el sentido en que Veblen habla del “complejo de emulación” (Seckler, 1977 : 90-91). En la *estética ofensiva* de las culturas juveniles (*mimicry*) encontramos claramente presente el “complejo de emulación”, en los deportes de aventura y en las conductas de riesgo (*ilinx*). Otros ejemplos prácticos de diferentes combinaciones se pueden encontrar en diferentes aspectos de las culturas juveniles.

Conclusión

La importancia que se da al ocio en las culturas juveniles y la correspondiente creatividad escénica nos lleva a plantear la hipótesis de un *renacimiento barroco* en muchas formas de vida juveniles. Todo arte barroco tiene una clara propensión al mismo sentido de *apertura* que caracteriza los *espacios lisos*, límites vagos, líneas imprecisas. La música, la pintura, la escultura y la literatura emanan abandono sensual. La exuberante *formalidad de final abierto* del arte barroco se manifiesta en su invención radical, su énfasis en lo arbitrario y su empeño en causar el máximo impacto. Las principales características del lenguaje barroco –tanto en las artes visuales como en la literatura– son la urgencia de comunicación y la flexibilidad de las estructuras. Éstas obedecen a tres principios orientadores, que son también típicos de muchas culturas juveniles actuales : el sentido de juego, la *importancia de lo visual* y la *persuasión* (Ávila, 1994 : 60).

Estas son las características en que se basaba Calabrese (1989) al hablar de una era neobarroca, queriendo dar a entender que muchos de los principales fenómenos culturales actuales recuerdan al barroco, entendido como una serie de categorizaciones que perturban el sistema y lo desestabilizan, introduciéndole intranquilidad y cambio. Muchos estilos juveniles se caracterizan por dar una gran importancia a lo visual, por una actitud creativa ante las formas, una loca carrera por el placer, una identificación persuasiva con los símbolos que representan un sentido de plenitud existencial. La magnificencia ostentosa del ritual propia del barroco se puede encontrar en la estilización artística de las culturas juveniles (Willis, 1990). La estilización misma supone el reconocimiento de la importancia del juego/ocio. Los adornos estilísticos son, por definición, transgresiones codificadas del proio código.

Uno de los principales rasgos de esta era neobarroca es el ritmo y la repetición expresados por distintas fórmulas repetitivas opuestas, que van desde variaciones de un solo tema a la singularidad de elementos diversos. Como hemos visto, éste es el caso de la música *rock*; basada en variaciones organizadas, policentrismo, irregularidad regulada, todo, a ritmo frenético. Las variaciones reguladas y el ritmo, por separado, confluyen para producir virtuosismo, uno de los aspectos principales de la cultura del graffiti. Como en el arte barroco, el refinamiento de los diversos efectos producidos por el graffiti contrasta con la pobreza de su contenido narrativo.

Otro rasgo importante de la estética neobarroca es la extravagancia. De la misma manera que en el siglo XVII los límites de representación del espacio y el tiempo fueron puestos en tela de juicio por el cálculo infinitesimal, las culturas juveniles contemporáneas también ponen en entredicho toda una serie de ideas (Calabrese, 1989).

La esencia del *breakdance*, por ejemplo, reside en la capacidad de los jóvenes bailarines para fraccionar el tiempo en unidades mínimas. Cuando éstas se reúnen en el transcurso del movimiento y del tiempo, el efecto general no es de continuidad, sino de una linealidad en la que percibimos momentos y movimientos que de otro modo serían imperceptibles. La velocidad de la percepción se toma también al extremo en los videojuegos y videoclips. En muchos videojuegos, el tiempo en que se representa una acción requiere una respuesta rapidísima. Por eso los jóvenes tienen tanta facilidad para este tipo de juegos, gracias a sus buenos reflejos. La excentricidad de la vestimenta de muchos estilos juveniles es otra forma de poner en entredicho la validez de los límites convencionales. Lo que representa el graffiti se puede entender como otro ejemplo de exceso. Lo importante aquí no es una referencia temática o de contenido, sino más bien un acercamiento esencialmente decorativo a

las superficies. Aquí encontramos un exceso de representación, una amplificación hiperbólica de la realidad (un énfasis de la apoteosis, de la simulación, de la exhuberancia).

En las culturas juveniles contemporáneas podemos encontrar además otros rasgos barrocos. En primer lugar, las metáforas y alegorías y sus significados ocultos. ¿Qué significa, por ejemplo, el negro para la vanguardia juvenil? Cuando se lo pregunto a los jóvenes, me contestan que eligen el negro porque les gusta (Pais, 1993). En este caso, el símbolo (negro) implica un referente (el gusto), pero también algo más: una complicación. Ésta procede del hecho de que la relación entre el símbolo y el referente es una relación metaforizada. En la metáfora encontramos la idea de metamorfosis y la interrelación divertida entre ser y parecer. Está claro que la realidad sobrevive oculta por la metáfora; pero sobrevive como insinuación a través de la más sutil búsqueda de asociaciones extravagantes. Cuando algunos jóvenes cambian de aspecto, empleando formas alegóricas, ponen en marcha el péndulo entre el ser y el parecer.

Es característico del arte barroco un gusto por la metamorfosis y la ostentación (Alfaro, 1994), y también lo es de las culturas juveniles cuando ritualizan sus disfraces y otros adornos excesivos (tatuajes, amuletos, pendientes, insignias, cortes de pelo exóticos, etc.). Aquí también las metáforas invaden el lenguaje cotidiano, incluso a través del graffiti. Y también aquí, las palabras se emplean para producir discursos artísticos, buscando asociaciones extrañas entre signos e ideas, sacando a relucir el oculto significado de las frases en un estilo artificial, deliberadamente culto, y, por lo tanto, divertido.

Quisiera terminar, significativamente, con otra característica del arte barroco que encontramos en las culturas juveniles: la ambivalencia, fenómeno basado en la *homonimia* (etimológicamente, palabras que se pronuncian igual, pero tienen significados distintos). En las culturas juveniles esto toma la forma de versatilidad, lo que equivale a decir que las culturas juveniles pueden servir a distintos usos o mirar en distintas direcciones, como las máscaras de Picasso. Esta adaptabilidad está al servicio de la apariencia y la artificialidad y está en la raíz de estilos diferentes: *new wave*, *cold wave*, y los *posmodernos*, *funks*, *rappers* y *taggers*, *sapeurs*, *zoulons*, *hardcore* y *new age*, etc. Estos estilos son todos más o menos “ marginales ” y se expresan y afirman por medio de un sentido teatral de la superficialidad de las apariencias. Pero estos estilos también se ofrecen como términos flexibles de referencia que se pueden emplear con distintos significados: hay *skin-heads* de extrema derecha y de extrema izquierda, y *punks* dandis y lumpen.

Siguiendo con el tema de la ambivalencia, sería un gran error sociológico interpretar estas manifestaciones culturales dispares, extendidas por el universo juvenil, como si fueran *modelos metonímicos* de la juventud en general, allanando de este modo el desigual terreno que es la juventud. Está claro, como hemos visto, que la transición a la edad adulta tiende a ser cada vez más compleja, y, por esta razón, los jóvenes tienen que afrontar un mundo de dilemas, divididos entre la conciencia que tienen de una sociedad en transición y los frenos de unas estructuras anacrónicas que a veces los alejan de la realidad. Está claro también que las culturas juveniles –que cada vez son más escénicas- se resisten y rompen con las formas tradicionales de transición. Esto nos demuestra que los jóvenes parecen vivir en una especie de *espacio liso* que permite transiciones aleatorias y arbitrarias, en las que puede surgir una nueva ética y estética vital. De aquí, la analogía con el barroco, definido por Eco (1968) como *arte abierto*.

Pero la transición a la edad adulta sigue estando sujeta al *espacio estriado*, incluso aunque las trayectorias móviles de los jóvenes parecen contradecir su “ destino de clase ”. Es decir, aunque jueguen a los mismos juegos de valores (valores juveniles), los jóvenes dan prueba de una habilidad especial y sus habilidades y movimientos son diferentes. Como ocurre en la práctica con las fichas del ajedrez, cuyas capacidades y propiedades están bien definidas por reglas precisas, pero siempre cabe la posibilidad de que un vulgar peón se coma a la reina.

Igualmente, los jóvenes parecen moverse cada vez más en un *espacio liso*, libre de las prescripciones sociales tradicionales, pero esto no quiere decir que el *espacio estriado* esté oculto en el subsuelo, y no tenga la última palabra sobre cada transición a la edad adulta. Por esta razón, el espacio liso tiende a producir una homogeneización de la juventud, pero sólo en apariencia. Por

ejemplo, aunque cada vez se habla más de un “mercado joven”, en la práctica, los jóvenes se comportan como consumidores distintos en este mercado. Aunque se pueden considerar, míticamente, como una sola entidad, realmente sus conductas son muy distintas. Esta dualidad en el mundo juvenil –unidad y diversidad- se pone de manifiesto en el icono principal de la moda juvenil : la camiseta. Es ésta una prenda fabricada en grandes cantidades a bajo coste, lo que la hace accesible a los jóvenes. No obstante, es raro ver dos camisetas con el mismo dibujo. Es decir, pese a estar fabricadas al por mayor, están también sujetas a un proceso de individualización, expresando al mismo tiempo conformidad y diferencias individuales. *Levis*, *Swatch* o *Camel* son formas de ‘marcar’ a los productos tanto como de distinguir a los consumidores. En otras palabras, la identidad del consumidor es el *producto* de las marcas de los productos consumidos. La publicidad somete al consumidor a un proceso de metonimia, cambiando su verdadera identidad para darle la identidad que debe tener.

Pero esto no quiere decir que los símbolos juveniles no tengan un efecto de cohesión. Curiosamente, la etimología de la palabra *símbolo* (del griego, *symbolon*) nos remite a una red de significados (acuerdo, encuentro, unión) relacionados con la idea de generación, una generación vestida de manera simbólica que induce en los jóvenes la idea mitificada de generación.

Por esta razón, muchas manifestaciones de las culturas juveniles son de naturaleza epidemiológica (Sperber, D. 1985, 73-89), es decir, atacan al mismo tiempo a muchos jóvenes en sus sociabilidades localizadas, pero sus causas no son exclusivamente locales, en contra de las teorías *difusionistas*. El *hip-hop* es un buen ejemplo de la complejidad de los trasvases y de las fronteras entre las culturas que gobiernan los diferentes mundos habitados por los jóvenes. ¿Cuál es la lógica predominante en el *hip-hop*? ¿La del *ghetto* o la de la *red*? ¿Es la conciencia la que rige el movimiento o es éste el responsable de la toma de conciencia?

Traducido del inglés

Referencias

- ALFARO, J. 1994. *O Jogo das cartas. O Lúdico numa Antologia Epistolar Barroca*. Lisboa: Quimera.
- ÁVILA, A. 1994. *O Lúdico e as Projecções do Mundo Barroco I*. São Paulo: Editorial Perspectiva.
- BELL, V. 1999. "Performativity and belonging", *Theory, Culture & Society*, vol. 16 (2), 1-10.
- CALABRESE, O. 1989. *La Era Neobarroca*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- CALLOIS, R. 1968. *Le Jeux et les Hommes*. París: Éd. Gallimard.
- DELEUZE, G. and GUATTARI, F. 1988. *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-Textos.
- ECO, U. 1968. *Obra Aberta*. São Paulo: Editora Perspectiva.
- HAREVEN, T. K. 1982. "The Life Course and Ageing in Historical Perspective", in HAREVEN, T. K. and ADAMS, K. J. (ed.). *Ageing and Life Course Transitions*. Londres: Tavistock.
- HARRIS, C. "The individual and society: a processual approach", in BRYMAN, A *et al* 1987. *Rethinking the Life Cycle*. Londres: The MacMillan Press.
- KOSELLECK, R. 1990. *Le Futur Passé. Contribution à la Semantique des Temps Historiques*. París: EHESS.
- MAUGER, G., BENDIT, R. and VON WOLFFERSDORFF, C. 1994. *Jeunesses et Sociétés. Perspectives de la Recherche en France et en Allemagne*. París: Armand Colin.
- PAIS, J. M. 1993. *Culturas Juvenis*. Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda.
- PAIS, J. M. 1999. *Traços e Riscos de Vida*. Oporto: Ambar
- REZSOHAZY, R. 1988. "Project, prévision, mémoire: concepts sociologiques et historiques", in MERCURE, D. and WALLEMACQ, A. (ed.) *Les Temps Sociaux*. París: Editions Universitaires.
- SECKLER, D. 1977. *Thorstein Veblen y el Institucionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SPERBER, D. 1985. "Anthropology and Psychology: Towards an Epidemiology of Representations", *Man* 20.
- WILLENER, A. 1984. *L'Avenir Instantané. Mouvement de Jeunes a Zurich*. Lausana: Editions Pierre Marcel Favre.
- WILLIS, P. 1990. *Common Culture*. Milton Keynes: Open University.

Nota biográfica

Pempelani Mufune es profesor y Director del Departamento de Sociología de la universidad de Namibia, PB 13301, Windhoek, Namibia (Email: pmufune@mail.unam.na). Ha trabajado con jóvenes durante más de diez años. Entre sus obras, destacan "Youth Programs in the SADC Countries of Botswana, Suazilandia and Zambia, *International Social Work*, 37, 1994, 239-263 y "Youth and Development in Southern Africa: Achievements and Challenges for the Social Sciences", *Development Southern Africa* 16/2, 1999, 357-369.

Los jóvenes de la calle en el sur de África

Pempelani Mufune

Introducción

El fenómeno de los jóvenes de la calle es mundial. En África se utilizan habitualmente los términos de "jóvenes de la calle" y "niños de la calle". En Europa, América del Norte y Australia, se utilizan los términos "sin hogar" o "fugados del hogar" para describir a los jóvenes de la calle. En el sur de África, el número de estos jóvenes comenzó a aumentar a partir de los años '70. Actualmente, los jóvenes de la calle constituyen un paisaje muy familiar de las zonas urbanas. Muchos no poseen domicilio fijo y temen a la autoridades, lo cual dificulta los cálculos del número exacto. ¿Quiénes son los jóvenes de la calle? ¿Qué tipo de dificultades hay para estudiarlos? ¿Cuáles son sus características? ¿En qué se diferencian los jóvenes de la calle del sur de África de los de otras partes del mundo? ¿A qué problemas se enfrentan? ¿Qué responsabilidades tiene la sociedad para con ellos? En este artículo, analizamos estas preguntas y otras similares. Nuestro objetivo consiste en identificar y describir sistemáticamente las contribuciones de los especialistas en ciencias sociales a nuestra comprensión de los jóvenes de la calle en el sur de África. El artículo señala los problemas para definir e investigar la condición de los jóvenes de la calle, y destaca aspectos en los que hay diferencias de enfoques. Es necesario comprender el fenómeno de los jóvenes de la calle para diseñar y poner a punto las políticas y los programas que los afectan.

Definición de juventud y de los jóvenes y niños de la calle

No resulta fácil definir el concepto de juventud. En general, el período entre la infancia y la edad adulta se denomina juventud, si bien este período de hecho cubre edades que varían de una sociedad a otra, dependiendo de la diversidad de los roles, del cambio social y de la complejidad de la sociedad en cuestión. Sobre esta base, Hurrelman (1989) sostuvo que una verdadera definición de la juventud no debería tener límites de edad fijos. Se trata de un período de la vida por derecho propio, con experiencias que son producto de la cultura de la sociedad. Es una etapa necesaria para la formación personal y para encontrar el propio lugar en la sociedad.

La mayoría de los países del sur de África siguen la definición de las Naciones Unidas y del Secretariado de la Commonwealth para fijar los límites de edad. A menudo se piensa en la juventud como un período entre los 15 y los 24 años, si bien cada país varía estos límites. Por ejemplo, Botswana y Zambia incluyen a los jóvenes hasta los 30 años, mientras que en Suazilandia se incluyen hasta los individuos de 35 años. Otros países incluyen a los jóvenes a partir de los 12 años. Cualquiera sea la definición de juventud que adopte un país, la mayoría de las personas que viven en el sur de África actualmente pertenecen a esta categoría. Las pirámides demográficas en el sur de África tienen una base muy amplia, lo cual señala una alta tasa de nacimientos y una concentración

de la población en los estratos de edad inferiores. Estas pirámides también tienen estratos superiores muy estrechos, lo cual señala altas tasas de mortalidad y una baja esperanza de vida.

Se suele pensar en la juventud como un período en que los individuos se preparan para la edad adulta. La transición de la escuela al trabajo es el tema más importante que atañe a los jóvenes en casi todos los países. En muchos países se considera que un empleo es una faceta necesaria de la condición de adulto. Sin embargo, en el sur de África, hay graves deficiencias en los sistemas educativos y del empleo. A pesar de que muchos países han mejorado en buena medida la educación formal, no pueden lidiar con los contingentes en rápido aumento de niños en edad escolar. Según el Informe Mundial sobre Educación de la UNESCO (UNESCO, 1998), las tasas netas de matriculación en el sur de África son bajas. Las tasas netas de matriculación son las matrículas del grupo de edad que corresponde a la edad escolar oficial de jóvenes en una determinada etapa de la educación. En las escuelas secundarias, esta tasa oscilaba entre el 45% en Botswana (42% los hombres y 48% las mujeres); 16% en Zambia (19% los hombres y 14% las mujeres); y 6% en Mozambique (7% los hombres y 5% las mujeres). En Zambia, sólo el 25% de los graduados de la escuela primaria se inscriben en la escuela secundaria. Son aún menos los que llegan al nivel educativo terciario. La situación de las mujeres en la educación es más grave. Las cifras de desempleo en el sur de África también son elevadas debido a los programas de ajuste estructural, a la falta de oportunidades educativas y al impacto de la mundialización en el empleo. La mayoría de los jóvenes carecen de un empleo porque son los últimos en ser contratados (ya que muchos no tienen las cualificaciones educativas necesarias) y los primeros en ser despedidos (porque su experiencia en el trabajo es escasa). El índice de desempleo entre los jóvenes es entre dos y diez veces superior a la de los trabajadores mayores. En Namibia, la tasa total de desempleo es del 34,8%. El índice de desempleo para los jóvenes entre los 15 y los 19 años es de 61,7%, comparado con el 54% para el grupo de 20-24 años, 31% para el grupo de 30-34 años y 19,8% para el grupo de 45-49 años (Gobierno de la República de Namibia, 1998). No se deben subestimar las consecuencias de la escasez de oportunidades educativas y laborales para los jóvenes. Éstos jóvenes dejan de actuar como canales de la movilidad social. Estos dos factores son importantes como trasfondo del fenómeno de los jóvenes de la calle.

Los jóvenes de la calle son un tipo especial de jóvenes. Sus edades oscilan entre los 5 y los 20 años. Según le Roux y Smith (1998a) se utiliza este término para los jóvenes que viven en la calle y que a veces comparten otras características, pero a veces no. Los jóvenes de la calle son un grupo diverso. Puede que asistan a la escuela, que tengan experiencia en conflictos con la autoridad, y pueden ser chicos o chicas. La mayoría de las definiciones de los jóvenes de la calle comparten tres elementos: dedicar una cantidad importante de tiempo a la calle; convertir la calle en un modo de vida; y carecer de una protección adecuada, de supervisión y/o de los cuidados de un adulto responsable. En el sur de África, muchos de los jóvenes de la calle son jóvenes dedicados a actividades económicas ilegales o legales en los lugares públicos. La calle son las paradas de autobús, el exterior de las tiendas, los caminos principales y secundarios de ciertas ciudades, los parques de estacionamiento y otros lugares públicos donde los jóvenes intentan ganarse la vida. A partir de esto, Annew (1996) dice que la calle tiene diferentes significados en diferentes contextos. Para algunos, es un lugar de socialización, para otros un lugar donde ganarse la vida.

UNICEF sugiere que se debería establecer una distinción entre los tipos de jóvenes que encontramos en la calle en función de su relación con adultos responsables que les proporcionan un hogar básico (Annew, 1996; le Roux y Smith, 1998a). UNICEF distingue entre "jóvenes en la calle", "jóvenes de la calle" y "jóvenes abandonados". Los jóvenes *en* la calle son aquellos que se dedican a una actividad económica como mendigar, llevar las bolsas de la compra en los mercados, lavar coches y vender artículos de primera necesidad. Trabajan en la calle y son muy visibles. Se dice que tienen una base a la que acuden y a la que contribuyen económicamente. Tienen un sentido de pertenencia a una familia o a un hogar, e incluso asisten a la escuela. Los jóvenes *de* la calle están algo más lejos del hogar. Sus vínculos con el hogar y la familia son ocasionales y, en el mejor de los casos, débiles.

Muchos de ellos intentan llevar una vida fuera de casa o lejos de un adulto responsable. Para ellos, la calle es el punto de referencia importante en su existencia situacional. Según Annew (1996), ciertos segmentos de la juventud de la calle ha sido definidos más específicamente como jóvenes abandonados. Tienen escaso o nulo contacto con sus familias y demuestran poco interés en someterse a la supervisión de los adultos en un hogar. Han roto con la sociedad convencional y se han dedicado a sobrevivir en la calle. Ya que no tienen intención de abandonar la calle, puede que incluso adopten una "identidad de la calle". Annew (1996) afirmaba que esta definición operativa de los jóvenes de la calle es una categorización que nació de las observaciones de los trabajadores de los programas en América Latina.

Esto no se corresponde en absoluto con las condiciones de África. África tiene una mayor diversidad de lenguas y culturas que América Latina. Utilizar esta noción de jóvenes de la calle en África es similar a imponer supuestos provenientes de un entorno diferente y atribuir una falsa homogeneidad cultural a África. Además, como señaló Apteker (1997), la dicotomía de jóvenes *en* la calle y jóvenes *de* la calle es engañosa porque no hay grandes diferencias entre los dos grupos. No tienen diferentes características de personalidad. Algunos de estos jóvenes alternan estilos: hay períodos en que viven en la calle, mantienen escaso o nulo contacto con la familia, y hay períodos en que vuelven al hogar. En el sur de África, la mayoría de los jóvenes de la calle están económicamente ocupados en lugares públicos. En el contexto africano, hay pruebas de que las diferencias entre los jóvenes *de* y *en* la calle se deben a las circunstancias que viven (Apteker, 1997). Por ejemplo, los refugiados de la guerra pueden figurar como jóvenes de la calle, pero una vez que su situación mejora, es posible que dejen de vivir en la calle.

Esta definición de jóvenes de la calle también supone una determinada idea de la infancia y de la vida familiar que puede no reflejar lo que sucede en la realidad. La idea de que el lugar adecuado para un joven es el hogar es muy fuerte en las clases medias de África puesto que se considera a la familia la base fundamental de un orden social fiable. Se supone que los adultos (los padres) tienen una gran responsabilidad para con los jóvenes. El hombre (el padre), sobre todo, sale a buscar trabajos que permiten sobrevivir a la familia. Las mujeres se quedan en casa realizando funciones importantes, como el cuidado de los niños. Los jóvenes son receptores más o menos pasivos de los servicios y de la buena voluntad de los adultos. Puede que una familia de estas características explote a las mujeres y ejerza demasiada presión sobre los hombres. Algunos investigadores sostienen que esto jamás ha sido así, y las pruebas antropológicas de Mozambique demuestran que los niños siempre han sido activos y flexibles en su contribución al bienestar familiar. Se les compara con los bananeros que ya no necesitan sombra al cabo de unos años y que hacen crecer nuevos brotes después de un incendio. Los jóvenes parecen derivar una autoestima considerable de sus actividades laborales.

Los problemas para estudiar a los jóvenes de la calle en el sur de África

Donald y Swart-Kruger (1994) han señalado que es bastante difícil recopilar información fiable sobre los jóvenes de la calle en el sur de África porque su estilo de vida es evasivo, inestable e impredecible. Puesto que la mayoría de los estudios entrevistan a los jóvenes, dependen de los informes que éstos dan de sí mismos. Éstos no son fiables. Cockburn (1991) sostiene que el "trabajo en la calle" requiere aprovechar oportunidades y algún grado de evasividad y engaño. "La información que dan sobre sí mismos forma parte de sus habilidades de supervivencia, que depende de su capacidad para manipular a su público" (Apteker, 1994, p. 199). Esto es necesario para persuadir a la gente que se desprenda de su dinero. También necesitan estas habilidades para sobrevivir en situaciones dominadas por adultos agresivos. Es inevitable que los informes que dan de sí mismos, en cuanto a la ansiedad que padecen, sus sufrimientos, su situación familiar (incluyendo las relaciones con la familia) etc., carecen de fiabilidad. Una manera de tratar con esta situación consiste en recopilar datos longitudinales o utilizar la observación participativa. Sin embargo, numerosos estudios son transversales.

Cualquier estudio social debe atender a problemas de muestreos para asegurar la corrección en la investigación empírica. Desafortunadamente, en muchos países de África es difícil encontrar marcos de muestreos apropiados. En el caso de los jóvenes de la calle, éstos no se pueden elaborar debido a las múltiples sospechas. También resulta difícil construir marcos de muestreo porque los jóvenes de la calle se desplazan a menudo y es difícil seguirles la pista a lo largo del tiempo. Esto significa que la mayoría de los estudios sobre los jóvenes de la calle utilizan muestreos no probabilísticos como las redes de muestra (efecto multiplicador). Los estudios regulares suponen que la población de donde proviene el muestreo es infinita. Esto no se puede suponer en las redes de muestra. La población tampoco puede ser estratificada ni distribuida al azar. Sin embargo, la mayoría de las investigaciones sobre los jóvenes de la calle utilizan muestreos de efecto multiplicador como si se tratara de muestreos regulares.

Un retrato de los jóvenes de la calle en el sur de África

La diversidad de los jóvenes de la calle va más allá de las actividades en las que participan y la manera en que son clasificadas, y depende de cómo se manifiesta el fenómeno en diferentes países y culturas. Todos los estudios informan que la mayoría de los jóvenes de la calle son varones. Los chicos superan a las chicas de la calle en Suazilandia (Maphalala, 1996). Se ven muy pocas chicas en las calles de Harare, Zimbabue (Dube *et al.*, 1996). En Botswana, el 90% son chicos (Campbell *et al.*, 1997). Según el informe de Tacon (1991), aproximadamente el 80,6% de los niños de la calle en Namibia eran varones. Algunos estudios realizados en Zambia informan que hasta el 90% de los jóvenes de la calle son varones, si bien en otros estudios las cifras oscilan entre el 63 al 78%, dependiendo de la ciudad (Phiri, 1996). En parte, los varones predominan porque a las chicas se les necesita en casa para realizar tareas del hogar, como el cuidado de los pequeños y el trabajo doméstico (Rose-Junius, 1993). "Incluso las familias pobres tienen miedo a dejar que sus hijas salgan a la calle" (Dube *et al.*, 1996, p. 260). Según Dube *et al.* (1996) también hay muchas personas que darán un hogar a las niñas (y, por lo tanto, las retirarán de la calle) para explotarlas.

Los individuos de la calle son una combinación de niños y jóvenes. En ocasiones, hay niños hasta de cinco años trabajando en las calles pero también pueden tener más de veinte años. Debido a la desnutrición crónica, suelen parecer más jóvenes (le Roux y Smith, 1998a). En el caso de Zambia, Phiri (1996) sostenía que la mayoría tiene entre 8 y 14 años. En Namibia, Tacon descubrió que oscilaban entre los 5 y los 24 años. Dube *et al.* (1996) descubrieron que los jóvenes de la calle en Zimbabue tenían de 12 a algo más de 20 años. La cifra para Suazilandia era entre 7 y 20 años, aunque casi la mitad tenían entre 13 y 15 años (Maphalala, 1996). Los jóvenes mayores no están en la calle porque no pueden ganarse la vida de esa manera. El "trabajo de la calle" requiere manipular al público para que éste se desprenda de su dinero. Esto implica adoptar un aspecto miserable, historias de privaciones y conductas que reflejan sufrimiento para causar la impresión apropiada. Esto es más creíble cuando los protagonistas son niños más jóvenes. Es más probable que a los mayores se les considere personas que alteran el carácter convencional de los lugares públicos, cuando no se les considera criminales.

Generalmente, los jóvenes de la calle tienen un hogar base y están en la calle para ganar dinero. Muchos son víctimas de la pobreza y provienen de entornos económicos y sociales bajos. En Zimbabue, Muchini y Nyandiya-Bundy (1991) descubrieron que el 85% de los jóvenes de la calle vivían en una familia al menos parte del tiempo. Aproximadamente en el 58% de los casos, los padres carecen de un empleo. En Botswana, Campbell y Ntsabane (1997) descubrieron que sólo el 7,6% de los niños dormían en la calle. De manera similar, el estudio de Suazilandia descubrió que sólo el 28% de los jóvenes de la muestra dormían o vivían en la calle (Maphalala, 1996). Casi el 67% de los jóvenes de Suazilandia señalaron que estaban en la calle debido a dificultades económicas. En el caso de Sudáfrica, Donald y Swart-Kruger (1994) señalaron que aproximadamente el 90% de los jóvenes que trabajan en la calle vuelven a sus hogares por la noche.

El estudio de Tacon (1991) sobre las ciudades de Namibia descubrió que la mayoría de los jóvenes de la calle tenían familia. Sólo el 2% dormía en la calle. La mayoría provenían de hogares dirigidos por una mujer, caracterizados por la pobreza y por familias más numerosas (una media de 10 miembros). Según Tacon, la constitución de estas familias las hacía más vulnerables al riesgo de los vaivenes de la economía que las "familias nucleares normales". Para sobrevivir, era necesario que trabajaran todos, excepto los más jóvenes de la familia. La mayoría de estos jóvenes estaban en la calle para ganarse la vida. La mayor parte de este dinero se gastaba en comida para ellos mismos y su familia. Tacon y Lungwangwa (1991) informaron que aproximadamente el 41% de los niños de la calle en Zambia daban sus ingresos a sus padres y o guardianes (lo cual ilustra, una vez más, sus conexiones con la familia).

A pesar de que los estudios de Tacon tanto en Namibia como en Zambia, y de Cockburn (1991) en Sudáfrica sostienen que es probable que los jóvenes de la calle provengan de hogares uniparentales, dirigidos por mujeres y donde incluso sean víctimas de abusos, resulta difícil confiar en esta afirmación. Estos estudios no han incluido grupos de control. Sin estos grupos de control, los investigadores no pueden saber realmente si los jóvenes están en la calle porque provienen de estos lugares o debido a alguna otra característica del entorno social. Lo mismo es válido para las afirmaciones que culpan a los padres y a los padres adoptivos de empujar a los jóvenes a la calle. La verdad es que hay pocos estudios en el sur de África que hayan abordado las familias de los jóvenes en la calle. En su lugar, se centran en los propios jóvenes. El estudio de Campbell y Ntsabane en Botswana utilizó grupos de control. No descubrieron diferencias significativas en las situaciones familiares de los niños de la calle y de los que no estaban en la calle y que provenían de familias con bajos ingresos.

Hay diferencias entre los países. En Namibia y en Sudáfrica el tema de la raza es importante. La abrumadora mayoría de los jóvenes de la calle son negros. Esto no significa que no haya jóvenes blancos que viven en circunstancias difíciles, pero en su caso el Estado se ha ocupado (o solía ocuparse) de ellos de manera diferente. "Prácticamente no hay niños de la calle blancos en Sudáfrica, si bien hay 10.000 niños blancos en 160 hogares infantiles estatales subvencionados. Por el contrario, no hay hogares infantiles administrados por el Estado para los niños africanos en las zonas urbanas" (Ross, 1991, 70). En los países más urbanizados hay más niños de la calle. También hay diferencias en los niveles de violencia al que están sometidos los jóvenes de la calle en los diferentes países.

Causas del fenómeno de los jóvenes de la calle

Al parecer, los investigadores coinciden en que hay diversos factores que explican el aumento del número de jóvenes de la calle en el sur de África (Aptecker, 1994 y Le Roux, 1998 a). En esta sección destacaremos los principales factores.

La reestructuración económica

Se ha llevado a cabo una reestructuración de la sociedad y de la economía desde los años '70, cuando los países del sur de África comenzaron a vivir problemas económicos. Hacia los años '80, los países del sur de África como Zambia, Tanzania, Malawi y, más tarde, Zimbabwe y Lesoto entraron en una larga crisis económica. Lo mismo había sucedido con los países desgarrados por la guerra, Angola y Mozambique. Aparte de Botswana, Namibia y Sudáfrica, todos fueron obligados a someterse a los programas de ajuste estructural promovidos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Los programas de ajuste estructural han promovido los sistemas estatales neoliberales que se caracterizan por la dependencia del mercado como mecanismo para asignar recursos y riquezas. El papel del Estado se minimiza. Este ajuste elevó el nivel de beneficios, desvalorizó el papel de los sindicatos y promovió una mayor integración en los mercados mundiales. Los efectos de estas políticas económicas en el bienestar social han sido de gran alcance,

y comprenden recortes en salud, educación y subsidios alimentarios. La pobreza ha llevado a las familias pobres a depender de los jóvenes que trabajan o se mantienen a sí mismos (de la calle). La mayoría de los jóvenes están en la calle debido a la pobreza (Apteker, 1994). Estar en la calle es una revelación pública de destitución. Es una afirmación tanto para el público como para el individuo de que se vive en la pobreza.

Cambios en la estructura familiar

Los factores asociados con la modernización han conducido a cambios en la estructura familiar (y han aumentado los conflictos familiares). La armonización es un proceso de cambio social urbano en cuyo marco los países desarrollados emplean una tecnología industrial avanzada. Dicho de manera más polémica, la modernización también está relacionada con la política neoliberal, los sistemas de la familia nuclear y la adopción de otros rasgos de la cultura occidental. El aumento del número de jóvenes de la calle refleja problemas que los pueblos viven debido a la tensión social asociada con la industrialización y la urbanización (le Roux y Smith, 1998a).

Se sostiene que la modernización trae consigo nuevos valores y formas de control social. Éstos coexisten con los valores tradicionales. La modernización afecta especialmente a tres instituciones sociales: la estructura de la familia, las expectativas educativas y los sistemas de autoridad. Se sostiene que, con el tiempo, tiende a disminuir la importancia de la familia en la producción y en la socialización. La familia tradicional era ampliada en el sentido de constituir una red de relaciones que vinculaba a las personas con parientes al exterior de la familia inmediata (nuclear). Las familias tradicionales se amplían supuestamente más allá del círculo nuclear para incluir a parientes no sanguíneos y a generaciones de parientes. En las familias tradicionales (que existen en diversos grados en las zonas rurales del sur de África) la familia es la unidad de producción. Muchas de estas familias están organizadas en torno a las "tierras familiares", en las que hombres, mujeres y niños tienen diferentes tareas. Los padres, los mayores y otros parientes colaboran en la socialización de los niños. Si un hombre no era capaz de cuidar de todos sus hijos, su familia ampliada los acogía y cuidaba de sus mujeres (Apteker, 1994). Esta costumbre estaba enraizada en las estructuras de parentesco y en las tradiciones. Los jóvenes eran enviados donde los parientes no sólo cuando sus padres naturales no cuidaban de ellos (como en caso de divorcio, de madres adolescentes y de incapacidad económica) sino también cuando los padres sí cuidaban de ellos. Se consideraba que los niños pertenecían no sólo a los padres naturales sino también a la familia ampliada. La acogida de los jóvenes en casa de personas que no eran parientes era muy raro.

Con la modernización y la introducción del sistema de empleo remunerado, las cosas cambiaron. Muchos, especialmente los hombres, encuentran cada vez más trabajo fuera del hogar y suelen ser los únicos que contribuyen a los ingresos familiares. Con el cambio social y la tendencia a la creación de familias nucleares, la acogida de los jóvenes entre los parientes está disminuyendo. Se ha introducido en la familia una mentalidad de logros y reina un mayor individualismo. Hay una pérdida generalizada del carácter fundamental del parentesco como una institución en la organización de los vínculos y las relaciones sociales. Además, los mayores no controlan la situación económica de los miembros de la familia, y la estructura de autoridad ya no favorece a los mayores. Los hogares uniparentales aumentan. La migración de las zonas rurales a las zonas urbanas ha desvinculado a muchas personas de las sanciones sociales tradicionales. Uno de los resultados es que los vínculos verticales y horizontales entre los parientes se desdibujan cuando las personas intentan desprenderse de sus obligaciones hacia la familia ampliada. "Los hijos ya no crecen en las familias ampliadas con un fuerte apoyo de la comunidad" (Apteker, 1994). Las formas familiares más nuevas son menos eficaces para ocuparse de los niños y no suelen acoger fácilmente a los parientes lejanos. Tienen la tendencia a ser "nuclear". En esta situación, los jóvenes en circunstancias de crisis familiar no pueden acogerse a las estructuras de parentesco y puede que acaben en la calle. Con la modernización, algunos jóvenes no están preparados para respetar las reglas y la disciplina de los padres. Por tanto, a veces son expulsados a la calle.

HIV/Sida

El HIV/sida también ha devastado el sur de África. Sus víctimas más jóvenes están poblando cada vez más las calles. En los últimos años, el sur de África se ha convertido en el principal foco epidemiológico del sida. La tasa de los afectados por el HIV es de aproximadamente el 20% de la población total. Según UNAIDS, en 1998, en el sur de África 1,4 millones de personas entre los 15 y los 49 años se infectaron con el virus del sida (UNAIDS, 1998). 750.000 casos correspondían a a Sudáfrica. En Botswana, Namibia, Suazilandia y Zimbabue, entre el 20 y el 26% del grupo de edad de entre 15 y 49 años estaba infectado. En algunas ciudades, los índices superan el 30%. Las tasas de mortalidad debido a las enfermedades relacionadas con el HIV están aumentando. Según UNAIDS (1998), dos millones de personas murieron de sida en el África subsahariana. El grupo de edad más productivo (20-49 años) se encuentra excesivamente afectado. Los supervivientes tienden a ser los más viejos y los jóvenes huérfanos. UNAIDS (1998) calcula que hacia el año 2000, Zimbabue tendrá que enterrar diariamente a 350 víctimas del sida. Hacia el año 2005, habrá aproximadamente 900.000 huérfanos menores de quince años que lucharán para sobrevivir sin sus padres. Las cifras para los otros países del sur de África son similares. La morbilidad y mortalidad del grupo de edad entre 20 y 49 años deja a muchos hijos sin apoyo. La enfermedad y la muerte eventual de los padres se traduce en una falta de capacidad para generar ingresos y satisfacer necesidades básicas como vivienda, alimentación y ropa. Muchos de los niños afectados no pueden ir a la escuela. La enfermedad de los padres y su muerte también es traumática para los jóvenes. Estos niños y jóvenes son los principales candidatos para la vida en la calle.

La guerra

En Angola y Mozambique la guerra es una de las causas que ha empujado a los jóvenes a la calle. En el caso de Mozambique, Loforte llega a la conclusión de que "la mayoría de los niños y de la juventud que encontramos en la calle son en primer lugar una consecuencia de la guerra que se libra contra este país y de la consiguiente desestabilización política, militar, económica y social" (citado en Annew, 1996, p. 208). Muchos de los jóvenes refugiados de la guerra que se hacían en las principales ciudades solo pueden sobrevivir en la calle.

En Sudáfrica y en Namibia, el apartheid fue otra de las causas importantes del fenómeno de los jóvenes de la calle. En la práctica, el apartheid significaba un desplazamiento forzado de las familias, un sistema laboral migratorio y desempleo entre la población no blanca. En los años '70 esto condujo a luchas y guerras que implicaron a la juventud. El resultado fue una existencia callejera nómada y contingentes de jóvenes hacinándose en las zonas centrales de las ciudades (Cockburn, 1988, citado en Rose-Junius, 1993, p. 91).

Es importante destacar que éstos son factores de nivel macro que preparan el escenario para el fenómeno de los jóvenes de la calle, y actúan como condiciones necesarias, aunque no siempre suficientes, para dicho fenómeno. No todos los jóvenes afectados por estos factores (modernización, factores políticos, pobreza, etc.) se convierten en jóvenes de la calle. Incluso en una misma familia algunos jóvenes acaban en la calle y otros no. Resulta difícil desenmarañar causa y efecto en la vulnerabilidad individual en las calles, si bien para explicarlo debemos analizar la acción o inacción social en que los individuos están sumidos. Apteker (1994) ha señalado la necesidad de observar la condición psicológica del individuo y de la familia en cuestión, su percepción de la vida en la calle y la aceptación que ciertas culturas tienen del hecho de vivir en la calle. Desde luego, puede que vivir en la calle tenga mucho que ver con la acumulación de problemas personales (por ejemplo, malas relaciones en casa, malos tratos, nuevo matrimonio de un padre, muerte de los seres queridos, hambre, etc.) que se combinan para motivar a alguien a actuar de determinada manera. Es importante reconocer que la razón inmediata por la que un individuo está en la calle varía de un joven a otro. Los jóvenes no se convierten en jóvenes de la calle de la noche a la mañana. Al parecer, la carrera de un joven de la calle se desarrolla por fases. La progresión de una fase a la

siguiente no es automática sino que depende de la situación y la personalidad del individuo y de las reacciones que otras personas tienen ante él o ella. Cuando los individuos inician esta carrera, no están seguros de lo que hacen. Puede que estén desorientados y atemorizados. El resultado es que abandonan el hogar un día o dos, pero progresivamente pasarán más tiempo en la calle (Apteker, 1994). La experiencia de un niño en la calle puede acabar en esta fase si dicha experiencia es demasiado negativa, o si el joven encuentra un empleo o le ayudan amigos y parientes. La segunda fase significa compartir el tiempo entre la calle y la casa. La calle ya no es tan extraña ni amenazadora. En esta etapa los jóvenes pasan cada vez más tiempo en la calle aún cuando conservan sus vínculos con las familias. Sólo unos pocos se inclinan por el abandono total.

Los problemas de los jóvenes de la calle

La percepción y reacciones de la opinión pública hacia los jóvenes de la calle

Los estudios en el sur de África informan que la opinión pública tiene una percepción negativa de los jóvenes de la calle. La prensa difunde una imagen de "chicos malos". Se les considera responsables de la suciedad de la calle. Esta imagen empeora aún más por el hecho de que algunos jóvenes molestan a las personas al mendigar, al ofrecerse a lustrar los zapatos, cuidar de sus coches, etcétera. A su imagen no le favorece el hecho de que algunos son utilizados por adultos en actividades juzgadas inmorales, mientras que otros "dan una imagen de dureza con el fin de evitar la explotación y el abuso" (Dube *et al.*, 1996, p. 264). Para la gente en general, los jóvenes de la calle son entes impersonales más que individuos. Por consiguiente, la opinión pública no los entiende (le Roux y Smith, 1998c).

La negatividad del público hacia los jóvenes de la calle a veces se traduce en violencia. Williams (1996) ha detallado estos casos en el sur de África. Ha citado casos de tenderos en Sudáfrica que utilizaban agua hirviendo y látigos de cuero crudo para ahuyentarlos; también se registran casos de coches cuyos ocupantes les disparan y casos de jóvenes que mueren en robos. Según Rajani y Kudrati (citado en Williams, 1996) Los jóvenes de la calle temen la violencia que sufren sobre todo en Tanzania.

La brutalidad policial contra los jóvenes de la calle no es inhabitual aunque no se acerca a los niveles que se registran en América Latina. En Zambia, Phiri (1996) informó del acoso de la policía y la detención de jóvenes durante días en celdas de la policía sin presentar cargos. En Zimbabue, a la policía le preocupa la imagen de la ciudad y rutinariamente llevan a cabo redadas de jóvenes (Dube *et al.*, 1996). Las denuncias de brutalidad policial en Sudáfrica incluyen "ser pateado, expuesto a gases lacrimógenos, atacado por perros policiales, lanzados a las aguas de un lago aunque no puedan nadar, o verse obligados a beber alcohol o inhalar cola y luego ser golpeado por encontrarse en estado de ebriedad" (le Roux y Smith, 1998 c, p. 902).

La salud

Según Rose-Junius (1993), la preocupación por la salud de los jóvenes de la calle se debe a tres factores. En primer lugar su exposición a las inclemencias del tiempo, a los accidentes y riesgos a que se exponen en la calle. En segundo lugar, a las dificultades que enfrentan para tener acceso a servicios médicos, lo cual incluye su incapacidad de pagar por dichos servicios; y finalmente, a su falta de motivación para utilizar las instalaciones de atención médica o su ignorancia de que éstas existen. La desnutrición también puede ser un factor, si bien algunos estudios informan que los jóvenes de la calle están mejor alimentados que sus compañeros que viven con adultos. Dube (1997) analizó los datos institucionales de seis sesiones clínicas de 66 niños de la calle en Zimbabue. Descubrió que el 42% padecía infecciones bronquiales y del tracto urinario, 14,5% sufría algún tipo de enfermedad de transmisión sexual (ETS), el 10,5% tenía problemas dermatológicos, el 9% tenía heridas causadas por la violencia y otro 9,2% padecía infecciones de los oídos, la nariz y la

garganta. El resto tenía enfermedades no especificadas. Muchos de estas enfermedades se deben a las malas condiciones higiénicas en la calle.

En todas partes el sida afecta gravemente a la juventud, y los jóvenes de la calle están más afectados que otros. Según Swart-Kruger y Richter (1996) éstos se debe a que estos jóvenes piensan que son invulnerables, son sexualmente activos a más temprana edad y tienen más parejas. Los jóvenes de la calle son explotados sexualmente, practican el sexo de supervivencia (o transaccional) y rara vez usan condones. Las enfermedades de transmisión sexual y los embarazos entre ellos son más elevados que entre otros jóvenes. En términos generales, el conocimiento que los jóvenes de la calle tienen del sida deja mucho que desear. En su muestreo de Sudáfrica, Swart-Kruger y Richter (1996) descubrieron que las dos terceras partes de los jóvenes encuestados creían que podían identificar visualmente a los portadores del HIV. Dube (1997) confirmó esto en el caso de Zimbabue y descubrió que los jóvenes de la calle creían que la enfermedad se podía tratar con curas tradicionales.

La situación psicológica

Hay diversas señales de que los jóvenes de la calle son mentalmente sanos. Muchos toman la decisión de abandonar el hogar de forma racional. Esto lo llevan a cabo progresivamente en lugar de hacerlo de manera brusca. Saben que la opinión pública y las autoridades albergan sentimientos negativos hacia ellos. Por consiguiente, sospechan de los extraños. No comunican fácilmente información a los investigadores por miedo a que la utilicen en su contra. Sus opiniones y aspiraciones son convencionales. Creen en la familia y en mantenerse lejos de actividades delictivas y aspiran a trabajar de mecánicos, electricistas y conductores (Bar-on, 1997). Casi todos los estudios informan que valoran su independencia y su libertad. El estudio de Zimbabue informa que algunos jóvenes de la calle ganan más dinero que los trabajadores domésticos y los trabajadores no cualificados (Dube *et al.*, 1996) y que pueden ganar entre 1 y 1,5 veces el salario mínimo de los adultos (Bar-on, 1997).

Por el lado negativo, algunos estudios informan que los jóvenes de la calle pierden fácilmente el sentido del tiempo y la distancia, y que deambulan sin rumbo fijo. Algunos investigadores han señalado una baja autoestima, apatía y fatalismo entre los jóvenes de la calle. En Sudáfrica, cuanto más tiempo pasaban en la calle, más probable era que sufrieran síntomas psicopatológicos (Le Roux y Smith, 1998 a).

Las desviaciones

Según los criterios sociales, los jóvenes de la calle contravienen las normas y los valores (Le Roux y Smith, 1998b). Por lo tanto, muchas personas los consideran desviados que consumen sustancias ilegales. Hay algunas pruebas de que esto es así. Rose-Junius (1993) descubrió que entre los jóvenes de la calle, las actividades que procuraban mayores ingresos en Namibia eran el robo y el sexo. La inhalación de cola, gasolina, etc. para escapar a la realidad de la calle es generalizada (Le Roux y Smith, 1998a). "Es muy difícil negar que los niños de la calle a veces son protagonistas de actos violentos" (Williams, 1996, p. 227). En Botswana había diferencias significativas entre los niños de la calle y los que no eran de la calle en términos de la inhalación de cola y el consumo de tabaco y de alcohol (Campbell *et al.*, 1997). Por definición la calle es un sector informal, que en muchos lugares es ilegal. Sin embargo la imagen del desviado es algo más complicado. En gran medida, la violencia de los jóvenes de la calle puede deberse a actos de defensa propia y su implicación en el abuso de sustancias prohibidas puede que no sea peor que la de otros jóvenes. En Botswana, el 75% de los jóvenes de la calle han sido censados como sin expediente delictivo (Bar-on, 1997). En Namibia, dos de cada cinco niños fueron detenidos en alguna ocasión, pero el 80% fue liberado, mientras que en Zambia ningún niño de la calle ha sido llevado a los tribunales (Tacon, 1991).

La reacción de la policía ante el fenómeno de los jóvenes de la calle

Hay diversas razones por las que en África del Sur se requiere una política clara sobre los jóvenes de la calle. En primer lugar, el número creciente de jóvenes es de tal magnitud que las autoridades creen que es necesario una respuesta organizada para disminuir sus números. Las autoridades también creen que es necesario rehabilitar y reintegrar a los jóvenes de la calle a la sociedad más amplia. Muchos jóvenes de la calle son estigmatizados, se les considera delincuentes y son discriminados. Esto viola sus derechos humanos elementales. También es necesario contar con políticas para garantizar los derechos como una obligación moral y como parte de la estrategia para reintegrarlos. Finalmente, en la medida en que el fenómeno de los jóvenes de la calle refleje los defectos de los sistemas de educación y de empleo de los diversos países, habrá que elaborar políticas para abordar esta situación.

Las políticas y los programas para los jóvenes de la calle reflejan las dos dimensiones de la coerción/compasión y la rectitud/sentido práctico. El primer continuo refleja una tendencia que pone el acento sobre la compulsión al tratar con los jóvenes de la calle, por oposición a comprender sus necesidades. El continuo de rectitud-sentido práctico refleja la posición moral de que estar en la calle es inapropiado para los jóvenes, por oposición a aquello que es pragmático. Se pueden identificar cuatro enfoques en las políticas a partir de éstos que no son mutuamente excluyentes sino que son utilizados de manera combinada en diferentes países. En primer lugar la contención de los jóvenes de la calle mediante una mezcla de fuerza y de incentivos prácticos. Un ejemplo son las redadas y la consiguiente liberación de jóvenes de la calle en Zambia y Zimbabue. Estas acciones estigmatizan a los jóvenes de la calle como delincuentes.

En segundo lugar, el castigo de los jóvenes de la calle para disuadir a los potenciales imitadores. El asesinato de los jóvenes y niños de la calle en países como Brasil refleja esta posición. Lo mismo sucede con la brutalidad policial en el sur de África. Los castigos violan los derechos de los jóvenes de la calle y muchas personas no apoyan estos métodos como una manera viable de abordar el problema.

En tercer lugar, la integración de los jóvenes en la familia y en la sociedad a través de la educación y de planes de generación de ingresos. Por ejemplo, Namibia creó un departamento para los niños de la calle en el Ministerio de Gobierno Local y la Vivienda. Hacia 1992, los esfuerzos de este departamento habían dado como resultado el ingreso de 53 jóvenes de la calle en nueve escuelas diferentes. Sin embargo, también había fracasos. Tres de las chicas reintegradas quedaron embarazadas y siete de los chicos desertaron. Aunque el gobierno ha definido el problema de los jóvenes de la calle como un problema de educación y, por lo tanto, de escolarización, los propios jóvenes ven las cosas de forma diferente. La mayoría de los jóvenes querían empleos y o una formación que les procurara un empleo. Se han llevado a cabo planes de generación de ingresos en numerosos países. Ejemplos de éstos son la Brigada de Jóvenes en Botswana, la Asociación de Campos de Trabajo en Suazilandia y el Servicio de Desarrollo Doméstico, en Zambia. Se trata de programas diseñados por los adultos que se hacen una idea de lo que los jóvenes quieren. Han sido rechazados por la mayoría de los jóvenes de la calle, que estiman que su relevancia es marginal. También son programas caros.

El último enfoque consiste en promover acciones humanas y prácticas como la distribución de alimentos y procurar viviendas a los jóvenes. Esto ha sido dominado por las organizaciones no gubernamentales como SOS Y UNICEF. Por ejemplo, SOS proporciona un hogar a pequeños grupos de tipo familiar, donde 10 a 12 jóvenes viven en cada casa bajo la supervisión de un adulto. Se les proporciona educación, salud y recreación. Estos centros existen en Botswana, Namibia y Sudáfrica. No pueden proporcionar la libertad que la mayoría de los jóvenes desean. Puesto que son caros, sólo pueden tratar a grupos pequeños. Williams (1996) sostiene que numerosas instituciones para la infancia en África tienen antecedentes de maltrato, están sobrepobladas, carecen del personal necesario y pagan salarios bajos.

Conclusión

El número de jóvenes en las calles del sur de África está destinado a aumentar. Esto se debe a que las condiciones que en el pasado permitieron el surgimiento del fenómeno aún no han sido eliminadas. Cabe destacar que la crisis económica continuará y que la pobreza afectará a un número creciente de personas. La crisis del sida, que ha afectado tan gravemente a la región, tampoco da muestras de remitir. A pesar de la actitud negativa hacia los jóvenes de la calle de parte de las autoridades y del público en general, los jóvenes de la calle no pueden ser borrados de un plumazo. Tampoco se les puede ignorar. Hasta la actualidad, los esfuerzos para abordar el problema no ha sido coordinado y es necesario adoptar un enfoque integral. Esto debe implicar a diversos sectores de la sociedad para un trabajo conjunto. Las investigaciones en el sur de África indican que es necesario saber más sobre el papel que desempeñan las familias de los jóvenes, y sobre las migraciones del campo a la ciudad como causa del fenómeno. También es necesario conocer las diversas maneras en que los jóvenes de la calle se distinguen unos de otros. El conocimiento de estos aspectos puede contribuir a afinar las políticas y programas para los jóvenes de la calle.

Traducido del inglés

Referencias

- ANNEW, J., 1996. "Difficult Circumstances: Some Reflections on Street Children in Africa" *Africa Insight* vol. 26, N° 3, pp. 203-210.
- APTEKER, L., 1994. "Street Children in the Developing World: A Review of their Condition" *Cross-Cultural Research*, vol. 28, N° 3, pp. 195-224.
- APTEKER, L. and ABEBE, B., 1997. "Conflict in the Neighbourhood: Street and Working Children in the Public Space" *Childhood* vol. 4, N° 4, pp. 477-490.
- BAR-ON, A., 1997. "Criminalising Survival: Images and Realities of Street Children" *Journal of Social Policy* vol. 26, N° 1, pp. 63-78.
- CAMPBELL, E.; NTSABANE, T., 1997. "Street Children in Botswana" *Social Development Issues* vol. 19, N° 2/3, pp.39-53.
- COCKBURN, A., 1991. "Street Children: An Overview of the Extent, Causes, Characteristics and Dynamics of the Problem" *The Child Care Worker* vol. 9, N° 1, pp. 12-13.
- DONALD, D.; SWART-KRUGER, J., 1994. "The South African Street Child: Developmental Implications" *South African Journal of Psychology* vol. 24, N° 4, pp. 169-174.
- DUBE, L., 1997. "AIDS Risk Patterns and Knowledge of the Disease Among Street Children in Harare, Zimbabwe" *Journal of Social Development in Africa* vol. 12, N° 2, pp. 61-74.
- DUBE, L. KAMVURA, L.; BOURDILLON, M., 1996. "Working Street Boys in Harare" *Africa Insight* vol. 26, N° 3, pp. 260-267.
- GOVERNMENT OF THE REPUBLIC OF NAMIBIA.,1998. *The Namibia Labour Force survey 1997: Interim Results*. Ministry of Labour, Windhoek.
- HURRELMAM, K., 1989. "Youth: A Productive Phase in Human Life" *Education* vol. 39, pp.1-10.
- LE ROUX, J.; SMITH, C., 1998a. "Causes and Characteristics of the Street Child Phenomenon: A Global Perspective" *Adolescence* vol.*, N° 131, pp. 683-689.
- LE ROUX, J.; SMITH C., 1998b. "Is the Street Child Phenomenon: Synonymous with Deviant Behaviour" *Adolescence* vol. 33, N° 132, pp. 915-926.
- LE ROUX, J.; SMITH, C., 1998c. "Public Perceptions of, and Reactions to Street Children" *Adolescence* vol. 33, N° 132, pp. 901-913.
- MAPHALALA, T., 1996. "Street Children in Swaziland" *Africa Insight* vol. 26, N° 3, pp. 282-287.
- MUCHINI, B.; NYANDIYA-BUNDY, S., 1991. *Struggling to survive: A Study of Street Children in Zimbabwe*. Informe para UNICEF, Harare.

- PHIRI, J., 1996. "The Plight of Street Children in Zambia" *Africa Insight* vol. 26, N° 3, pp. 276-281.
- ROSE-JUNIUS, S., 1993. "A Study in Four Urban Centres in Namibia to Determine the Cyclic Nature of Streetism". PhD. University of South Africa.
- ROSS, C., 1991. "The Street Children: Survival Strategies" *Indicator South Africa* vol. 8, N° 4, pp. 69-72.
- SWART-KRUGER, J.; RICHTER, L., 1996. "South African Street Children: At Risk for AIDS" *Africa Insight* vol. 26, N° 3, pp. 237-243.
- TACON, P., 1991. Survey on Street Children in Three Urban Centres of Namibia UNICEF Windhoek.
- TACON, P.; LUNGWANGWA, G., 1991. *Reap a Hundred Harvests: A Study of Street Children in Three Urban Centres of Zambia*. Informe para UNICEF y el gobierno de Zambia, Lusaka.
- UNAIDS. 1998. "UNAIDS Executive Director warns of Unprecedented Emergency in Southern Africa". Despacho de prensa, Johannesburg 30 de noviembre, 1998.
- UNESCO., 1998. *1998 Informe sobre la Educación Mundial**, UNESCO, París.
- WILLIAMS, C., 1996. "Street Children and Abuse of Power" *Africa Insight*, vol. 26, N° 3, pp. 221-230.